



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**POSGRADO EN ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES**  
**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**DEVENIR TRANSMASCULINO:**

**DE CÓMO ALGUNOS HOMBRES TRANS DE LA CIUDAD DE MÉXICO SE  
(DE)CONSTRUYEN Y CONCIBEN LA VIOLENCIA Y EL PODER MASCULINOS  
(UNA TESIS FEMINISTA)**

**TESIS**

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
MAESTRO EN ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES**

**PRESENTA**

**JUAN PABLO RODRÍGUEZ VELÁZQUEZ**

Directora de Tesis:

**Dra. Olivia Tena Guerrero**

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias  
en Ciencias y Humanidades

**Ciudad Universitaria, Ciudad de México, Septiembre, 2021**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



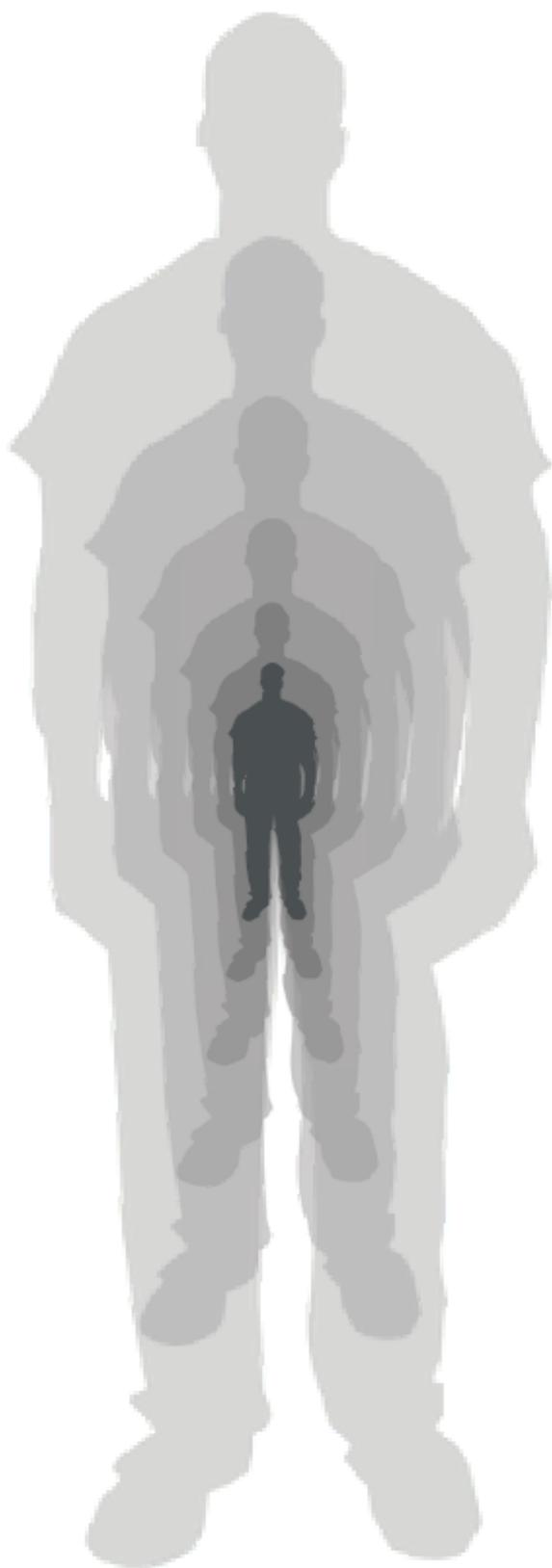
**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.





Devenir

*transmasculino*

De cómo algunos hombres  
trans de la Ciudad de México se  
(de)construyen y conciben la  
violencia y el poder masculinos

(una tesis feminista)

Juan Pablo Rodríguez Velázquez





**¿Qué es la ética sino la práctica de la libertad,  
la práctica reflexiva de la libertad?**

**Michel Foucault**



# Dedicatorias

A Dios\*, por la energía que no deja de transformáseme.

A mi madre, **Lourdes Isabel**, por el amor que hay en todo lo que prodiga de maneras únicas: la dulzura, la comida, los abrazos, la compasión, la bondad, las (son)risas, los remedios, la misericordia, la música, la poesía, la magia para unir lo que se rompe.

A la memoria de mi padre, **don Pepe Marchas**, porque, a pesar de sus ausencias dolorosas, nos enseñó a viajar solos y a ejercer la magia (el valor) de la palabra; y porque en sus últimos meses de vida me dejó conocer al varón más amoroso, ése que tanto busqué en los lugares más equivocados y oscuros.

A **Fabián, Daniel y Octavio**, por compartir conmigo la historia de su vida y permitirme entender de qué otra(s) manera(s) se (de)construye y se (re)significa la valentía de los hombres y la felicidad humana. También a **Edna Domínguez**, por retratar la belleza de mis amigos y, ante todo, por ser una mujer más que sobrevivió admirablemente a lo más tóxico de esta cultura de género.

A l\*s doctor\*s **Olivia Tena Guerrero, Juan Guillermo Figueroa Perea y María Lucero Jiménez**, por la paciencia, la comprensión, la experiencia, la sabiduría y todo lo que, gracias a ustedes, aprendí para que el viaje de LA VIDA sea más ligero y feliz.

A mis amig\*s y herman\*s: **Mario Silva Calixto, Alma Soto Zárraga, Mónica Pizano Damián, Carlos A. Cerqueira da Fonseca, Yàrik Kapellman Max, Edgar Armas, Edd Pantoja Ferrer, Ricardo López Frías, Alejandra Pineda Jerónimo, María Elena Martínez Medina, Mario Silva, Michelle Cerdá Navarrete, las *meninas* Aleen Erazo y Sandra Hernández; Jahanan Marty Jahanamosaiv, Lourdes Hernández, Andrés Gómez-Haro Katznelson, Ismael Zúñiga, Andrés García Jaramillo, Chema Segundo, Ana Laura Rovel, André Westham, Iñaki Solano Gómez, Silvia Velázquez Miranda, Enrique Castillo, Gabriela Formoso Figueroa, Irasema Véliz Bravo, Myrna Armenta, David Navarrete Ángeles, Mynor Alan Ballesteros, Edgar Garnica y mis amadas Jóvenes Brujas (Yako, Feyo y Xav).**

A tod\*s ustedes, gracias por salvarme varias veces y por abrazarme cuando creí que no podía más.



<b>1. Introducción</b>	<b>13</b>
1.1. Mis puntos de partida teóricos, epistemológicos y éticos ante <i>lo trans</i>	20
1.2. <i>Autovigilancia epistemológica</i>	28
1.3. Mis experiencias situadas y mi mirada feminista en esta investigación	31
1.4. ¿Por qué el tema de esta tesis debe leerse en clave feminista?	34
<b>2. Marco teórico-conceptual</b>	
Binomios temáticos para tratar de entender la masculinidad desde una óptica feminista	<b>41</b>
2.1. Género y masculinidad(es)	43
2.2. Género y violencias	56
2.2.1. Violencia simbólica	56
2.2.2. Violencia de género	59
2.2.3. Violencia moral	62
2.2.3.1. La violencia descomunal en las nuevas formas de la guerra (un paréntesis necesario)	64
2.3. Género y poder	68
2.3.1. El poder inasible, omnipresente	68
2.3.2. El <i>hábitus</i> y el poder de la violencia simbólica (o la violencia simbólica del poder)	72
2.3.3. Libertad, resistencia y disputa	75
2.3.4. Género y poder, ¿categorías empíricamente disociables?	78

<b>3. La estrategia metodológica</b>	<b>81</b>
3.1. Las producciones narrativas (PN)	83
3.1.1. La narración como experiencia y fuente de conocimiento	87
3.1.2. Fabián, Daniel y Octavio	90
<b>4. Producciones narrativas</b>	<b>95</b>
4.1. “Nadie me verá llorar” (Por Fabián y JP)	97
4.2. “Identidad en deconstrucción” (Por Daniel y JP)	123
4.3. “De niño era fan de Harry Potter” (Por Octavio y JP)	155
<b>5. El <i>otro</i> es un texto interminable</b>	
Disquisiciones sobre el lenguaje que hablamos los hombres; diálogos teóricos con las PN, y algunas reflexiones personales sobre ellas	<b>183</b>
5.1. <i>Leer</i> lo interminable	185
5.2. “Ser hombre (también) está cabrón”	190
5.2.1. ¿Se puede “disecar” a un niño, lo que (le) duele (,) en el parlamento?	190
5.2.1.1. Pero lleguemos al <i>fondo</i> de <i>nuestra</i> gramática	194
5.2.1.2. ¿ <i>Leer(nos)</i> y enunciar(nos) sin conjugar(nos)?	196
5.2.2. Violencias y <i>lenguaje masculino hegemónico</i>	199
5.2.2.1. El silencio de los hombres, y las violencias <i>como</i> (o <i>de las</i> ) “salidas legítimas”	206
5.2.3. Entre las <i>dobles violencias</i> y la mágica “sensación de poder (y, entre paréntesis, de nueva cuenta, las emociones)	212
5.2.4. Deconstruirse también es cuidarse (y resistir)	228
5.2.4.1. La felicidad más allá del binario	239
<b>6. Conclusiones</b>	<b>249</b>
6.1. Emoción, recurso epistémico	255
6.2. Mi(s) crisis y la(s) crisis de los hombres	257

6.3. El feminismo y lo grandioso de la primera persona.....	263
6.4. Concluir es renacer (o morir).....	264
<b>7. Reflexión final y agradecimientos.....</b>	<b>269</b>
<b>8. Referencias y fuentes de consulta.....</b>	<b>273</b>
<b>9. ANEXOS.....</b>	<b>290</b>
Anexo 1 (Guión de entrevista semi-estructurada).....	292
Anexo 2 (Retratos de Fabián, Daniel y Octavio).....	295
Anexo 3 (Cartas de acuerdo y consentimiento informado).....	316



# 1

## INTRODUCCIÓN



**L**a construcción de la masculinidad de los hombres *trans*<sup>1</sup> en la Ciudad de México es un tema que, a decir de la cantidad de investigaciones académicas y materiales bibliohemerográficos existentes en el país hasta la fecha, ha sido poco explorado como fenómeno social, antropológico y cultural. A excepción de lo que se ha hablado sobre él a través de enfoques médicos, psicoanalíticos y psiquiátricos, esta “es apenas una línea de investigación en construcción” que requiere ser considerada de forma particular y con mayor profundidad desde el punto de vista de las disciplinas humanistas en el estudio de las masculinidades en la cultura y la sociedad mexicanas (Reséndiz: 2015:187), en compensación con el abordaje sí extenso que ha tenido el tema de las mujeres trans no sólo en México, sino en todo el mundo, gracias a los estudios de género y la lucha política por los derechos de la comunidad Lésbico, Gay, Bisexual, Travesti, Transgénero, Transexual e Intersexual (LGBTTTI), en cuyos discursos de empoderamiento abundan

---

<sup>1</sup> De acuerdo con Angie Rueda Castillo, socióloga y activista LGBTTTI, el concepto *trans* alude genéricamente a las personas travestis, transgénicas y transexuales, quienes de diferentes maneras, grados y temporalidad pueden trastocar, transgredir y transitar por los linderos de los géneros socioculturalmente asignados. Se trata de un término que, conceptual y políticamente, le ha dado una vuelta de tuerca al sentido patologizante que estas tres categorías han tenido en los discursos médicos y psiquiátricos (Rueda, 2011: 72; Rodríguez, 2013: 102).

las perspectivas de vida y sobrevivencia de las mujeres trans y cisgénero<sup>2</sup> ante temas como el machismo, la violencia, los feminicidios, los crímenes de odio, la transfobia, la hegemonía masculina, la discriminación y las relaciones de poder autoritarias, lo que hace que parezca desdibujarse (o apenas insinuar) la experiencia de los hombres trans respecto a asuntos como la sobrevivencia, la visibilidad masculina de sus cuerpos y discursos, la discriminación hacia sus identidades, o, simplemente, la visibilización de sus experiencias, subjetividades y formas de sobrevivencia en la Ciudad de México, en cuyos espacios ha ido manifestándose, poco a poco, su voz y su presencia en los últimos años, a través la incidencia política y la lucha por los derechos de toda la comunidad LGBTTTI.

En su etapa más temprana, la problematización que yo pretendía darle a mi estudio versaba únicamente en lo que para mí era necesario investigar en ese momento: los discursos y la expresión de género de los hombres trans, que yo quería conocer y tipificar a la manera, tal vez ingenua e ignorante, de las taxonomías más positivistas, universales y a-históricas, como si el comportamiento de este grupo humano se correspondiera con el de las plantas y los insectos.

La elección de ese tema de investigación obedeció a dos motivaciones que me siento obligado a explicar, toda vez que esa misma elección tuvo mucha incidencia en que optara por profundizar en los estudios de género como línea de investigación en el posgrado que me había propuesto estudiar, y que, por ende, con el paso de los meses, fuera evolucionando mi mirada epistemológica al fenómeno y, a decir verdad, a todo el quehacer científico:

---

<sup>2</sup> Una gran parte de estudios recientes sobre sexualidad humana y temas de género usan ya el término “cisgénero”, algunas veces con cierto recelo, para referirse a aquellas personas cuya identidad de género coincide (cultural y socialmente) con la sexualidad biológica que se la asignó al nacer.

1. Era un tema que, a primera vista, carecía de investigaciones o aproximaciones teórico-empíricas en México, lo que a la postre resultó ser falso<sup>3</sup> y me obligó a replantear el objetivo de mi pesquisa (un desvío que, como dije antes, resultó complicado de definir, pero al mismo tiempo, fascinante y lleno de desafíos).
2. Tenía una curiosidad (científica y personal) de entender un fenómeno que esboqué de manera muy sucinta en mi tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, un texto periodístico sobre Angie Rueda Castillo, reconocida activista trans, en el que desarrollé, entre otros temas, el problema de la transfobia hacia estas mujeres, y para el cual consideré importante entrevistar a varias de ellas.

En uno de esos encuentros tuve la oportunidad de conocer a Paty<sup>δ</sup> y a su pareja, un hombre también trans. El día de la entrevista fui hasta su casa, pues ella había propuesto que así fuese; sin embargo, al poco tiempo de haber llegado, la conversación desarrollada, que originalmente tenía el objetivo de conocer el testimonio de ella (como activista y ex trabajadora sexual comercial), terminó siendo monopolizado por él, casi como si éste hablara en su nombre y Paty sólo pudiese cumplir el papel de mujer sin voz, limitada a escuchar a su pareja y a asentir lo que él dijera; recoger los platos sucios de la comida que amablemente me invitaron y que ella cocinó; limpiar la mesa; servirnos café, y preguntarnos a él y a mí si no queríamos otra cosa, para finalmente levantarse e ir a su cocina a lavar los trastes.

---

<sup>3</sup> Al decir esto, me refiero al trabajo “¡Son cosas de la vida! Transmasculinidades en la Ciudad de México”, realizado por la investigadora Eleonora Garosi en el año 2011, y publicada posteriormente en el libro *La memoria y el deseo: estudios gay y queer en México* (Parrini y Britto, 2014: 177-221), en el que la autora hace un trabajo etnográfico combinado con una perspectiva de género, para analizar las experiencias de transición de género y masculinidad de un grupo de hombres trans en relación con tres variables: el cuerpo, la sexualidad y la hombría, para luego presentar una “tipología de las masculinidades encarnadas por los hombres trans entrevistados” (p. 178).

<sup>δ</sup> Por respeto a su identidad, que ella misma me pidió no revelar, le asigné este nombre.

La experiencia, reveladora en muchos sentidos (si se toma en cuenta que ella ya tenía algo de presencia en el activismo, trabajando y reflexionando con otras mujeres cuestiones de empoderamiento y posicionamiento político), me hizo pensar no sólo en lo sutiles que pueden ser las múltiples formas de violencia simbólica<sup>4</sup> que todas las mujeres, biológicas o no, viven en su decurso por la vida, sino en lo paradójica que puede ser la identidad de cualquier ser humano, sobre todo cuando se le piensa con los “lentes de género”, atravesada siempre por éste, y si se considera lo poderosos que son los mecanismos de la cultura para hacer encarnar en la subjetividad de nuestros cuerpos expresiones tan fáciles de identificar en un mundo heteropatriarcal, y producidas por eso que Pierre Bourdieu (2000) denomina “la maquinaria simbólica”, que bien podría circunscribirse, a su vez, en un concepto aún más abarcador, el de la *biopolítica*, desarrollado por Michel Foucault (2004), aunque sobre esto hablaré también en su momento dentro de las reflexiones teóricas y epistemológicas de este trabajo.

La escena de mi encuentro con Paty y su pareja se me quedó en la mente por bastante tiempo, pero en su decurso me obligó a guardar silencio y a observar atento cada detalle, a pesar de que en distintas oportunidades intenté sin éxito hacerla hablar mediante preguntas de las que yo esperaba obtener respuestas amplias, y cuyo resultado eran sólo monosílabos de asentimiento, breves, y miradas escurridizas a su pareja.

A partir de ese encuentro, no pude quitarme de la mente el gran contrasentido de lo que observé: ¿por qué alguien que se supone conocedora de sus alcances discursivos como sujeto, y que fuera de su ámbito doméstico, es decir, en nuestras otras entrevistas, solía dominar la conversación, se anuló esa habilidad de manera tan voluntaria mientras estaba ante la presencia de

---

<sup>4</sup> Sobre este concepto, retomado de Pierre Bourdieu (2000) de su libro *La dominación masculina*, hablaré más adelante.

su pareja, un varón trans que, para hacer más enredada la disquisición, había sido socializado como mujer, para devenir en un hombre que, finalmente, se enamoró de una mujer socializada a su vez como un varón, con toda la carga simbólica que eso puede tener en el comportamiento de ambos? La pregunta, tan compleja como la digresión misma, no era algo sencillo de responder en ese momento, y aún ahora considero que no lo es, pero sí fue un detonador, un buen comienzo, para decidir estudiar este caso de fenómeno y entender, meses más tarde, que esa no era la atalaya más adecuada, ni ética ni sensata, para mirarlo y comenzar a abordarlo. Ahora, por ejemplo, ya puedo hacerme otras preguntas como: ¿por qué pensar que las formas de reaccionar de Paty ante su pareja deben ser siempre así?; ¿será que hubo en ese encuentro algún elemento no visible para mí, alguna variable desconocida, que motivara sólo en ese momento y en esas circunstancias una reacción tan incongruente para mí?; y, en caso de que mis presunciones a ese respecto fueran ciertas, ¿por qué pensar que el comportamiento de la pareja de Paty ha de ser generalizable para todos los hombres trans?

Poco a poco, y gracias a los distintos seminarios que fui cursando durante mi posgrado, principalmente el de “Espacios cotidianos de la masculinidad”, que tuve el placer de tomar con el doctor Juan Guillermo Figueroa Perea, o los laboratorios de investigación desde enfoques críticos feministas y con perspectiva de género, que cursé con mi directora de tesis, la doctora Olivia Tena Guerrero, fui formulando los objetivos de mi proyecto. Así, dentro y fuera de los espacios académicos, o en los coloquios donde tuve oportunidad de presentar mis avances de investigación, pude recibir las críticas, constructivas y puntuales, de ambos y de la doctora María Lucero Jiménez Guzmán. Los tres, con quienes estaré siempre agradecido, fueron guiándome para ir dándole forma al trabajo que, finalmente, y luego de muy diversos y hasta contradictorios replanteamientos y

modificaciones, adquirió el título de *Devenir transmasculino: De cómo algunos hombres trans de la Ciudad de México se (de)construyen y conciben la violencia y el poder masculinos*; el objetivo, conocer de manera situada cómo (de)construyen su masculinidad algunos hombres trans de la Ciudad de México y, a partir de la producción conjunta de narrativas, comprender su experiencia en su devenir hombres, así como sus perspectivas ante la violencia y el poder que, comúnmente, están emparentados con la masculinidad. De tal suerte, los objetivos particulares del trabajo se plantearon de la siguiente manera:

- A. Conocer, a través de la co-construcción de narrativas, el proceso de significación y resignificación de “lo masculino” y del ser hombres.
- B. Descubrir cómo ha sido su proceso de socialización de género en este devenir identitario.
- C. Identificar, si los hay, los tipos de violencia que han vivido o ejercido en su devenir.
- D. Saber si en su construcción hay identificados privilegios en términos del poder emparentado con la masculinidad.

## 1.1. Mis puntos de partida teóricos, epistemológicos y éticos ante *lo trans*.

Durante el comienzo de mi posgrado fui aclarándome y entendiendo varias cosas, mismas que modificaron, tal y como dije páginas atrás, el objetivo inicial del proyecto. Para empezar, el trabajo original, que buscaba sólo entender los discursos y la expresión de género de los hombres trans en la Ciudad de México, para demostrar, según yo, que había una cierta regularidad en la construcción de su masculinidad, viró hacia otros derroteros, gracias al conocimiento que ya estaba adquiriendo

sobre los conceptos clave en los estudios de género y a la búsqueda del estado del arte, que me llevó a descubrir textos cada vez más específicos y complejos sobre las identidades trans; también gracias a la críticas de la doctora Olivia Tena Guerrero y de mis compañeros en los distintos seminarios sobre investigación con perspectiva de género y feminismos. La primera de esas críticas versaba en que mi estado del arte incluyera algunos trabajos sobre psicología social y psicoanálisis ante el fenómeno de *lo trans*, y, en segundo lugar, en mi afán generalizador sobre los discursos y expresiones de género de los hombres trans, que, a simple vista, decía yo, “se encorsetan” en las manifestaciones más estereotipadas de la masculinidad en el país. En los inicios de mi investigación, yo partía del supuesto de que los hombres trans en México reproducen los esquemas culturales impuestos por una suerte de dictadura de estereotipos de género, donde la masculinidad tiene patrones muy específicos que, históricamente, devienen de nuestro imaginario social, todos englobados por el concepto del *macho mexicano*, un símbolo poderoso que, si bien ha tenido numerosas resistencias y subversiones, sobre todo en las últimas décadas, ha mantenido casi intactos los mecanismos que posibilitan la dominación masculina y sus distintas formas de expresión.

Esa perspectiva cambió por completo cuando conocí a la antropóloga Alba Pons Rabasa en una conferencia que dio en el Colegio de México, y luego leí su trabajo doctoral titulado *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales: Un archivo etnográfico de la normalización de lo Trans\* y los procesos de corposubjetivación en la Ciudad de México* (UAM: 2016), en el que además de asumir un posicionamiento crítico contra los procesos de institucionalización-normalización de lo trans a través, principalmente, de los discursos médicos y jurídicos, hace toda una revisión a las ideas nodales de Foucault, Nikolas Rose, Gilles Deleuze y Byung-Chul Han sobre el poder y el sujeto, para así desarrollar el esquema analítico de un

concepto que ella denomina *procesos de corposubjetivación*,<sup>5</sup> el cual es empleado por ella para analizar una serie de diálogos etnográficos con mujeres y hombres trans bajo la perspectiva del conocimiento situado (Haraway, 1995), “la única vía” capaz de permitirnos “investigar asumiéndonos como sujetos encarnados, [además de que] posibilita el desafío de las fronteras disciplinarias, y, a su vez, de las fronteras de género” (Pons: 2016: 20). Así, con el punto de partida epistemológico de Haraway, justifica su propio esquema de análisis sobre la corposubjetivación de algunas personas trans a las que conoce en un grupo de apoyo de la Clínica Especializada Condesa de la CdMx. En su amplio trabajo demuestra que sólo a través de esta perspectiva parcial y situada de los “saberes locales”<sup>6</sup> es posible entender la singularidad de cada experiencia corporal y subjetiva sobre lo que significa *ser trans*.

De las diversas conclusiones que Pons (2016) plantea mediante su propuesta de análisis hay una serie de ideas que, para mí, destacan por contradecir justamente todo lo que yo suponía; las parafraseo: los referentes hegemónicos, de coherencia y estabilidad heteronormativas (con todos los ideales regulatorios que, aduce ella, pueden llevar a cualquier individuo, trans o no trans, a desear hiperbolizar su masculinidad o su feminidad), brindan sólo significados provisionarios y no son apropiados de manera total por el sujeto; en realidad, la feminidad y la masculinidad “se *torsionan*” y se van resignificando en el tiempo, el contexto y las condiciones que cada sujeto vive y encarna, reproduciendo los ideales normativos del género, el sexo y la heterosexualidad (es decir, en el marco del poder), pero también desplazando las fronteras del género y singularizando su

---

<sup>5</sup> La *corposubjetivación*, dice Pons Rabasa, “es un proceso continuo de reapropiación subjetiva y corporal mediante el cual el sujeto se va encarnando como tal y en el que las representaciones sociales en torno al género, la racialidad, la sexualidad, la clase social, la edad, o incluso la religiosidad, participan performativamente y de forma compleja, particular y constante. Se trata de un movimiento continuo de transformación material del complejo entramado corporal, subjetivo, cultural y afectivo que implica al sujeto en relación a su contexto” (Pons: 2016: 468).

<sup>6</sup> Concepto también utilizado por Pons Rabasa, retomándolo de Foucault, en alusión a la producción de saberes que surge en los espacios vitales donde las personas establecen lazos fuertes de identidad, reconocimiento y convivencia.

propia performatividad<sup>7</sup> de formas tan específicas como contradictorias, en un ir y venir que no termina.

Cuando comencé a revisar la teoría sobre la cual podría echar mano para abordar este tema, me encontré con varios problemas. El primero tenía que ver con la cantidad de estudios que hay sobre masculinidad, lo que desemboca en una verdad enunciada por Robert Connell (1995): “La masculinidad no es un objeto coherente acerca del cual se pueda producir una ciencia generalizadora”. Esto, a su vez, me presentaba otra complicación: si no hay un “objeto coherente” o “fácil de generalizar”, mucho menos habrá herramientas metodológicas para analizar y entender la masculinidad de mis informantes cuando llegue el momento del trabajo de campo; o, al menos, eso pensaba yo. Este inconveniente quedó en parte resuelto al conocer la propuesta de análisis que hace Pons Rabasa ante la experiencia del género de personas trans; para mí, encontrar un concepto como el de *corposubjetivación*, que, como ya dije antes, engloba tantas posturas teóricas interpretativas sobre los discursos del cuerpo y el género (su expresión masculina o femenina), fue como un atajo muy conveniente y, al mismo tiempo, congruente con el perfil de mi investigación, pues, además de permitirme afirmar (en la misma línea que Connell) que la masculinidad sólo puede entenderse en sus configuraciones particulares y situacionales, en “una estructura cambiante de relaciones” (14), se adecuaba por completo a la idea del conocimiento situado, que, según

---

<sup>7</sup> De acuerdo con la Teoría de la Performatividad, de Judith Butler (2001, 2002, 2005), la noción de sexo y de género (incluida su expresión masculina) vienen a ser constructos simbólicos de lo que ella denomina *Matriz Heterosexual*, es decir, un conjunto único de referentes que sirven de base a los “performances” o “repeticiones ritualizadas” de los actos humanos con los cuales construimos y manifestamos nuestra identidad, incluida la del género. Este proceso de ritualización y performance, dice ella, acaban naturalizándose en el cuerpo social y produciendo la ilusión de una sustancia, de una esencia que antecede al discurso. Sin embargo, esta noción de performatividad también tiene una veta progresista en su teoría, al plantear, basada en las aportaciones de la denominada “democracia radical antiesencialista”, que esta idea de “performance” puede ser deconstruida para transformar la cultura hegemónica actual; esto, mediante una “reconcepción del proceso a través del cual un sujeto asume, se apropia y adopta una norma corporal, no como algo a lo que estrictamente se somete, sino, más bien, como una evolución en la que el sujeto se forma en virtud de pasar por ese proceso de asumir un sexo o un género”. (Duque: 2010:31)

Donna Haraway (1991:162) es el único rasgo mediante el cual podríamos hablar de una *objetividad feminista*, una afirmación sobre la cual hablaré también más adelante.

El segundo problema era más de índole ideológico, pues al estar imbuido por los estudios de género y un pensamiento pro-feminista (cercano más bien al decolonialismo), me costó trabajo hallar de qué manera podría observar el fenómeno bajo una mirada que no tuviera los sesgos propios del pensamiento binario que ha configurado también las formas de entender el género, incluidos los estudios que llevan su nombre. En medio de esa confusión, me ayudó a reflexionar un poco más el artículo “La paradoja transgénero”, de Mauro Cabral (2006), en el que para hablar de *lo trans* en los estudios de género hace una crítica no exenta de sus propias paradojas:

La adopción feminista del género como concepto y como *perspectiva* conservó, en lo esencial, los supuestos constructivistas y humanistas del paradigma biomédico que le dio origen; pero, al mismo tiempo, esa conservación adoptó la forma *performativa* de una sutura –invisible pero aun así palpable: la que cose, ontológica y normativamente, género(s) y diferencia sexual binaria–. El género renació, en ese entonces, como condición predicable sólo de mujeres y de hombres (en tanto “construcción social del sexo”) y de la relación de desigualdad entre mujeres y hombres (como “categoría relacional”). [De tal suerte, la] absoluta dependencia ontológica de la *perspectiva de género* respecto de la diferencia sexual produce un inmediato y persistente efecto óptico: dicha *perspectiva* sólo “ve” mujeres y hombres. Esta reducción óptica le impone un límite férreo tanto a la posibilidad de reconocer el universo de subjetividades que excede el binario de género como a la de abordar críticamente la lógica que instituye órdenes diferenciados de subjetividad. [...] La persistencia de la humanidad sexuada –no como *factum*, sino como ideal regulativo– continúa trabajando intensamente al interior de la *perspectiva de género*, mermando su capacidad para recibir, hospitalariamente, *formas de vida* que tienen lugar más allá de las fronteras de esa misma humanidad – como espacio cercado y como Ley. (Cabral, 2006: 3-6) [Las cursivas son del autor]<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> La gran paradoja que yo veo a este planteamiento, y que alcancé a vislumbrar gracias a la doctora Olivia Tena Guerrero, radica en el hecho de que ese dualismo (sexual y de género) es el punto de partida de cualquier discurso que pretenda desentrañar y entender al género mismo, incluidas sus formas de expresión e identidad, que hacen a los individuos nombrarse, identificarse o sentirse, aunque fuere temporalmente, hombres o mujeres. En ese sentido, no

Estas afirmaciones de Cabral complementaron aún más mis ideas para mirar el fenómeno, cuando conocí la tesis *Memorias fuera del género: cuerpos, placeres y políticas para narrarse trans*, de Ana Lucía Ramírez Mateus (2015), en la que la investigadora, basada también en la idea del conocimiento situado, propone *hacer memoria fuera del género*, o, dicho en otras palabras: visualizar la posibilidad de recordar, compartir y dar sentido al pasado de aquell\*s<sup>9</sup> que nunca lograron o quisieron ser sujetos dotados de coherencia por el dispositivo binario de género.

---

creo que hablar de una *perspectiva transgénero* resuelva el problema de los ideales regulativos, que, como bien lo señala Cabral en su texto, constriñen la libertad de representarnos de otras maneras (diversas, cuantiosas, en el espectro que hay entre los polos del binario y sus formas de concebir lo “masculino” y lo “femenino”) y crean la ilusión de que no pueden existir subjetividades que excedan al propio binario de género. En todo caso, yo creo, en concordancia con la doctora Tena Guerrero, que sí deberíamos comenzar a reconocer, efectivamente, ese universo de subjetividades o “identidades abyectas” (Foucault *dixit*), pero no desdeñar lo que los estudios de género y el feminismo consiguieron poner en la mesa para comenzar a pensar y debatir respecto de esta gran paradoja, que es responsabilidad y atañe no a una epistemología particular, sino a todo acto que implique pensar la compleja condición humana, violentada prediscursivamente desde que nace con un género. Dejar de pensar que la oposición binaria universal hombre / mujer es la única relación posible para pensarnos y construirnos es un trabajo de deconstrucción que, como bien señalan a su manera Bourdieu (2000) y Scott (1986) –ella, en consonancia con Derrida–, supone un largo trabajo histórico de las categorías de percepción y apreciación del cosmos, y un “análisis contextualizado de la forma en que opera cualquier oposición binaria, invirtiendo y desplazando su construcción jerárquica, en lugar de aceptarla como real o palmaria, o propia de la naturaleza de las cosas” (Scott, 1986: 374)

<sup>9</sup> Ha habido diversas maneras de intervenir el lenguaje como un acto político mediante el uso o la modificación arbitraria de ciertos sintagmas (recursos ortográficos, vocales, artículos, adjetivos, sustantivos...) que en el idioma español representan y universalizan (en género masculino) la realidad de lo que se nombra; el uso de la arroba, las letras “x” o “e” y el asterisco en la vocal del género semántico son las que más destacan. En el caso del presente trabajo opté por jugar con dos recursos: la “x” y el asterisco. El acto, más allá de pretender imponer al mundo una regla que *per se* es inoperable en términos de practicidad comunicativa, es sólo eso: un acto político, pues nadie habla con arrobas o asteriscos (que sí, lo reconocemos, son impronunciables). Entiendo que tal vez molesta, incomoda o indigna a quien trata de leer en voz alta los enunciados contruidos de esa manera, pero el objetivo es justamente ese: molestar, incomodar e indignar a quienes no han querido ver la prevalencia del hombre universal ya no digamos en la representación lingüística de la realidad, sino en la vida misma, la que se vive todos los días. A este respecto, Mauro Cabral (2011) escribió un texto en versos que tal vez aplaque un poco la desazón ante esta “excentricidad”; transcribo aquí un fragmento: “Podríamos escribir siempre *los*. / Podríamos escribir *as/os*. / Podríamos escribir *las* y *los*. / Podríamos escribir *las*, *los* y *les*. / Podríamos usar una arroba. / Podríamos usar una *x*. / Pero no. Usamos un asterisco. / ¿Y por qué un asterisco? / Porque no multiplica la lengua por uno. / Porque no divide la lengua en dos. / Porque no divide la lengua en tres. / Porque a diferencia de la arroba no terminará siendo la conjunción de una *a* y una *o*. / Porque a diferencia de la *x* no será leído como tachadura, como anulación, como intersex. / Porque no se pronuncia. / Porque hace saltar la frase fuera del renglón. / Porque es una tela de araña, un agujero, una estrella. / Porque nos gusta. ¡Faltaba más! ...” [Las cursivas en el texto son mías.]

Así, el siguiente paso fue hacer una aproximación más o menos justa a lo que significa “ser trans”, sin que mi entendimiento sobre el fenómeno y mi manera de enunciarlo tuviera esos sesgos peligrosos de los que hablaba. En mi búsqueda encontré el artículo “Trans”, de las autoras Garosi y Pons (2016), cuyos preceptos embonan por completo con la forma en que *debía mirar* la masculinidad trans a partir de entonces; parafraseo o cito textualmente aquí las ideas que para mí resultaron más importantes de tal artículo:

- A. Lo trans debe entenderse y abordarse “sin objetivar, universalizar u homogeneizar estas experiencias, sino asumiendo su heterogeneidad, complejidad y multidimensionalidad”. (Garosi y Pons, 2016: 309)
  
- B. La objetivación de las experiencias trans y las conceptualizaciones que ha producido la medicina en cuanto tecnología fundamental de producción de subjetividad ha tenido costes políticos, subjetivos y corporales que es necesario considerar: 1) “El discurso dominante en el campo médico ha construido como natural y normal la correspondencia entre cuerpo sexuado e identidad de género; así, todas las experiencias que no encajan en este esquema son definidas, de alguna forma, como patológicas, y se vuelven objeto de procesos de normalización con la finalidad de restablecer el ‘orden natural’ entre sexo y género”. 2) “Debido a la legitimidad social de la medicina, se produce una verdad hegemónica de *lo trans*: por un lado, se presentan estas experiencias como un estado patológico que puede ser diagnosticado (y curado) y, por el otro, se construye lo trans como una condición identitaria esencial e inmutable (transexual, transgénero y travesti)”. 3) “La adscripción subjetiva y corporal de estos discursos científicos ofrece a las subjetividades interpeladas una suerte de ‘promesa de normalización’ que obviamente contiene ciertas ventajas en términos sociales, pero a su vez oculta sus costos

subjetivos, corporales y políticos, entre los cuales está la subordinación identitaria a través de lógicas como la patologización, la estigmatización, la invisibilización y la infantilización.

(*Ibid*, 308-311)

C. Desde un posicionamiento crítico y feminista, es importante “cuestionar este discurso que no sólo patologiza las experiencias trans, sino que tiende a borrar la multiplicidad y la fluidez de las experiencias de género.” (*Ibid*, 311)

D. *Lo trans* es una “experiencia que va más allá de las categorías identitarias de hombre y mujer [...], una estrategia inclusiva de variabilidad humana en el campo del género, ya que: 1) permite preservar la multiplicidad de las experiencias subjetivas y corporales de género, haciendo referencia más a un movimiento, un proceso, o un “ir más allá de”, que a una condición o identidad preexistente; 2) no resalta las definiciones médicas patologizantes; 3) no tiene por qué asumir como referencia el sistema binario sexo-género; 4) se configura como un posicionamiento crítico desde dónde analizar los procesos de producción de ficciones identitarias, y 5) constituye una lente a través de la cual se puede analizar la realidad social.” (*Ibid*, 312)

E. De tal forma, *lo trans* debe entenderse “ya no tanto como identidad, sino en el sentido más literal de ‘ir más allá de’ la identidad, del género, de lo normal [...], lo que nos permitirá observar de una forma clara cómo el género sujeta a los sujetos, es decir, los constriñe; pero a la vez, la manera en que los sujetos elaboran estrategias, prácticas y resignificaciones que les permiten cuestionar al género en cuanto a representación, aunque sea de forma no consciente”, toda vez que “los sujetos tuercen, subvierten y reformulan esa representación supuestamente objetiva, fija y estable que los discursos hegemónicos han configurado.” (*Ibid*, 322)

F. “Hablar de lo trans como algo coherente, homogéneo, estático, al margen de la norma, o incluso, que la transgrede, es simplificarlo, re-alterizarlo y objetivarlo. [...] Las experiencias sexo-genéricas están atravesadas por la clase, la racialidad, la edad y las capacidades corporales y, por tanto, moldeadas de formas particulares. (*Ibid*, 322-323)

## 1.2. *Autovigilancia epistemológica*

Antes de reflexionar sobre los conceptos clave de mi estudio (*masculinidad, violencia, poder*), mismos que en el decurso me permitieron reflexionar, junto con los participantes, en otros temas, tales como *emociones, cuerpo y cuidado de sí*, quiero explicar la noción que Guillermo Figueroa Perea (2017) propone sobre el concepto de la *vigilancia epistemológica*. En este otro enfoque no se trata tanto de lo que Pierre Bourdieu (1984) dice: de someternos al examen permanente de los agentes externos y eruditos que examinan nuestro saber científico, con todo y las contingencias dictatoriales que eso pueda suponer, tal y como lo advierte este sociólogo francés, sino, más bien, de *autovigilar* nuestros mecanismos conscientes e inconscientes para generar conocimiento y evitar a toda costa, en los márgenes más éticos, la *expropiación de las subjetividades*, sobre todo cuando trabajamos con informantes que pertenecen a grupos vulnerados o estigmatizados históricamente, algo que suele suceder cuando el lenguaje parte no sólo de marcos conceptuales poco transparentes o versados en la ignorancia, sino de una falta de autoreflexión de l\*s investigador\*s en el papel que juegan para representar los fenómenos. Esto da lugar a que “lo que no se nombra se acab[e] asumiendo que no existe”, pero a la par, que lo asumido como *existente* sea narrado, descrito e interpretado “desde el lenguaje que hemos aprendido, incluso aunque no nos identifiquemos totalmente con el mismo, de manera consciente o no”. De tal forma, dice

Figuroa, esta *autovigilancia* es otro punto de partida ético, una especie de “espejo analítico” que deberíamos considerar para posicionarnos y “delimitar el horizonte desde donde [...hablamos e investigamos] un tema específico” (Figuroa: 2017, 12). Y esto, porque el riesgo de expropiar una subjetividad radica justamente en lo que la investigación social tradicional (paternalista, colonizadora, positivista y neoliberal) ha hecho con la experiencia individual ante los problemas que estudia: negar la riqueza y la verdad subyacente en el punto de vista de quienes los padecen. Un problema de investigación, dice acertadamente Sandra Harding (1987), “es siempre un problema *para* alguien”.<sup>ð</sup> En ese sentido, y siguiendo a esta autora fundamental del feminismo, la autovigilancia debe comenzar justo en la reflexión del lugar que ocupa quien lleva a cabo el acto de investigar: ¿a quién representa: a un organismo institucional, a alguna ONG, a una empresa, a un centro de estudios con determinada línea ideológica?; ¿por qué está estudiando tal o cuál problema?; ¿qué tanto sabe de él y sus protagonistas?; ¿quién se beneficiará de los resultados de la investigación?; ¿en qué medida sus características de identidad –raza, género, estudios, clase social, filiaciones políticas, filias, fobias, etc.– determinarán la validez científica en el marco de su epistemología? Esto no puede soslayarse nunca, cuantimás si hablamos de un estudio feminista y situado, por lo que “debemos evitar la posición ‘objetivista’ que pretende ocultar las creencias y prácticas culturales del investigador, mientras manipula las creencias y prácticas del objeto de investigación para poder exponerlo.”<sup>10</sup>

---

<sup>ð</sup> Las cursivas son de la autora.

<sup>10</sup> En otro gran texto, Harding (2004: 63) reflexiona sobre los desafíos del feminismo y la *Teoría del punto de vista* frente a los sistemas científicos tradicionales. En tal texto, retoma un planteamiento de Haraway (1998), en el que ésta destaca, como algo esencial en cualquier proyecto científico de corte feminista, la necesidad de “tener simultáneamente una descripción de la contingencia histórica radical para todas las afirmaciones de conocimiento y los sujetos de conocimiento, una práctica crítica para reconocer nuestras propias tecnologías semióticas para crear significados y un compromiso en serio con las descripciones fieles de un mundo real”. Esto, aunque no aduce directamente a lo que desarrollaba párrafos atrás sobre la *autovigilancia epistemológica*, sí enriquece los argumentos de Figuroa Perea y Harding respecto de nuestra forma de representar los fenómenos como investigador\*s con una

Dicho lo anterior, quiero relatar ahora otra experiencia personal que me hizo entender la importancia que tiene el uso del lenguaje (y, en consecuencia, sus alcances hermenéuticos y de sentido) en cualquier investigación, social o de otra índole: Al encontrarme con uno de mis informantes para explicarle la naturaleza de mi proyecto, y a pesar de la confianza por el tiempo de conocernos, o de que ya tuviera yo todos los referentes conceptuales y de reflexión que he explicado hasta ahora, me asaltó un dilema ético y moral muy grande: ¿cómo habría de referir e involucrar su condición particular, y justificar mi interés por conocerlo más a fondo, pero desde una perspectiva que no cosificara su experiencia de *ser trans* o la objetivara de alguna manera que, en nombre de mis motivaciones científicas y personales, “expropiara su subjetividad” tal vez sin que yo lo percibiera? ¿Cómo apelar a él, como hombre trans o como hombre *a secas*? ¿No es un riesgo que las personas trans puedan interpretar cualquier acercamiento a su cotidianidad y a su vida como una invasión, y que nuestro lenguaje pueda ponernos trampas en el decurso de la comunicación? ¿Qué nos hace pensar, desde qué referente científico y autorizado por la academia, bien o mal comprendido, que las identidades trans sólo pueden ser estudiadas o entendidas a partir de lo que los estudios de género han dicho de ellas? Y más: siguiendo la postura de Mauro Cabral (2006), ¿cómo resolver (en el uso del lenguaje, para empezar, y en el abordaje científico del fenómeno, posteriormente) esta “absoluta dependencia ontológica” que la perspectiva de género hace respecto de la diferencia sexual, que “ve” solamente mujeres y hombres?

Todos estos puntos de reflexión se reforzaron también luego de leer una publicación en *Facebook*, donde una mujer trans publicó algo que me hizo ahondar aún más en ellos:

---

identidad, unas motivaciones, un conocimiento concreto (a veces insuficiente) hacia el fenómeno y unas circunstancias específicas de vida.

Layla Ahlam V. (2018, abril 6) Yo sé que aquí tengo agregadas a varias personas #cis<sup>δ</sup> que en algún momento de su vida han hecho investigaciones académicas (tesis, ponencias, etc.) sobre personas #trans. Y yo imagino que ya han leído mi postura al respecto; pero a quienes ya la hicieron quiero preguntarles: ¿Qué pasó con su investigación después de obtenida su finalidad (sea el expedir un título o cualquier otra)? ¿La trabajaron con alguna persona trans que, de menos, supervisara que no se replicaran sesgos médicos o de cualquier otro tipo? ¿A qué personas trans se acercaron (consideraron a hombres trans y a personas no binarias también, o sólo se enfocaron en mujeres)? ¿Le devolvieron de alguna manera a las personas trans que se vieron involucradas en su estudio, los resultados del mismo? ¿Sirvió o sirve de algo su investigación para mejorar las condiciones de vida de las personas trans, o solamente sirvió para expedir su título o sacar una constancia académica? ¿La información que sacaron era relevante y novedosa, o podía ya encontrarse en internet o en cualquier otro lugar? ¿Cómo fue su trato y acercamiento las personas trans involucradas?, ¿fue de una manera humana y sensible, o con la mirada morbosa a su exótico objeto de estudio? Me encantaría escuchar sus respuestas, aunque muy probablemente eso no pase. Y vean entonces por qué cada vez que se me acercan para pedirme una entrevista para un estudio con estas características, les digo que mejor la hagan sobre cualquier otra cosa.<sup>11</sup>

### 1.3. Mis experiencias situadas y mi mirada feminista en esta investigación

Dado que la herramienta metodológica fundamental de esta tesis son las Producciones Narrativas (PN), cuyos fundamentos teóricos serán explicados más adelante, debo advertir que en distintos momentos del texto apelo a experiencias muy específicas de mi vida o de mi papel en el propio trabajo de investigación; esto, porque la naturaleza de las PN posibilita justamente la experiencia

---

<sup>δ</sup> La apócope “cis” se refiere al término *cisgénero*, que, como se mencionó anteriormente, se utiliza para referir a aquellas personas cuya identidad de género coincide con la sexualidad biológica que se la asignó al nacer.

<sup>11</sup> Actualización de estado de Facebook. Recuperado de: <https://www.facebook.com/layla.ahlam.flandes/posts/10204048021278297>. Fecha de consulta: 11 de octubre de 2018. Agradezco a mi amiga Merle Iliná las críticas y recomendaciones que, tras leer esta publicación, me ayudaron a ahondar y pensar sobre la postura ética de mi investigación.

situada (Haraway, 1991), el involucramiento continuo (incluso a nivel emocional), de quien investiga, pero también por mis posturas como investigador (la epistemológica, la ontológica, la ética), por mis caminos de conocimiento y autoconocimiento, que, en gran parte, obedecen a lo que el feminismo nos ha dejado ver en múltiples trabajos científicos y de acción político-social: la importancia y el papel activo de la subjetividad de quien conoce, durante el proceso mediante el cual se construyen discursos.

En esa línea, y retomando de Mari Luz Esteban (2004) el concepto de *itinerarios corporales*, Ramírez (2015) nos habla de practicar una *antropología encarnada*<sup>12</sup> donde la experiencia de quien investiga pueda reconocerse e involucrarse como parte activa en la co-producción de conocimiento con las personas que co-participan en él, es decir, informantes e investigador\*s. Para complementar esto, la autora recurre a una premisa básica de la epistemología crítica feminista: el conocimiento está encarnado en nuestro cuerpo porque es “el lugar desde el cual miramos, interpretamos y transformamos la realidad [...], un cuerpo marcado, sexuado, generizado, racializado, colonizado, con memoria, con afectos y deseos, un cuerpo controlado y vigilado por el biopoder<sup>13</sup>, que aun así puede moverse hacia una multiplicidad de cuerpos posibles, disidentes de la norma, un cuerpo capaz de entrar en relación con otros cuerpos, de afectarlos y ser

---

<sup>12</sup> Este concepto planteado por Esteban surge del denominado *embodiment*, de Csordas T. (1990) que entiende el cuerpo no sólo como un objeto de estudio (necesario para pensar-se), sino también como el *sujeto* que, al ser *necesario para ser*, es la base existencial de la cultura. El pensamiento, dice por su parte Mauro Greco (2011, 3) en referencia a la postura de Csordas, “no existe antes del discurso; pensamos en palabras, y *el punto de vista en el mundo* desde el cual lo hacemos es nuestro cuerpo”. [Las cursivas son del autor]

<sup>13</sup> En su obra *Historia de la sexualidad: I. La voluntad de saber* (1977), Foucault parte de algunas teorías del derecho y la política para hablar del biopoder como la estatización de la vida biológica de los seres humanos vivientes, donde el antiguo derecho del soberano, de hacer morir o dejar vivir, es sustituido por el poder de hacer vivir a los gobernados o abandonarlos a la muerte, a partir de las configuraciones del poder que fueron evolucionando con el paso de los siglos e incorporando las disciplinas científicas sobre la anatomía del cuerpo y sus funciones biológicas y reproductivas, además de otras biopolíticas de nivel macro encaminadas a los procesos poblacionales (natalidad, mortalidad, salud, cuidados de la vida...) y al cuidado territorial y racial del propio Estado. Así, el biopoder viene a ser el “poder sobre la vida (las políticas de la vida biológica, entre ellas las políticas de la sexualidad), [pero también el] poder sobre la muerte (el racismo, por ejemplo)”. (Castro, 2004: 59-62)

afectado por ellos” (Ramírez, 2016: 110)<sup>14</sup>. Todo esto, con el objetivo de suplantar la relación de poder epistemológica y su producción de saber académico que, también en algunos estudios de género, ha venido expropiando subjetividades y, en el caso de las identidades trans, interviniendo sus realidades y articulándolas en el binario genérico. Para ello, expone Ramírez, debemos hablar *junto con* nuestr\*s informantes, y no *en el lugar de* ell\*s (interpretándolos, analizándolos, describiéndolos y representando con el discurso científico sus propias experiencias, algo que Figueroa Perea expone en su propuesta).

De tal suerte, producir “conocimiento acerca, con y desde las transgeneridades implica un compromiso con el reconocer y posicionarse en perspectiva transgénero”, que no de género (127). Al final, esta manera de restablecer y hacer fructífera la relación corporal que se da en este vínculo de conocimientos situados posibilita hacer una *memoria fuera del género*, es decir, recordar y dar sentido a quienes nunca consiguieron o desearon ser personas dotadas de coherencia por el dispositivo binario que configura los géneros (120).

De ahí que este trabajo tenga una motivación feminista y se enmarque en su epistemología, pues a pesar de varias circunstancias difíciles de borrar en mi cuerpo y en mi biografía<sup>15</sup>, el tema no podría pensarse bajo otra óptica que no fuera la relacionalidad del género, surgida gracias a las necesidades, cuestionamientos y constructos que este paradigma teórico y político vino a aportar al quehacer científico, revolucionándolo. ¿De qué otra manera podría yo entender la masculinidad trans si no es a partir de lo que una gran cantidad de teóric\*s e investigador\*s han ido abonando a

---

<sup>14</sup> Afirmación que la autora complementa con lo dicho por Judith Butler (1993) respecto del género como “una matriz cultural que produce y condiciona qué cuerpos, identidades y sujetos pueden ‘existir’, ser comprendidos, considerados como coherentes y pensados como posibles, y cuáles no” (Ramírez, 2016: 120).

<sup>15</sup> Soy un hombre con caracteres sexuales primarios y secundarios que corresponden a lo socialmente definido como “masculino”, y nací, *de facto*, con la herencia de los privilegios masculinos, en un mundo en el que la mujer ha estado históricamente subordinada a nuestra dominación como género, lo que me coloca (aunque no quiera, la critique y luche por no reproducir sus mecanismos) en una posición difícil de borrar en los malestares de las mujeres.

la discusión de la masculinidad, ya sea en el seno del feminismo, como feministas propiamente, o a partir de las demandas sociales y epistemológicas que emanaron de él? Esto sería un contrasentido.

#### 1.4. ¿Por qué el tema de esta tesis debe leerse en clave feminista?

Todas las reflexiones previas son muy necesarias, no sólo por el tipo de mirada que, según lo explicado hasta ahora, requiere el estudio de fenómenos sociales como el de la presente investigación, sino por la importancia que busqué darle a la producción discursiva, al propio lenguaje, de quienes aceptaron participar conmigo: Fabián, Daniel y Octavio. A pesar de que haya tantas vetas teóricas (o filosóficas, incluso) sobre la masculinidad, las verbalizaciones e ideas que cada uno de ellos aportó sobre su proceso de construcción (es decir, su devenir hombres) fueron más importantes, pues además de circunscribirse a la estrategia metodológica que decidí adoptar: las producciones narrativas (Balash y Montenegro, 2003)<sup>16</sup>, satisficieron mi interés por visibilizar y posicionar sus discursos; esto, porque el ejercicio de co-escritura de los textos narrativos posibilitó la agencia de los participantes en la producción de conocimiento y, con ello, el entendimiento del fenómeno a partir de su propia experiencia –no colonizada, no expropiada, no interpretada, no traducida y mucho menos usada para generalizar problemáticas, a la usanza del discurso científico hegemónico–, lo que viene a representar esa *mirada difractada* de la que hablaba Donna Haraway y que, a la postre, vino a conformar, en el caso de esta tesis y sus tres

---

<sup>16</sup> Esta propuesta, que, como ya dije antes, será explicada más adelante, tiene total consonancia con lo que he argumentado sobre el uso del lenguaje en estudios sociales como este y sobre la importancia de situar el conocimiento en cualquier investigación que busque ser feminista o que, al menos, haya sido motivada por los cuestionamientos del feminismo académico y político a la cultura de género.

protagonistas, una triada de conocimientos situados, únicos, sobre su cuerpo y su manera particularísima de entender y encarnar la masculinidad, cruzada por temas tan complejos como la violencia masculina o el poder de los hombres en nuestra cultura de género<sup>17</sup>, asuntos también visibilizados, teorizados y materializados –en luchas políticas, demandas históricas y un sinfín de logros– gracias sólo al feminismo.

Y es justo aquí donde me quiero detener, toda vez que el abordaje de la masculinidad en mi estudio, a pesar de no poder imaginarlo “al margen de las políticas y acciones feministas encaminadas a la eliminación de los sistemas de opresión hacia las mujeres y al logro de relaciones crecientemente equitativas hacia la igualdad entre los sexos”, como bien lo apunta Olivia Tena (2010: 271) cuando habla sobre el abordaje académico y teórico de las masculinidades, me hizo reflexionar otras cosas, algunas de las cuales derivaron en más encrucijadas éticas: la primera fue antes de comenzar el trabajo de campo y elaborar las preguntas con las que dialogaría con mis informantes para la posterior co-producción de las narrativas. Esto, porque al abordar las categorías de violencia y poder masculinos no quería que el trasfondo de mis cuestionamientos pareciese más

---

<sup>17</sup> Retomo y utilizo aquí el concepto *cultura de género*, de la antropóloga Elsa Muñiz (2004), que descubrí también en la tesis de Pons Rabasa. Esta es una categoría que debe entenderse como algo omnipresente y concebible sólo históricamente, “ya que cada sociedad parte de una división sexual de trabajo originada en las diferencias biológicas de los individuos; que supone un tipo de relaciones interpersonales donde los sujetos –hombres y mujeres– comparten una lógica del poder que vuelve tal relación de supremacía masculina en asimétrica, jerárquica y dominante en todos los ámbitos de la vida cotidiana. La *cultura de género* crea y reproduce códigos de conducta basados en elaboraciones simbólicas promotoras de las representaciones hegemónicas de lo femenino y lo masculino, y es a partir de estos códigos y representaciones que se dirigen las acciones de los sujetos de género, desde su vida sexual hasta su participación política, pasando por su intervención en la vida productiva, de tal manera que la *cultura de género* transita del llamado ámbito privado de la vida al público [...] Entendida así, la *cultura de género* nos permite finalmente ubicar la construcción histórica, cultural y social de la diferencia sexual frente al poder en su conjunto con los hombres, las instituciones y el Estado” (32). A partir de esta definición, Muñiz habla entonces de la *historia cultural del género*, una historia “que da cuenta de las formas de representación del mundo dentro de un grupo humano, y que analiza la gestación, la expresión y la transmisión de los modelos culturales de la feminidad y la masculinidad que en cada momento histórico se impusieron en las diversas sociedades, que comprende el movimiento, rápido o lento, suave o violento que a lo largo del tiempo los reproduce y los transforma; una historia que advierte los mecanismos mediante los cuales se sublima, codifica y define dicha representación del mundo y en ella la construcción de lo femenino y lo masculino...”(33) [Las cursivas son de la autora.]

un monólogo que los obligara a reflexionar sobre el *deber ser* de los varones en alguna sociedad ideal, o que percibieran en mí alguna provocación de orillarlos a pensar de qué forma su masculinidad ha contribuido o no a construir un marco de relaciones equitativas entre los géneros, y que por ello, además, se sintieran desvalorizados o, tal vez, estigmatizados por las motivaciones feministas que, de manera explícita, tiene mi investigación. No. Creo que los alcances sociales de esta tesis van más allá de esto. En realidad, cualquier estudio que emplea la epistemología feminista sí debe suponer, en mayor o menor medida, un cierto compromiso político y ético con el cambio social –búsqueda de igualdad, equidad, emancipación, libertad y autonomía de las mujeres– (281); sin embargo, y lo que resulta más importante, al menos para este estudio, no podemos dejar de lado la dimensión individual y existencial de las personas con quienes trabajamos, cuantimás si éstas (como es el caso de Fabián, Daniel y Octavio) fueron mujeres o tuvieron, de alguna manera, una historia de opresión y violencia. De tal suerte, el alcance social de este trabajo, creo yo, así como su aportación al feminismo, radica en conocer justamente qué tipo de masculinidad puede encarnar un hombre trans, pero también qué emociones, pensamientos, miedos, expectativas, memorias... hay en ese tránsito percibido por su corposubjetivación, pues hasta ahora la gran interrogante *¿qué es ser un hombre y qué es ser una mujer?* seguirá en el aire, lo que no quiere decir que debemos dejar de pensar en ella. Esto me recuerda algo que me expresó Fabián en algún momento de nuestros encuentros: “no entiendo por qué vergas soy así, mano; quisiera ser de otra forma, puta madre, pero no puedo, te lo juro”.

El segundo momento de esta reflexión ética e ideológica vino, de igual forma, en el decurso de la comunicación con Fabián, Daniel y Octavio, cuando llegó la hora de dialogar con ellos sobre los temas de violencia y poder masculinos y yo sentí como si los estuviese acorralando al acto de

confrontarse con todo lo que, según dicta nuestro sentido común,<sup>18</sup> resulta inevitable en el hecho de ser o hacerse hombre en nuestra cultura de género y su universo simbólico –dominación, agresividad, negación de emociones, control, lucha, competencia, temeridad, etcétera– como si ante ello, y más tratándose de identidades trans, yo hubiese dado por hecho que no existía para ellos otro camino posible en su proceso de construcción. Reflexionando a fondo el asunto, y ya en las etapas de co-lectura y co-escritura de las narrativas, entendí que la cuestión tal vez guarda un estrecho vínculo con la crítica de Mauro Cabral (2006) al reduccionismo óptico de los estudios con perspectiva de género y sus “límites férreos” para “reconocer el universo de subjetividades que excede el binario de género”, pues al hacer la primera versión de las narrativas encontré que, a excepción de Fabián –quien sí lo reconoció abiertamente, pero, a su vez, dijo sentirse incómodo y con ganas de cambiarlo– ni Daniel ni Octavio tienen formas de expresión tan hegemónicas en su masculinidad.

El propio título de la investigación sugiere que para categorizar, para nombrar y, por añadidura lógica, para entender y adentrarnos en *lo trans*, en algún momento debemos recurrir a las categorías *mujer* y *hombre*, así como a su relación recíproca, pues como bien apunta Tena, “es ineludible abordar las relaciones entre los géneros, así como ineludible ha sido incorporar, aunque sea de manera indirecta, el estudio de la condición masculina como parte sustancial de la definición del ser mujer y de la construcción de identidades” (278). De alguna forma, y como ya lo sugerí páginas atrás, las categorías *mujer* y *hombre* serán siempre los puntos de partida que socialmente nos son impuestos para construir una identidad, independientemente de que, con el paso del

---

<sup>18</sup> Me baso aquí en la noción de sentido común que Edmund Husserl desarrolla en su obra *Crisis de las ciencias europeas y de la fenomenología trascendental* (2008: 65), según la cual "el mundo es *pre-dado* pre-científicamente en la experiencia sensible cotidiana de [un] modo subjetivo-relativo", como la base originaria, el punto de partida obligado, de todo proceso racional y/o científico, o, en otras palabras, el origen sedimentado de cualquier evidencia a la que apelemos a partir del lenguaje (*cfr.* Aguirre y García, 2010) [las cursivas de la cita son mías].

tiempo, se cuestione o deconstruya el género donde esta perviva. De ahí la idea del devenir que señalé también anteriormente.

Es aquí donde el concepto *deconstrucción*<sup>19</sup> adquiere un papel primordial, de cierta manera ligado a lo que Foucault (1984) denominó *prácticas de libertad*. Para este pensador, es inevitable que el sujeto entre en (y sea determinado por) el *régimen de verdad*<sup>20</sup> y los juegos que éste establece

---

<sup>19</sup> Propuesto originalmente por Jacques Derrida (1989a, 1989b y 1971) a partir de ideas de pensadores como Martin Heidegger (2009), el concepto *deconstrucción* se basa en el análisis de las estructuras que conforman cualquier discurso en una época, para así rastrear sus posibles falacias ocultas y develar otras verdades que constituyan un discurso distinto, es decir, poniendo en duda los principios y supuestos de su racionalidad representacional, que, en el caso de Occidente, sólo han versado en el imperativo cartesiano de re-presentar, con pretendida exactitud y limitación, los significados no ambiguos, para nombrar la realidad y *hacerla presente* a través de los enunciados con que apelamos a ella. Así, el *texto*, que está acotado por el propio sistema generador de *la presencia*, tiene también un *margin* de significantes y significados capaces de hablar(nos) y significar(nos) (en) la alteridad y la diferencia. En su arqueología sobre el poder, desarrollada en el conjunto su obra, Foucault busca también esas fisuras de la unidad discursiva con la que la biopolítica instaura *sujetos coherentes* bajo la mira del pensamiento cartesiano, para así cuestionar, desde sus márgenes, las reglas de producción de cualquier práctica discursiva, y dar lugar a producciones discursivas singulares (incluidos los discursos del cuerpo, la sexualidad y sus funciones “sólo reproductivas”), que antes eran excluidas o no reconocidas por el sistema biopolítico productor de verdad. “Para Derrida, el texto no es sólo entendido como producción escrita (la cual constituye su acepción más extendida), sino como realidad amplia y compleja, como entramado y tejido de significaciones entrecruzadas en las que están implicados otros textos. [...] De modos específicos, tanto en la arqueología [de Foucault] como en la deconstrucción [de Derrida] en cuanto perspectivas para interrogarse sobre el conocimiento formalizado, subyace la dimensión de lo impensado, de lo todavía no dicho del conocimiento: subyace, en otras palabras, la intención de dar lugar a lo que no puede pensarse desde los recursos que ofrecen las categorías del pensamiento racional y representacional de nuestra cultura. En este punto hay una clara proximidad de Foucault y Derrida con Heidegger, para quien el problema sobre el Ser y las dificultades para entenderlo desde el inicio de la metafísica de la presencia constituye una manifestación de la experiencia de lo impensado, del querer pensar lo que no puede ser pensado desde la recuperación acrítica, esencialista y trascendente de la lógica en los marcos categoriales heredados” (Granja, 1996: 241-244). Sin embargo, es Judith Butler (2001, 2002, 2005) a quien le debemos el *aterrizaje* de estas ideas a la reflexión sobre la identidad del sujeto, no sólo como ejecutor de performances ritualizados en su cuerpo sexuado, sino como posible portavoz de las abyecciones discursivas y representacionales que permiten deconstruir su condición de sujeto cartesiano en un no-sujeto (el excluido, el perseguido, el discriminado por el sistema reproductor de la verdad...). “Dicho en otros términos, se puede apelar a un análisis del texto en el que se hace nacer dicho sujeto a partir de la exclusión constitutiva de la figura del insensato. Se constituye un sujeto en la medida en que se excluye (sin eliminar) al incapaz de razonamiento, a quien no puede dudar de sí. Al reconocer que el sujeto moderno depende del otro amenazante (el loco para la razón, el transgénero para la sexualidad, el otro racializado para la etnia), se desdibujan los cimientos que fundamentan la solidez del edificio racionalizante. [...] Así,] el pensamiento de Butler sugiere que la exclusión constitutiva del no-sujeto no implica el cierre ni la solidificación del sistema cartesiano, sino que, en cambio, implica la afirmación de su falibilidad”. (Castelar, 2012: 41)

<sup>20</sup> Según Foucault (1979: 187-189), la verdad es producida gracias a múltiples imposiciones, dando lugar a “efectos reglamentados de poder”. Cada sociedad –nos explica– “tiene su régimen de verdad, su ‘política general de la verdad’: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las

no sólo en los distintos códigos y actos del lenguaje, sino en todas las instituciones y prácticas coercitivas y de control que operan a través del biopoder y se instauran de manera inevitable en nuestros cuerpos y conciencias; proceso en el que, no obstante, hay un margen de acción que nos lleva a cuestionar esos mandatos, para así conseguir deconstruirlos. El acto en sí mismo, la práctica reflexiva de la libertad, es (o debería ser), nos dice Foucault, la liberación del individuo ante cualquier fenómeno de dominación –político, sexual, económico, racial, institucional, etc.– que restringe sus capacidades más amplias de ser y ocuparse de sí mismo con plena conciencia del *otro* (pues al final, esta práctica es en sí una ética para la vida y la felicidad que se busca compartir con el mundo).

Así entonces, la forma deliberada con la que titulé este trabajo trae implícita esta posibilidad; el juego de palabras en el sustantivo *(de)construcción* es una forma de apelar a la alternativa del cuestionamiento y la liberación a partir del proceso mediante el cual se van construyendo los sujetos masculinos (en este caso, los protagonistas de mi investigación), quienes pueden reconocer lo que hay implicado en el hecho de “ser hombres” (sus privilegios y determinismos; sus formas conscientes o inconscientes de ejercer el poder y cualquier tipo de violencia masculina; los actos no razonados de opresión; las contradicciones, etc.) en la cultura de género que los ha venido definiendo, pues, quiérase o no, las relaciones de dominación son parte del juego de poder en el que participamos todos (sometiéndonos o revelándonos a él; cuestionándolo; negociando con *el otro* o *los otros*...) como individuos de cualquier sexo o género.

---

instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero”. De tal suerte, debemos entender por verdad a aquel “conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados.”



# 2

## MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL

Binomios temáticos para tratar de entender  
la masculinidad desde una óptica feminista



## 2.1. Género y masculinidad(es)

**P**ara hablar de género (y luego entonces aproximarnos al concepto *masculinidad*) es importante decir que durante todo el siglo XX se desarrollaron innumerables investigaciones científicas sobre la diferencia sexual y el género, pero que no fue sino hasta el apogeo del movimiento feminista cuando se dio el giro más significativo al género como una categoría de análisis.

Además de comenzar a diseccionar los mecanismos del patriarcado<sup>21</sup> y la situación de las mujeres en cuanto sujetas desvalorizadas y sometidas históricamente, se planteó por primera vez la necesidad de encontrar nuevas formas de conocer científicamente la realidad, es decir, de construir una epistemología alejada de la lógica científica que imperaba hasta ese momento en

---

<sup>21</sup> Utilizaré aquí la definición de patriarcado que, siguiendo los planteamientos clásicos de autores como Lévi-Strauss o Kate Millet, hace Cristina Molina Petit (2003): “El patriarcado es una estructura de poder arcaica y universal que regula las relaciones entre hombres y mujeres, colocando a éstas en posiciones de inferioridad y sumisión, asignándoles los rasgos y características de los oprimidos (inteligencia inferior, pasividad, instintivismo, sensualidad, hipocresía...) y ejerciendo una suerte de ‘colonización interior’ de modo que este dominio resulte imperceptible”.

toda la ciencia.<sup>ð</sup> Esto es importante decirlo, pues como bien lo apunta Schongut (2012: 34), la “crítica al modelo tradicional de hacer ciencia (objetivo, a-ideológico, a-político) sería fundamental para dar cuenta de los sesgos de género con que el modelo ya venía impregnado, tanto en sus formas como en su contenido”, dando con ello lugar a justificaciones científicas del orden social, muchas de ellas perjudiciales para las mujeres o, incluso, la comunidad LGTBTTTI (que en ese entonces ni siquiera se consideraba o pensaba como un colectivo así definido).

No nos detendremos aquí a exponer cómo es que se dio esta lucha de fuerzas entre ciencia tradicional y feminismo, pero sí que éste, en el devenir de su quehacer (teórico, pero también político y de intervención), develó algo que hasta ese momento no se consideraba importante, al menos para las preocupaciones de la ciencia: que la masculinidad era (y sigue siendo) una forma específica de hegemonía en la vida social, y que gracias a la visibilización de las condiciones de las mujeres en nuestra sociedad patriarcal se hizo necesario conocer entonces los porqués de esta realidad generadora de desigualdades y desventajas para las mujeres, algo que hasta ese momento sólo había sido explicado (y justificado) por la diferencia sexual y las funciones reproductivas de los cuerpos, así como por diversas teorías que, con pretensión de objetividad, buscaban universalizar la explicación del comportamiento y los roles de hombres y mujeres en la familia y la sociedad.

---

<sup>ð</sup> El hecho de que hubiese, por ejemplo, estudios (en psicología y psiquiatría, principalmente) centrados en clasificar las diversas orientaciones y conductas sexuales, a través de categorías como las escalas de masculinidad-feminidad y heterosexualidad-homosexualidad, dio lugar a lo que Haraway (1995) y otros autores denominaron formas de “gestionar el control y el gobierno de los individuos [...] De ahí que cualquier desviación de la norma establecida por las ciencias en relación al sexo biológico y psicológico era indicada como una disfunción psicosexual o una patología” (Schongut, 2012: 30-33). Esta idea general de control ya había sido desarrollada por Michel Foucault en gran parte de su obra, sobre todo en su *Historia de la sexualidad*, y más adelante por Bourdieu y otros pensadores estructuralistas, e iría transformando poco a poco la perspectiva a través de la cual se veía el género como una categoría de análisis que merecía una atención diferente, ya no ligada a los determinismos biológicos de antaño, sino entendida como un producto sociocultural e histórico.

Así, “mientras el feminismo planteó la necesidad de conocer a las mujeres y explicarse a sí mismas, los estudios de género se abrieron a la relación entre mujeres y hombres como objeto fundamental”, enfocando la mira del estudio científico a la diversidad de expresiones de feminidad y masculinidad, “que no responden a esencialismo alguno, sino a construcciones históricas, sociales y culturales” (Ramírez, 2005: 40), lo que, además, también dio lugar al surgimiento de los estudios *queer*.<sup>22</sup>

Simone de Beauvoir (1949) fue quien quizá dio inicio a toda esta reflexión filosófico-feminista sobre la condición de las mujeres en la historia de la humanidad, sembrando la semilla de lo que sería toda una serie de análisis, teorías y discusiones respecto al género, bajo la perspectiva de las mujeres o desde una mirada feminista. Kate Millet (1970), Gayle Rubin (1975), Joan W. Scott (1986), Donna Haraway (1991), Nancy Chodrow (1995) y Judith Butler (1990 y 1993) son sólo algunos ejemplos de pensador\*s de habla inglesa que fueron enriqueciendo el debate en torno al tema del género, mismo que hoy en día continúa.

Millet, por ejemplo, planteó la necesidad de estudiar la *política sexual* que, en un mundo sólo patriarcal, determina el dominio de los hombres y la subordinación de las mujeres. Rubin, por su parte, es quien implanta en la discusión el concepto *sistema sexo-género*, definido por ella como “un conjunto de arreglos por los que una sociedad toma como realidades biológicas lo que son productos de la actividad humana”, afirmando que la “feminidad” es producto de unas relaciones que “domesticar” a la mujer, gracias a la preexistencia de una organización social en la que el hombre tiene ya derechos sobre las mujeres y donde la subordinación de éstas es la clave de su éxito; esto, a partir de un análisis a la metodología marxista, para la cual todo fenómeno social

---

<sup>22</sup> Conviene aclarar que la cita aquí retomada de Juan Carlos Ramírez (*el feminismo planteó la necesidad de conocer a las mujeres y explicarse a sí mismas...*) refiere lo que para el feminismo era una necesidad ontológica, no que en el trabajo de teorización y meditación se excluyera la relacionalidad del sujeto histórico *la mujer* con los sujetos varones, pues éstos siempre han estado presentes, y deben estarlo, en tal labor de comprensión.

requiere ser estudiado a partir del sistema de relaciones que lo define y enmarca. En esa línea, es Catherine MacKinnon (1983) quien formula una frase reveladora respecto de la importancia de este paradigma teórico: *Sexuality is to feminism what work to Marxism* (la sexualidad es al feminismo lo que el trabajo es para el marxismo).

Por su parte, Joan W. Scott (1986: 281-288) propone una definición compuesta por dos proposiciones:

**Primera.** “El género es un elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos” y que comprenden a su vez cuatro elementos interrelacionados: 1.1) los símbolos y los mitos culturalmente disponibles; 1.2) los conceptos normativos, expresados en “doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas que afirman categóricamente y unívocamente el significado de varón y mujer, masculino y femenino”; 1.3) las instituciones y organizaciones sociales, y 1.4) la identidad subjetiva.

**Segunda.** “El género es una forma primaria de relaciones significantes de poder, [...es decir,] un campo primario dentro del cual, o por medio del cual, se articula el poder. No es el género el único campo, pero parece haber sido una forma persistente y recurrente de facilitar la significación del poder en las tradiciones occidental, judeo-cristiana e islámica”.

Con Haraway, tenemos que la dominación es “construida a partir de la originaria oposición naturaleza/cultura (la naturaleza es lo que se posee y se domina por medio de la cultura) y las subsecuentes oposiciones binarias, incluyendo la distinción entre el sexo y el género. Luego, para Chodrow es necesario entender también los procesos individuales de orden psicológico que se suman a la construcción cultural, lingüística o política del género. El sentido subjetivo del género para cada persona, dice esta autora, “es el resultado de una fusión inextricable de significados personalmente creados (emocionalmente y a través de fantasías inconscientes) y de significados

culturales”. Para Butler, sin embargo, quien desarrolló toda una teoría del sujeto, era forzoso considerar también el problema de identidad que implica el performance en la construcción del género no sólo de los heterosexuales, sino también de los gays, las lesbianas y las comunidades trans, cuyas maneras de ejercer la sexualidad o expresar el género a partir del performance no siempre están ceñidas al marco binario de la feminidad y la masculinidad y su carácter normativo. (Osborne, R. y Molina C., 2008: 147-155).<sup>23</sup>

Si bien es cierto que el concepto *género* ha tenido muchas variantes, desde sus inicios en la segunda mitad del siglo XX y hasta la fecha, Burin y Meler (2000) nos explican que hay tres características ineludibles para definirlo como una categoría de análisis: (1) debe darse en función de la otredad y la relacionalidad (lo *uno/lo otro*; lo femenino/lo masculino); (2) sólo es posible concebirlo como una construcción histórica y cultural, y (3) siempre habrá otras categorías o variables que *cruzarán* su entendimiento amplio, tales como la raza, la etnia o la condición socio-económica.

---

<sup>23</sup> Cfr. Lamas, M. (2003). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Con la finalidad de entender el *viaje* que ha vivido la categoría *género* desde sus inicios, recomiendo también revisar dos textos: “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, de Joan W. Scott (1986), del cual se citaron antes algunos fragmentos, y “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”, de Teresita de Barbieri (1993). El primero divide el análisis del género en tres posiciones teóricas: “la primera, esfuerzo completamente feminista, intenta explicar los orígenes del patriarcado. La segunda se centra en la tradición marxista y busca en ella un compromiso con las críticas feministas. La tercera, compartida fundamentalmente por posestructuralistas franceses y teóricos angloamericanos de las relaciones-objeto, se basa en esas distintas escuelas del psicoanálisis para explicar la producción y reproducción de la identidad de género del sujeto” (96). Por su parte, y en la misma línea que Scott, Barbieri analiza también el concepto, a partir de una revisión histórica que enmarca el abordaje teórico del género y de la literatura sobre la condición de las mujeres en tres grandes etapas u orientaciones: 1) la enfocada en las relaciones sociales de sexo, en cuyos constructos se privilegió la división social del trabajo como núcleo motor de la desigualdad; 2) aquella en la que sus autor\*s concibieron el género como un sistema jerarquizado de estatus o prestigio social; 3) la perspectiva que considera “los sistemas de género como sistemas de poder, resultado de un conflicto social”, y una sub-etapa derivada de esta última, en la que se recogen “otras hipótesis y lineamientos provenientes de las teorías del conflicto y del poder [...y que] recogen los aportes del posestructuralismo –Foucault, Deleuze, Derrida, entre otros”. (De Barbieri, 1993: 149-153). Asimismo, este último texto resalta las particularidades del feminismo en América Latina y las directrices más óptimas de lo que ella llama “el análisis de los géneros” en la región.

Otra de las propuestas teóricas que me parece necesario mencionar es la que elabora Estela Serret (2011) respecto de los “diferentes niveles de intervención del género como organizador significativo en las sociedades humanas”. Su propuesta, que permite diferenciar entre lo simbólico, lo imaginario y lo subjetivo del género, condensa las distintas perspectivas teóricas formuladas (en el propio seno del feminismo, pero también retomando ciertas aproximaciones de la antropología estructural y hermenéutica, el psicoanálisis lacaniano y freudiano, y la filosofía pos-estructuralista) sobre el género, para clasificarlo en tres niveles; a saber:

1. ***Género simbólico.*** En este nivel, la masculinidad y la feminidad son referentes primarios de significación de la identidad, mismos que sólo pueden originarse en el orden simbólico de la cultura. Serret retoma los conceptos de *categoría límite* y *no lugar* sobre el binarismo simbólico (en total línea con la perspectiva lacaniana) para explicar que este estadio del género se conforma por la pareja simbólica de lo masculino (como categoría central) y lo femenino (como categoría límite o de delimitación/alteridad), ambos, ordenadores primarios para comprender el mundo y atribuirle significaciones, desde sus aspectos más sagrados hasta los más cotidianos. Así, además de organizar el cosmos binariamente, el género simbólico le otorga sentido a la identidad de las personas y a su pertenencia grupal. En este proceso, nos explica Serret, “la pareja simbólica de género da forma y significado a la dinámica libidinal que va del límite a la falta, el deseo y la tendencia a la completud” que, de acuerdo con la teoría freudiana y lacaniana, “es la que finalmente constituye la esencia misma de los sujetos, las identidades y la cultura”. (Serret, 2011: 75-82)
2. ***Género imaginario social.*** Este segundo nivel, aunque no deja de referir en su construcción al género simbólico, se relaciona directamente con las distinciones de las categorías *hombre* y *mujer* en el imaginario social, es decir, a aquellos integrantes de una comunidad humana

específica que *actúan* significados de masculinidad o de feminidad, respectivamente, mismos que varían de un imaginario a otro, o de una sociedad a otra. De tal suerte, los varones habrán de actuar

...significados de centralidad, de prestigio, de sujetos que son empujados por el deseo, que actúan, emprenden y toman bajo su cargo la representación del *yo* y del *nosotros* [... mientras que las mujeres actuarán] prioritariamente nociones de feminidad, es decir, los contenidos significativos de quienes encarnan –en el nivel de ritualización más complejo de los valores de género– la enorme densidad de valores que van desde lo más deseado y temido (y que por lo tanto ejerce una enorme influencia) hasta lo que ha sido dominado. En el imaginario social, que reproduce códigos socialmente compartidos, referentes de identidades colectivas, el binomio hombre-mujer encarna representaciones aceptadas como naturales, tipificaciones que tienen la fuerza de verdades asumidas. Ocurre que, en el nivel de las interrelaciones más específicas, en el nivel de la actuación de nuestras prácticas cotidianas, el género está todo el tiempo actuándose, representándose, ritualizándose y haciéndonos recordar lo que somos en tanto mujeres y hombres. (82-83)

**3. Género imaginario subjetivo.** Este nivel del género, “el más concreto de la configuración subjetiva”, encarna en la escenificación del performance cotidiano todo lo que implican los dos niveles anteriores en la vida de las personas. Así, la identidad imaginaria subjetiva “es una *zona fluida* resultado del cruce entre la autopercepción y la percepción social. Las identidades son pues el producto de un encuentro de dos miradas: la propia y la externa; esa intersección implica la producción de la identidad como el resultado de la dinámica reflexiva”, lo que de alguna manera abre una puerta a la deconstrucción del sujeto. (88-91)<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> En resumen, la relación entre estos tres niveles quedaría como sigue: “El proceso de conformación de la identidad nuclear de un/a sujeto(a), resulta de un particular posicionamiento imaginario frente al binomio simbólico masculinidad/ feminidad y frente a la encarnación de éste en tipificaciones imaginarias sociales que indican *cómo son* los hombres y las mujeres” (89). Casi al final de su texto, Serret hace una reflexión que me parece muy pertinente transcribir aquí, toda vez que la presente tesis gira en torno también al conflicto existencial que puede implicar la construcción de una identidad masculina: “En este sentido, toda identidad es imaginaria, aunque no ficticia: se

Ahora bien, antes de establecer una tipología de caracteres o pretender enlistar los discursos, pensamientos, conductas o subjetividades propias de lo que significa *ser hombres* y *ser mujeres*,<sup>δ</sup> primero es necesario entender que el género, siguiendo ahora a Connell (2015), “es una forma de ordenamiento de la práctica social [...], que constantemente se refiere a los cuerpos y a lo que los cuerpos hacen, pero no a una práctica social reducida al cuerpo”. El género, dice esta autora, “sólo existe en la medida que la biología *no* determina lo social [...], por lo que responde a situaciones particulares y se genera dentro de estructuras definidas de relaciones sociales. [...De tal forma,] las relaciones de género, las relaciones entre personas y grupos organizados en el escenario reproductivo, forman una de las estructuras principales de todas las sociedades documentadas...” (106)

Así, y a efectos de recapitular lo dicho hasta ahora, hacia una definición muy general sobre el género, se puede decir que éste es el “conjunto de creencias, atribuciones y prescripciones culturales que establecen ‘lo propio’ de los hombres y ‘lo propio’ de las mujeres en cada cultura, y que se usa para comprender conductas individuales y procesos sociales”; pero también es una forma de comprender las oposiciones culturales y simbólicas que la sociedad asigna a cada sexo (Lamas, 2016: 156, y 2003). Su función entonces, al menos en la cultura occidental, es construir “diferencias —incluyendo jerarquías— entre dos términos (lo masculino y lo femenino, las mujeres y los hombres, la masculinidad y la feminidad)” (Amuchástegui, 2001: 112).

---

materializa en acción, pero depende de ilusiones que se constituyen en certezas de ser personas únicas, congruentes, eternas, con sentido. Esta necesidad de certezas identitarias es fundamental porque permite a las identidades constituirse y actuar; es decir, si los sujetos o los colectivos no partieran de esa certidumbre, se disolverían. Los contornos identitarios se desdibujarían” (91). [Las cursivas de ésta y las demás citas en el cuerpo del texto son de la autora.]

<sup>δ</sup> O también: *ser varón*, *ser masculino*, *ser viril*, y por relación directa, *ser mujer*, *ser femenina*, etc., tarea que tal vez sería imposible, y que, en todo caso, resultaría en una enumeración de “estilos de vida”, fijos o alternativos, en el comportamiento de las mujeres y los varones, como bien lo afirma Raewyn Connell (2015).

Casi en el mismo tenor de tales autoras, Jiménez Guzmán (2007: 100-101) nos dice que

...el concepto de género, en términos muy generales, puede explicarse como un conjunto de relaciones sociales que, basadas en las características biológicas, regula, establece y reproduce diferencias, pero también desigualdades entre hombres y mujeres. Se trata de una construcción social que es histórica, que varía de sociedad a sociedad y que tiene también sus matices cuando en este concepto se amplía la mirada y se introducen categorías fundamentales de la desigualdad social, como son la clase social y la etnia. Al ser una categoría socialmente construida, [el género] es un sistema de significados determinado por la ideología dominante en una sociedad, y, por tanto, es transformable. [...Así,] lo masculino y lo femenino [se caracterizan entonces] como modalidades excluyentes, [...] construidas en relación con una división sexual del trabajo fundada en la separación de la vida social en dos esferas: la pública, de dominio masculino y centrada en la producción y, la privada, centrada en la reproducción y asignada a las mujeres.

Ahora bien, hablar del género, nos explica Amuchástegui (113), implica un “problema esencialista” que no se reduce al enfoque de la biología, “sino que puede permear, sin que sea la intención de sus autores, muchas representaciones del género”, incluyendo, por ejemplo, las que se dan en la formulación de políticas públicas, modelos educativos e, inclusive, en las diversas aproximaciones teóricas sobre masculinidad y feminidad. De ahí la importancia, según Connell, de intentar conceptualizar y/o entender el género no de manera aislada, sino como una estructura más de las prácticas sociales, donde la feminidad y la masculinidad se construyen subjetivamente como procesos configuradores de tales prácticas, mismas que responden a situaciones particulares y, al mismo tiempo, históricas. (Connell, 2015: 106-107).

Con todo lo anterior, podemos entonces afirmar que hay un denominador común cuando intentamos definir y entender la masculinidad: Que no existe una forma única, fija y universal de explicarla. De ahí el carácter dinámico de los denominados “estudios de la masculinidad”, que intentan...

...dilucidar la manera en la que en particulares comunidades de sentido y en particulares contextos se negocian, se asignan o se disputan los significados del género [...] Si no entendemos el carácter inicialmente simbólico del género, corremos el riesgo de hacer de los “estudios de las masculinidades” el proceso de construcción de un catálogo de cosas, cualidades, actitudes o relaciones “masculinas” [...] En virtud de las características de los procesos de significación y del proceso mismo de socialización, los seres socializados en las concepciones de la “hombría” (por “ser hombres” y para que “se hagan hombres”) no necesariamente coinciden todos, ni siempre, en sus prácticas, cuerpos, concepciones y relaciones con las concepciones dominantes sobre lo que significa “ser hombre”. Existe una distancia entre esos seres a los que se les conmina a llamarse a sí mismos “hombres” y que son socializados bajo estas concepciones de género, y las concepciones de género dominantes, que trazan el “deber ser” de “los hombres”. (Núñez, 2004:28)

Todas estas ideas convergen en un concepto clave que vino a darle un giro muy relevante a los estudios de género y sobre masculinidades: la *masculinidad hegemónica*, un tema concebido y desarrollado ampliamente por Connell para pensar en la masculinidad ya no como un carácter presuntamente fijo y universal, sino como un referente ubicuo de ideales para los sujetos masculinos. No se trata de buscar, dice ella, un tipo de personalidad que resulte invariable en cualquier lugar del mundo, sino de identificar “la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de las relaciones de género”, posición que, además, será “siempre discutible”. (112)

Así, bajo la óptica connelliana, las distintas masculinidades que pueden estudiarse en un contexto y tiempo determinados deben contemplar las cuatro prácticas, históricamente móviles, que obedecen a (o parten de) este modelo en occidente: *hegemonía, subordinación, complicidad y marginación*. La primera de esas prácticas se refiere a todo lo que legitima el patriarcado y garantiza la posición dominante de los hombres sobre las mujeres, es decir, a la configuración de la práctica de género (en un momento y un contexto) que asegura las condiciones definidas por el

patriarcado mismo. Esto quiere decir, según Connell, que el marco en el que se definen tales prácticas “se relaciona con la dominación cultural en la sociedad como un todo”. Luego entonces, dentro “de ese marco completo, se dan relaciones de dominación y subordinación específicas, entre los grupos de hombres, que se estructuran de acuerdo al género” a través de prácticas materiales que establecen jerarquías de masculinidad; es en estas jerarquías donde se pueden identificar los niveles de *subordinación* (112-113), lo que supone distintas posiciones de poder para cada “forma de masculinidad”.

La siguiente práctica de esta lista se refiere a la *complicidad* que existe entre los grupos de hombres y el “proyecto hegemónico” (denominado así por Connell), un proceso que, a decir de la autora, debe ser atendido, dado que la “política sexual es política de masas, y el pensamiento estratégico necesita preocuparse por dónde están las mayorías. [De tal suerte, si] un gran número de hombres tiene alguna conexión con el proyecto hegemónico, pero no encarna la masculinidad hegemónica, necesitamos una forma de teorizar su situación específica” (114).

Finalmente, está el nivel de la *marginación*, que, como bien explica la autora, debe estudiarse en la interrelación del género con otras estructuras, tales como la clase y la raza, pues son ellas las que establecen la existencia de “masculinidades marginadas” en un contexto determinado. En este apartado de su obra cumbre, Connell reflexiona y da ejemplos respecto de estos cruces de realidades, mismos que evidencian la complejidad que hay en el estudio de las masculinidades; éstas, dice ella, “no denominan tipos de carácter fijos, sino configuraciones de la práctica generadas en situaciones particulares y en una estructura [mutable] de relaciones”. (114-117)

En términos generales, y siguiendo ahora a Demetriou (2001; citado en Schongut) hay dos maneras con las que la masculinidad hegemónica funciona: la *externa*, que es donde se institucionaliza la dominación sobre las mujeres, y la *interna*, que vendría a ser “una especie de

ascendencia social de un grupo de hombres sobre todos los otros hombres [...] En este sentido, la masculinidad no se construye en relación a la subordinación femenina únicamente, sino también por la subordinación de otras formas de masculinidad” (46).

Así entonces, y si bien hay voces sociales que han puesto en la mesa la posibilidad de *construir* diferentes versiones de esta masculinidad, tal y como nos lo explica Bonino (2002: 9), “desde el punto de vista del sujeto individual todavía hay sólo una que domina el universo de las definiciones sobre el ser hombre y el camino de la construcción de la identidad masculina: la masculinidad hegemónica, que está en lo más alto –por su valoración social– en la jerarquía de masculinidades posibles, siendo por ello la representación social dominante de lo masculino, la única aun legitimada socialmente y que deja fuera de juego de la construcción subjetiva a las otras.”

Retomando a Bourdieu (2000) y a Burín y Meler (2000), Bonino nos explica que la *masculinidad hegemónica* (MH) es

...la configuración normativizante de prácticas sociales para los varones, predominante en nuestra cultura patriarcal, con variaciones, pero persistente. Aunque algunos de sus componentes estén actualmente en crisis de legitimación social, su poder configurador sigue casi intacto. Relacionada con la voluntad de dominio y control, es un Corpus construido socio-históricamente, de producción ideológica, resultante de los procesos de organización social de las relaciones mujer/hombre a partir de la cultura de dominación y jerarquización masculina. Elemento clave en el mantenimiento de dicha cultura, deriva su poder de la naturalización de mitos acerca de los géneros, construidos para la legitimación del dominio masculino y la desigual distribución genérica del poder. Esta naturalización permite mostrar como verdades una serie de falacias sociales sobre el *ser* y *deber ser* de los *saberes, pensares, estares* y *sentires* de los hombres, logrando –como todo poder hegemónico–, que la vieja fuerza bruta de imposición sea reemplazada por la violentación invisible de las mentes, logrando la consensuación de algo que es sólo una ilusión. [...Así, la MH es] una estructura simbólica –

arbitraria–, compuesta por un conjunto de mitos, creencias y significados sobre el ser hombre, que nos indica cómo tiene que ser un hombre “auténtico”. (8-10)

En esa misma línea, Jiménez Guzmán (2007: 101-102) nos dice que la *masculinidad hegemónica o dominante* “constituye un saber que orienta, motiva e interpela a los individuos concretos, constituyéndolos, así como sujetos. Pero, al mismo tiempo, este modelo dominante supone la posibilidad y, yo diría, la realidad de subjetividades masculinas que se relacionan de forma muy diversa con el paradigma, acatando, negando, transgrediendo el mandato. Por ello, me parece que deberíamos de referirnos a *masculinidades en plural*, pues la realidad nos indica que existen diversas maneras de ser hombre y que, en todo caso, se trata de categorías históricas, construidas socialmente y por tanto transformables. Desde esta perspectiva, la masculinidad se construye y cambia de una cultura a otra, dentro de la misma cultura y además en el curso de vida de los varones individuales, y, por supuesto como plantea Kimmel (1992), entre diferentes grupos de hombres, según su clase, su raza, su grupo étnico y su preferencia sexual”.\*

---

\* Las cursivas en esta cita son mías.

## 2.2. Género y violencias

### 2.2.1. Violencia simbólica

Si bien es cierto que Pierre Bourdieu desestimó el trabajo teórico de vari\*s pensador\*s feministas, al no reconocer en ést\*s algunos de sus postulados teóricos (el de las causas estructurales de la dominación masculina, por ejemplo, o el del universo simbólico como marco primigenio de percepción); y que eso, además de su discurso pesimista ante los anhelos reformistas del feminismo, lo hizo acreedor a cierto rechazo,<sup>25</sup> es importante destacar las aportaciones que hizo a

---

<sup>25</sup> En el prólogo de *La dominación masculina*, Bourdieu plantea la importancia de que las mujeres feministas “sepan trabajar en inventar e imponer, en el mismo seno del movimiento social, y apoyándose en las organizaciones nacidas de la rebelión contra la discriminación simbólica, de las que son, junto con lo(a)s homosexuales, uno de los blancos privilegiados, unas formas de organización y de acción colectivas y unas armas eficaces, simbólicas especialmente, capaces de quebrantar las instituciones, estatales y jurídicas, que contribuyen a eternizar su subordinación” (2000: 8-9). De ahí su crítica a Judith Butler y a los filósofos posmodernos, cuyos llamamientos a la “superación de los dualismos” resultan, según él, “falsamente revolucionarios” y reformistas. Tales dualismos, aduce, están “profundamente arraigados en las cosas (las estructuras) y en los cuerpos, no han nacido de un mero efecto de dominación verbal y no pueden ser abolidos por un acto de magia *performativa*; los sexos no son meros ‘roles’ que pueden interpretarse a capricho (a la manera de las *drag queens*), pues están inscritos en los cuerpos y en un universo de donde sacan su fuerza. El orden de los sexos es lo que sustenta la eficacia *performativa* de las palabras –y muy especialmente de los insultos–, así como lo que se *resiste* a las redefiniciones falsamente revolucionarias del voluntarismo subversivo”. (127) En ese mismo sentido, en el texto “Una suave violencia”, incluido en esta misma obra, enfatiza que el movimiento feminista no puede reducirse sólo a “una conversión de las conciencias”. Esto, porque “el fundamento de la violencia simbólica no reside en unas conciencias engañadas a las que bastaría con ilustrar, sino en disposiciones que se ajustan a las estructuras de dominación de las que son producto; no puede esperarse una ruptura de la relación de la complicidad que la víctima de la dominación simbólica concede al dominante, más que a través de una transformación radical de las condiciones sociales de producción de esas disposiciones, que inducen a

los estudios de género. Una de ellas es el concepto de *violencia simbólica*, desarrollado en su libro *La dominación masculina* (2000). Este tipo de violencia se enraíza, según él, en las propias estructuras de dominación que posibilitan la “preeminencia universalmente reconocida a los hombres, la cual se afirma en la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas”. Dicha violencia viene a ser significada por “la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador cuando no dispone (para imaginar su relación con él) de otro instrumento de conocimiento [denominado por Bourdieu como *sistema simbólico operativo*] que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural”. Así, la dominación simbólica, con toda la violencia que supone, se produce a través de esos esquemas de percepción, apreciación y acción que constituyen los hábitos y sustentan, antes que las decisiones de la conciencia y de los controles de la voluntad, una “relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma” (49-54).

Por ejemplo, el principio de inferioridad y exclusión de la mujer “que el sistema mítico ritual ratifica y amplifica hasta el punto de convertirlo en el principio de división de todo el universo, no es más que la asimetría fundamental, la del *sujeto y del objeto, del agente y del instrumento*, que se establece entre el hombre y la mujer en el terreno de los intercambios simbólicos, de las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico, cuyo dispositivo central es el mercado del matrimonio, y que constituyen el fundamento de todo el orden social” (59).<sup>26</sup>

---

los dominados a adoptar respecto a los dominantes, y respecto a sí mismos, un punto de vista que no es otro que el de los dominantes”.

<sup>26</sup> De igual manera, al ser la heterosexualidad un constructo social y socialmente constituido como un “patrón universal de cualquier práctica sexual ‘normal’, es decir, desgajada de la ignominia de lo ‘contra natura’”, la violencia y la dominación simbólicas se manifiestan también en la homosexualidad y el papel o el rol (activo/dominante vs. pasivo/sometido) de sus prácticas sexuales, imbuidas por el orden simbólico y sus categorías de percepción y de apreciación. Esto, dice Bourdieu, encarna una gran paradoja, es decir, un estigma y, al mismo tiempo, un desafío difícil en su posibilidad deconstructiva, de reivindicación real, para la comunidad gay: “La opresión entendida como

Según explica este autor, en la construcción social de los cuerpos las diferencias sexuales están inmersas en el conjunto de las oposiciones que organizan el cosmos, así como los movimientos, desplazamientos, conductas y actividades (sexuales o no) de nuestros cuerpos socializados, hasta configurar el género como una forma de organizar relacionamente la marca biológica del sexo en dos esencias sociales (masculino/femenino) opuestas y jerarquizadas por todo el sistema simbólico con que la humanidad ha organizado el cosmos.

Retomando estos planteamientos bourdieanos, Marta Lamas (2015) afirma que “los *habitus*<sup>27</sup> de la masculinidad determinan las prácticas de los hombres, y los de la feminidad las prácticas de las mujeres, [...lo que] reproduce el orden social y simbólico [de la] dominación masculina [...Esto nos permite entender que el género es ese] conjunto de expectativas y creencias sociales que troquea la organización de la vida colectiva [...] y que hace que mujeres y hombres sean los soportes de un sistema de reglamentaciones, prohibiciones y opresiones recíprocas,

---

“invisibilización” se traduce en un rechazo de la existencia legítima y pública, es decir, conocida y reconocida, especialmente por el derecho, y en una estigmatización que sólo aparece tan claramente cuando el movimiento reivindica la visibilidad. Entonces se le recomienda explícitamente la “discreción” o el disimulo que habitualmente se ve obligado a imponerse [...] Hablar de dominación o de violencia simbólica equivale a decir que, si no se produce una revuelta subversiva que conduzca a la inversión de las categorías de percepción y de apreciación, el dominio tiende a adoptar sobre sí mismo el punto de vista de dominador. A través especialmente del *efecto de destino* que produce la categorización estigmatizante y en especial el insulto, real o potencial, puede verse así conducido a aplicarse y a aceptar, coaccionado y forzado, las categorías de percepción rectas (*straight*, en oposición a *crooked*, torcido, como en la visión mediterránea), y a vivir en la ignominia la experiencia sexual que, desde el punto de vista de las categorías dominantes, le define, oscilando entre el temor de ser descubierto, desenmascarado, y el deseo de ser reconocido por los otros homosexuales”. (Bourdieu, 2000: 143-149)

<sup>27</sup> El término *habitus* se refiere a las inclinaciones inseparables de las estructuras que las producen y reproducen. Para Bourdieu, es importante entender este concepto en el sentido que Leibniz le da, es decir, “como ‘costumbres’, maneras de ser duraderas, estructuradas, fruto de la evolución...” (Bourdieu, 2000: 59). Ya en el terreno del presente trabajo, y retomando ahora el acertado análisis que hace Guillermo Núñez (2004) respecto de la masculinidad como *habitus*, podemos decir que el *habitus* masculino refiere a “un conjunto de disposiciones duraderas de pensamiento, percepción, sentimiento y acción que actúa como matriz de las prácticas, que ha sido construido a través de una interiorización y corporeización (*hexis*) de los discursos, rectos o herejes, sobre el ‘ser hombre’ y sobre ‘lo masculino’ en una determinada sociedad, en el marco de una socialización de género. En el concepto de *habitus* ‘masculino’ subyace tanto la existencia de una cultura de género, como de un sujeto que es el principal *locus* de la pedagogía masculina desde su nacimiento: el sujeto que nace con genitales machos”. (Núñez, 2004: 15)

marcadas y sancionadas por el orden simbólico” (160-161), con todas las consecuencias materiales, psíquicas, cognitivas, emocionales, conductuales... que todo esto supone para las mujeres o incluso para los hombres que no queremos representar masculinidades hegemónicas.

## 2.2.2. Violencia de género

Este concepto proviene del debate sembrado también por el feminismo anglosajón, aproximadamente en su segunda ola (décadas de 1970 y 1980); en sus orígenes, nació para discutir el fenómeno de la violencia contra las mujeres, sus causas y consecuencias, pero poco a poco fue nutriéndose con las contribuciones hechas por el trabajo político del movimiento, que logró develar la necesidad de analizar el problema. De acuerdo con Roberto Castro (2016), este tránsito del debate le dio forma al concepto, dada la complejidad de la violencia masculina contra las mujeres y las distintas aristas que implican su estudio y la lucha por su erradicación; así, según este autor, pueden distinguirse tres etapas conceptuales muy claras: (1) de inicios de la década de 1970 y hasta mediados de la de 1980, donde se destacó el trabajo del feminismo estadounidense y cuyo término empleado en el debate fue el de *violencia sexual*; (2) de mediados de la década de 1980 a mediados de 1990, cuando “salta a la palestra el feminismo de los países del tercer mundo [...y cuando] empezarían a resonar las expresiones *violencia contra las mujeres*, *violencia machista*, *violencia patriarcal*, *violencia masculina*”, y (3) de mediados de la década de 1990 a la fecha, periodo en el que por un lado “toman la batuta organismos internacionales de Naciones Unidas” y, por el otro,

“el feminismo se institucionaliza y la temática cobra relevancia en el medio académico”. Es en esta última etapa en la que el término dominante es *violencia de género*. (340-341)<sup>28</sup>

Como bien destaca Castro, es importante decir que los primeros acercamientos del discurso teórico y político en torno a la violencia ejercida contra las mujeres presentaron el mismo problema que la discusión más amplia en torno a la cultura de género en las sociedades patriarcales, es decir, entre la diferencia sexual y la desigualdad social fundada en esa diferencia; de ahí que el desarrollo del debate fuese enriqueciéndose a la par del trabajo de reflexión que fue haciéndose en torno al concepto *género* y sus fundamentos históricos y culturales.

En términos generales, de acuerdo con este autor, la “noción de *violencia de género* se refiere a la violencia que se ejerce contra las mujeres por el hecho de ser mujeres. Esto es, todas las formas de violencia que perpetúan el control sobre las mujeres, o que imponen o restablecen una condición de sometimiento para las mujeres. Constituye, así, la expresión más extrema de la desigualdad y la opresión de género. El término describe un tipo de violencia de carácter social, lo

---

<sup>28</sup> Debemos destacar que todo el activismo feminista desarrollado en la segunda mitad de la década de 1990 dio lugar a que se discutiera este problema histórico en la ONU y que por primera vez se incorporara la perspectiva de género en sus principales documentos, para así reconocer la violencia contra las mujeres y buscar erradicarla, formulando directrices a nivel mundial con un enfoque de derechos humanos. De tal suerte, este organismo definió la violencia de género como “todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino, que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coerción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada” (Economic and Social Council, 1992; citado por Castro, 2016: 342-343). Más adelante, en la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (1995), celebrada en Beijing, se definió la violencia de género como cualquier acto “que resulte o pueda causar daños o sufrimientos físicos, sexuales o psicológicos a las mujeres, incluidas amenazas de tales actos, coerción o privación arbitraria de la libertad, ya sea en la vida pública o privada”. Tales actos, explica el documento, abarcan los siguientes ámbitos: 1) *familiar* –maltratos, abuso sexual de niñas en el hogar, violencia relacionada con la dote, violación conyugal, mutilación genital femenina y otras prácticas tradicionales perjudiciales para la mujer, violencia no conyugal y violencia relacionada con explotación–; 2) *comunitario* –violación, abuso sexual, acoso sexual e intimidación en el trabajo, en instituciones educativas y en otros lugares, así como trata de mujeres y prostitución forzada–, y 3) *estatal* (cuando es el propio Estado el que perpetra o tolera cualquier práctica de violencia física, sexual y psicológica). Hay que decir que esta Conferencia fue un punto de inflexión importante para el establecimiento de una agenda mundial en la igualdad de género, lo que dio lugar a la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing, adoptada por 189 países.

que significa que su explicación no se encuentra en los genes ni en la psique masculina, sino en los mecanismos sociales que hacen de la diferencia sexual el sustento de la subordinación de las mujeres”. (340)

En México, este trabajo político y de reflexión se materializó, entre muchas otras acciones, en la Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres (Diario Oficial de la Federación, 2006); la creación, en el año 2009, de la Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres, como un organismo administrativo desconcentrado de la Secretaría de Gobernación, y la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia (Diario Oficial de la Federación, 2011), última que no establece el concepto *violencia de género* como tal, pero que conceptualiza la *Violencia contra las Mujeres* como “cualquier acción u omisión, basada en su género, que les cause daño o sufrimiento psicológico, físico, patrimonial, económico, sexual o la muerte tanto en el ámbito privado como en el público”. Asimismo, esta ley establece la *misoginia* como el conjunto de aquellas “conductas de odio hacia la mujer y [que se manifiestan] en actos violentos y crueles contra ella por el hecho de ser mujer”, para así tipificar la violencia contra las mujeres en *física, patrimonial, económica, sexual y psicológica*. (1-3)<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Esta Ley define tales violencias de la siguiente manera: 1) *psicológica*: “cualquier acto u omisión que dañe la estabilidad psicológica, [...] puede consistir en: negligencia, abandono, descuido reiterado, celotipia, insultos, humillaciones, devaluación, marginación, indiferencia, infidelidad, comparaciones destructivas, rechazo, restricción a la autodeterminación y amenazas, las cuales conllevan a la víctima a la depresión, al aislamiento, a la devaluación de su autoestima e incluso al suicidio”; 2) *física*: “cualquier acto que inflige daño no accidental, usando la fuerza física o algún tipo de arma u objeto que pueda provocar o no lesiones ya sean internas, externas, o ambas”; 3) *patrimonial*: “cualquier acto u omisión que afecta la supervivencia de la víctima; se manifiesta en: la transformación, sustracción, destrucción, retención o distracción de objetos, documentos personales, bienes y valores, derechos patrimoniales o recursos económicos destinados a satisfacer sus necesidades y puede abarcar los daños a los bienes comunes o propios de la víctima”; 4) *económica*: “toda acción u omisión del agresor que afecta la supervivencia económica de la víctima: se manifiesta a través de limitaciones encaminadas a controlar el ingreso de sus percepciones económicas, así como la percepción de un salario menor por igual trabajo, dentro de un mismo centro laboral”, y 5) *sexual*: “cualquier acto que degrada o daña el cuerpo y/o la sexualidad de la víctima y que por tanto atenta contra su libertad, dignidad e integridad física. Es una expresión de abuso de poder que implica la supremacía masculina sobre la mujer, al denigrarla y concebirla como objeto” (Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, 2011: 3).

La violencia psicológica o *moral* es para Rita Segato (2003: 17-116) un aspecto de la violencia que está en el centro de la escena de reproducción del régimen de estatus masculino en el mundo; según ella, es su carácter “amplio”, “normal”, “normativo”, “difuso”, “rutinario”, “imperceptible”, “casi legítimo”, “casi moral”, “casi legal” ... lo que vuelve inherentes y “esenciales” sus mecanismos para reciclar ese orden de estatus en un mundo jerarquizado a partir del género y construir así un sistema organizador de la vida social, un sistema cuya eficacia radica justamente en la “moral” y la costumbre con que estos mecanismos se auto-reproducen y auto-legitiman.

Por ello, y dado que la lucha en contra de la violencia supone un trabajo de análisis desde todos los discursos posibles (el jurídico, el de las políticas públicas, el de las instituciones, o incluso, en un nivel más “íntimo”, el del amor romántico), para esta autora fundamental del feminismo latinoamericano, es necesario, en primer lugar, separar analíticamente la violencia moral de la física, pues

*...la más notable de sus características no me parece ser aquella por la que se continúa y amplía en la violencia física, sino justamente la otra, aquella por la que se disemina difusamente e imprime un carácter jerárquico a los menores e imperceptibles gestos de las rutinas domésticas –la mayor parte de las veces lo hace sin necesitar de acciones rudas o agresiones delictivas, y es entonces cuando muestra su mayor eficiencia–. Los aspectos casi legítimos, casi morales y casi legales de la violencia psicológica son los que en mi opinión revisten el mayor interés, pues son ellos los que prestan la argamasa para la sustentación jerárquica del sistema. (114) [Las cursivas son de la autora.]*

De acuerdo con Segato, la eficiencia de la violencia moral en la reproducción de la desigualdad de género resulta de tres aspectos que la caracterizan: “1) su diseminación masiva en

la sociedad, que garantiza su ‘naturalización’ como parte de comportamientos considerados ‘normales’ y banales; 2) su arraigo en valores morales religiosos y familiares, lo que permite su justificación, y 3) la falta de nombres u otras formas de designación e identificación de la conducta, que resulta en la casi imposibilidad de señalarla y denunciarla e impide así a sus víctimas defenderse y buscar ayuda”, dada su impronta que, a diferencia de la violencia física, no es evidente ni denunciable, pues muchas de las veces, sus causas no son ni siquiera el producto de la agresión verbal, sino justamente de lo inefable, intimidante y sutil que puede ser el universo de la comunicación no verbal (miradas, conductas o comportamientos específicos, silencios, gestos...). (115)

De tal suerte, nos dice Segato, esta violencia tan particular está conformada por el conjunto de “mecanismos legitimados por la costumbre para garantizar el mantenimiento de los estatus relativos entre los términos de género. Estos mecanismos de preservación de sistemas de estatus operan también en el control de la permanencia de jerarquías en otros órdenes, como el racial, el étnico, el de clase, el regional y el nacional”. (107)

De forma general, denominaremos *violencia moral* a todo aquello que envuelva “agresión emocional, aunque no sea ni consciente ni deliberada”: ridiculización, coacción moral, sospecha, intimidación, condenación de la sexualidad, desvalorización cotidiana de lo femenino o de la mujer como persona, de su personalidad y sus trazos psicológicos, de su cuerpo, de sus capacidades intelectuales, de su trabajo y de su valor moral (115-116).

Mi trabajo no pretende hacer una radiografía extensa de lo que todas las violencias significan (e implican) en el mundo de la experiencia femenina; sin embargo, quiero mencionar y recomendar el seguimiento tan acertado que Rita Segato (*cf.* 2003, 2014 y 2016) ha venido haciendo para entender el tema no sólo en su espectro teórico y práctico (la legislación, los derechos humanos, las políticas públicas, la academia, el activismo...), sino en los efectos y significados que están teniendo hoy *las nuevas formas de la guerra* (Segato *dixit*) en la vida de las mujeres y “lo femenino”.

La violencia bélica de hoy, dice Segato (2014 y 2016), representa un “quiebre o discontinuidad en los paradigmas bélicos del presente” (2014: 18), al ser atravesada, como quizá nunca en la historia de la humanidad, por las actuales dinámicas geopolíticas, el crimen organizado, las guerras represivas para-estatales, la naturalización de la impunidad, las “guerras internas” y conflictos armados, la corrupción institucional y las maneras en que el capitalismo voraz y el mercado se reinventan en el escenario de la competencia y la interdependencia de las crisis económicas globales.

Estas nuevas formas de violencia, advierte la autora, han dado lugar a dos realidades poco atendidas, entendidas y explicadas: (1) la existencia de un *Segundo Estado* en el que, según nos expone retomando las ideas de Agamben (2005), se entreteje una red poderosa y complejísima (invisible como la red oculta del ciberespacio) de complicidades entre instancias del Estado y organizaciones criminales o sociedades secretas, para sustentar de forma paralela una economía tan posiblemente funcional como la economía formal y legal de cualquier país; es en este Estado paralelo en el que nacen, se protegen, se solapan y se encubren con inmunidad garantizada los

crímenes más cruentos, siendo el secuestro de mujeres, su desaparición y los feminicidios la realidad más alarmante de las estadísticas en torno a la violencia. Y para muestra en el caso de México, según el Sistema Nacional de Seguridad Pública, las fiscalías y las procuradurías estatales, en el país mueren diez mujeres al día por violencia de género, y en este año (2019) hubo un incremento del 4.3% en los índices de violencia contra la mujer mexicana (véase Martínez N., 2019); y (2) la pedagogía de la crueldad, que ya no atañe sólo al ámbito doméstico que solía ser el caldo de cultivo de los feminicidios y la violencia misógina, sino al escenario totalmente público donde éstos se ejecutan a manera de mensajes cifrados.

Esta nueva violencia (su sadismo, su crueldad ininteligible, su letalidad y todo el daño material y moral, deliberadamente performativo y propalado) se inscribe y “escribe” en el cuerpo de las mujeres como “documento eficiente” para afirmar continuamente el poder masculino, la ausencia de límites, la destrucción moral del enemigo y el control sobre territorios y *cuerpos como territorios*, dando lugar a una naturalización de la crueldad habitual, que como bien afirma Segato, “es directamente proporcional al aislamiento de los ciudadanos mediante su insensibilización”; y ¿qué mejor que una sociedad así, paralizada, estática, silenciosa, temerosa, incapaz de entender... para que el capital (en sus redes legales o invisibles) opere libre y a sus anchas?

En esta *segunda realidad*, el sistema de estatus masculino y patriarcal se reproduce también de manera victoriosa gracias a la capacidad expresiva de los crímenes en el cuerpo que, según el imaginario colectivo de nuestra cultura de género, es el “más débil”, “violable” y “conquistable”: el cuerpo de las mujeres (Segato, 2016: 33-56).

En ambas líneas de reflexión, destaca lo que Femenías y Soza (2009) argumentan en torno a esta lógica de los “cuerpos ejemplificadores” y disciplinados a través de la crueldad y la aniquilación, en los que la violencia, según su hipótesis, se ejerce y se potencia no sólo por las

crisis económicas y sociales de la globalización, sino también por las actuales dinámicas del mercado laboral, que han “feminizado” a los varones; por un lado, al “arrebatarnos” el rol tradicional de proveedores únicos y colocarlos en el lugar estamentario de inferioridad e indefensión que “originalmente”, según la mayoría de tradiciones culturales, “debe pertenecer sólo a las mujeres”; y por el otro lado, al reconfigurar la lógica del trabajo asalariado, que poco a poco ha ido dejando de regirse por el Estado de Bienestar, para reestructurarse según los modos de trabajo doméstico, es decir, mutilado de derechos sociales (salud, prestaciones, horarios y salarios dignos, etcétera).

Así las cosas, nos dicen estas autoras, los varones no sólo enfrentan un cambio de paradigma que desestabiliza su horizonte de sentido y que se vincula con la feminización y la precarización general del trabajo, y “la ‘nueva’ división sexual” del mismo, donde el hombre se siente presionado a asumir responsabilidades tradicionalmente desconocidas”, sino que se han sumergido en un orden pre-moderno, “desposeyéndolos de una imagen de sí configurada mayormente a partir del varón proveedor decimonónico y del sistema de valores y preconceptos que lo acompañan [...Esto, además, los ha desplazado] de sus espacio-tiempos históricamente tradicionales y naturalizados, debido a la ‘irrupción de las mujeres’ en la esfera pública [...convirtiendo los cuerpos de éstas, su valor simbólico como un lugar viable en el que ya de por sí el hombre ‘puede’ ejercer su violencia y reafirmar su poder y su masculinidad, en] un lugar en el que también se puede humillar, deshonar, negar o enviar mensajes a otros varones que compiten por el poder en la territorialidad de los mercados prohibidos y sus guerras.

De tal suerte, estos cuerpos disciplinados con métodos cada vez más cruentos muestran lo que para tales autoras son parte de las nuevas modelizaciones del patriarcado; violados, mutilados, muertos y expuestos intencionalmente en los espacios públicos, contienen un mensaje aterrador:

la inclusión de mujeres y hombres en ámbitos que tradicionalmente no les correspondían tiene un costo que ellas deberán pagar; sus cuerpos actúan ahora como “mediadores del reclamo violento” de algunos varones excluidos, quienes están dispuestos a todo con tal de manifestar su rabia y su impotencia ante el nuevo orden global que socavó “las bases de la hegemonía masculina y las del pacto que dio lugar a la modernidad”. (Femenías y Souza, 2009: 48-59)

## 2.3. Género y poder

### 2.3.1. El poder inasible, omnipresente

La comprensión del poder en sus diversos niveles no sería la misma actualmente sin todas las reflexiones que Foucault desarrolló a lo largo de su obra, mismas que, siguiendo a María Inés García Canal (2016: 233-235),

...abrieron perspectivas inusitadas en la comprensión del [mismo], ya que hicieron posible pensarlo fuera de los registros conocidos hasta el momento [década de 1970...] Nueva lectura crítica que [...tratará], entonces, de analizar el poder de manera más empírica, mucho más relacionada con el acontecer actual y la situación presente y localizada. Más referida al *cómo* de su ejercicio que a las distintas maneras de conceptualizarlo; más cercana a las formas en que los sujetos se resisten a su ejercicio que a las maneras estructurales y fatalistas de una dominación permanente e inamovible. [...] No será el estudio del poder [...] sino el estudio de las maneras en que se llevan a cabo, aquí y ahora, las relaciones de poder, en cuanto relaciones de fuerza, de múltiples fuerzas, siempre móviles y no igualitarias [...] El ejercicio del poder no es simplemente una relación entre “parejas”, ya sean individuales o colectivas; es un vínculo entre los sujetos que sustentan y vivencian la relación; se trata, entonces, de un modo de acción de unos sobre las acciones de los otros. [...Así,] en cuanto relación actuante, en cuanto vínculo, “no hay poder sin resistencia” [...] no será más que un “conjunto de acciones sobre otras acciones”. [Las cursivas son de la autora.]

Siguiendo a García Canal, el poder va a ser una relación en cuyo devenir existirá inevitablemente “el conjunto de acciones de unos sobre las acciones de otros, sean estas presentes, actuales, eventuales o futuras; juego permanente que –valga la contradicción– niega toda permanencia y estabilidad, sin lograr jamás resultados definitivos. Serie de efectos en cadena que exigen un análisis continuo de sus cambios, modificaciones y desplazamientos.” (236)

En palabras del propio Foucault (1979), el poder no está localizado exclusivamente en los aparatos de Estado; funciona, pervive, se enraíza también por debajo de éste, “a su lado, de una manera mucho más minuciosa, cotidiana”, con mecanismos que se han intrincado en los cuerpos, en los gestos, en los comportamientos. De tal suerte, enfatiza, no podemos aceptar la concepción tradicional del poder, es decir, “el poder como mecanismo esencialmente jurídico, lo que dice la ley, lo que prohíbe, lo que dice *no*, con toda una letanía de efectos negativos: exclusión, rechazo, barrera, negaciones, ocultaciones, etc.” Esta concepción puramente negativa del poder es para él “insuficiente”, producto de todo un pensamiento jurídico-filosófico que, entre los siglos XVI y XIX, dejó de lado una serie de campos de análisis que desde siempre han concernido a nuestro cuerpos, existencias y vidas cotidianas (107-154).

Desde el montaje construido por los juristas clásicos hasta las concepciones actuales, me parece que el problema se plantea siempre en los mismos términos: un poder esencialmente negativo que supone por una parte un soberano cuyo papel es el de prohibir y por otra un sujeto que debe de algún modo decir sí a esta prohibición [...lo que siempre nos ha remitido] a pensar el poder sólo como un sistema de derecho. (169)

Por ello, no podemos pensar el poder bajo un esquema homogéneo y en términos negativos, es decir, reduciendo su realidad sólo a los procedimientos y discursos jurídicos, prohibitivos y de sometimiento; no basta ya ese tipo de análisis del poder que, durante mucho tiempo, consistió en

preguntarnos cómo las voluntades individuales podían estar representadas en la voluntad general.<sup>30</sup>

El poder, nos dice Foucault, no se construye a partir de “voluntades” (individuales o colectivas), ni tampoco deriva de intereses, sino que opera a través de una multiplicidad de relaciones de fuerza, inseparables del ámbito en el que nacieron, con las cuales se representa produciéndose de manera continua en todas partes, de un extremo al otro de las relaciones. Así, sus causas (difusas, multiformes, siempre relacionales) no pueden ser disociadas del problema del funcionamiento: “¿para qué sirve el poder?, ¿qué funciones asegura?, ¿en qué estrategias se integra?” (156-166)

Giorgio Agamben (1998) señala también esa orientación constante que Foucault mantiene en toda su obra, que es justamente la de abandonar el enfoque tradicional del problema del poder, “basado en modelos jurídico-institucionales (la definición de la soberanía, la teoría del Estado), en favor de un análisis no convencional de los modos concretos en que [este] penetra en el cuerpo mismo de los sujetos y en sus formas de vida” (12-14).<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> En una de sus tantas entrevistas, algunas de ellas rescatadas en el volumen *Microfísica del poder* (1980: 182), él mismo dice: “Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera nunca otra cosa que decir *no*, ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice *no*, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir”.

<sup>31</sup> Gracias a estas ideas, Agamben emprende una buena parte de sus propios desarrollos teóricos y filosóficos sobre el poder, el sujeto y la biopolítica (un concepto por demás foucaultiano). Una de las ideas que retoma de Foucault es justamente la que refiere el triunfo del capitalismo gracias a este entramado complejo del poder, cosa que no habría sido posible sin el control disciplinario que, bajo la perspectiva aquí explicada, fue llevado a cabo por el biopoder que el Estado moderno aprendió poco a poco a implementar, gracias a las tecnologías que le permitieron diseñar esos “cuerpos dóciles”, “útiles”, “normativizados”, necesarios para el sistema (2005: 76). Además de Agamben, este planteamiento es retomado por los trabajos empíricos y teóricos de otros autores, y proviene del primer volumen de *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* [1977] (2007: 184-187), donde Foucault afirma que esta extensa red del biopoder, efectiva por funcionar como un “*somato-poder*”, ha sido un elemento indisociable del propio desarrollo del capitalismo, pues aseguró la inserción de los cuerpos en el aparato productivo, al tiempo de que los fenómenos demográficos fueron ajustándose a la conveniencia de los procesos económicos. Así, las políticas del cuerpo, que encarnan por sí mismas el biopoder, socializaron el cuerpo en función de la fuerza productiva, de la fuerza de trabajo. “El control de la sociedad sobre los individuos no se efectúa solamente por la conciencia o la ideología, sino también en el cuerpo y con el cuerpo”.

Con esta idea, la de pensar el concepto desde otros puntos de partida, Foucault lanza algunas hipótesis o líneas generales (1979: 180-182); retomo aquí las que me parecieron más útiles para ir dando paso al entendimiento del binomio **poder-género**:

1. Las relaciones de poder están imbricadas en otros tipos de relación (de producción de alianza, de familia, de sexualidad...), donde juegan un papel a la vez condicionante y condicionado; dichas relaciones no obedecen a la sola forma de la prohibición y del castigo, sino que son multiformes.
2. El entrecruzamiento en las relaciones de poder esboza hechos generales de dominación, última que se organiza en una estrategia “más o menos coherente y unitaria”. Los procedimientos “dispersados, heteromorfos y locales de poder son reajustados, reforzados y transformados por estas estrategias globales, todo lo cual coexiste con numerosos fenómenos de inercia, de desniveles, de resistencias...”
3. No conviene analizar el poder a partir de un “hecho primero y masivo de dominación (una estructura binaria compuesta de ‘dominantes’ y ‘dominados’), sino, más bien, [a partir] de una producción multiforme de relaciones de dominación que son parcialmente integrables en estrategias de conjunto”.
4. Las relaciones de poder ‘sirven’ en efecto, pero no porque estén ‘al servicio’ de un interés económico primigenio, sino porque pueden ser utilizadas en las estrategias.

5. No existen relaciones de poder sin resistencias; éstas son más reales y eficaces cuando se forman justo en el lugar donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder existe porque está allí donde el poder se localiza: “es, pues, como él, múltiple e integrable en estrategias globales”.

Para efectos de análisis, que en este apartado busca explicar la relación del poder y el género, sólo consideré lo hasta aquí citado de Foucault, para entonces referir de manera sucinta los preceptos más importantes de Pierre Bourdieu y Judith Butler en torno al poder. Esto, por una simple razón: aunque otros autores (como el propio Agamben o Nikolas Rose) crearon definiciones muy interesantes sobre el poder, o utilizaron en sus trabajos la idea foucaultiana del concepto como una fuerza inasible, centrífuga y difícil de localizar en un determinado grupo; invisible, impersonal, que se ejerce en vez de poseerse; que se difumina por toda la estructura social en diversas formas de vigilancia, regulación y disciplina; que fuerza la adaptación de los individuos a esa misma estructura..., sus objetivos y derroteros teóricos fueron otros, nada afines con el género como categoría de análisis, o con las relaciones que hay entre los géneros a partir de esta idea tan específica del poder.

### 2.3.2. El *habitus* y el poder de la violencia simbólica (o la violencia simbólica del poder)

Aunque una buena parte de los trabajos de Pierre Bourdieu son replanteamientos o constructos erigidos a partir de las ideas que Foucault desarrolló en su obra, al primero le debemos, entre otras aportaciones de gran utilidad en distintas disciplinas, los conceptos de *habitus* y *violencia simbólica*, último que ya revisamos anteriormente.

Para este sociólogo francés, el *habitus* es el conjunto de esquemas generativos (muchos, basados en experiencias primitivas), a partir de los cuales los sujetos percibimos el mundo y actuamos en él. Al ser un producto histórico, el *habitus* funciona como “un sistema de disposiciones durables y transferibles –estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes– que integran todas las experiencias pasadas, y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir.” (1972: 178-180)

Según Bourdieu es el *habitus* lo que nos lleva a producir determinadas prácticas como sujetos, pues este opera como un “sistema arbitrario de clasificación”, desde el momento en que comienza nuestra "socialización primaria", en un proceso que ni siquiera es aprehendido por la consciencia. Es así como tiende a asegurar “su propia constancia en el tiempo” y su “defensa contra el cambio”: reforzando por sí mismo sus principios clasificatorios del universo y desfavoreciendo aquellas experiencias, intercambios e informaciones que lo ponen en cuestión o en riesgo. De tal suerte, interiorizamos e *in-corporamos* (aprendemos *en y con* nuestro cuerpo) las estructuras mediante las cuales el grupo social donde nos desarrollamos produce sus pensamientos y actos, y nos familiarizamos con un conjunto de esquemas prácticos de percepción, apreciación, evaluación, elección y acción. (1980: 86-102).

Por otro lado, en su obra *La distinción...*, Bourdieu (1988) refiere justamente este aprendizaje a partir del cuerpo, esta asimilación inconsciente de todo lo que hay implicado en nuestro *habitus* y que opera mediante una especie de “transubstanciación” (así la llama él). Los esquemas del *habitus*, nos explica él, son

...formas de clasificación originarias [...que] deben su eficacia propia al hecho de que funcionan más allá de la conciencia y del discurso, luego fuera de las influencias del examen y del control voluntario: orientando prácticamente las prácticas, esconden lo que se

denominaría injustamente unos valores en los gestos más automáticos o en las técnicas del cuerpo más insignificantes en apariencia [...ofreciendo con ello] los principios más fundamentales de la construcción y de la evaluación del mundo social, aquellos que expresan de la forma más directa la división del trabajo entre las clases, las clases de edad y los sexos, o la división del trabajo de dominación." (Bourdieu, 1988: 477)

Y es justamente este concepto el que nos permite entender la idea del poder masculino y su dominación como un *habitus* en sí (algo que se planteó en el apartado anterior); esto, porque el poder, siguiendo aún al autor, no puede existir sin el universo simbólico que le da sentido al *habitus*, a sus prácticas y a la violencia simbólica que supone la imposición de significados en nuestras relaciones de fuerza, unas relaciones que se fundamentan en gran medida en la división sexual del trabajo, la clasificación binaria y sexualizada del cosmos, los roles asignados a cada género y todos esos esquemas de percepción, apreciación y acción que constituyen los hábitos interiorizados (*in-corporados*) de *lo femenino* y *lo masculino*.

En esa línea, Hugo César Moreno (2006) analiza cómo la posibilidad del lazo social (ese que sólo puede tejerse *en y a través* del *habitus*) radica justo en el poder, es decir, en las relaciones de fuerza e imposición que “unos” ejercen sobre “otros”, uniéndolos, sí, pero también “sujetándolos a un mundo donde la mayor fuerza ejercida está en cualquier uso de poder de violencia simbólica [...y donde la autoridad sólo existirá como tal si ésta] es otorgada por los dominados, es decir, cuando éstos la constituyen, la aceptan [...o] se atan a ella ” (2-4), en un efecto de dominación que puede dar lugar, incluso, a que se legitimen nuevos arbitrarios simbólicos, siempre y cuando, claro, estos no atenten contra la vitalidad misma del *habitus*.

Ese trabajo de inculcación es sexualmente diferenciado y diferenciador cuando se refiere a la sexualidad y al género, al ser producto exclusivo del *habitus* e imponer “lo que se considera ‘masculino’ a los machos humanos y lo que se considera ‘femenino’ a las hembras humanas”, nos

dice por su parte Marta Lamas (2016: 161). Para esta autora mexicana, las oposiciones entre “lo propio” de cada sexo se sostienen

...práctica y simbólicamente, al mismo tiempo que los esquemas de pensamiento de los seres humanos las registran como diferencias “naturales”. Esto dificulta que las personas tomen conciencia de la relación de dominación que está en la base. Los *habitus* encarnan la relación de poder, y eso lleva a que se conceptualice la relación dominante/dominado como natural. [...Bourdieu] señala que la socialización tiende a efectuar una “somatización progresiva de las relaciones de dominación” de género, y de ahí que hable de una “subjetividad socializada” [...Así entonces, de] la misma forma que las mujeres y los hombres son “producidos” por los *habitus*, por el lenguaje y las prácticas y representaciones simbólicas dentro de formaciones sociales dadas, también existen procesos inconscientes que moldean las identidades con elementos de género. Por ello, para comprender cabalmente qué es el género hay que tomar en consideración el proceso de constitución de la identidad. (Lamas, 2016: 162)

### 2.3.3. Libertad, resistencia y disputa

Para Judith Butler, el poder es lo que forma al sujeto y, al mismo tiempo, la condición de su existencia –su identidad, cuerpo y su posibilidad de ser enunciado como un *yo* inteligible para los otros–. En el primer capítulo de su libro *El género en disputa* (2007), la autora hace un análisis filosófico muy revolucionario y, al mismo tiempo, crítico, sobre el postulado foucaultiano de que *donde hay poder habrá siempre resistencia*, al cuestionar el hecho de por qué una proposición tan fundante y convincente sobre el poder no explicó jamás las motivaciones que hay en el ejercicio de la resistencia, justo en esas brechas de libertad que el propio poder nos ofrece en sus regiones más porosas o frágiles.

Según Butler, el *sujeto* tiene ante sí una serie de límites poderosos, todos impuestos en esta red intrincada del poder, que *un\** debe franquear para formarse una subjetividad, realizarse a sí mism\*, construir una identidad psicosocial –incluida la de género–, *armar* un cuerpo, *actuar* las directrices que le dan sentido y la(o) definen, ejercer su sexualidad, materializar sus deseos...y así sentirse *dueñ\** de ese cuerpo. He ahí la disputa género-poder que la autora devela.

Para Butler resulta utópico liberar de manera absoluta nuestra sexualidad de los constructos heterosexuales y su matriz normativa, principalmente por el esencialismo biológico de la sexualidad y su *organización fálica*. Al ser construida culturalmente dentro de los términos del falo (una situación que resulta problemática no sólo para los movimientos reivindicativos de los hombres gay, sino primordialmente para las lesbianas, el movimiento feminista y las personas trans), la sexualidad está construida en términos de un discurso de poder, donde el poder mismo “es entendido parcialmente en términos de convenciones heterosexuales y fállicas” (95).

Vale entonces parafrasear la gran pregunta que Butler nos hace en su libro: ¿hasta qué punto es posible rebatir y/o contradecir los referentes, las normas y las prácticas que el propio poder pretende imponerle a nuestra identidad/corporalidad de género, si al final el *sujeto* parece ser inteligible y adquirir significación social sólo si es producto de (y en razón de) esas relaciones y efectos del poder que lo configuran como un sujeto genérico? La respuesta de esta pensadora a semejante tautología existencial es que cualquier acto de libertad en torno a la sexualidad y/o al género se invoca, sí, “dentro de los términos de un marco normativo que afirma que la subversión, la desestabilización o el desplazamiento/sublimación requiere(n) de una sexualidad que escape de alguna manera a las prohibiciones hegemónicas acerca del sexo”, pero al mismo tiempo, y por esa misma razón, viabiliza también otras “posibilidades de sujetos”, a pesar de que el lugar inevitable

desde el cual pensamos la desnaturalización y el desplazamiento de las categorías de género sea la repetición de los constructos heterosexuales:

El poder, más que la ley, abarca las funciones jurídicas (prohibitivas y reguladoras) y productivas (involuntarias y generadoras) de las relaciones diferenciales. Por tanto, la sexualidad que surge dentro de la matriz de relaciones de poder no es una simple reproducción o copia de la ley, una repetición uniforme de la economía machista de la identidad. Las producciones se desvían de sus propósitos originales y movilizan involuntariamente posibilidades de “sujetos” que no exceden meramente los límites de la inteligibilidad cultural, sino que expanden eficazmente estos límites de lo que es culturalmente inteligible. (Butler, 2007: 94-97)

Dicho de otra forma, resulta imposible evitar la repetición ritualizada de los constructos y convenciones heterosexuales (todos, potenciadores de la hegemonía masculina y el poder heterosexista); escapar de esa realidad es una quimera, una ilusión, pero, al mismo tiempo, un contrasentido. Más bien, el desplazamiento por el que ella apuesta es el que versa en la consciencia plena sobre el “lugar inevitable” desde el cual hablamos, (auto)criticamos y *performamos* el género, un proceso que, si queremos tornarlo realmente subversivo, debe seguir cuestionándose a sí mismo y evitar reproducir de forma acrítica, ciega, las relaciones de dominación que hay implícitas en el terreno del juego y el poder en este mundo así organizado, nos guste o no.

En realidad, Butler no da respuestas, sólo pone en su lugar a cualquier ímpetu subversivo que, tal vez, se ha sobrevalorado en exceso, y aclara ciertas confusiones respecto a los márgenes de acción que tenemos l\*s sujet\*s en nuestros actos deconstructivos, de liberación y de resistencia. Al mismo tiempo, deja en el aire una serie de preguntas abiertas, justo para pensar(nos) desde otra perspectiva y seguir problematizando el género, pero “no mediante maniobras que sueñen con un más allá utópico, sino movilizándolo, confundiendo subversivamente y multiplicando aquellas

categorías constitutivas que intentan preservar el género en el sitio que le corresponde al presentarse como las ilusiones que crean la identidad.” (98-99)

#### 2.3.4. Género y poder, ¿categorías empíricamente indisociables? ...

Con el objetivo de concluir el tema y este capítulo, que denominé “binomios temáticos”, quiero retomar algunos fragmentos del artículo de García (2016), toda vez que condensan a su manera las ideas aquí expuestas de Foucault, Bourdieu y Butler en torno al poder y, de manera indirecta o muy directa, al género, pero que también nos invitan a pensar en lo indisociables que parecen ser estas dos categorías de análisis, al menos si las pensamos en términos de lo que los tres autores (aunque con mayor énfasis Butler y Bourdieu, en ese orden) nos dicen, y con mucho más razón si pretendemos abordar cualquier fenómeno social desde miradas feministas.

Planteo lo anterior porque, al menos para mí, es inevitable imaginar el poder, aun a través de las explicaciones más abstractas, sin pensar en la materialización, el ejercicio, de su energía, magia, fuerza, imponentia, oscuridad, luz, posibles formas de dominación y de violencia en conglomerados humanos, grupos, parejas, individualidades, seres, cuerpos concretos y actuantes de determinado estatus, educación, profesión, investidura académica, oficio, edad, condición física o socioeconómica y género. De igual manera, pero en sentido contrario, podríamos pensar primero en esos seres, concretos y actuantes, de innumerables características (cualesquiera que sean) y con un determinado género..., y tal vez será ineludible, como al menos sí lo es para mí, imaginar sus problemas sin remitirme a algún efecto del poder en sus vidas, o a las relaciones de poder que establecen.

No obstante, ya en el terreno del trabajo académico o de investigación resulta primordial entender que este binomio tan particular y, al mismo tiempo, tan presente en casi cualquier fenómeno social que quiera estudiarse en clave feminista (o, si se desea, político-feminista), requiere de una mirada muy comprometida para establecer el análisis, algo que definitivamente aprendí a hacer en este trabajo y sobre lo que abundaré más adelante; esto, por las propias motivaciones que hay en nuestra epistemología y por el esfuerzo (metodológico y de búsqueda) que implica “penetrar en las entrañas” de esas ineluctables disimetrías que hay en toda relación de poder, lo que de nuevo nos orilla a meditar aquí sobre el género.

Este compromiso nos obliga a desmenuzar la información que resulte en cualquier campo de batalla donde se manifieste el poder.

Si el juego se rigidiza, las relaciones de poder se cristalizarán para erigirse en estados de dominación, que logran sostenerse y permanecer mediante la utilización de una serie de instrumentos, de un conjunto de tecnologías de gobierno; es decir, los diversos e innumerables instrumentos y mecanismos por medio de los cuales se le facilita al poder el ejercicio de guiar las conductas, gracias a los cuales es posible sostener, mantener y reproducir sin grandes esfuerzos las relaciones disimétricas del poder. [...] En cuanto a la cuestión de género, surge como necesidad, en cada caso concreto, investigar si las maneras en que se experimentan las relaciones de género, siempre relaciones de poder, en ese espacio y en ese tiempo, pueden considerarse relaciones de poder en sentido estricto en las que se manifiesta la capacidad de resistir; o bien, se constituyen en estados de dominación, en los cuales las respuestas y formas de resistencia se hallan relegadas y pautadas de antemano. Es necesario, también, indagar el tipo de instrumentos que se utilizan, ya sea la violencia o el consentimiento y el consenso; o ambos a la vez: relaciones de violencia en algunos ámbitos, de consentimiento o de consenso en otros... sin olvidar nunca que la presencia de la violencia pone fin a la relación de poder. [...] Hacer de las prácticas de mujeres y hombres signados por el género el objeto privilegiado de análisis: sus prácticas concretas, aun las más rutinarias y repetitivas. (García, 2016: 238)

Asimismo, es importante distinguir, como bien lo apunta García, el *sistema de diferenciaciones* que toda relación de poder promueve y exige a l\*s sujet\*s involucrad\*s en dicha relación;

...no existe relación de poder que no promueva diferencias, sean jurídicas, de estatus o de privilegios; económicas, de acumulación de riquezas y de bienes; de lugares, en cuanto al lugar que ocupan en la producción de bienes, servicio y/o información; de destrezas y capacidades; genéricas, de raza y color de piel. Las relaciones de poder siempre son disimétricas, si bien pueden modificarse o, al menos, pueden ser resistidas, cuestionadas, denunciadas, puestas en evidencia... (238-239)

Además de revisar ese sistema de diferenciaciones, esta autora sugiere también distinguir, observar, analizar e identificar, respectivamente, los *objetivos estratégicos*, las *formas de institucionalización*, las *formas de racionalización* y las *estrategias* que se desarrollan en el ejercicio del poder y/o las relaciones establecidas por éste.

# 3

## LA ESTRATEGIA METODOLÓGICA



## 3.1. Las producciones narrativas (PN)

**A**l ser éste un estudio microsocial que se valió de herramientas cualitativas (es decir, un trabajo en el que se buscó entender y luego exponer ciertas realidades encarnadas de un grupo de hombres trans), el proceso fue guiado por un análisis netamente inductivo. La unidad central de análisis, como he venido diciéndolo, estuvo compuesta por tres participantes, mexicanos residentes en la Ciudad de México y mayores de edad, a quienes apliqué de forma individual una herramienta metodológica muy flexible: la entrevista semiestructurada,<sup>32</sup> con la idea de poner en contexto la discusión de tres temas sobre su vivencia como hombres: *masculinidad, violencia vivida o ejercida y poder masculino*, mismos que fueron cruzados por otros subtemas: *vida y transformación del cuerpo, familia, trabajo, amor y emociones, relaciones, sobrevivencia, discriminación, cuidado de sí, derechos* y todo lo que cada uno de ellos<sup>δ</sup> consideró necesario expresar o reflexionar.

---

<sup>32</sup> Siguiendo a Alesina (2011: 90), la entrevista semiestructurada permite a l\*s investigador\*s escoger el orden de presentación de los temas que han definido previamente, así como la manera de formular las preguntas durante sus conversaciones con l\*s protagonistas del estudio.

<sup>δ</sup> Nótese que aquí, al referirme a Fabián, Daniel y Octavio, no utilizo el asterisco o algún otro recurso ortográfico, para neutralizar el género, pues, a pesar de que ninguno de los tres tiene problemas con que sea nombrado como *hombres trans* (o que incluso, como en el caso de Daniel, no haya conflicto en que el mundo use el pronombre o el

De acuerdo con Balash y Montenegro (2001) el método de las *producciones narrativas* (PN)

... se fundamenta en la perspectiva de los conocimientos situados (Haraway, 1991) que afirma la parcialidad de la mirada y apuesta por el establecimiento de conexiones/articulaciones parciales. Según esta perspectiva, todo conocimiento se genera desde unas condiciones semióticas y materiales que dan lugar a una cierta mirada. La metodología de las producciones narrativas asume una concepción heteroglósica y responsiva del lenguaje en la producción de un contexto coparticipado donde la noción de autoría queda localizada en un entramado relacional semiótico-material [... Así,] se construye un texto híbrido que expresa cierta manera de entender el fenómeno, garantizando la agencia de quien participa, sobre el texto producido. [...De esta forma,] la producción narrativa reintroduce la noción de autor/a pensado como localizado/a en una red de relaciones y géneros de habla [..., donde, lejos de representar a l\*s sujet\*s del estudio –lo que es propio de la investigación tradicional–, se abre] la posibilidad de [establecer] conexiones parciales con [ell\*s]. (Balash y Montenegro, 2001: 44-48)

Siguiendo los principios de este método de trabajo, luego de los diálogos desarrollados a partir de mi guión de entrevista semiestructurada (ver ANEXO 1), utilicé mis propios recursos lingüísticos para organizar en tres textos narrativos, uno por cada participante, las ideas más importantes de sus discursos, que quedaron registrados en una grabadora de voz durante todos nuestros encuentros<sup>δ</sup>, es decir, las que cumplían con los temas centrales de la investigación y los tópicos que se derivaron en el decurso, de maneras tal vez accidentadas, casuales o, incluso, inconscientes para ellos y yo.

---

apelativo incorrectos, dada la androginia –que él reconoce y defiende– de su corporalidad y su expresión de género), a partir de ahora me referiré a ellos como “ellos”, pues así se sienten más cómodos y respetados. Por tal razón, cuando los mencione en las páginas subsecuentes, no emplearé ya asteriscos, cuyo propósito, insisto, tiene únicamente el ardid de la provocación a nuestro sistema nominal hegemónico; hacerlo de manera contraria sería, sin lugar a dudas, una forma de expropiar la subjetividad de los tres participantes, en términos de lo que analizamos en la introducción de este trabajo.

<sup>δ</sup> Es importante decir que, antes de encender el dispositivo con el que grabaría nuestras conversaciones, solicité su permiso para hacerlo, y ninguno me lo prohibió. De hecho, los tres firmaron un consentimiento informado para todo lo que implicó realizar con ellos las PN de esta tesis, mismo que puede consultarse en el ANEXO 3.

Luego de esa etapa, les presenté por separado la primera versión de su narrativa, que yo elaboré, con la idea de darles total libertad para que modificaran su estructura y el ordenamiento de los temas; o sustituyeran palabras y expresiones que quizá no enunciaron como les hubiese gustado; o corrigieran alguna cita equivocada de los discursos que, por cuestiones de enunciación, acústica o ruido ambiental, tal vez no conseguí transcribir correctamente; o hicieran las consideraciones que, de acuerdo con su propia visión del fenómeno, pudieran ampliarlo con nuevas ideas, enriqueciendo así nuestra PN.

De tal suerte, la primera propuesta que les entregué a los tres fue escrita en primera persona<sup>ð</sup>; sólo Fabián, que fue quien más modificó su PN, no estuvo de acuerdo en ello y me sugirió que la reescribiéramos en tercera persona. El producto final (las tres narrativas que podrán leerse completas en el Capítulo 4) cuenta con distintos recursos literarios y de redacción, tales como el juego en el manejo del tiempo, la unicidad de una voz narrativa, el guión de diálogo para indicar conversaciones entre personajes o hacer acotaciones entre los mismos; descripción de ambientes, espacios y tiempos; empleo de figuras retóricas; uso de comillas para denotar

---

<sup>ð</sup> Hago aquí otra acotación necesaria: Al transcribir textualmente las conversaciones de un informante, debemos tener cuidado en la forma con la que reproducimos su habla. No hablamos como escribimos; el discurso oral es emergente y, en la mayoría de los casos, no surge, como en la escritura, de la planeación paciente en el tiempo, ni de la vanidad que ayuda a pulir y replantear ideas a veces confusas o atropelladas. Por ello, en una PN, los vicios del lenguaje oral (que todos tenemos): muletillas, digresiones, paradojas, sujetos sin predicado, oraciones sin estructura o que fueron interrumpidas por la necesidad de enunciar otras; interjecciones, repeticiones innecesarias, cacofonías, rimas involuntarias y un larguísimo etcétera, pueden omitirse o sustituirse, siempre y cuando no alteremos el sentido de lo que el interlocutor quiso decir. Esto viene mucho a cuento, ya que este método de trabajo nos exige de alguna manera ceñir la escritura a la realidad lingüística (a veces no verbal) con la que el interlocutor devela su personalidad. En este caso, la primera versión que hice de cada narrativa, como un acercamiento inicial, constó de un agrupamiento de testimonios de acuerdo con las categorías principales de mi tesis, en cuya transcripción se modificaron determinadas palabras repetidas (que fueron sustituidas por sinónimos) o se omitieron ideas que, por los deslices orales (propios, insisto, de cualquier hablante), no abonaban a la legibilidad del texto o podrían volver cansada y confusa su lectura; aunque no podemos olvidar que, al final, quien tiene la última palabra sobre lo dicho es el propio informante, que puede modificar junto con nosotr\*s el producto, las veces que así lo desee.

evocaciones o citas; subtítulos sugerentes en su temática, y un título que buscara englobar alguna peculiaridad reveladora sobre la vida del protagonista.

En palabras de Ramírez (2016), trabajar con PN es una forma de romper la dicotomía entre el “lenguaje autorizado” de quien investiga y el “lenguaje necesitado de interpretación” que la visión patriarcal y positivista de la ciencia considera respecto de cualquier informante en una investigación.

Tal y como ilustra Donna Haraway (1997, 2004) en la lógica de la ciencia clásica el método aparece como lo importante, el lugar de legitimidad desde donde se justifica la producción de conocimiento a modo de “descubrimiento”, desde una posición de sujeto investigador neutral e imparcial. El rechazo a esta mirada androcéntrica de la ciencia ha puesto el foco, por parte de las investigadoras feministas, en aspectos como los contextos de enunciación o los efectos de las investigaciones, así como en las condiciones en que el conocimiento es producido y legitimado. (García y Montenegro, 2014: 3)

Así, la idea de las PN es reconocer “el valor del conocimiento no académico y la multiplicidad de posicionamientos [...] para crear un texto conjuntamente entre investigador\* y participantes” (Ramírez, 2016: 130-131). Este tipo de textualización, dicen por otro lado Balash y Montenegro (2001: 45) permite “expresar adecuadamente la noción de producto propia de esta metodología, evitando la presentación de las narrativas como datos o registros discursivos, y enfatizando aspectos como el trabajo conjunto o la continuidad de un proceso, para eludir la sensación de inmediatez del producto, como en el caso de las transcripciones”, últimas que, al ser simples versiones estenográficas de testimonios o entrevistas sin un trabajo de edición, suelen venir en los anexos de las investigaciones como un registro crudo de los discursos.

De tal suerte, el método (la técnica en sí mediante la cual una investigación feminista como esta pretende acceder al conocimiento de un fenómeno, acercarse a él, revelar su heterogeneidad

de perspectivas a partir de una relación situada de experiencias) viene a adquirir un protagonismo necesario en el corpus de la investigación, tanto en el fondo como en la forma (García y Montenegro, 2014; Balash y Montenegro, 2001). Es por esta razón que las PN resultantes de tal proceso heteroglósico merezcan tener un apartado propio para su lectura y análisis.<sup>33</sup>

### 3.1.1. La narración como experiencia y fuente de conocimiento

El trabajo de narrar (cuya relevancia como técnica de representación –oral o escrita– es justo lo que aquí se está analizando) es una actividad que va más allá de relatar una anécdota o algún hecho aislado. A decir de Álvaro Uribe (2015), “no hay narración que sea pura forma”, pues por mucha ficción que haya en el acto de contar, no dejará de haber experiencias de fondo, desde el inconsciente, el subconsciente o la conciencia de quien quiere hablar, que van materializándose en la narración de cualquier hecho. “Tampoco hay personajes sin acción o pasión, y las historias [...] se refieren todas, directa o indirectamente, en mayor o menor medida, a la experiencia personal de [su] autor”. De tal suerte, nos dice este escritor, en referencia a su trilogía de novelas sobre la experiencia<sup>34</sup>, el *yo* que narra debe recurrir, invariablemente, a sus vivencias, a lo que en su vida haya “pensado, sentido, imaginado, soñado, recordado, olvidado. Y también lo que [...] haya oído o notado de otras personas. Y, de modo muy principal, lo que [...] haya leído. Y, además, lo que [...] haya visto en el cine y en la televisión. Y la música que [...] haya escuchado. [...] Y las obras

---

<sup>33</sup> Cfr. Ramírez (2015 y 2016); García y Montenegro (2014), y Balash y Montenegro (2003).

<sup>34</sup> Me refiero a sus novelas *Por su nombre* (2001), *Morir más de una vez* (2011) y *Autorretrato de familia con perro* (2014).

de arte que [...] haya contemplado. Y los edificios en los que [...] haya estado. Y, por supuesto, lo que [...] haya descubierto y aprendido en Internet” (Uribe, 2015: 311-314).

Así, las acepciones ya existentes del verbo *narrar* podrían ser complementadas con la idea de que en su ejercicio está implícito el (auto)conocimiento de quien lo lleva a cabo. En ese tenor, Joan W. Scott (1992: 45) afirma que el “conocimiento se obtiene a través de la visión, y la visión es una percepción directa, no mediada, de un mundo de objetos transparentes. En esta conceptualización se privilegia lo visible, y la escritura se pone entonces a su servicio. Ver es el origen del saber. Escribir es la reproducción, la transmisión y la comunicación del conocimiento obtenido mediante la experiencia (visual y visceral)”.

El concepto de *experiencia*, nos dice por su parte Débora Garazi (2016: 3), “ha sido una herramienta conceptual que permitió recuperar las prácticas y vivencias de los sujetos en los procesos históricos. Sin embargo, el término no posee una única y cerrada acepción y, precisamente en esa multiplicidad de abordajes y definiciones es que radica su complejidad y su riqueza. Los debates que ha generado desde la Antigüedad hasta nuestros días dentro de un amplio campo que incluye lecturas desde la epistemología, la religión, la estética, la política hasta la historia, dan cuenta de los distintos y muchas veces contradictorios significados que puede adquirir este concepto al desplazarse en el tiempo, el espacio, entre disciplinas o entre pensadores”.

Además de abordar el tema de la experiencia en las disciplinas humanísticas, este texto de Garazi resalta también las consideraciones teóricas que Joan W. Scott hizo sobre la importancia de la experiencia en la Historiografía ortodoxa (que durante mucho tiempo la menospreció o la expropió a la usanza positivista) y en los estudios de género.

Aunque ya presente en las producciones y reflexiones de filósofos e historiadores de fines del siglo XIX y principios del XX como Dilthey o Collingwood, [la noción de experiencia] adquirió cada vez más fuerza e importancia dentro del campo historiográfico con el auge de la Historia

Social a mediados del siglo pasado. Uno de sus intereses principales fue la recuperación de las voces y experiencias de los grupos subordinados u oprimidos, hasta entonces ignorados por la disciplina. [...] En ese contexto, la experiencia se erigió como un factor central para abordar cuestiones vinculadas a las identidades de los sujetos ya fueran individuales o colectivos. Sin embargo, las articulaciones entre ambas no siempre han sido las mismas. Particularmente, los diálogos establecidos a partir de las décadas del sesenta y setenta entre la historiografía, la teoría feminista y los estudios de género, en relación con los denominados ‘giro lingüístico’ y ‘giro cultural’, constituyeron una nueva forma de concebir dicha articulación (Garazi, 2016: 2).

A este respecto, Joan W. Scott argumenta que

...este tipo de comunicación [la narración de la experiencia] ha sido durante mucho tiempo la misión de los historiadores que documentan las vidas de quienes han sido omitidos o ignorados en las narraciones del pasado; ha producido una gran cantidad de nueva evidencia previamente ignorada acerca de estos otros, y ha llamado la atención acerca de dimensiones de la vida y de la actividad humana usualmente consideradas poco dignas de ser mencionadas en la historia convencional [...] Documentar la experiencia de otros de esta manera ha sido una estrategia al mismo tiempo muy exitosa y limitante para los historiadores de la diferencia. Ha sido exitosa porque se mantiene muy cómodamente dentro del marco de referencia disciplinario de la historia, funcionando de acuerdo con reglas que permiten cuestionar narrativas antiguas cuando se descubre nueva evidencia. [...] No obstante,] cuando la evidencia ofrecida es la evidencia de la “experiencia”, su reclamo de referencialidad se ve aún más fortalecido, pues ¿qué podría ser más verdadero, después de todo, que el relato propio de un sujeto de lo que él o ella ha vivido? (Scott, 1992: 46-47).

Así, y siguiendo todas las ideas anteriores, podemos afirmar que el acto de narrar, sea con ficción, realidad o ambas cosas, brinda a sus ejecutores la posibilidad de revivir y ordenar de múltiples maneras las experiencias personales, las historias que escucharon o leyeron, o las ideas

que necesitan contar; esto, gracias a la cualidad del lenguaje de ordenar en sintagmas (regidos por reglas que apuntan a expresar ideas lógicas) la cadena de los hechos que quieren compartir.<sup>35</sup>

Narrar, entonces, es el acto que deviene de esa necesidad;<sup>36</sup> no hay narración sin una emergencia y/o una urgencia comunicativas. Y algunos dirán que esta afirmación no podría aplicar para las narrativas de Fabián, Daniel y Octavio, pues al final de cuentas sus discursos se fueron tejiendo mediante respuestas motivadas u orilladas por una serie de preguntas que organicé en un guión de entrevista. Sin embargo, pienso y afirmo (asumiendo el riesgo de ser refutado y criticado), que así como sucede en las terapias psicoanalíticas, los actos de habla pueden desencadenar discursos que probablemente no habríamos enunciado jamás, de no haber sido por los tópicos que los interlocutores, de forma consciente o inconsciente, inauguraron o mentaron en el circuito de la comunicación, dando pie a la rememoración de experiencias y permitiéndonos ver en ellas la importancia que tenían, ocultas en la memoria y en *eso* que Sigmund Freud denominó *inconsciente*.

### 3.1.2. Fabián, Daniel y Octavio

Para comenzar a hablar ya de Fabián, Daniel y Octavio, los informantes de esta investigación, quiero aclarar que, para la presentación consecutiva de las PN y de la breve semblanza que daré

---

<sup>35</sup> Para entender esto, es importante remitirnos, por supuesto, a la obra cumbre de Ferdinand de Saussure, su *Curso de lingüística general* (2007) [1913], donde él cimentó los principios de la lingüística como ciencia y explicó los mecanismos funcionales y las estructuras de la lengua como objeto de estudio.

<sup>36</sup> Esta idea, parafraseada por mí, corresponde a John Berger, quien en 1994 sostuvo un encuentro con Ryszard Kapuściński en el marco de un congreso sobre arte celebrado en Italia. El texto puede consultarse en el libro *Los cínicos no sirven para este oficio* (Kapuściński R., 2002).

de ellos a continuación, sólo seguí el orden temporal en que se sucedieron los encuentros con cada uno.

A **Fabián Esteban López Martínez** (Ciudad de México, 1984) lo conocí gracias a un amigo psicoterapeuta con quien él ya mantenía algunos años de terapia, luego de haber pensado varias veces en suicidarse. Como técnico ingeniero automotriz, Fabián Esteban<sup>ð</sup> ha logrado aplicar los conocimientos de su carrera trabajando en el taller mecánico que su padre le heredó al morir; esto, porque no logró encontrar un empleo remunerado donde pudiese desempeñar su profesión. Desde que su padre falleció, pasó a ser el sustento económico de su familia, principalmente de su madre y su esposa, con quienes vive en la casa que su papá también les dejó.

Por su parte, **Daniel Romero Muciño** (Ciudad de México, 1986), a quien le gusta ser llamado “Panda” o “Pandita”, es sexólogo, psicoterapeuta, investigador y académico especializado en temas sobre diversidad sexual, lo que le ha permitido, entre otras cosas, viajar por México para dar pláticas o participar en foros o intercambios académicos. Lo conocí y me hice su amigo gracias

---

<sup>ð</sup> Es necesario decir que, desde un comienzo, Fabián me solicitó no revelar de ninguna manera su nombre real. Por ello, ambos tuvimos que buscar un pseudónimo de dos nombres propios que nos permitieran “jugar” con su acepción femenina y masculina, tal y como sucedió en la realidad de su historia. En este caso, acordamos utilizar el nombre compuesto de “Fabián Esteban”, en vez de “Fabiola Estefanía”, como podrá observarse más adelante en su PN correspondiente. Debo también explicar que el caso de Fabián es muy particular (y las presentes líneas, que lo justifican, también contaron con su aprobación), pues para él ha sido demasiado difícil vivir y entender muchas de las cosas que ha padecido y que compartió conmigo valientemente (lo que le agradezco sobremanera). De hecho, desde la primera versión de su PN, que él corrigió y editó en el acto, quiso recortar una buena parte de lo que confesó en nuestro encuentro inicial. Fabián nunca dejó de mostrarse preocupado de lo que el mundo llegaría a saber sobre él. “No te preocupes –le dije–, quédate el texto y entrégamelo cuando sientas que conseguiste decir todo lo que querías; siéntete libre de editarlo a tu gusto y conveniencia”. “¿En serio?, ¿no te afecta?”, me preguntó preocupado. Yo respondí: “si te resulta difícil compartir tu historia, no la ponemos en la tesis, y ya”. Al final, nos hicimos buenos amigos, algo que creía yo impensable cuando lo conocí, pues en ese primer encuentro sentí demasiada hostilidad de su parte y una suerte de obligación de ayudarme a hacer este trabajo sólo porque nuestro amigo común se lo había solicitado como un favor especial. Todo este sentir personal también lo compartí con él, ya cuando la confianza era algo que ambos nos habíamos ganado. Un mes y medio después, me devolvió la narrativa ya editada, que posteriormente volvió a modificar. Por todo lo anterior, no incluí aquí su retrato, realizado por la gran fotógrafa Edna Domínguez, quien también retrató a los otros dos participantes. En lugar de ese retrato, que enmarcó y colocó en su recámara, él me prometió hacer un autorretrato pintado con técnicas digitales, que se incluye en el ANEXO 2 junto con los bellos retratos de Daniel y Octavio.

a mi hermana, quien estudió junto con él en el Instituto Mexicano de Sexología (Imesex). Ahí, Daniel estudió dos años de especialidad en sexología educativa, y luego, un año de maestría en sensibilización y manejo de grupos, y un año y medio más de sexología clínica, obteniendo en estas últimas el grado de maestro, después de haber estudiado psicología en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), donde, para cumplir sus requisitos de titulación, decidió llevar a cabo su servicio social en Imesex, impulsado por su novia de ese entonces, con quien también tomó ahí algunos talleres de investigación. Ahora, también en Imesex, estudia una especialidad en terapia de pareja y trabaja como académico e investigador desde el año 2011. Actualmente mantiene una relación de más de ocho años con Norma, una médica general con la cual comparte su hogar y con quien disfruta viajar por el país.

Finalmente, a **Octavio Borja** (Ciudad de México, 1990) lo conocí por María Teresa Arroyo Solano, una compañera del posgrado, quien fue su pareja hace algunos años. Como ingeniero en sistemas automotrices por el Instituto Politécnico Nacional (IPN), Octavio ha logrado trabajar desde hace ya un tiempo en la mecánica, un ámbito laboral que él dice disfrutar bastante. Actualmente, es evaluador de equipo pesado en una compañía de seguros y mantiene una relación con una chica muy risueña y bromista, casi de la edad de él.

Para concluir estos planteamientos sobre las PN, su utilidad epistemológica en investigaciones como la aquí presentada, vale enfatizar y recordar que los tres textos del siguiente capítulo son el resultado, el co-producto definitivo, de un discurso *a dos manos* entre quien escribe esto y cada uno de los protagonistas de la pesquisa, gracias a una técnica metodológica que, *per se*, representa no sólo un camino enriquecedor para cualquier trabajo enmarcado en los preceptos y motivaciones feministas, sino también una apuesta distinta a las herramientas de conocimiento de la

investigación social tradicional, donde l\*s sujet\*s cognoscentes (l\*s investigador\*s) se consideran poseedor\*s únic\*s del discurso mediante el cual interpretan el (o los) fenómeno(s) estudiado(s). De ahí que las PN requieran ser revaloradas como productos acabados y únicos que necesitan ser leídos en su totalidad, de principio a fin, pues son, en cada caso, la materialización discursiva de esa relación heteroglósica entre quien investiga y quien da sus testimonios, y de su versión particularísima de las cosas a través de un texto que nos involucra (corporal, ideológica y emocionalmente) como coautor\*s activ\*s. (Balash y Montenegro, 2001)





# PRODUCCIONES NARRATIVAS

(Fabián, Daniel y Octavio)



# “NADIE ME VERÁ LLORAR”

Co-producción narrativa en tercera persona  
y a manera de diálogo

Por Fabián López y Juan Pablo R.V.

**A** Fabián Esteban López Martínez (Ciudad de México, 1984) lo conocí gracias a Juan, un amigo psicoterapeuta a quien Fabián acudió para pedirle ayuda psicológica de emergencia, un día de esos en que “me sentía de la chingada, que no sabía ya qué onda conmigo y hasta me entró una depresión culerísima, de esas que hasta sientes que te quieres aventar al metro o de un puente –en este momento, él ríe y se sacude el cabello, para luego rascarse la barba de candado, tupida y muy negra–. Neto, neto, fue horrible, mano. Mi chava de ese entonces, se llama Martha, me había dejado por un hombre-hombre, un pendejo, Eusebio, al que todavía me encuentro luego en la calle, porque vive cerca de mi casa. Y no le tengo miedo, ¿eh? Todavía, a veces, nos encontramos y me echa miradas de ‘te voy a partir tu madre’, pero miedo no le tengo. Así como me ves, chaparrito, puedo soltar putazos como cualquier otro bato. Le he metido duro a las pesas desde hace un rato, y me gusta mucho salir a

correr. Entonces, pues como puedes ver, tengo buena condición, y fuerza, un chingomadril de fuerza...

–¿Te has peleado alguna vez?

–Pues... –Fabián se rasca su cabeza, sonrío irónicamente y se acaricia otra vez la barba, que ha logrado gracias a su proceso de hormonización de casi cuatro años– Mira, la verdad, desde que era chavo me latía el rollo del box, me gustaba ver las luchas en la tele, con mi papá, o andar provocando a los niños en la escuela, y ellos se sacaban de onda porque, imagínate, con mi falda y mi suéter de mujer, y las coletas que me hacía mi mamá que cómo me cagaban, y así toda bien broncudita yo, bien gordita, porque mira estoy bien gordinflón todavía, pero era algo así como una sensación de poder, una cosa medio mágica, una fuerza que siempre tenía adentro de mí, que me decía: “tú eres un hombre fuerte y puedes partirle la madre a quien tú quieras o a quien se quiera pasar de listo”. No sé, mano, yo creo que por eso casi no sufrí violencia, por lo menos de esa violencia de que me golpearan o se quisieran aprovechar de mí. Me conocían lo broncudita que era, en mi colonia, en la escuela, en donde fuera que iba yo. Ya cuando crecí, en la secundaria pues, me valió madres y me fui a la peluquería y me corté el pelo bien cortito, y pues ya te imaginarás cómo se puso mi mamá de loca, hasta se puso a llorar y todo eso, y me dejó de hablar como un mes. “Qué horrible te ves, Fabiola, me das vergüenza, ni pareces mi hija”, me dijo bien encabronada. A mi papá le dio igual. Él siempre me respetó. Era un ángel mi jefe, un ángel hermoso que siempre va a ser mi ejemplo, mi guía. Y por eso me sentí más seguro de ir tomando mis decisiones: ya no me quise poner aretes nunca más, aunque el uniforme de mujer pues sí lo tuve que seguir usando, pero, aun así, ya se me notaba que me sentía más hombre que niña, y entonces, pues sí,

vinieron las burlas y los ataques, de mis compañeros y también de mis compañeras, bien culeros todos conmigo, todavía me acuerdo. De que cómo caminaba, cómo me sentaba, con las piernas abiertas, o cómo hablaba, así, golpeado y diciendo siempre groserías. Los maestros siempre me regañaban, y mi mamá a cada rato me andaba dando cachetadas. Mi papá fue más comprensivo, y cuando me salía más lo hombre que otras veces, nomás se reía, o se comportaba como si no se diera cuenta. La verdad, de mis tres hermanos y yo, yo soy el que más se parece a mi papá, y ahora con barba, pues mucho más. Él nunca de los nuncas se metió conmigo por mi forma de ser. No sabes cómo extraño a mi papá. Cuando se murió, hace ocho años ya, se me fue un pedazote de mi vida, como si me hubieran arrancado un cacho grandísimo del cuerpo, una pierna o algún órgano importante, no sé, fue algo que me hizo sentir un vacío que hasta la fecha pues nomás no puedo llenar, y yo creo que nunca lo voy a llenar. Siempre que me veo al espejo pienso que mi forma de peinarme, o de mover las manos, o de comer y agarrar el tenedor, o de caminar y hasta de hablar, es como si le estuviera haciendo un homenaje a mi papi. Lo extraño todavía...

—¿Él fue, entonces, tu referencia más inmediata, la más importante, para construir tu masculinidad?

—Claro, claro. Bueno, es que, imagínate, las únicas mujeres de la casa éramos mi mamá y yo, y de ahí en fuera, pues puros hombres: mis hermanos y mi papá, y mis primos, puros hombres también, que vivían en el mismo vecindario donde todavía vivimos algunos. Siempre conviví con puros hombres, salía a jugar fútbol con ellos, o juegos de hombres: *fut*, carreritas, a las guerras, a las luchas, a los carros, a pasearnos en una carretilla que teníamos en el patio... Ya sabes. Y pues a esa edad qué vas a

andar teniendo prejuicios. Nosotros nomás salíamos a divertirnos. Y como mi mamá trabajaba en una tienda del centro, ni se daba cuenta porque llegaba ya tarde, y mi papá nos dejaba ser, me dejaba que me divirtiera. Y su taller mecánico, que estaba también y está todavía en el estacionamiento de la casa, pues también puros hombres, que eran los que le ayudaban... Mira, no sé, aunque siempre supe que yo era un niño y que prefería mil veces parecerme a mi papá que a mi mamá, a lo mejor también influyó que uno de mis primos se aprovechara...

—¿Se aprovechara...? ¿Cómo?

—Pues me obligó a tener relaciones. Esa fue la única vez que tuve sexo como mujer, o bueno, que me obligaron a tener relaciones sexuales. Y fue la cosa más fea que me ha pasado.

—¿Cómo sucedió?

—Hasta ahí nomás, mano; la verdad no quiero acordarme de eso. Cuando pienso en cómo pasó todo, me encabrono mucho con mi mamá, porque este hijo de la chingada era su sobrino consentido y a veces se quedaba a dormir en la casa. Y yo creo que hasta lo quería más que a mí. Esto que te cuento, la verdad nunca se lo dije a ella, ni a mi papá, ni a nadie; sólo se lo dije a Juan, el mejor psicólogo del mundo y mi mega compa de toda la vida. Él me ha ayudado muchísimo a entender mi proceso. Es la cosa que más vergüenza me ha causado en mi vida, te lo juro por Dios. No sólo fue el dolor en mi cuerpo, que me duró un chingo de tiempo, sino el odio y el asco que me hizo sentir por mi vagina y todo lo que se relacionara con el uso que tiene, que es recibir un pene para que un hijo de su re pinche madre te vacíe ahí sus porquerías. Fue muy extraño, porque a lo mejor el odio que le tenía y todavía le tengo a mi primo, se relacione con que él sí

tenía pene, y yo no, y porque yo nunca podría hacer eso. Y a cada rato soñaba que penetraba a las niñas que me gustaban, y me despertaba todo mojado, pero ni para satisfacerme así chido, porque meterme los dedos por ahí me daba asco y me daba pena y me recordaba a este hijo de su madre, que al final se fue a Estados Unidos y espero nunca volverlo a ver, porque de ser así te juro que sí lo mato o, por lo menos, le voy a partir su madre. No sé, a lo mejor un día lo busco para recordarle lo que me hizo. Una vez soñé que lo mataba. A ese grado lo odio. Bueno, ahorita pues como que el trabajo con la terapia me ha ayudado mucho, no sabes, y quiero olvidarme de eso. No me gusta acordarme. No sé si pueda llegar a perdonarlo, pero sí quiero olvidarme de eso, despedirme de esa experiencia tan culera en mi vida.

—¿Por qué no te defendiste como solías hacerlo en otras circunstancias, así como dices que te defendías en la escuela, o en la calle?

—Esa es una pregunta que, la neta, me he hecho muchas veces. No sé, mano, yo creo que, en primera, porque era un cabrón más grande que yo. Aunque era yo gordita, corpulenta, este cabrón medía como uno ochenta, y estaba mamado, porque le gustaba hacer ejercicio. Y tenía unas pinches piernotas y unos brazotes. En fuerza física, lógico que me ganaba. En algún momento, antes de que pasara esto, yo decía que sería como un sueño hecho realidad si de repente yo tenía un cuerpo como el de él, para que todas las niñas me voltearan a ver, porque eso sí, el puto tenía un pegue...

—Pero ¿por qué no gritaste? ¿Estaban solos? ¿En dónde fue?

—Mira, como que mi cabeza borró varias cosas. Ni me acuerdo si estaban mis hermanos y mis papás. Sólo sé que era ya noche y que yo estaba durmiendo, y que este puto se metió a mi cama y me empezó a quitar los calzones, y luego ya lo tenía encima

de mí, y me puso la mano en la boca para que no gritara... ¿Sabes?, creo que en ese momento sentí un miedo que nunca había sentido, y eso me paralizó o no sé qué vergas me pasó. Haz de cuenta que en ese momento algo, una fuerza rara, no sé, me convirtió en una niña indefensa por primera vez, como si el cabroncito que me sentía yo, así, ya sabes: valemadres, broncudo, entrón, se hubiera desaparecido cuando este pendejo me empezó a tocar mis partes y me metió los dedos, y luego me empezó a chupar los pechos, y me mordió, y ya al final me violó... Ya, güey, ya no quiero hablar de esto, por fa.

–Disculpa, Fabián. Claro. Sólo una cosa más: fuera de esa experiencia tan terrible para ti, ¿cómo enfrentabas los ataques o cualquier forma de violencia en tu vida, en la escuela, en tu familia, en la calle...?

–Fíjate qué chistoso, a excepción de lo de mi primo, yo nunca le tuve miedo a nadie, a nadie, y esos ataques que te decía de mis compañeros, y a lo mejor hasta la pinche violación, como que me dieron más fuerza para decirme siempre a mí mismo: “conmigo nunca, nunca, nadie se va a meter”. Y así fue, ¿eh? A un chavo de la escuela, que me estaba chinga y chinga, empújeme y empújeme, para que me formara en la fila de los hombres una vez que estábamos en un homenaje a la bandera o a no sé qué, me le fui a los madrazos y le saqué sangre de la nariz. Y como yo era mujer, al menos de nombre, siento que le dio miedo defenderse o pegarme, o no sé, porque nomás se tapó la cara y trataba de quitarme de encima, pero yo estaba hecho un demonio. Ese día me expulsaron por primera vez. Y a él no, porque era pariente de la subdirectora. Eso me dio rabia porque nos debieron expulsar a los dos. En otra ocasión, me le fui a los trancazos a un güey que estaba molestando a una niña que me gustaba, se llamaba

Lety, bien preciosa la chava esta. Ella yo creo que fue la primera mujer de quien me enamoré.

–¿Y qué pasó con este compañero?

–Pues nada, se estaba burlando de ella, ya ni me acuerdo por qué, y que le digo: “qué traes, pendejo, déjala en paz, ¿no? Ya estuvo”. Y vámonos, que me le aviento. Este cabrón sí me dio un trancazo en un pecho, y hasta me salió un moretón, pero luego llegó el prefecto o no sé quién y nos separó. Nos expulsaron unos días y ya te imaginarás cómo se puso mi mamá. “Esas no son las formas de una mujer para defenderse, hubieras ido a acusarlo. ¿Qué te pasa, niña? Ya me tienes harta”, que me dice. Y mi papi luego luego a defenderme: “qué bueno que te defiendas, hija”.

–Comentabas que fuiste por primera vez a terapia por una novia con la que terminaste. ¿Qué has descubierto de tu masculinidad en este proceso terapéutico?

–Sí, empecé esa terapia por Martha y otras cosas muy cabronas de mi vida que se me juntaron con esto. Ella era medio facilona, porque desde antes de andar ya sabía de qué pie cojeaba. Y hasta la fecha, ¿eh? Después de mí y de Eusebio ya ha tenido como tres novios, o hasta más, no sé. De lo que se va uno dando cuenta cuando conoce a la gente, y pues de esto ya tiene como dos años y medio. Pero la tristeza, la verdad, me duró un rato grandote, como unos seis meses, mano. Pero en su momento, cuando me pasó eso, pu’s sí me hizo sentir de la verga, porque pu’s yo comencé a pensar que no era hombre suficiente para Martha, y pues, ya sabes, te entran esas ideas locas de que por no tener un pene nunca vas a ser lo suficientemente hombre para una mujer...”

–¿Qué es ser lo suficientemente hombre para ti, sólo tener un pene?

–Pues... no sé, mano, digo, ahorita la verdad es que gracias a mi terapia ya hasta se me quitaron las ganas de hacerme la operación para que me pongan una verga, porque no tengo mucho dinero y porque dicen que duele un chingo y la recuperación es dolorosísima. El clítoris te lo convierten en glande o algo así. No sé. He visto fotos en Internet y les quedan unas vergas bien feas, y no sé. Por lo mientras, pues he investigado un poco sobre todo este rollo y me he metido a estudiar un poco más esto de la transexualidad. Ya puedo decir que soy un hombre trans, y que nunca voy a ser un hombre-hombre, porque pues no se puede y ya. En esto, Juan (el terapeuta) me ha ayudado mucho. Yo nací mujer, pero me siento hombre y lo voy a ser hasta el final, con lo que tengo, le guste a quien le guste, y eso lo voy a defender siempre, hasta que me muera. Mi idea de ser un hombre está adentro y no afuera. Aunque no te creas ¿eh? Me ha costado trabajo darme cuenta con Juan de que a veces soy medio culerón en mis relaciones de amor o en mis formas de ser en general. Eso no te lo dije, pero Martha me dejó porque la neta sí era yo medio celoso y posesivo, y una vez le grité y la empujé en la calle, enfrente de muchas personas, porque te digo que era bien coqueta y a mí eso me volvió desconfiado. La cosa es que ese día saludó de beso a un amigo suyo de su trabajo.

“Al principio pensé que me había dejado porque no era yo un hombre lo suficientemente hombre, o sea, porque no tenía yo un pene y todo lo que se supone que debe tener un hombre: pelos por todos lados, la voz gruesa, el cuerpo de un tamaño más grande, etcétera, pero con Juan, la neta, me he ido dando cuenta de cosas bien cabronas sobre lo que he tenido que hacer para hacerme hombre y que me reconozcan como hombre, en mi familia, en la calle, en los lugares donde he trabajado, con las chavas con

las que he andado. Esto de ser así me ha traído muchos problemas, como el que tuve con Martha, a quien la neta sí quise un chingo. Y por eso quisiera no ser más este hombre que aprendí a ser, pero esto también es bien complicado y nos trae otro tipo de problemas. Duele mucho cambiar...”

–¿Esto de ser así? ¿A qué te refieres?

–Pu’s no sé, mano, por ejemplo, el hecho de que sea mandón, que hable golpeado, que no me guste mostrar mis sentimientos a nadie, y mucho menos entre hombres, porque eso me hace parecer una mujercita débil y pendeja; o que a las novias con las que he andado las quiera mangonear y mandar, o que haya tenido hasta tres chavas al mismo tiempo, porque eso me hacía sentir más hombre, o que una vez hasta le pegué a una novia con la que andaba saliendo y que nomás quería estar encima de mí, abrazándome y chingando por el celular que con quién estaba yo, y que por qué no le había hablado, y que si ya le estaba poniendo el cuerno... ¡Qué hueva!

–¿Y por qué le pegaste?

–Pues porque ya me tenía hasta la madre, la verdad. Pero la gota que derramó el vaso fue una vez que estábamos cogiendo. Estábamos en la cama y me quiso hacer sexo oral y yo no quise, y a huevo quería y quería. Y yo no quería y punto. Y ella a huevo que sí. Y entonces la empujé con mi pierna y le di una patada y me salí de ahí. Y luego terminamos.

–¿Cómo consigues el placer sexual, entonces? ¿De qué manera tienes orgasmos con tus parejas? ¿Por qué no te gusta que toquen tu vagina?

–Qué pinches preguntotas haces, mano, jajajajaja. Mira, es muy raro por todo este pedo que te decía que tengo con mi parte que todavía tengo de mujer, la vagina, pues.

Lo único que he podido hacer hasta ahorita es quitarme los pechos, que la verdad sí eran muy grandes, y tomarme mis hormonas. Pero hasta ahí. Y debo aprender a conformarme y a trabajar mi ser hombre con lo que tengo. Y ahí voy. La verdad, la terapia sí me ha ayudado, y también conocer a otros hombres trans como yo. Compartir mis experiencias con ellos ha sido muy chido y se me ha ido bajando poco a poco el coraje de ser así. Pero no deja de ser una cosa muy cabrona, mano, porque sé que va a ser muy difícil tener un pene algún día, como que esa es, o era, mi obsesión, pero al mismo tiempo me da mucho miedo por todo lo que te decía. No sé si pase lo mismo con todos los hombres como yo. De los siete u ocho que conozco, sólo uno tiene también esa obsesión por tener verga; los demás dicen que no les da vergüenza su vagina, y mucho menos mostrárselas a sus parejas. Uno de ellos, de hecho, es gay, o sea, se acuesta con hombres. Eso me costó trabajo entenderlo, porque pensé que si eras hombre trans te tenían que gustar sólo las mujeres. No sé, se me hizo raro. Yo nunca me imaginaría como gay, o estando con otro bato. Digo, en ese caso, me quedo con mi vagina, y ya. Es muy bizarro eso.

—¿Por qué lo crees así? ¿Qué relación tiene para ti la identidad de género, es decir, el sentirte hombre o mujer, con las preferencias eróticas?

—Pues no sé, mano. Ahorita que me preguntas esto, me haces pensar en que a lo mejor sí soy medio homofóbico, ¿eh? Ahora que me preguntas esto, pues sí es como que discriminar ¿no? Bueno, eso es lo que pensaba, y a lo mejor estoy equivocado, pero sí te digo que me cuesta trabajo imaginar que un hombre trans sea penetrado por otro hombre o lo penetre.

—Y regresando a la pregunta que te había hecho, ¿cómo consigues obtener placer sexual con tus parejas?

–Pues, mira, obvio yo soy siempre la parte activa. Jamás de los jamases, neto, neto, neto, dejaría que mi chava me viera como una mujer, o que tuviéramos relaciones haciéndome sentir mujer, o que me recordara eso que viví con mi primo. Ahí está el pedo, en la violación, yo creo. Entonces, lo que hago siempre es montarme en ellas mientras las penetro con mis dedos o les meto un consolador o uno de esos juguetitos que puedes encontrar en cualquier *sex shop*, y al mismo tiempo me froto con las piernas abiertas para que mi clítoris se estimule y pueda yo llegar al orgasmo, pero nunca pensando en que eso que se está frotando en el cuerpo de ellas es un clítoris, sino un pene. Es mucho de hacerte la fantasía y de imaginarte cosas, pero rara vez, o más bien nunca, dejo que ellas me toquen. Eso lo debo hacer yo. Y claro, todo debe pasar con la luz apagada. Todavía me da pena que me vean encuerado. No sé si con todos los hombres trans pase lo mismo, pero a mí sí me pasa, y no sabes cuántos conflictos he tenido nomás por eso. Lo que hago también es acariciarme el clítoris mientras les hago el sexo oral. Imagínate, antes hasta la palabra clítoris me daba culo, me costaba trabajo reconocer conmigo mismo que yo tengo un clítoris. Ahora ya puedo decirlo. Algunas de las chavas que tuve me llegaron a decir que soy muy egoísta porque me gusta coger sólo así, o porque no dejo que vean del ombligo para abajo, o porque no me quito la trusa cuando hacemos el amor, pero yo no puedo de otra forma. Nomás me acercan la mano a la vagina o me la tocan y en automático se me quitan las ganas de coger, y a veces hasta me salgo de ahí. Sí, yo creo que soy egoísta como bien dicen ellas, y eso debo seguir trabajándolo con Juan. Tengo mucho trabajo que hacer como puedes darte cuenta, mano.

–Nárrame cuál fue tu proceso en el descubrimiento de “ser hombre”; ¿qué has tenido que hacer o modificar en el decurso?

–¿En el qué?

–En el paso del tiempo, ¿cómo te descubriste hombre y cómo fuiste construyendo tu masculinidad? ¿Qué modelos de hombría seguiste?

–Pues es que eso no es que se descubra. En un momento de tu vida, a lo mejor cuando ya tienes capacidad de pensar y eres consciente de ti, sabes adentro de ti que eres lo que eres. Y ya. No sé. Es algo que se siente muy en tu interior, como una voz, o como el grillito de Pinocho. ¿Sabes?, cuando vi la película de Pinocho, de Walt Disney, tendría yo unos nueve años, me puse a llorar solito en mi cuarto, debajo de la cama, porque me imaginaba que nunca podría tener el final feliz de Pinocho, de ser un niño verdadero, igual que mis hermanos, mis primos o los niños de la escuela, y que hiciera lo que hiciera no iba a ser suficiente para lograr mi sueño de tener un cuerpo de niño, y que mi destino iban a ser las burlas de los niños normales...

–¿Los niños normales?

–Bueno, pues, los niños-niños. O sea, me refiero a que no me salieran orejas de burro como a Pinocho, o a que me volviera un fenómeno por desobedecer a todos, al no querer ser esa niña que mi mamá y todo el mundo querían que fuera. Bueno, tú me entiendes, pues. Pero la película tiene un final muy bonito, bien que lo recuerdo, que es cuando Pinocho salva a su papá de la panza de una ballena y el hada lo convierte en un niño de verdad. –Al decir estas cosas, Fabián se detiene y agacha la cabeza. No quiere que yo lo vea. Se seca los ojos con coraje. Está llorando. –Esas cosas se las hubiera dicho a mi papá, porque, aunque sé que él, muy en el fondo, sabía de mi condición, a lo mejor me hubiera salvado a tiempo de tanto que tuve que sufrir solo en el cuerpo de mujer que yo tenía, incomprendido por todo el mundo, comenzando por mi madre.

Porque el cuerpo, obvio, va desarrollándose y te empiezan a crecer los pechos, y las caderas te crecen, y vienen las pinches menstruaciones, que siempre vienen a recordarnos que no somos hombres, sino mujeres hechas para tener hijos algún día. Es horrible.

“Y nomás por eso, si de por sí ya era medio gordita, me dejé engordar para que no se me notaran los pechos y se confundieran con mi panza, y la comida me vino a salvar de las veces que me ponía triste. Si estaba nervioso o me daba tristeza, iba a la cocina y me ponía a comer sin que nadie en la casa se diera cuenta, o iba a la tienda a comprar galletas, papas, gomitas, dulces, paletas...

–¿Cuántos kilos pesas actualmente?

–Pinche Juan Pablo... Peso 117 kilos.

–Perdón, perdón...

–No. Está bien. Es la verdad. Sí estoy gordo, y es que ya bajé casi veinte (kilos).

–Me decías de tu proceso de construcción como hombre y de los modelos de masculinidad que seguiste.

–Luego vino la parte de cuando conviví y jugué mucho con mis primos y mis hermanos, y todo lo que te decía de mi papá y el taller mecánico. Ahí fui identificándome, o tomando ejemplos, del hombre que podía ser. También en la televisión, o en las películas de acción que luego pasaban en el cinco, porque en ese entonces pues no teníamos tanto varo como para contratar tele de cable. Pues sí, yo creo que de ahí tomé el modelo de ser hombre, y de mi papá, obviamente en primer lugar, porque él siempre fue mi ejemplo y nunca dejé de admirarlo: varonil, formal, seguro de sí mismo. A lo mejor me faltó copiarle también su nobleza, lo buena gente que era. Él nunca se pasó de lanza

con mi mamá, ni le pegó ni le levantó la voz, como yo sí lo hice con mis novias. Era medio mandilón, o más bien, era de esas personas que no le gusta estar haciendo pedos por cualquier cosa. Pero yo...

“Después vino esa etapa de la secundaria, cuando me corté el pelo bien chiquito y me volví súper rebelde y quería ser lo más macho que pudiera, porque para mí era más importante, aunque el mundo me viera raro, sentirme macho y que nadie se metiera conmigo y que no se me notara en nada que mi cuerpo y mis formas de ser había el rastro o alguna evidencia de que yo era mujer.

“En la prepa estuvo más leve la cosa, porque al menos los compañeros y compañeras que tuve eran más tolerantes, y como que ya se hablaba más de estas cosas del respeto a la diversidad. Y como ahí ya no teníamos que usar uniforme, pues comencé a usar nada más pantalones y camisas anchas, hasta dos tallas más grandes que la mía, y tenis o botas mineras. Mi voz todavía era delgada y de mujer. Y a lo mejor todos me veían como a una lesbiana muy macha, porque obvio cuando pasaban lista los profesores decían mi nombre: Fabiola Estefanía, que qué pinche nombre tan horrible, ¿no?, pero a mis amigos-amigos sí les decía que yo me llamaba Fabián Esteban, que sonaba como a galán de telenovela, jajajajaja. Fue ahí cuando tuve a mi primera novia y me atreví a tener relaciones, porque la neta eso me daba miedillo. Pero bien ¿eh? Digo, no tenía yo mucha experiencia, o más bien, nada de experiencia, pero fue padre. No tuve orgasmo; sólo me dediqué a complacer a Lucía, así se llamaba. Y verla gozar me hizo darme cuenta que las mujeres me vuelven loco, y que no necesito un pene para hacerlas venirse muchas veces. La verdad, todas las veces que intenté masturbarme a solas, en mi cama cuando era yo morro, me costó trabajo siempre llegar a un orgasmo. Me

incomodaba tocarme, y me dolía. La primera vez que tuve un orgasmo así bien chingón, fue como a los veinticinco, con otra novia a la que quise un montón. Y yo creo que fue porque estaba yo un poco pedo y demasiado excitado, como nunca tal vez, y por eso me atreví a tocarme en serio.

“Cuando salí de la prepa, intenté entrar a la UNAM, pero no me aceptaron, y entonces, como las cosas con mi mamá ya iban muy mal y me hacía sentir muy incómodo todo el tiempo, hablé con mi papá y le pedí que me echara la mano para irme a vivir solo y estudiar algo relacionado con la mecánica automotriz, porque para ese entonces ya me dejaba ayudarlo de vez en cuando en el taller, y siempre me encantaron los carros y todo lo relacionado con la mecánica. Él me dijo que sí y por eso hice mis maletitas, para irme a Nicolás Romero, en el Estado de México, a estudiar como técnico superior universitario en procesos industriales para el área automotriz, en la Universidad Tecnológica Fidel Velázquez. Cerca de la escuela renté un cuartito para estudiantes y yo creo que a partir de ahí fue cuando más feliz empecé a ser: porque de ahí pa'l real, luego de acabar mi carrera, empecé a ser independiente y a trabajar por mi cuenta y ganarme mi varito. Nunca pude conseguir trabajo en alguna industria automotriz, a lo mejor porque mis documentos todavía decían que yo era mujer, y no sé qué carajos tiene que ver una cosa con la otra, pero bueno. Pinche sociedad, así es y así va a seguir siendo. Y con todo y que un tiempo después corregí mis documentos con mi nombre de Fabián Esteban, ni así pude entrar a trabajar, mano. En ese tiempo la hice de mesero en un restaurante, y me daban mis buenas propinas, sobre todo las señoras y mujeres a las que trataba yo como reinas y a veces hasta les servía comida de más. Pero al final, el hecho de no haber sido aceptado en ninguna industria como técnico automotriz no importó, porque

ahora yo soy el encargado del taller que nos dejó mi papi cuando se murió. Mis hermanos se dedicaron a otras cosas: uno es abogado, el otro es médico pediatra y el otro se casó y se fue a Estados Unidos. Y mira, qué cagado, yo fui el que al final se quedó con el negocio que mi papi empezó con tanto amor y que siempre nos dio de comer.”

–Además de los cambios corporales que has experimentado en estos años por tu tratamiento de hormonización y por la mastectomía, ¿qué otro tipo de cambios ha habido en tu identidad masculina, en tu forma de relacionarte con las personas y con el mundo, por ejemplo. ¿Cómo eran antes? ¿Cómo son ahora?

–Pues un chingo, mano. Por dónde empezar. Bueno, no, la verdad es que siempre me sentí hombre y me comporté como hombre, o lo intentaba, aunque mi mamá me diera de cintarazos o me castigara. A lo mejor de chiquita, muy chiquita, pues sí me comportaba como una niña, pero no me acuerdo muy bien, honestamente. Lo que sí recuerdo es que me cagaban los vestiditos y las muñecas que ella me compraba. Yo siempre me sentí un hombre. Y en eso de mi forma de relacionarme con los demás, a lo mejor sí ha habido cambios, pero no en mi forma de sentirme hombre y expresarlo con mi vestimenta y todo lo exterior, sino en el trato que tengo con las personas, sobre todo con las mujeres. Y esto sólo ha sido gracias a la terapia. Poco a poco he ido aprendiendo cosas, a cacharme cuando me estoy pasando de verga con las mujeres, o de querer dominarlas y que hagan lo que yo quiero, o de pensar que los hombres no lloramos o no podemos expresar nuestros sentimientos. Ya estoy dando mi bracito a torcer, poco a poco, mano, porque la verdad no es fácil. No entiendo por qué vergas soy así; quisiera ser de otra forma, puta madre, pero no puedo, te lo juro. Me encabrono por todo, pero prefiero eso, porque si me entra la depre siento que ya valí madres, y lo que hago es

emputarme otra vez o golpear una pared. Por ejemplo, con el tema este de llorar, yo creo que la única vez que lloré enfrente de personas desconocidas, o incluso de mi familia, fue cuando se murió mi papá. Fue la única vez. De ahí en fuera, nadie me verá llorar de nuevo.

–¿Te cuesta trabajo llorar?

–Mucho. Me da pena. No sé. Me siento frágil y delicado, y que la gente me va ver débil y se va a aprovechar de mí, o va ver que soy poco hombre. De verdad es difícil para mí. Las únicas veces que he llorado han sido solito, en mi cuarto, y con el seguro en la puerta.

–En tu experiencia, ¿ha habido cambios en tu idea o el significado de “ser hombre”? Si es así, ¿cómo era antes?, ¿cómo es hoy?

–Pues sí, y viene de la mano con esto que te acabo de decir. Antes pensaba que el hombre debía ser cabrón, abusivo, culero. ¿Sabes?, yo creo que todo eso lo aprendí del primo que me violó. Ese hijo de puta a lo mejor me hizo así. No sé. Porque a veces me pregunto: “¿por qué nunca he podido tener la nobleza y los buenos modos de mi papá, porque sólo le copié lo exterior?” Claro, mi idea ahorita de cómo debe ser un hombre sí quiero que sea diferente. Ya no quiero estar emputado casi todo el tiempo. No he superado lo de la violación. Por eso, cuando me viene la tristeza, me da por pegarles durísimo a las paredes, aunque me salga sangre, o a una pera de box que tengo en el taller, y ahí saco toda mi pinche rabia por partirle su madre a ese maldito. Me imagino que es su cara la que está ahí. Y aunque tenga ganas de llorar, no puedo y no puedo. Juan me ha ayudado un poco a ir soltando eso y a aflojar poco a poco mis emociones, y a reconocer que siento y tengo emociones que debo reconocer, porque en el fondo todos

tenemos una parte masculina (la rudeza, el carácter, la valentía, el querer ser líderes, etc.) pero también una femenina, ¿no?, que es la de los sentimientos. Ahí voy. Y sí ha habido un cambio, claro. Ahora, por lo menos, cuando me agarran los celos o las ganas de gritarle a mi novia de ahorita, aplico las técnicas del Juan, de respirar y pensar bien lo que voy a decir o cómo voy a reaccionar. La bronca es que mi mujer ya me agarró el modo, y es ella ahora la que quiere dominar de vez en cuando la relación. Yo pienso que debemos encontrar un equilibrio. Ni ella ni yo. Los dos. Los dos podemos comunicarnos y escucharnos, tenernos paciencia, comprendernos, y no querer a huevo dominar o tener el poder para que se haga nuestra voluntad. Yo creo que también es una cosa de orgullo. Los hombres somos muy orgullosos, no nos gusta que nos manden, que nos digan qué hacer, que nos dominen, porque nosotros somos los que estamos hechos para tener el control, no para que nos controlen. Y eso debemos reflexionarlo, porque no se trata de ver quién controla, sino de llegar a acuerdos y escucharnos como personas, seamos hombres o mujeres. Ahí voy, ahí la llevo, mano.

—Ante el mundo, ¿te nombras como hombre o como trans?; ¿te podrías definir como trans?, ¿en qué momentos es de una u otra manera?

—Pues yo prefiero mil veces decirme hombre, y que el mundo me vea como un hombre y me trate como hombre. Pero la realidad es que también soy trans. Ya lo medio entendí. Y por eso ya no me incomoda tanto. Si me dicen hombre o trans, ya me vale verga, mientras no me digan mujer. Antes sí me incomodaba, y más cuando conocí por primera vez las palabras de transexualidad o transgénero, o trans, que por lo que entiendo abarca a todos los que viven en cuerpos que en algún momento no aceptaban o les estorbaba, y por eso se lo operaron, o nomás comenzaron a tomar hormonas, o a

vestirse de una u otra forma para tener más o menos la forma externa que querían. Yo creo que hay que hacerle justicia a esto del ser trans, te acerques o no a esa idea perfecta de lo que es ser hombres o mujeres. Porque, aunque soñemos, por ejemplo, yo, en tener un pene y un cuerpo perfecto, de hombre-hombre, nunca vamos a poder tenerlo, y debemos a aprender a aceptarnos y a crearnos una vida que no tenga que meterse a huevo en esa idea de ser hombres-hombres o mujeres-mujeres.

–¿Hay algún conjunto de cualidades o características que consideres necesarias para poder nombrarte definitivamente como hombre? ¿Crees que exista un punto de llegada ideal para poder decir “ya soy un hombre, ya no me falta nada”?

–Pues a lo mejor tener un pene, que como te digo es una obsesión, pero va a estar difícil. Entonces, yo creo que no hay un punto, así como que final, o último, o perfecto, o único, para decir: “bravooooo, por fin lo logré, ya soy un hombreeee”. No, mano. Eso no se puede, y yo creo que ni siquiera en el caso de los que nacieron con cuerpo de hombres o de mujeres y que son felices o se sienten chidos y cómodos en él. Es más bien la idea que tú tienes de ti mismo o de ti misma, y la forma en que vas aceptándote y amándote. Sí, yo creo que tiene que ver con el amor que te tienes y el agradecimiento que le debes hacer a Dios porque al menos no estás sin una pata, o ciego, o con alguna enfermedad mortal. Yo estoy vivo y mi forma de ser hombre creo que me gusta. Lo que estoy trabajando ahorita en mi terapia es el asunto de aceptar mi vagina y explorarme, hasta por cuestiones de salud. Hasta ahorita nunca he ido a hacerme el Papanicolaou o a que me revise un ginecólogo. La neta me da no sé qué, miedo, asco, rechazo, eso de que me explore un desconocido en una parte que me ha traído tantos problemas desde que abusaron de mí... Pero en algún momento voy a

hacerlo, porque además esto de tomar hormonas masculinas es también un riesgo para quienes nacimos con cuerpo de mujer. Y, en resumen, pues, no creo que haya entonces un punto definitivo, así como dices tú. Más bien, como dice la canción de Serrat, “se hace camino al andar”. No hay camino, y por eso tampoco un destino. Y esto aplica, yo creo, a la vida de todas las personas, sean o no trans.

–¿Qué significa para ti nombrarte trans o que te nombren trans?

–Que no soy hombre ni mujer, sino trans, jajajajajaja. Bueno, un hombre trans. Los trans somos únicos, y merecemos respeto al igual que los hombres y las mujeres no trans que sí son reconocidos como tales nomás por el hecho de haber nacido con vagina o con un pene. Por eso te digo que debemos pensar en lo importante, en lo único, que significa ser trans. Digo, sí me siento hombre, porque es la única palabra que encuentro y que aprendí para ser la persona que soy, pero en realidad no soy el hombre que la sociedad esperaría ver si anduviera encuerado por la calle. No sé si me entiendas, esto de ser trans va más allá de a huevo tener que parecernos a los hombres o a las mujeres que vemos en la tele o en los anuncios o en las películas. Habrá personas con un chingo de varo que a lo mejor sí dan el gatazo porque se han hecho un chingo de cirugías que pueden pagar y nunca nadie va a saber que son trans, pero en el fondo de su corazón saben lo que son realmente, y eso es engañarse a sí mismos, que es lo peor que una persona puede hacerse en su propia vida. Yo ya no me engaño. Además, no todas las personas tenemos esas posibilidades económicas, o estamos tan bonitos para que nuestra transformación sea más impresionante, fácil de hacerse y por eso lleguen a reconocernos como lo que queremos. Ser trans, creo yo, es algo que debe empezar en la conciencia de los propios trans. Porque, fíjate, hay personas que ni siquiera se acercan

un poquito a la idea que se tiene del ser hombres o mujeres, y sin embargo se aceptan, se aman, caminan con la cabeza en alto en la calle y se dan su lugar. Por ejemplo, yo he visto a muchas mujeres trans que son muy pobres y de plano sí se ven como travestis, y nada más, ¿y qué van a hacer, llorar porque el mundo no las reconoce como mujeres? Ni madres, si se sienten mujeres y sólo pueden aspirar a eso que están demostrando y expresando, a lo mejor porque sus rasgos de hombre son muy marcados (su estatura, su manzana del cuello, sus manos, no sé), pues ni modo, que les baste con que en el fondo se sienten mujeres, y ya. Y que el mundo se vaya a la verga, mano. Así tuve que hacerle yo.

–Aunque ya me comentaste algunos puntos, ¿hay en tu experiencia otros aspectos del “ser hombre” que considerarías negativos?; ¿los has reconocido en tu propia experiencia de construcción?

–Pues... Además de ser enojón, poco sensible, broncudo, celoso, medio dominante, bueno ya no tanto, ya lo estoy trabajando con Juan... También soy muy vale madres con mi salud, fumo un chingo, me gusta echarme mis tragos con mis compas cada viernes y sábado, ya he probado la coca, que me encanta, también la piedra, y también me gusta la marihuana. También me arriesgo mucho en situaciones que a la mayoría de los hombres nos gusta vivir...

–¿Como cuáles?

–No sé. Me encanta un chingo la velocidad, agarrarme la autopista México-Toluca a 150 kilómetros por hora; o salir a la calle solo, valiéndome madres los peligros que hay el DF... Hasta ahora, gracias a Dios, nunca me ha pasado nada, pero sí es para pensarlo ¿no?

–¿Hay elementos de tu socialización temprana como mujer que aún pervivan en tu devenir hombre?

–¿Cosas de cuando era mujer y que tenga todavía?... Mmmmmmm. Pues... No. Yo creo que ya no. Nada.

–En tu tránsito, en tu proceso, ¿hubo cambios en tu trato con las mujeres y los hombres, es decir, en tu manera de relacionarte con ellos?

–Pues como siempre me sentí niño y me comporté como niño no me acuerdo de si llegué a portarme como mujer-mujer. A lo mejor en el kínder o en la primaria, era yo calladito, y eso puede ser que sea porque no sabía qué pedo conmigo, porque me sentía raro, fuera del mundo, a lo mejor. Sí, de chiquito era muy callado, y me sentía incómodo con mis vestidos y que me dijeran Fabiola. Por eso mi forma de relacionarme con hombres y mujeres era de tomar distancia, más bien. Sí. Eso. Me alejaba. Andaba sola. Yo no jugaba con las niñas. Me caían gordas. Ahorita, ya no, claro. Ahorita lo que más me gusta es jugar con las niñas, jajajaja. Pero a esa edad yo quería jugar fútbol o a las carreritas con los niños, o a las luchas, y cuando llegué a hacerlo las maestras me regañaban. Y pues, así, ¿cómo carajo no iba a sentirme yo ajeno a todo el mundo, si no me dejaban ser o hacer lo que yo quería? Ya conforme fui creciendo me fui volviendo más y más niño, con todas las consecuencias que te conté y que me fueron volviendo un hombre muy macho, encabronado con todos, huraño, mamón a veces, broncudo, busca pleitos, valevergas...

–¿En algún momento de tu construcción has cuestionado algo de tu masculinidad que consideres negativo? De ser así, ¿qué has cuestionado exactamente?, ¿por qué?

–Pues... Sí, lo que te decía, ¿no? Eso de querer dominar y tener el control, y que se haga a huevo lo que yo digo. Ya estoy analizando eso en mi terapia, como te decía. Pero no me está siendo nada fácil. Esto de encabronarme por todo, y más cuando siento que me viene la tristeza porque me acuerdo de mi papá o de otras cosas feas, me cuesta mucho, mucho, trabajo. Es automático. Me encabrono y ya. Y nadie me aguanta. ¡Ni yo, vaya!

–Hablando de nuevo de violencias, ¿cómo han sido en el tiempo, es decir, como eran antes de comenzar tu construcción de hombre y cómo son ahora?

–Pues sí hay chingo de diferencia, mano. Claro que sí. Cuando era niña porque no tenía de otra: la violencia en la escuela, la de mi mamá, o las burlas en la calle, o el simple hecho de que me dijeran niña, cuando yo me sentía un niño; esta última yo creo que era la violencia más culerísima, porque era de todos los días. La siguiente pues fue la de la violación, y de ahí en adelante, ya montado en mi idea de que nadie se iba a meter conmigo y de que sería hombre le gustara a quien le gustara, como que transmitía esa energía, esa cosa que es rudeza o la forma de mirar, o la seguridad propia que los hombres transmiten en automático. Y ahí la violencia ya disminuyó, hasta que ya grandecito comencé con lo de las hormonas y ya no sufría la violencia de las personas desconocidas, de que me vieran en la calle como un bicho raro. Cuando comencé a pasar desapercibido, porque ya parecía un hombre, puedo decir que la violencia casi desapareció.

–¿Has identificado alguna ganancia (en términos de poder o privilegios) al vivir y mostrarte como hombre?

–La neta, sí. En primer lugar, este hombre que soy y que me encanta ser me permite moverme con libertad en la calle, cosa que a lo mejor como mujer no podría. Dirijo el taller de mi papá; sé manejar muy bien el negocio, dar instrucciones a mis trabajadores, poner orden en la casa y en el negocio, mantener a mi madre, ser el sustento de la casa, ayudar a mi familia cuando lo necesita. Por ejemplo, mi hermano, el que me sigue en edad, se quedó desempleado y yo lo mantuve como tres meses. No sé. Sí creo que si fuera una mujer no me sentiría capaz de hacer todas estas cosas que puedo hacer siendo un hombre. Fíjate que no lo había pensado. Eso del poder y de tener privilegios suena fuerte, pero es la verdad. Los hombres sí tenemos más privilegios, y eso está cabrón. Mi esposa, por ejemplo, que ya vivimos juntos en la casa con mi mamá, es obediente porque así lo aprendió, y aunque yo le digo que tome iniciativa en ciertas cosas y que no tenga que estarme preguntando todo el tiempo que qué quiero comer, que qué se va a hacer en la casa, que qué vamos a comprar, como que nomás no quiere. Es lo que te digo, la sociedad es cabrona en esto de decirnos cómo debemos ser los hombres y las mujeres. Yo amo a mi mujer, me encanta estar con ella, pero me gustaría que fuera más independiente y madura, que no me viera sólo como la persona que tiene el sartén por el mango, porque además de todo el trabajo que tengo todo el día en el taller, debo estar escuchando sus quejas, o sus cosas, como si fuera una niña. Pero, bueno, ya me acostumbré a eso, y hasta lo veo como que natural, aunque a lo mejor no debería ser así. Mi mamá también. Desde que murió mi papá y se fueron mis hermanos, pues yo vine casi casi a ocupar el lugar de su esposo, a tal grado de que aceptó, por fin, que soy un hombre y que me llamo Fabián Esteban, y hasta se volvió cariñosa conmigo, como nunca antes, pero a mí el cariño con ella ya no se me da; la trato con respeto y

nada más. No me nace. La quiero porque es mi madre, pero no me nace darle los abrazos que le daba a mi papá, nomás para ponerte un ejemplo. Con mi mujer no la lleva muy bien, se pelean a cada rato, puede ser que por celos, o porque mi mujer no me prepara la comida como debe ser, o no me lava la ropa bien, o no hace el quehacer como a mi madre le gustaría que lo hiciera. No sé. Yo ni me doy cuenta, la neta. Pero mi mamá sí, y cómo se pelean las dos por esas cosas. Parezco su papá. Nomás se andan quejando las dos conmigo. Puta... Eso me caga. En ese instante me digo: "qué hueva con estas dos mujeres, y mejor me voy a mi cuarto y las dejo pelándose". Haz de cuenta que el rey de la casa soy yo. Así me ven y así me hacen sentir. Hasta mis hermanos, cuando tienen problemas, vienen a mí para que los salve o les resuelva sus cosas. Como que me convertí en mi papá, en el jefe de la familia. Qué loco, ¿no? El único que nació mujer se hizo el jefe, jajajajaja. Para todo lo que se hace ahí siempre deben consultarme, y yo como que ya me acostumbré. ¿Pero cómo les hago entender, a mi mujer y a mi madre, principalmente a ellas, que pueden tomar la iniciativa también, liberarse un poquito de mí? Está cabrón, pero a mí me ayudarían un chingo. Parezco su papá, y eso a veces me caga y me desespera, es un papel que me cuesta trabajo llevar. Es muy grande.

–De igual manera, y en el mismo sentido que la pregunta anterior, ¿has identificado alguna pérdida de lo que eras antes, luego de comenzar formalmente tu construcción como hombre?

–Pues no sé si sea exactamente una pérdida. A lo mejor el rollo este de las emociones, porque de niña sí creo que era más sensible, pero las putizas que me puso la vida y mis formas de hacerme hombre, me lo fueron quitando. No sé hasta qué punto

ser sensible sea un privilegio, pero a veces creo que disfrutaría un poquito más la vida si me dejara sentir, llorar, reírme de los problemas, dejar de ser un poco amargado, quitarme las piedras que tengo en la espalda, porque hazte de cuenta que tengo toneladas de piedras en mi espalda. Espero poder írmelas quitando poco a poco. Ser hombre está cabrón, mano. Se nos exige mucho, y ni cómo ponernos a llorar para desahogarnos. Hay que seguir adelante, aguantarnos como los hombres. Porque así debe ser, ¿no?

Ciudad de México, diciembre de 2018-noviembre de 2019.

# IDENTIDAD EN DECONSTRUCCIÓN

Co-producción narrativa en primera persona

Por Daniel Romero Muciño y Juan Pablo R.V.

**S**oy Daniel Alejandro Romero Muciño. Nací en la Ciudad de México el 2 de febrero de 1986. Como sexólogo, terapeuta, investigador y académico especializado en temas sobre diversidad sexual, he podido, entre otras cosas, viajar por México para dar pláticas o participar en foros o intercambios académicos. En el Instituto Mexicano de Sexología (Imesex) estudié dos años de especialidad en sexología educativa, y luego, un año de maestría en sensibilización y manejo de grupos, y un año y medio más de sexología clínica, obteniendo en estas últimas el grado de maestría; esto, después de haber estudiado psicología en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), que, para cumplir mis requisitos de titulación, me exigía, como en todas las universidades, realizar mi servicio social en alguna institución. Fue así como llegué a Imesex, impulsado por mi novia de ese entonces, con quien también tomé ahí algunos talleres de investigación. Ahora, también en Imesex, estudio una

especialidad en terapia de pareja, y trabajo como académico e investigador desde el año 2011. Y si enfatizo especialmente mi llegada a este instituto, es porque esta me cambió la vida y la forma en la que ahora puedo ver y entender las relaciones de género, es decir, los conflictos y formas en las que vivimos las personas en un mundo hecho sólo para hombres y mujeres, dejando fuera otras formas de ser y de vivir.

### **Construirnos a pesar de la violencia**

La construcción de mi masculinidad, como la de todos los hombres trans, tiene un punto diferente a la de los hombres cisgénero, lo que tiene que ver con el darte cuenta de que tu masculinidad, de entrada, no es bien recibida cuando empiezas a representarla; es decir, la gente no espera que tú seas masculino, que seas hombre, porque naciste mujer, y punto. Desde ahí creo que se dio el primer choque con la sociedad y mi mundo inmediato, al vivirme diferente a lo que la gente me pedía.

De chiquito yo no sabía qué era ser un hombre, para mí no había diferencia entre ser un hombre o quizá ser una mujer. El punto duro fue cuando me empezaron a requerir cosas, básicamente femeninas, en las que yo no me sentía cómodo: vestirme de tal manera, ponerme vestidos, faldas, o tener un comportamiento estereotípicamente femenino, en la forma hablar, de ser, actuar y moverme en el mundo.

De esto, las personas trans nos damos cuenta cuando empezamos a relacionarnos más con otra gente fuera del ámbito familiar, a lo mejor con otros niños, o con algunos miembros diferentes a los de la casa, porque es ahí el momento en el cual descubrimos la diferencia entre lo que somos y lo que otros hombres o mujeres biológicos son. Es ahí cuando se da ese choque brusco. Bueno, en mi caso sucedió así, y lo tengo

muy presente en mi memoria: al comenzar a relacionarme más con niños de mi familia (primos, sobrinos, etc.) o afuera de ella, lo que me hizo percibir al mismo tiempo la primera violencia de mi vida: no ser bien recibido por mi mamá, mi papá, mis hermanos, y luego mis compañeros de la escuela y la gente de otros espacios sociales donde me movía. En mi familia, por ejemplo, recuerdo discursos como: “ah, no, a ti tenemos que vestirte así, te tienes que comportar de tal manera, no te portes de esta forma, eso no está bien...” Esa es la primera violencia que vivimos las personas trans, porque invalidarte es anular tu posibilidad de existir de manera libre, y eso es violento. Sí, definitivamente, el hecho de que invalidaran mi experiencia particular de ser un hombre fue un acto extremadamente violento para mí. Yo no lo había significado así, sino hasta hace poco, pues de niño y conforme vas creciendo, eso lo percibes como algo normal, como algo que debemos soportar, porque la vida y el mundo son así.

Yo creo que, de entrada, la primera violencia que viví fue la de la desconfirmación y la falta de reconocimiento, al decirme: “tú no eres un hombre, tú eres una mujer”; creo que eso, la invalidación de mi familia o del resto de personas en la escuela, en la calle, etcétera, es quizás una de las violencias más fuertes que viví durante mucho tiempo.

A pesar de que mi socialización era como mujer, pues me presentaba como mujer, en realidad, mi expresión y mi forma de manejarme en el mundo fue siempre masculina, siguiendo patrones masculinos, que en ese sentido nunca eran débiles. Por eso enfatizaba tanto mi forma de ser hombre y de comportarme como tal, y de hecho lo sigo haciendo, este performance de seguridad, en mi manera de hablar, de presentarme, de pararme, de caminar, sigue siendo así, tan marcado. Y esto se debió a que, desde chiquito, al no sentirme mujer, tuve que adoptar todo lo que pudiera para mostrarme

hombre y que no quedara un dejo de que yo había sido una mujer. En ese sentido, sí pienso que hice muy rígida mi forma de ser hombre. Mi masculinidad es así, rígida, en muchos aspectos. Y poco a poco la he deconstruido, la he flexibilizado, porque ya no quiero ser ese tipo de hombre, patriarcal y con una masculinidad hegemónica. Quiero deconstruirme. Y últimamente, he vivido poca violencia; de pronto, por accidente, me ha pasado que me traten como mujer o me hablen como si lo fuera, y eso pasa, según mi novia, cuando traigo colores pastel o colores claros, o cuando traigo el pelo un poco más largo. Eso ahora ya no me afecta tanto, pero antes, sí. Ya lo tomo desde otro punto, lo que quizá tiene que ver con que ya no necesito tanto de la validación de los otros.

Algo que a mí me ha ayudado bastante es que he podido diluirme muy bien, es decir, no tengo rasgos estereotípicamente femeninos, que, si bien no son tan marcadamente masculinos o fuertes, tampoco son femeninos. Y esa circunstancia, a lo largo de mi vida, ha ayudado mucho a que me diluya y pueda entablar relaciones de amistad con otros hombres y ser tratado como igual, porque yo siempre he sido de tener muchos amigos; nunca tuve amiguitas, o así de vamos a juntarnos para jugar a las *Barbies* y esas cosas; no, jamás en la vida. Siempre me gustó convivir con hombres.

### Ropas, *performance*, biología...

Cuando aún me obligaban a ser una niña, mi mamá era quien me compraba ropa: trajecitos y ropa de niña, con mariposas, muñequitas y esas cosas. Y puta... cómo me cagaba, sobre todo los mallones... Ya como a los ocho o nueve empecé a pedirle ropa más unisex, y por eso cuando íbamos a las tiendas de ropa me iba yo a la sección de hombres.

En la escuela yo sólo usaba la ropa de deportes, es decir, el pants, una playera y la sudadera, porque eran unisex. El otro uniforme, el de gala, el de mujer, lo aguanté usar sólo hasta primero de secundaria, y ya, porque me sentía muy incómodo. Esto propició que me llenaran un cuaderno de reportes, pero fue un precio que no me importó pagar, con todo y los castigos. Si bien sé que había reglas, creo que era bastante obvio que mi incomodidad era por vestirme con el uniforme de gala de mujer. Eso nunca lo hablé, nunca me lo preguntaron y nunca me dijeron nada las autoridades ni mi familia; sólo se dio por sentado, o no interesó, no sé.

Tiempo después, el cambio de mi performance de hombre no fue tan abrupto, pues hubo una época de mi vida en la que me gustó mucho el rock. Entonces, me encantaba traer el cabello largo y me encantaba traer un par de arracadas, una onda y en un rollo como andróginos. En esa época, mi modelo en la forma de vestir fueron los rockeros ochenteros y noventeros: Kurt Cobain, Axl Rose... Entonces, claro que me encantaba el cabello largo, que, aparte, en ese entonces, yo lo tenía como lacio y pesado, tenía un chingo. Cuando era muy chiquito, quizás seis o siete años, mi cabello me llegaba hasta la espalda, y después, en la etapa rockera, que fue en mis años de secundaria, me lo corté hasta por el hombro. Cómo me encantaba mover la melena; me sentía soñadísimo, todo un galán. Ya en la prepa decidí cortarme el cabello más masculino. Hasta ahí, pienso que mi masculinidad fue más vivida que entendida, porque hasta ese momento yo no tenía información sobre qué era la transexualidad, es decir, yo me sentía hombre, y ya, pero no sabía que podía ser una persona trans o que podía representar a un hombre de manera distinta a la que representé. De hecho, la información que tenía era que una mujer a la que le gustan las mujeres es una mujer lesbiana, pero más allá

de eso no tenía a mi alcance otra forma de entender lo que me estaba sucediendo. Es por ello que empecé a concebirme así. No tenía la información de lo que significa ser trans. Sí, mi vivencia como mujer lesbiana fue, creo, lo que más se apegaba a lo que estaba yo viviendo y sintiendo, y no porque lo fuera realmente, sino porque era lo que estaba a mi alcance de entendimiento, pues en el fondo siempre fue muy claro que yo no me sentía cómodo siendo mujer, aunque me vieran como lesbiana.

Otro aspecto incómodo eran la menstruación y mis mamas; fue por ellas que me sentía obligado a vestir con ropa más holgada. En cuanto a la menstruación siempre tuve que convivir con ella. Era, es, algo muy complicado, porque siempre he tenido cólicos muy fuertes, y es con lo que más me ha costado trabajar. Sin embargo, ahora, después de mi proceso en Imesex, en el que he podido entender muchas cosas (mi vida, mis relaciones, la relación que tengo ahora con mi novia, en la que nos hemos tenido que acoplar en muchas cosas, incluyendo la parte sexual), estoy teniendo una reconciliación muy cabrona y chida con mi cuerpo.

Si en algún momento de mi vida alguien me hubiera preguntado: “¿te gustaría ponerte un pene?”, yo le hubiera dicho: “uf, por favor, claro que sí, encantado, quiero un pene, sí”. No obstante, eso ya no es algo necesario para mí, y pensándolo bien, yo creo que ni siquiera antes lo era, por lo menos en cuestión de utilidad. En ese entonces, para mí, tener un pene era una onda más como de “quiero ser un verdadero hombre”, pues al compararme con los hombres biológicos, yo pensaba que, si no tenía yo un pene, jamás iba a lograr ser un hombre de verdad. Eso pensaba antes, pero ahora, con todo lo que he vivido en Imesex y toda la cantidad de información que he leído, y las múltiples cosas que he tenido que confrontar ahí, conmigo mismo, significo mi cuerpo de una forma

totalmente diferente, desde reconciliarme con él y mi forma muy particular, muy mía, de ser un hombre, hasta vivir mi sexualidad de una manera muy chingona con mi pareja.

Creo que todo esto le dio un giro y un sentido completamente distinto a la masculinidad que aún sigo construyendo en mí. Por ejemplo, nunca he querido someterme al tratamiento de hormonización. Esta decisión la tomé después de conocer una investigación realizada en Imesex, donde se hizo una pesquisa con un grupo focal de hombres trans que tomaban testosterona y cuya mayoría se empezó a quedar sin cabello y a llenarse de acné en la cara. Eso me dio un poco de miedo y decidí no hacerlo. De este grupo focal, se vio que muchos comenzaron a tener barba, pero cabello, nada. Y yo no quiero quedarme sin cabello.

### **“De mi papá, todo; menos lo mandilón y sumiso”**

Creo que en mi vida como hombre jamás he seguido conscientemente un modelo de masculinidad. Sé que soy muy parecido a mi papá por muchas cosas que identifico y que me hacen decir: “puta, no mames, sí, soy mi papá”. Por ejemplo, de ser muy carismático, que es algo que aprendí de él, de ser una persona que se preocupa mucho por cuidar al otro, en general, o de proveer, apoyar y ser muy vasto a la hora de dar, pues él era muy vasto cuando compartía lo que tenía. Él murió hace 13 años, pero aún lo recuerdo y me identifico en muchísimas cosas con él, en lo caballeroso o lo detallista, por ejemplo. Quizá una cosa que busqué también a la hora de construir mi masculinidad, no sé si tan conscientemente, es la de ser admirado. Mi papá era un güey que causaba mucha admiración, porque era muy chingón en su trabajo y en todo lo que hacía. En su niñez fue muy pobre; empezó vendiendo chicles y periódicos, pero su esfuerzo lo llevó a

volverse gerente de una agencia de viajes muy importante en México y luego en Guadalajara. Pero no sólo era admirado por eso; también por hacer bien su trabajo, porque era inteligente, por carismático... Era contador, pero empezó en lo que antes era PAN AM, en el aeropuerto de la Ciudad de México, como diablero, y de ahí empezó a estudiar. Mi mamá nos cuenta que le dieron bastantes libros de turismo y de temas que le sirvieron para trabajar ahí, y que en las noches se quedaban estudiando juntos. Fue así como aprendió inglés de manera autodidacta y que fue saliendo adelante. Entonces, creo que sí, él fue mi modelo a seguir más importante, pero también mi modelo a no seguir.

Hace poco, en una de mis sesiones en la especialidad de terapia de pareja que estoy tomando en Imesex, nos preguntaban qué observábamos en la relación de nuestros papás y en el papá de nuestro género, que nosotros teníamos o estábamos reproduciendo, y recordé que, en su relación con mi mamá, mi papá era un hombre sumiso, pues se dejaba de muchas cosas y no hacía que ella escuchara su opinión. En la dinámica que tenía con mi mamá, yo a mi papá lo veía muy sumiso, vulnerable y permisivo en muchísimas cosas, lo que a mí me hacía siempre pensar: “papá, ya, ponle un alto a mi mamá”, porque ella era muy voluntariosa. Sí definitivamente, quien tenía el poder en la casa era mi mamá, porque mi papá literalmente se lo otorgó. Por encima de todos los miembros de la familia, era ella quien tomaba las decisiones, y ahora caigo en la cuenta de que quizá era justo eso lo que yo nunca quise reproducir de mi papá. Pero al final terminé aprendiéndolo, y ahora no puedo evitar ser a veces muy condescendiente. De repente veo que, para no tener pedos, cedo de más. Porque no quiero problemas. En esas situaciones siempre suelo decir: “ay, ya, güey, para qué tenemos broncas,

estamos bien, ¿no? Dejémoslo ahí. Sí, como tú digas, va”, pero eso de repente se va acumulando y acumulando. Y en esos momentos me siento raro, porque justo no quiero ser como el pendejo. Me siento pendejo ya después de que cedí o permití algo y que eso me va a traer alguna consecuencia, porque yo pude haber dicho que “no” en muchos momentos, o que “sí”, pero al final como que lo dejé pasar para no tener broncas o para que no se hiciera desmadre, y entonces, obvio, al final me encabrono.

Incluso con nosotros, sus hijos, mi mamá tenía siempre la última palabra, no mi papá, y eso me ponía mucho en jaque y me hacía decirme: “güey, yo no quiero ser así, mandilón y sumiso, porque los hombres no son así y no deben serlo”. Por eso, de mi papá quise copiar todo, menos lo mandilón y lo sumiso. Ahora que lo he revisado, siento que la he cagado en muchas cosas, justo por no querer ser sumiso, y debido a ello, a veces, reacciono cuando siento que puedo ser atacado o que mis opiniones no se van a escuchar, aunque ni siquiera sepa con certeza si va a ser o está siendo realmente así. Creo que tengo muy implantado ya este chip de: “güey, no seas sumiso, no te dejes, no esto, no lo otro... sé lo suficientemente hombre...”.

Creo en este momento de mi vida es algo con lo que estoy trabajando y que está muy cabrón de trabajar, porque traigo la impronta, y el hecho de darme cuenta, detenerme y analizarme es algo que me resulta demasiado difícil, sobre todo cuando empiezo a codificar mis emociones.

**“Cualquier soplido del lobo podría tirar mi casa”**

Yo creo que amarse y cuidar de uno mismo se relaciona también con las emociones y no sólo con lo físico. En las emociones, ahí voy, pero en lo físico debo reconocer que no

me cuido mucho. No sé, a lo mejor tengo miedo de enfermarme o de saberme enfermo; entonces, otra vez, prefiero no prestarle atención a mi salud. Yo creo que esta resistencia de los hombres a cuidarnos se debe a que no nos permitimos ser débiles; no sé si se deba al hecho de que nos sentimos muy fuertes o muy chingones, pero sí creo que es la parte del no sentirnos débiles. Debemos reconocerlo: cuidar de nosotros va de la mano con la salud física, pero también con lo que sentimos, con lo que queremos o no queremos. Para mí, por ejemplo, es un proceso bien difícil no sólo saber que puedo enfermarme de algo, sino también entrar en mi tristeza, en mi debilidad, en la posibilidad de tirarme un rato a llorar y decir: “sí hay días en los que me siento de la chingada y en los que no quiero levantarme, o a veces en los que ni siquiera desearía despertar”, porque están tan fuertes o tan de la chingada las cosas que eso es lo que desearía, cosa que antes, jamás en la vida, me hubiera atrevido a confesar, aunque en el fondo lo supiera y me estuviera matando. Y claro que fue difícil aceptar todo esto, lo que siento que ya es un avance grandísimo. Pensar, pero no sólo pensar, sino decir, confesar, que a veces nomás no puedo, fue un logro muy bueno.

Por lo menos con el manejo de mis emociones, ya estoy empezando a cuidarme, aunque honestamente aún me siento muy estúpido en eso; me falta trabajarlo más. Es una lucha, porque adentro de mí todavía sé que no quiero tocar ciertos temas, o compartir cosas, decirlas, pero sé que debo hacerlo por mi propio bien y, al mismo tiempo, por el de la relación de confianza que quiero construir con mi novia.

En este sentido, el emocional, está costándome demasiado trabajo. Aún hoy, prefiero mil veces encabronarme, que llorar o verme débil. Porque creo que eso es lo que está aceptado. En un hombre no se ve bien mostrar conductas de debilidad. Y la

neta yo sí prefiero encabronarme, enojarme, que mostrarme débil, como mi papá. Desde niño te enseñan que la debilidad es algo que no debería ser en nosotros los hombres, porque además de que te lo enseñan, se recalca todo el tiempo en todos lados: los amigos, la familia, la gente en general, los medios de comunicación... Como hombre no puedes ser débil. Que llores está de la chingada, porque como hombre deberías de saber cómo resolver y enfrentar las adversidades y cómo actuar. La debilidad es algo que no se permite, y por eso, creo, nos avergüenza tanto a los hombres. A mí, la debilidad me ha generado vergüenza muchas veces. Es por eso que cuando descubro en mí algo diferente a la alegría, prefiero sustituirlo por el enojo, porque es lo que sé o me permití codificar en mi masculinidad; esto sucede, sobre todo, cuando mis emociones me vulneran ante los demás.

Hoy en día, este trabajo de explorar mi masculinidad ya con otros ojos, incluye, por supuesto, el terreno de las emociones, pero también las actitudes relacionadas con esas emociones; por ejemplo, al detenerme a analizar si es válido llorar, o si está bien o no ser sumiso, o de si en verdad lo estoy siendo, puedo ver lo importante que es expresarme y que el otro me escuche, porque en esa medida se da la empatía y la posibilidad de escucharlo a él también. Sin embargo, es algo bastante difícil, porque eso implica deconstruir todo lo que le ha dado sentido a tu vida. Creo que por eso me está costando tanto trabajo cambiar cosas en mí, porque son ellas las que le han dado cimentación a mi identidad. Con todo este proceso, he sentido, de repente, como si estuviera puteando todo mi constructo de ser hombre, todo lo que consideraba certezas. Sí me estoy viendo cimbrado. Cuando te cuestionas las certezas o lo que creías eran verdades, como me llegó a suceder tras algunas broncas con mi novia, justo por ser yo

así, sentí que estaba poniendo en jaque todo lo que yo era, lo que sabía, lo que le daba sentido a mi vida y lo que había construido, lo que creía certero, lo que creía real.

Es por eso que, para mí, deconstruirse es algo muy, muy cabrón, porque cuando cuestionas desde dónde estás construido, y ves que justo esas bases, esos cimientos, pueden ser no reales, o débiles, o malos, o que te están chingando y haciendo daño, claro que es fuerte y difícil para uno, porque sin darte cuenta te has aferrado a esa forma de ser y de vivir, aunque sepas que te ha chingado tantas veces. En esto de las masculinidades, pienso que para muchos hombres es más fácil sostenerse en un dolor que ya conocen (es decir, el dolor de ser los hombres que la sociedad les ha pedido ser), que vivir un dolor desconocido, al cambiar por completo su forma de ser hombres. Eso genera muchas incertidumbres, y da miedo, por supuesto que sí.

Es por eso que prefiero decir que voy de a poquito, tratando de entenderme, sin presionarme, porque no es nada fácil. Esto, porque soy muy reactivo cuando alguien quiere tocar aquello que me vulnera. Vaya, no me gusta ni tocarlo yo mismo, algo que tal vez aprendí como una forma de protegerme, por mi identidad trans, y defenderme del ataque social para que nadie me hiriera, resguardando esas emociones y no mostrándolas ni compartiéndolas.

Por ejemplo, cuando terminé con mi novia la última vez, subí una *selfie* a mi Facebook, en la que decía: “aquí ando de guapo”, con mi cara toda feliz y despreocupada. Eso no quería decir que no estuviera partido, porque yo me rompo muy fácilmente. La cuestión es que eso sólo yo puedo saberlo. La vulnerabilidad es algo que no me puedo permitir, porque me amenaza muy cabrón, no sé cómo vivirla y no sé cómo voy a salir de ella. Por eso no la suelo tocar. Entonces, claro, cuando estoy roto por

dentro, lo que menos quiero es que las personas me vean vulnerable, porque sé que es justo ese momento en el que más pueden romperme la madre en caso de que quieran hacerlo. Por ello, cuando estoy tan hecho mierda por dentro, no permito que nadie se dé cuenta. En esos momentos, sé que cualquier soplido del lobo podría tirar mi casa.

A mí me enseñaron a que, a pesar de las desgracias, debo seguir con mi vida, siendo funcional a pesar de que esté partido y hecho mierda por dentro. Yo no puedo darme el lujo de tirarme, aunque me hayan roto. Al contrario, lo que yo aprendí fue a seguir *avante*, a pesar de que al llegar a mi casa y cerrar la puerta de mi cuarto, me quiebre y me deshaga. Pero, eso sí, para afuera de esa puerta, un hombre tiene que seguir siendo fuerte, firme, no débil. Varias veces me ha pasado que lloro cuando voy manejando, con la música a todo volumen. Ahí sí me pongo a llorar, solo, encerrado en mi coche, pero nada más. Cuando tengo broncas con mi mujer es lo único que me permito. En la cuestión de la productividad, yo sí puedo seguir siéndolo, aunque me esté llevando la chingada, y si lloro es sólo tantito, pero ya, y nada más. Y ante el mundo es de “aquí no pasa nada, yo estoy chingón”.

En una ocasión que hablaba con mi novia, le confesé que nunca, en toda mi vida, me había abierto tanto con nadie como con ella. De todo el mundo, yo creo que ella es la persona que más me conoce, porque es la única con quien me he permitido tocar emociones. Ni mi mamá, ni mi papá y ni mis amigos... De hecho, yo decía: “yo no tengo amigos con quien pueda tocar emociones, porque no puedo, porque no me gusta”. Mis amigos pueden venir y contarme cosas, o ponerse a llorar, o deshacerse, y saben que los voy a escuchar, pero ¿yo dejarme llorar con ellos?, eso es muy difícil para mí. Si acaso me he dejado llorar dos o tres veces con un amigo, ya están siendo muchas.

En mi sentirme hombre, específicamente, creo que nunca había pensado estas cosas, sino hasta que empecé a tener crisis fuertes, principalmente con mi novia. Ahora, en este punto de mi relación con ella, estamos intentando cosas para nosotros, en lo individual y para la relación, y ese es un punto en el que yo estoy tratando de permitirme cosas que antes no me permitía, como llorar y decir lo que siento, lo que sí identifico como una gran ganancia, pues ahora, además de que me siento liberado de emociones que he cargado tanto tiempo, ya puedo ver o entender cosas que antes no podía.

Debo confesar que antes me cagaba sentirme o verme débil, o que mi novia me viera así; eso me encabronaba, y mucho. Por eso digo que el proceso de deconstruirme está siendo muy complicado para mí, aunque al mismo tiempo reconozco que está siendo sanador. Ahora ya estoy llegando al punto en el que puedo compartirla a ella lo que siento; antes no era así, pues muchas veces prefería guardarme lo que sentía, en vez de compartirlo. Entonces, obvio, yo creo que ella asumía cosas; ciertamente, me las preguntaba, pero yo no se las decía, porque yo me rehusaba a tocar emociones. ¿Cómo?, pues fácil: le decía que no tenía yo nada, o cualquier otra cosa, como para no hablar de eso y cambiar el tema, porque yo sabía que si lo hacíamos de esa forma ella iba a conocerme más, o a insistir y, sólo por eso, a tener el derecho de juzgarme y decirme cosas que yo no quería escuchar. La tristeza y el dolor, por ejemplo, era algo que me tiraba. Y aún lo es. A mí la tristeza puede chingarme. Y muchísimo.

Para que la tristeza no me tire, prefiero convertirla en enojo. Eso como que me impulsa y me da fuerzas para salir del hoyo. Es lo que aprendí a hacer desde niño. En vez de detenerme a llorar lo que debo llorar, o a pensar en las razones que me ponen triste y, así, tratar de entender lo que me lastima, me encabrono. Sé que eso es un punto

flaco en todos los hombres, o en la mayoría, al menos. Sólo nosotros podemos entender a qué grado duele ser así y, por vergüenza o no sé, no poder decirlo y tener que guardárnoslo. Por eso es difícil. Y hasta la fecha aún reacciono un poco así, aunque sé que debo irlo cambiando, tratando de entenderme y dándome permiso de liberarme.

Desde niño, nunca me permití llorar, nunca. No me gustaba. Por ejemplo, cuando mi hermana mayor era adolescente y yo un niño pingo y castroso, era ella quien comúnmente me cuidaba. Entonces, ella a veces era muy hija de la chingada conmigo, y sí me llegó a nalguear dos o tres veces, o a molestarme, o a chingarme, pero yo no lloraba, no me lo permitía, era como decirle: “no, ni madres, yo no voy a chillar, no te voy a dar el gusto de que me veas quebrado o débil, como mujercita. No voy a llorar, pendeja, ¿cómo la ves?”. Esto quizá lo aprendí de mis dos hermanos, porque yo tengo dos hermanos y dos hermanas, y mis hermanas sí fueron siempre muy chillonas, y yo desde niño me preguntaba: “pero ¿por qué chillan tanto?, ¿para qué?”. Era extraño verlas llorar tanto, en verdad. Y creo que también en cierta parte me frustraba un poco no poder ayudarlas en ese llanto, como decir: “güey, ¿qué hago para que estés bien?”. Y mis hermanos, todo lo contrario. A uno de ellos, a Miguel, la única vez que lo vi llorar fue en el velorio de mi papá, y a mi hermano Mauricio, dos veces, también cuando se murió mi papá y una vez que estaba bien borracho y sacó toda la bronca de autoestima que trae. Pero de ahí en fuera, nunca más. Y esa vez, cuando murió mi papá, también fue una de las pocas veces que yo lloré, y, aun así, con todo y el dolor que me causó su muerte, puedo reconocer que me permití llorar poco. Lloré ese día, y lo he vuelto a llorar una o dos veces, a lo mejor cuando me llegan recuerdos muy sentidos, porque, en el fondo, la realidad es que no quiero dejarme caer, pues no me he permitido llorar su muerte lo

suficiente. El día que murió, aunque estaba yo muy muy triste, me dije a mí mismo: “ya, ya lo lloré. Ya estuvo. A lo que sigue”. Él tenía una enfermedad del corazón y su muerte no fue repentina, entonces eso nos fue preparando.

Ahora estoy chambeando mucho en esto, en mostrar mis emociones, por ejemplo, en decirme: “sí, me estoy sintiendo triste, pero no está mal sentirme triste”. Porque antes no validaba mis emociones, sobre todo las de tristeza y las de dolor. Me evadía. Y yo creo que todo eso se me fue acumulando, lo que hacía que, en muchas ocasiones, me saliera lo del hombre reactivo y violento; por ejemplo, cuando me decían cualquier cosita o tocaban mis emociones, se me detonaba el enojo, me encabronaba, porque yo sabía que era una olla de presión a la que, si le metían tantito más calor, iba a explotar cabrón... Yo creo que por eso me enojaba. Eso a veces me sucede aún, que cuando tengo que hablar de mis emociones me siento amenazado y me encabrono.

Lo único que tal vez perviva de mi socialización temprana como mujer sea el de permitirme ser muy cariñoso y decirle a mi novia “te amo” u otras frases melosas; también el de acariciarla mucho, lo que yo creo que no es tan típicamente masculino. Y en esto tal vez tengan mucho que ver, principalmente, mis hermanas, porque con ellas fue con quienes conviví más; bueno, también con mi hermano Mauricio, pero de él aprendí justo este asunto de guardarme las emociones y no platicar cosas profundas. Así es mi hermano. Eso lo aprendí de él. Y yo lo amo mucho, pero podríamos estar sentados horas en la sala y estar callados, sin decirnos absolutamente nada. Mi novia me dijo una vez: “ay, cuéntale algo a tu hermano, hablen, hay tanto que platicar”, y yo le dije: “no, para qué, así estamos bien”.

Imesex me ayudó mucho a cambiar esta forma de ser y vivir, porque creo que ahí me permití muchas veces llorar. En el primer año de la maestría, que es donde hay un proceso fuerte por las dinámicas que se hacen, incluso veía llorar a las personas y me preguntaba: “bueno, ¿por qué lloran tanto?, ¿qué pedo?”. Ya en el tercer año, que entramos a un proceso más cabrón de trabajar con nuestras emociones, ahí sí, tiro por viaje era llorar y llorar, por todo lo que estaba viviendo en ese momento. Fue así como me fui soltando.

Entonces, en esto de las emociones debo reconocer que, para mí, sí hay un antes y un después de Imesex, porque antes de entrar aquí yo no era tan cariñoso con nadie, y mucho menos con los hombres, y ahora sí puedo ser cariñoso con ellos, puedo abrazarlos, besarlos... Nunca fui homofóbico, nunca, pero antes no me permitía eso. Esto es parte de todos los cambios que estoy logrando con mi deconstrucción.

### **“Esta mujer es para el resto de mi vida”**

Con el amor me sucede algo muy cabrón, porque me vulnera y me hace sufrir muchísimo, me mata; es donde mis emociones se revuelven. Durante mucho tiempo de mi relación actual, sentí como una lucha, y veía a mi novia como alguien que me amenazaba. En todo el mundo, mi novia es la única persona que puede hacerme sentir o muy seguro o muy inseguro, o muy chido o muy mal, o muy alegre o muy enojado, es decir, revuelve todas mis emociones. Es por eso que durante un buen tiempo me guardé cosas, o hice muchas otras que no me hacen sentir muy orgulloso, o de repente estaba como reactivo, o le decía a ella: “no, no te voy a platicar esto, déjame en paz, y así”, porque era una situación de: “si yo te platico mis cosas y si de por sí tú ya me vulneras, no sé qué va a

pasar...” Entonces, yo creo que mucho tiempo de mi relación, unos cuatro años quizá, la viví como algo amenazante, porque me guardaba muchas cosas y no le decía a mi novia lo que sentía. Sí tengo mi parte cursi, de decir “te quiero, te amo” y frases así, pero lo que todavía no puedo manejar tan bien, y en donde ya no puedo entrar y pongo un alto, es cuando ya me siento vulnerado y estoy en riesgo de que ella me vea triste.

Es por eso que, en esa temporada de crisis con mi novia, me costaba decirle cosas que me dolían, cosas que estaban pasando o que sucedían en nuestra relación y que, de pronto, eran como dolorosas. Yo no me permitía decírselas y, entonces, ahí era donde yo ya no me abría. En esa parte, la de mostrar tristeza o lo que me está molestando y doliendo, o la de hablar cosas profundas, antes yo era muy tonto. Ahora, creo que estoy cambiando, porque también he trabajado mucho.

Y la chamba conmigo siento que ha sido dura porque, en un hombre, bajar los escudos no es algo fácil, y tampoco se puede hacer en todos lados y con cualquiera, pero con mi mujer, que es una persona con la que quiero vincularme el resto de mi vida, creo que sí es algo que tengo que aprender a hacer de manera definitiva, pues quiero estar con ella siempre y porque, finalmente, ya vi el resultado tan terrible de no mostrarle mis emociones durante mucho tiempo de nuestra relación. Ella y yo llevamos ya como un mes y medio en este proceso. Me está costando trabajo, mucho. Antes de este mes y medio, fue la temporada más cabrona para mí, porque fue darme cuenta de los resultados que hubo por no haber compartido con ella lo que me pasaba emocionalmente; la sentía muy lejana de mí, pues aunque ella tuviera mucha necesidad de saber cómo estaba yo, prefería no compartírselo, y entonces, obvio, al no saber cómo me encontraba, ella terminaba asumiendo muchas cosas; y viceversa: cuando yo quería

saber cosas pero no se las preguntaba, porque sabía que eso iba a devenir en una plática que traería problemas o nos abriría las emociones, entonces yo prefería no hacerlo, y eso causaba que yo también asumiera cosas. Y así, pues estábamos yendo por la vía de ir formándonos una idea falsa de cómo estaba el otro, lo que nos trajo muchas broncas e inestabilidad emocionales. Creo que esa fue una de las principales razones que hoy me están llevando a decir: “no, esto tiene que ser diferente; debo cambiar, por ella y por mí”.

Ahorita, ya puedo decir que me siento más holgado, aunque cuando empieza este pedo de abrirnos, todavía me detecto enojándome por sacar cosas o tocar emociones, pues como ya lo expliqué antes, esto me vulnera y me duele, y lo difícil está ahí, en decir: “a ver, no, güey, cálmate, ¿qué pasa?, ¿qué te está enojando?” Y la verdad es que a veces no es tan rápido; me toma un poco de tiempo bajar otra vez el escudo, la guardia, porque es algo que tengo súper bien aprendido, lo sé. En esta etapa de mi proceso, lo que debo hacer es desaprender muchas cosas, y eso está muy difícil. Ahora que hemos comenzado a hacer este ejercicio de honestidad y de transparencia me he sentido mucho más tranquilo, hablando justamente desde mis emociones, tratando de no poner más barreras. Sinceramente creo que, hasta no aprender a hacer esto de una manera natural, me va a seguir costando trabajo. Porque, la verdad, ahorita no lo estoy haciendo de forma natural, lo hago más como razonando y forzándolo, diciéndome que debo quedarme y sacar todo lo que estoy sintiendo, obligándome a aguantar, porque mi manera aprendida es evadirlo e irme. Ahora sé que debo aprender a detenerme, a ver por qué me estoy encabronando cuando salen esas cosas, a hacer un trabajo más de introspección, que antes me hacía decir: “ah, no, esto ya me emputó, ya me voy, adiós, o cambiemos de

tema”. Así era yo hasta antes de todo este proceso de deconstrucción. Por ejemplo, cuando mi novia y yo teníamos peleas, yo decía: “ya no quiero estar aquí, amor, ya no quiero seguir lastimándote, que sigamos en choque, no sé qué decirte”, y entonces, optaba por retirarme y dejarla. Pero ahora estamos juntos, y quiero cambiar todo esto, porque sí, de eso sí estoy muy seguro: ella es la mujer con la que quiero estar el resto de mi vida.

### “Ser hombre es mucho más que tener un pene”

Ahora entiendo mi masculinidad desde otro punto, y estoy seguro, como ya he dicho antes, que eso se debe en gran parte a mi proceso y a las experiencias que he vivido en Imesex; creo que ese fue uno de los grandes puntos de quiebre en mi forma de entender lo que significa ser un hombre. Para mí, antes, pensar en la masculinidad era imaginar a mi manera al macho alfa, o tener la necesidad del pene, centrando muchas cosas en él; o darle un lugar importante al ser agresivo, que también era un punto como que muy básico para mí; o esta parte de negar las emociones, que me hacía decir: “un hombre no se puede ver débil, un hombre no se ve vulnerable, un hombre no está triste ni se da tiempo para llorar, no tiene tiempo para estas cosas, porque debe seguir siendo productivo y funcional...” No obstante, ahora creo que ha habido una transformación en esos puntos: ahora entiendo y reconozco feliz que mi masculinidad no requiere de un pene (porque, de hecho, nunca lo ha requerido) y que tampoco debo ser tan reactivo y frío como era antes.

La importancia que yo le daba de manera muy consciente a la agresividad y a la violencia, física o psicológica, se ha modificado bastante en mí, porque, por ejemplo,

antes, en la escuela, quien no era tan fuerte y tan chingón era sobajado, chingado, maltratado y le hacíamos *bullying*. Y eso era como decir: “si no eres tan chingón para estar con los chingones, pues mejor ábrete”. Pero me empezaron a caer los veintes poco a poco; digo, quizá no con esa visión de deconstruir como la que tengo ahora, porque era un escuincle de 14 o 15 años, pero sí, en algún momento, fue de decirme a mí mismo: “güey, no está tan chido ser así”. La primera vez que me cayó ese veinte fue cuando me salí del equipo de fútbol americano, justo por esta toma de conciencia que se fue dando poco a poquito.

Ahora ya me gusta decir que soy un “hombre trans”, lo prefiero. No me gusta sólo la palabra “hombre”. Digo, no me molesta que me digan así, pero sí siento que esta palabra le quita el sentido a la vivencia, porque para mí es justo toda esta historia, que es sólo mía, la que me permite reconocermé y validarme a mí mismo como una persona única, desde lo qué me sucedió cuando no me validaron como hombre, o lo que tuve que vivir desde lo más profundo de mi ser, o lo que hubo cuando tuve que construirme desde otra forma y no desde la realidad de no tener un pene, sino desde la carencia de éste; desde mi interactuar con el otro género, que no te ve como un hombre, sino como una mujer.

Yo tuve que lidiar mucho tiempo con el hecho de cómo me interpretaban las personas. Por ejemplo, la mayor parte de mis parejas, durante toda mi vida, han sido, en su mayor parte (un noventa por ciento tal vez) mujeres heterosexuales, no mujeres lesbianas, y yo creo que esto tiene que ver con todo mi performance de género, porque yo siempre *performeé* a un hombre, desde mi vestimenta, mi forma de mostrarme, de pararme y de ser, que siempre fue masculina.

En el aspecto romántico, yo empecé buscando mujeres lesbianas, porque, yo decía: “claro, son a quienes yo les voy a gustar”, pero en realidad terminábamos siendo muy buenos cuates, porque yo no era lo que buscaban; yo era un cabrón, no una mujer lesbiana, y eso tenía que ver, obviamente, con mi performance. Nunca hubo con ellas una vinculación romántica; si acaso, con quienes sí llegó a haberla fue con algunas chicas bisexuales, pero de ahí en fuera, no, y todas las demás fueron mujeres heterosexuales. Yo creo que a muchas de las mujeres que hubo en mi vida les costaba trabajo, porque, aunque yo les gustaba o sé que se enamoraron de mí, no se atrevieron a andar conmigo por toda la carga de: “jamás estaré con él porque es una mujer; tiene vagina, no un pene”, aun cuando mi forma de mostrarme, de tratarlas, de amarlas, fuera desde mi ser hombre. Y, bueno, al final, eso permitió justo que varias de ellas sí decidieran vincularse bien conmigo.

A pesar de que, hasta hace un tiempo, tener un pene era quizás un hecho que yo consideraba determinante para decir: “este es el punto de llegada ideal para decir que ya soy un hombre y que ya no me falta nada”, ahora lo significo desde otro punto, es decir, ahora sí pienso que no existe un punto de llegada ideal para mí. El punto del ideal por sí mismo es una idea muy violenta para cualquier identidad, porque, entonces, ¿dónde quedan las otras formas de ser que no caben en esos ideales?, o, como sucede con las identidades como la mía, ¿qué pasa con las otras masculinidades que no anhelamos esas cosas? Hoy en día, no existen ya, al menos para mí, características ideales para considerarme, por fin, un hombre, y creo que tampoco las hay, porque la agresividad, la fortaleza, la valentía, la personalidad dominante, la sensibilidad, pueden darse en cualquier género, en los hombres o en las mujeres. No considero que deba

existir una sola característica que nos obligue a decir: “ah, claro, esto corresponde a los hombres, y esto, a las mujeres”. Digo, yo soy un hombre porque así decido nombrarme, pero si mañana decido nombrarme de otro modo, con estas mismas características puedo nombrarme de este modo, y ya. Yo peleé mucho mi identidad. Para que se me reconociera como hombre, tuve que cuestionarme el hecho de que serlo es algo más que tener un pene. ¿Será que los hombres cisgénero se han cuestionado esto alguna vez?

Ser trans, para mí, es reconocer toda esta deconstrucción personal, pero también ver todo lo que tuve que pasar para que mi familia también me nombre ahora como hombre, que sepan a fondo mi historia, que respeten mi vivencia como un hombre diferente a cualquier otro hombre; y también se relaciona con mi sexualidad y mi interacción con el otro género. Por eso me gusta nombrarme “hombre trans”, porque, además, y yo siempre lo digo, si yo no fuera trans creo que sería de una manera totalmente distinta; yo no sé si sería quizá tan carismático, o si me sería tan fácil convivir con la gente, o si tendría las herramientas que tengo hoy... Por ejemplo, si no hubiese sido trans y sí una mujer, o tal vez un hombre cisgénero, tal vez nunca me habría cuestionado todas estas cosas, ni habría hecho todo este trabajo que he hecho conmigo; con las parejas creo que hubiese sido muy diferente, porque para una mujer, de pronto es muy difícil relacionarse; es decir, si hubiese sido yo una mujer con toda la educación tradicional, creo que hubiese sido alguien decente, servicial, y tal vez hasta sumisa..., cosas que hoy no tengo.

Si hubiese seguido el camino de representar a una mujer, socialmente hablando, tal vez sí hubiese sido carismática, pero no sé si hubiese podido ser una mujer líder.

Creo que hubiese sido chida nomás, pero agresiva y tan segura, no, para nada. De hecho, creo que hubiese sido muy modosita, y no sé tampoco si, por ejemplo, la forma sumisa de ser de mi papá me hubiera valido madres, porque justo mi modelo hubiera sido mi mamá, pero creo que, también, mi mamá hubiera tenido mucha incidencia sobre mí, como la tuvo sobre mis hermanas. Sí, mi mamá tuvo poca incidencia en mi construcción como hombre, en el control sobre mí, en el decidir sobre lo que yo quería, en mandar sobre muchas cosas... Yo creo que, si hubiese sido mujer, o si me hubiera sentido cómodo siéndolo, hubiera sido alguien totalmente diferente a lo que soy ahora, y mi mamá si habría sido un punto clave en mi construcción.

### **Violentos y “patancitos”**

Con mi familia (primos, tíos, sobrinos...) no tuve mucho acercamiento, porque cuando tenía yo unos 5 años me fui con mis padres y hermanos a vivir a Guadalajara, y esto por el cambio de trabajo de mi papá. Es por eso que con el resto de la familia no pude convivir tanto sino hasta quizá ocho años después. Tal vez por eso no sea nada cercano ni tenga tanto apego a todos ellos, y qué bueno, porque los hombres de mi familia son muy violentos y patancitos, todos; mis hermanos, no, bueno, tengo uno que sí; pero, por ejemplo, en mis primos esto de la masculinidad violenta lo veía y aún lo veo mucho. Ellos son de Tacubaya, de un barrio donde tienes que sobrevivir siendo el chingón, el cabroncito; otros son de Neza, y es como que la misma cosa. Y puedo entender que hayan tenido que aprender a ser así, pero no por eso desear serlo.

Desde ese entonces pude ver que ese tipo de masculinidad (jactanciosa de su agresividad o su violencia) no me gusta, a pesar de que, creo, en muchos momentos la

reproduzco sin darme cuenta. Ahora recuerdo, por ejemplo, que, en la secundaria, donde entré a jugar en un equipo de fútbol americano, me gustaba ser un poco violento y agresivo, porque como era un deporte de contacto, rudo, pues tuve que hacerme así en ese tiempo. Recuerdo que a los chavos con los que jugaba no les gustaba, o veían muy raro, el hecho de que una mujer jugara como ellos, o a veces mejor que ellos, pero a mí siempre me valió madres. Después me tuve que salir del equipo, porque comencé a volverme cada vez más agresivo, muy violento, muy reactivo... Era algo que disfrutaba mucho, y eso me asustó. Ahí era yo como un macho alfa. Era muy cagado, porque no era ni siquiera un hombre a la visión de los demás, pero yo así me sentía. Reafirmaba mucho mi masculinidad de esa manera, porque, lógico, a esa edad yo no me presentaba ante la sociedad como hombre, pero eso reafirmaba mi masculinidad de una manera muy fuerte. Ser violento, ser cabrón, ser reactivo, ser el líder... Y entonces me vi de pronto ya demasiado violento. Y ahora que pienso esto, choca un poco con mi visión actual de ser hombre, porque este era el tipo de masculinidad que tenían mis primos, que era justo el que no me gustaba tanto o que me chocaba, porque los conocía perfectamente.

### **De machismos y violencias**

Hoy en día, gracias a todo este trabajo que estoy haciendo conmigo, ya puedo detectar que he tenido bastantes comportamientos machistas y violentos, por ejemplo, el que me guste que me sirvan, o el hecho de que a veces no puedo evitar pensar: “ah, tú debes hacer esto porque eres mujer”, o que de repente reacciono de forma violenta, sobre todo cuando manejo o estoy en la calle con mi novia y deseo protegerla de otros hombres. Ya me he cachado varias veces en eso, y es muy fuerte para mí, porque al tener ya cierta

sensibilización y conciencia al respecto, eso me hace confrontarme conmigo. Lo veía también en la especialidad que estoy tomando actualmente en Imesex sobre terapia de pareja, donde me di cuenta que percibo a la mujer como un ser que necesita ser cuidado, por ser débil y desvalido. Ahí me di cuenta que esa idea la adquirí de mi papá, porque él era un hombre muy protector y cuidador de su familia. Sí, aún tengo esa idea muy metida en la cabeza, la de: “las mujeres son frágiles y los hombres debemos de cuidarlas siempre”.

En algún tiempo de mi vida también detecté que me molestaba bastante que mi novia ganara más que yo y tuviera la solvencia económica, y no porque ganara más o no estuviera orgulloso de ella, sino porque yo me sentía poco hombre, y esto yo creo que se debe a que lo aprendí de mi papá, a que yo tenía que ser el proveedor, a que yo tenía que ser el hombre de la casa, el que lo daba todo, porque aprendí que justo eso me podía convertir en un buen hombre, capaz, proveedor, responsable. En ese sentido, sí me pego mucho cuando mi novia llegó a ganar más que yo.

Cuando voy manejando y se me atraviesa un carro soy muy violento verbalmente y me sale lo de “cuidado, pendejo”, y cosas así. Sí, en mi carro siempre me sale lo violento, la neta. Nunca me he bajado a partirle la madre a alguien, pero sí paro el carro y me les emparejo para echarles bronca. Hasta ahorita no hemos llegado a los madrazos, pero sí reconozco que me sale lo violento. Si voy con mi novia, ella se pone nerviosa y me dice: “ya, amor, avanza, vámonos”. De hecho, cuando estoy caminando con ella en la calle, también me sucede que siento la necesidad de estarla cuidando de otros güeyes que tal vez tengan una intención de ser lascivos con ella, lo que vuelve la situación un poco violenta, y eso, obvio, hace que yo me ponga a la defensiva y que a veces me

ponga violento. Nunca me he agarrado a madrazos con alguien, pero sí sería capaz de hacerlo si se atrevieran a ofenderla o a hacerle algo. Ahí sí no me importaría poner en riesgo mi vida, para nada. Iría con todo, porque sí tengo muy arraigado esto de que los hombres debemos proteger a la mujer.

En ese sentido, me viene a la mente una vez que iba yo en el metro con compañeras de la prepa. En una de las estaciones, como estábamos todos muy apretados, un güey, al salir, nalgueó a una amiga, pero no sólo la nalgueó, sino que la agarro machín de atrás, y entonces en ese momento él quiso salir corriendo, pero no se lo permitieron porque había mucha gente, y como llevaba un morral, lo jalé del morral y, al voltear hacia mí, le di un mega chingadazo en la cara, y yo creo que le rompí la nariz. Alguna vez también me peleé con un compañero en la escuela. Y cuando jugaba fútbol americano, también, muchas veces, me peleé; me acuerdo que los agarraba yo del casco y los tiraba. Ahorita yo creo que ya no reaccionaría así, a menos que mi novia estuviera en riesgo, pero sí reconozco que antes era muy violento en este sentido.

También fui algo violento con otras parejas que tuve, por ejemplo, al tratar de desconfirmarlas o de invalidar lo que ellas decían, era yo muy violento, porque yo quería que lo que yo dijera fuera la única verdad, para tener yo la razón, lo que provocaba que las opiniones de ellas no fueran tomadas en cuenta por mí. Lo único que yo quería era cambiar su opinión.

Y hablando de esto, de la violencia en las relaciones amorosas, sí creo que nos hemos enseñado a erotizar la violencia y a romantizarla, desde el hecho, por ejemplo, de que aprendimos a que, si estás con alguien, ese alguien se debe someter a ti, y hacer lo que tú quieres, y que debe ser sólo para ti. En las relaciones, hay alguien que debe

dominar y alguien que debe ser dominado. Sean relaciones homosexuales o heterosexuales, siempre debe de haber una persona que lleve la batuta, y otra que debe dejarse llevar, ser más flexible. En esta dinámica, debe de haber alguien que lidere la pareja, que exprese más sus ideas, y un *otro* que las respete. Nos han enseñado que es así, pero no sé hasta qué punto tenga que ser así. Cuando se tienen problemas se le echa la culpa al otro, y entonces decimos: “claro, tú decidiste, claro tú te pusiste, o claro, tú me hiciste esto o aquello”, porque no nos enseñan a hacernos responsables de la parte que nos toca. En la especialidad que estoy tomando ahora de terapia de pareja, un maestro reflexionaba con nosotros sobre lo difícil que es esta realidad, porque en las relaciones no hay víctimas ni victimarios; él dice que hay voluntarios, y que la gente también se queda porque quiere quedarse, pues, finalmente, eso les da algo, una recompensa, aunque sea dañina para esa persona y ella no sepa por qué anhela obtener eso del otro o la otra. Él también nos decía en una ocasión: “la persona que manipula en la relación tiene un poder, pero también quien se deja manipular se beneficia de ese sometimiento; es decir, en el dejarse manipular hay una ganancia”. Entonces, creo que las relaciones, al ser justamente co-construcciones, no han sido entendidas desde la responsabilidad. Para que el otro haga algo o deje de hacer algo, yo hice o dejé de hacer algo. Y a veces no nos gusta esa mirada, porque nos responsabiliza de lo que hicimos o dejamos de hacer. No deja de ser fuerte poner la mirada en todas estas cosas, porque te obliga a ponerte en un punto donde no puedes ser más la víctima. Tú también estás haciendo algo. ¿Qué has hecho para que tu relación vaya de maravilla o se la esté llevando la chingada? Si reflexionamos bien, los seres humanos ponemos poca atención al trasfondo de los conflictos que surgen en nuestras relaciones con otros seres

humanos. Ese trabajo también implica mucha deconstrucción, mucho matar las ideas que aprendimos, para así formarnos otras nuevas y vincularnos desde otra perspectiva con los demás.

En el caso de los hombres, por ejemplo, la idea de la posesión es muy cabrona, y no sólo en el sentido de decirle a tu mujer: “no estés con otro hombre”, sino hasta en decirle cómo debe vestirse, actuar y dirigirse a otros hombres. En mi caso, yo creo que eso lo aprendí afuera de mi casa, porque mi papá jamás fue así con mi mamá; él jamás en la vida le dijo a ella: “no te vistas así”, ni hubo entre ellos un problema de celos, ni lo vi haciéndole algo a mi mamá que me sugiriera que la sometía y la dominaba con el discurso machista de “tú eres mía”. Todavía tengo algo de eso, pero también lo estoy trabajando porque no quiero volver a ser así.

Todo esto me hace pensar muchísimo en cómo nos cuidamos los hombres, porque, por ejemplo, cuando voy en mi carro y un pendejo se me atraviesa, al decirle: “imbécil, ¿qué no ves?, fíjate”, no pienso que a lo mejor él podría traer una pistola y matarme. Ahí, yo sólo reacciono y me vale madres, y si mi novia va conmigo, es ella quien me detiene y me calma. Entonces, sí me considero un hombre que no mide riesgos. Y creo que justo, me secciono, porque ahorita en pareja, en esta onda como de trabajar mis emociones y mi forma de ser hombre, estoy como que muy consciente de eso, pero esas cosas detonan muy cabrón mi ira, porque me molesta muchísimo la gente pendeja a la que le importa madres el resto del mundo.

## Poder masculino e identidad en deconstrucción

Para mí, tener poder es lograr que las otras personas estén a tu servicio y puedas utilizar tus recursos humanos o materiales para lograr lo que quieres. Y, en ese sentido, sí me encanta ser poderoso, lo reconozco. Ser carismático, por ejemplo, es algo que me da poder, porque sé que desde ahí engancho a la gente y logro que las cosas me salgan tal y como yo quiero. Es difícil reconocerlo de una forma autocrítica, pero, de entrada, jerárquicamente, el hecho de ser hombre no me hace sentir una persona de segunda, que es lo que, por desgracia, se cree socialmente respecto a la mujer. No lo creo realmente así, pero esa es la visión que se tiene y es difícil quitárnosla. Así funciona el mundo, así está organizado. En el trabajo, en la calle, en donde sea, los hombres y las mujeres son tratados de manera diferenciada.

Por ello, tengo muy claro que si hubieses decidido seguir el camino de ser mujer las cosas serían distintas. A mí se me han dado muchas cosas por el hecho de ser hombre y por ser carismático y líder: el trabajo, para empezar, que lo conseguí no porque supieran que era yo muy bueno en lo que hacía, sino porque era carismático y le gusté a la mujer que me metió ahí; también mi interactuar con las otras personas, que ha sido positivo siempre porque mi personalidad es como es, porque soy un hombre que gusta, más allá del físico; soy alguien con quien te sientes cómodo, con quien te sientes chido, con quien te pasas un buen rato, porque soy divertido, alegre, platicador, ingenioso... Y eso, la verdad, me es natural, *per se*, pero también sé que lo puedo utilizar para muchas cosas. El carisma, el ser coqueto, el ser extrovertido, el permitirme cercanía tanto con mujeres como con hombres, sí se lo debo al hecho de ser el hombre que soy.

Sin embargo, justo por este proceso de deconstrucción que estoy haciendo en mí, trato de cuestionar a toda hora todo esto que aún tengo de masculinidad hegemónica, trabajando en mis emociones o en reconocer que puedo sentir tristeza de vez en cuando y que tengo debilidades, o en ver aquello que hablaba sobre cuidarme a mí mismo, que son cosas muy relacionadas, todas, con lo femenino, y que definitivamente me faltó cultivar en mí. Sí siento que me perdí en mi construcción como hombre, y que por eso he tenido tantas broncas en mis relaciones, en mis vínculos, en mi salud... al no mostrarme como soy, al no cuidarme, al arriesgarme tanto en la vida... Claro que todo esto fueron pérdidas, pero justo ahora estoy en la chamba de recuperarlas, de transformarme. Sé que estoy a tiempo.

Ahora ya estoy entendiendo algo muy valioso: lo que yo rescataría de mi persona y me hace sentir muy orgulloso de mí tiene que ver con mi “ser humano”, no con mi “ser hombre”, desde mis procesos de identificación y desidentificación, desde mi construirme junto con otras personas y vincularme con ellas, hasta mi sensibilidad y mi capacidad de entender al otro o a la otra. Todo eso lo he ido descubriendo y reafirmando, y me gusta mucho que forme parte de mi persona, lo que resulta muy paradójico, porque antes pensaba que era poco o nada sensible, y ahora que he estado trabajando tanto conmigo, he ido descubriendo que, en realidad, sí soy una persona sensible y empática, dispuesta a cambiar y ser mejor.

Sí, el tipo de hombre que quiero ser es justo un hombre donde la masculinidad sea lo menos importante, donde quizás lo más relevante sean mis experiencias desde donde son vividas, más allá de seguir construyendo una masculinidad, porque justo esta construcción me ha costado muchas cosas. Y aunque en algún momento esa forma de

ser hombre me reafirmaba y me hacía sentir seguro, a lo largo de mi vida tuve pérdidas, muchas de ellas importantes e irre recuperables. Darte cuenta de eso es algo muy violento, muy doloroso...

Quizá desde una onda medio filosófica, creo que sí quisiera ser un hombre que reafirme sus afectos, sus emociones y se sienta a gusto consigo mismo, feliz, sano en todos los sentidos; no sólo un hombre al que le importe cómo se para ante el mundo y cómo lo ven los demás, sólo por el hecho de que así deben ser los hombres y así lo van a validar y a reconocer. No, ya no. Tal vez quiero ser un hombre que se mire más a sí mismo. Ahí voy. Me está costando mucho trabajo, porque en el proceso uno va rompiéndose la madre con el mundo. Es un trabajo de deconstrucción, pero también un trabajo de resistencia, a partir del cuerpo, el discurso, la forma de pensar y las acciones cotidianas...

Ciudad de México, enero-marzo de 2019.

# “DE NIÑO ERA FAN DE HARRY POTTER”

Co-producción narrativa en primera persona

Por Octavio Borja y Juan Pablo R.V.

Soy Octavio Borja. Nací en 1990 y actualmente tengo 28 años. Mi proceso formal, ya como hombre trans, lo comencé hace unos tres años, gracias a una novia que tuve, quien me acompañó para ir descubriendo el mundo trans masculino, al que le tenía miedo o del que sabía poco en realidad. Ella, quien ya había trabajado este tema en su tesis de su licenciatura, y que ya había andado antes con un chico trans, me fue enseñando cosas que yo desconocía o no quería ver, pues hasta antes de ese momento yo me asumía como una mujer lesbiana muy masculina. Gracias a la hormonización con testosterona, hoy luzco una barba que me gusta mucho y logré adquirir la voz varonil, gruesa, que tanto me gusta y con la que puedo cantar canciones de José José, Alejandro Fernández u otros artistas de otros géneros.

Este escrito muestra un poco de lo que soy y he tenido que hacer para llegar hasta este punto de mi vida y ser el hombre que quiero ser.

## Es complicado vivir *lo trans*

Sí, es muy complicado. Si bien soy hombre, también soy trans, un hombre trans, pero esto no va revuelto en mi vida diaria, porque para mí, ser trans es vivir una identidad que es sólo tuya, rememorando lo que fuiste antes, dándole el valor que tuvo en tu historia, porque hay personas trans que dicen: “no, esa persona nunca existió, yo soy lo que soy ahora, y de aquí para adelante”, como si quisieran borrar de tajo lo que fueron o, más bien, como si eso fuera realmente posible. Para mí eso no aplica, porque lo que soy ahora lo aprendí también de esa mujer que fui o me obligaron a ser. No puedo decir: “yo no era esa persona”. No, yo nunca la negaría. Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo ir por el mundo gritando a los cuatro vientos que soy trans, porque eso implica muchas cosas socialmente, en el trabajo, en la vida diaria, en la calle... Para empezar, eso me colocaría desgraciadamente en una situación aún más vulnerable, porque el mundo está acostumbrado a definirte sólo como hombre o mujer, y yo no sé si yo esté preparado para decirle al mundo que sí, soy un hombre, pero trans, porque además creo que eso no es necesario. Si estuviera en Canadá u otro país con mayor apertura a esos temas, tal vez sí me sentiría seguro en decir que tengo esta identidad, pero estamos en México, y sabemos que aquí las cosas funcionan de forma diferente; aún hay mucho rechazo a estos temas.

Por ejemplo, cuando entré a trabajar donde estoy ahora, no estaban mis papeles de la escuela actualizados con la rectificación de mi nuevo nombre: Octavio Borja, así que hablé con mi jefe, explicándole la situación. Él dijo que no había problema, siempre y cuando fuera apto para el puesto, pues la empresa tiene una política de *cero discriminación*. Y así fui pasando todos los filtros, hasta que unas personas de un

*outsourcing* fueron a hacerme un estudio socioeconómico hasta mi casa. Cuando llegaron, les planteé el problema de los papeles de la escuela y de que mi acta de nacimiento tuviera otro nombre, ya que en el buró de crédito estaba yo con mis dos nombres, el nuevo y el viejo. Entonces, al mostrarles los papeles de la escuela, se sacaron mucho de onda cuando vieron que no concordaban los nombres. No fueron groseros, pero sí se notaron muy impresionados. Me preguntaron si en la empresa no veían esto como un problema. Yo les respondí que no, y que de hecho ya estaban informados de ello. Al final, alegaron que irían a checarlo, a lo mejor pensando que en la empresa yo les había mentado, o que les estaba mintiendo a ellos. Eso me hizo sentir raro e incómodo.

No me hace ruido que sepan de mi condición trans, porque hay personas que lo saben, pero no me presentaría diciendo: “Hola, soy Octavio, un hombre trans, es decir, nací con vagina, pero me considero un hombre”. No, jamás, nadie hace eso en la vida real, sea o no alguien trans. He hablado con personas o investigadores sobre esto, porque estudian el tema, o he ido a coloquios como invitado para hablar de mi condición, y no tengo problema en decir “sí soy un hombre trans”, pero eso lo hago sólo en los momentos que lo requieren, no como una carta de presentación.

### ***De Barbies, Hot Wheels y juegos de niños***

Hoy en día, trabajo como valuador de equipo pesado en una compañía de seguros; estudié ingeniería en sistemas automotrices en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), y eso porque siempre me han gustado los carros; de hecho, en la vocacional en la que había estudiado, antes de entrar al Poli, había un taller de mecánica, muy enfocado a

máquinas y herramientas, y cuando llegó el momento de elegir una carrera me decidí por esta. La elección tal vez se deba a que desde niño siempre me ha gustado saber cómo funcionan las cosas, sus componentes, sus relaciones...

De niño, tengo recuerdos de cómo me ponía a desarmar todo, pero nunca lo podía volver a armar. Había un radio de Coca Cola que tenía mi mamá, pero que no funcionaba y al que me decidí desarmar para arreglarlo. Ya no me acuerdo por qué, pero al desarmarlo, me quedé ahí nomás, mirando las pilas. También me gustaba hacer eso con los relojes descompuestos, pero realmente no podía hacerles mucho, pues no tenía una noción de lo que estaba realizando, pero sí me gustaba abrir y desarmar todo lo que podía, y ver sus engranajes, sus cables, sus partes... Era divertido.

En parte, creo que tenía claro que me gustaba hacer las cosas que socialmente les gustan a los hombres, pero de niño, tal vez antes de los cuatro años, yo no veía una diferencia muy clara, aunque en el fondo yo me sentía un niño y tuviera que comenzar a enfrentarme a las divisiones que te pone el mundo sobre lo que deben hacer los niños y las niñas, o sobre lo que es o no correcto. Eso confunde, porque a mí me gustaba jugar a los carritos, al fútbol y a todo lo que los niños varones disfrutaban hacer, pero también jugaba con mi hermana a las muñecas y con las *Barbies*, lo que realmente no era un problema para mí. Lo que sí consideraba un problema terrible era la vestimenta, que me pusieran vestiditos y faldas, ya que no me gustaba cómo me veía.

Me acuerdo mucho que como a los cinco años, cerca de mi casa, había una chava de unos 17 años que, cada vez que me veía, se me acercaba para pellizcarme o empujarme, o para jugar rudo conmigo, pero yo no le decía nada. "Tú eres un niño, no te hagas", me decía, no sé si con el afán de hacerme burla o de molestarme, o porque

ella veía algo diferente en mí. Yo no era la niña con el vestidito, toda bonita, sino que era más de jugar rudo y de que todo me valiera. No fui muy desmadroso, jamás, pero tampoco me estaba quieto como las niñas suelen estarlo, así, bien portadas y sentaditas. Yo me quedaba ahí con ella, aunque me pegara, me molestara o me maltratara físicamente, porque me gustaba escuchar que me dijera eso, que yo era un niño y no una niña. Cuando mi mamá lo supo, me dijo: “no dejes que esa muchacha te pegue ni te diga esas cosas, porque tú no eres un niño, tú eres una niña”.

En el kínder me llevaba más con los niños que con las niñas. Yo siempre fui introvertido y me juntaba con dos chavitos, con quienes jugaba a los *Power Rangers*; a mí me gustaba ser el Power Ranger blanco, que era el que tenía como una espada con una pantera; el otro de mis amigos era el rojo. Yo era el líder supremo o la autoridad. Se supone que cuando los otros personajes tienen problemas acuden a él, como si fuera una especie de líder moral, porque no es la personalidad extrovertida, sino la más profunda y sabia. A lo mejor por eso me gustaba. También recuerdo que mi hermana no tenía pedos con estas cosas, y hasta salía a jugar conmigo fútbol o a los *Hot Wheels*, y otras veces nos poníamos a jugar a las muñecas, lo que no me incomodaba. De hecho, ella y yo teníamos una colección de *Barbies* muy padre, ropa y un chingo de accesorios; estaba bien cuidada nuestra colección.

Más adelante, en la primaria, fue cuando empecé a sentir la diferencia más marcada, porque es ahí donde ya se dividen a los niños y a las niñas, unos de un lado y las otras del otro, y “no juegues como niño, compórtate, y cosas así”, y es también cuando los humanos empiezan a sacar a flote su crueldad, con sus ondas de “eres una

marimacha, ¿por qué juegas con los niños?” Y esto, porque yo era rudo, no rudo de pelearme y agarrarme a moquetazos, pero sí en mi apariencia y en mi forma de hablar.

No sé de dónde saqué mi forma de ser hombre, porque mi papá nunca vivió con nosotros; lo conocí hasta los siete u ocho años y, después de eso, sólo lo veía esporádicamente. Tengo un hermano mayor, pero en ese entonces, él ya iba en la secundaria y, como era de diferente papá, pues vivió durante un tiempo en otro lado, con su abuela paterna y luego con una tía de él; después, por desmadroso, lo metieron a un internado. Entonces, él tampoco fue una figura muy presente en mi vida ni un modelo de masculinidad para mí. En realidad, yo estuve rodeado de mujeres: mi hermana, mi mamá, mis primas... Quizá mis modelos de ser hombre los tomé sin darme cuenta de lo que veía en la televisión o en la calle.

### **“Aguántese como los hombres”**

No sé cómo definiría la violencia, pero de parte de mi mamá sí la viví, aunque sé que no lo hacía con el afán de chingarme. Y digo esto porque es lógico que me forzara a encajar en lo que una mujer debe ser, por ejemplo, a usar vestidos, sobre todo en ocasiones especiales, o con la familia, que le decían: “no dejes que se vista como quiera, vístela como niña”. No sé si mi mamá lo hacía por esa presión, porque en la casa me dejaba vestir como yo quisiera. De niño, como a los cuatro años, yo no hacía tanto pancho por la ropa, pero ya de más grande sí me causaba conflicto, no me gustaba tanto. Tenía un vestido que sí me gustaba, con unos patitos bordados en la parte del pecho, sus mangas y su falda amplia. Pero nada más; de ahí en fuera, la ropa de mujer no me gustaba.

Ya en la primaria, mi mamá quería que me pusiera el uniforme, pero yo le decía que no quería o que tenía frío, o se lo escondía, y entonces me ponía el uniforme de educación física: el pantalón, cualquier playera y una sudadera; esto, para no tener que ponerme la falda. Esa es la primera violencia que identificaría. También lo de esta chica que vivía por mi casa, que me maltrataba cada vez que me veía, no sé si para decirme: “como eres hombre, te vas a aguantar, porque te gusta la rudeza y puedes soportarla. Aguántese como los hombres”.

La violencia física nunca la he ejercido ni la ejerceré, porque no me gusta; a lo mejor sí la llegué a usar una vez para defenderme, cuando iba a la secundaria y un compañero de otro salón me agredió, pero de ahí en fuera, no lo he vuelto a hacer. No soy un hombre violento, o de esos que van en la calle y te dicen: “eh, tú puto, qué me ves”. No, nada de eso. Porque sé de hombres trans que para mostrar su masculinidad son demasiado rudos y hasta violentos, o se quieren agarrar a madrazos con todo el mundo, a lo mejor porque tienen demasiada testosterona en su cuerpo o no quieren que nadie perciba algo femenino en ellos. No sé.

La violencia más fuerte que viví fue siempre la psicológica, principalmente por parte de mis compañeros de la escuela, que me decían “marimacha” o “machorra”, o que me rechazaban o no se querían juntar conmigo porque era yo diferente. Mi familia me hacía el feo también. A mis primas, por ejemplo, les gustaba mucho jugar a que nos arreglaban, porque son más grandes. A mi hermana le pintaban las uñas, le arreglaban el cabello, la maquillaban... Y cuando me decían a mí, yo las rechazaba, no quería eso. “No, gracias”, les decía yo. Eso no les caía bien o no sé si no lo entendían. Y para no sentirme mal, yo mejor me alejaba. Me sentía más a salvo estando lejos de todo eso. Me

daba más miedo no mantenerme en mi papel, porque, aunque no me salía completamente del molde, sí había cosas que definitivamente no estaba dispuesto a hacer, como eso de disfrazarme de mujer. Dejar de ser yo sí me daba miedo.

La última vez que me puse un vestido fue cuando tenía como 11 años, porque mi hermana me lo pidió para su boda. Cuando estaba en la vocacional sí agarré un poco lo de enchinarme las pestañas y ponerme brillo de labios. En la vocacional no estaba todavía asumido. Yo comencé mi proceso de transición hace tres años, porque en la adolescencia dices “qué pedo”, pero la información estaba muy abierta. Me gustaba mucho el grupo T.A.T.U., estas chicas rusas que son lesbianas. Yo decía: “Ah, pues yo creo que soy lesbiana, es lo que más se acomoda a lo que estoy sintiendo, me gustan las mujeres, etcétera”; además. hay un tipo de lesbianas que son como que más rudas, y yo ahí comencé a ubicarme. Los hombres nunca me gustaron, aunque sí tuve experiencias sexuales con hombres. Puedo reconocer la belleza en un hombre, pero no al grado de atracción erótica, sino sólo como admiración. Después con la testosterona, no sé si tuvo algo que ver, pero sí me atreví a experimentar relaciones sexuales con hombres. No fueron experiencias desagradables, es decir, sí fueron placenteras, pero no es algo que volvería a repetir, porque nunca tuve con ellos una conexión emocional fuerte, como la que sí sentí con las novias que he tenido.

Hasta antes de estos tres años, cuando todavía no iniciaba mi proceso, yo me sentía y me asumía lesbiana. No fue algo que descubrí, sino algo que acepté. Desde chiquito yo ya me daba cuenta de qué pedo conmigo, ya sabía, pero intentaba fingir que no pasaba nada, sobre todo para evitar esas acciones de violencia del mundo que me rodeaba y que te dice: “no hagas esto, no hagas lo otro”. Es algo difícil de describir,

porque cuando me veía al espejo, yo no quería verme bonita, sino verme como un hombre guapo, varonil, independientemente de lo que llevara puesto, tratando de hallar algo de masculino en mí, pues hacer una transformación radical en mi apariencia me daba miedo. Cuando me enchinaba las pestañas o me ponía brillo de labios, o me hacían algún peinado especial, me sentía como un travesti, como si no estuviera siendo yo, sino usando un disfraz.

### “Un hechizo para mí”

De niño era fan de Harry Potter, y soñaba en que algún día un hechizo me iría a cambiar, o que, al momento de desarrollarme en la adolescencia, me convertiría en un hombre gracias a algún hechizo de magia, que hubiera un hechizo para mí. Lo esperaba, lo soñaba. Eso siempre estuvo ahí.

Cuando se me apareció la opción del lesbianismo como una forma de interpretarme, yo aún no sabía que existía *lo trans*. Lo pensaba, pero nunca había visto ejemplos de hombres trans. Llegué a ver a mujeres trans, no a hombres. Era yo muy inocente, y hasta pensaba: “si existe la testosterona, ¿por qué no puedo inyectármela?, ¿será eso posible?”, pensaba yo, y lo deseaba, pero sabía que si eso pudiera suceder sería hasta que mi mamá se muriera, pues me daba miedo saber cómo reaccionaría o el dolor que le causaría. También me imaginaba que eso implicaría alejarme de toda mi familia, es decir, que simplemente yo tendría que desaparecer de su vida. Huir. Por lo pronto, sabía que ser lesbiana era una forma cómoda de estar.

## Negación

Cuando todavía me asumía como mujer lesbiana, salí en una ocasión con una amiga a un antro de la Zona Rosa, y estando ahí se le acercó una chica para que bailaran. Esta chica nos presentó a su amigo. Y mientras ellas bailaban, me dejaron ahí con él. “Así es siempre”, me dijo este chico, “los hombres tenemos que quedarnos a cuidar las bolsas de ellas”. Eso me sorprendió bastante, pues, aunque mi apariencia de ese entonces no era la de ahora, incluso ni mi voz, él como que adivinó o me leyó de inmediato, y me confesó que era un hombre trans. Me contó de su tratamiento de testosterona y que sólo salía con mujeres heterosexuales. Pero en ese momento yo estaba en una etapa de negación que a lo mejor tenía que ver no sólo con mi miedo a asumirme trans, sino a lo que para la gente que yo conozco representaba el hecho de que yo fuera una mujer diferente trabajando en algo que sólo los hombres llevan a cabo.

Mientras estudiaba ingeniería automotriz en el Poli, entré a trabajar a la línea de autobuses Estrella de Oro; esto, para ir agarrando experiencia y también por necesidad. Primero entré al almacén y después fui buscando la forma de entrar al taller, para arreglar los autobuses, donde había puros hombres. Esto me costó mucho trabajo, porque el primer gerente me dijo que no, que primero debía aprender a reconocer las piezas y a familiarizarme con ellas, a involucrarme poco a poco a todo lo que implicaba el trabajo en un taller de camiones. Pero después cambiaron al gerente, y como se quedó sin personal en el área donde se arregla el sistema eléctrico de los autobuses, me propuso que me quedara en taller al salir de mi chamba en el almacén. Y así le hice. Y en prácticamente 90 años de vida de ese taller mecánico nunca habían tenido una mujer ahí. Y yo de verdad trabajaba, quizá no al grado al que llegaban ellos, porque en ese

entonces no tenía una complejión que me ayudara mucho, ni tampoco la fuerza y el conocimiento para cargar piezas tan pesadas o dominar el uso de la herramienta. Y a veces sí les pedía ayuda a mis compañeros, cuando debía bajar un alternador o cargar algo muy pesado. Pero conforme fui agarrando más maña, comencé a hacerlo yo solo. Yo me arrastraba por el piso y hacía lo que cualquier hombre de ese taller hacía, no me ponía mis moños, de decir: “ay, me voy a ensuciar”, o cosas así.

En ese entonces estaba en fase de negación a lo trans, porque al asumirme como mujer lesbiana me sentía como un ejemplo para las propias mujeres, al demostrarle al mundo que una mujer también puede hacer el trabajo que hace un hombre. Entonces, de repente, cambiar ese plan y decirles a todas ellas: “no, pues ¿sabes qué?, que siempre no soy una mujer, sino un hombre trans, y las mujeres ya me di cuenta que no pueden hacer este tipo de trabajos, y si estoy aquí es porque soy un hombre y los hombres sí podemos desempeñar estas funciones tan rudas”. Eso era difícil para mí, porque sentía que iba a dar el mensaje erróneo a las chicas de la empresa, o a las chicas de la escuela, o a amigas mías que sabían que yo era la única mujer trabajando en un taller. Afortunadamente, siempre tuve mucho apoyo del gerente de ADO y Estrella de Oro para seguir en esto y echarle ganas. Hice cursos en Volvo y los instructores me echaban muchas porras, diciéndome: “qué bien, eres una mujer haciendo este trabajo, vamos a ayudarte para que salgas adelante”. Entonces, yo pensaba que, si de pronto yo decidía darme la vuelta y ser un hombre, daría ese mensaje equivocado a las mujeres que me conocían, afirmando que este trabajo es sólo para hombres. Ese no era el mensaje que yo quería dar.

Tiempo después de ver a este chico trans en el antro, se lo conté a la novia que me ayudó en mi proceso. Y ella me dijo: “yo creo que tú también eres trans”, pero al escucharla decirme esto, me dio miedito y me negué a aceptarlo. Luego, en otra ocasión, estaba jugando con ella a contarnos secretos. Ella me confesó que había tenido un novio trans, y que acompañado por ella había comenzado su transición, pues a ella le gustan mucho estos temas, y de hecho ha trabajado con comunidades trans. Entonces, de repente, me dijo: “ahora, tú: cuéntame algo que no le has contado a nadie, algo muy tuyo”. Entonces, yo, con el antecedente que ya tenía, le dije que yo antes quería ser un hombre. Fue así como, poco a poco, fuimos abriendo este tema, y yo me fui dando cuenta de que eso siempre había estado ahí, y que yo tal vez no quería aceptarlo. Ella me empezó a enseñar videos de *YouTube* de hombres trans que muestran y documentan su proceso, y eso me dio más confianza. Hasta antes de eso, la posibilidad de ser un hombre yo la veía como algo imposible, pero gracias a ella me di cuenta que sí lo era, y que en México ya había cierta apertura. “Hay más gente como tú, no eres el único”, me dijo. Y fue así como me atreví a dar el paso ayudado por ella. Comenzamos con cambios pequeños: la ropa, el cabello corto y todo lo que tiene que ver con la apariencia, hacia algo completamente masculino. En el trabajo me empezaron a decir: “¿Por qué te vistes así?, pareces un güey”. Me hacía sentir atacado el hecho de que criticaran mi imagen y quisieran cambiarla. Pero yo no les hacía caso.

### **“Un verdadero hombre Sí sabe mostrar sus emociones”**

Me gustan mucho mi barba y mi voz, aunque no creo que un hombre sea menos hombre por no tenerlas. En cuestión de mi autoestima, mi cambio de voz me ayudó muchísimo, al igual que la barba. Mi autoestima debe estar como al 85 por ciento.

Para que quedara mi voz ya chida, varonil, me tardé unos ocho meses. Comencé con una dosis baja de hormonas. Como a los cuatro meses, empezaron a salirme gallos y hablaba yo como ardillita. Tenía mucho miedo de perder mi voz de antes que, aunque era femenina, no era aguda, y el riesgo de perderla para obtener a cambio una voz que no me gustara, sí fue algo que me dio mucho miedo. Conozco a varios chicos trans que luego de comenzar su hormonización se quedan con una voz como de adolescente. Eso iba a estar peor que mi voz de antes. Afortunadamente, la voz que me dieron las hormonas me gusta muchísimo. Para mí es muy importante la voz, porque, además, como ya lo dije anteriormente, disfruto cantar, en Karaoques, en el carro, en mi casa..., canciones de cualquier género, siempre y cuando sean en español.

Para mí es importante la apariencia que tengo, porque el reconocimiento social a lo que representas te reafirma, sin embargo, un hombre es más que eso: un hombre tiene que ser protector, fuerte no en el sentido físico, sino más bien en el hecho de saber resistir las adversidades y los problemas. Aunque yo creo que las mujeres en muchos sentidos son también muy capaces de hacerlo, o incluso de resistir más que nosotros. Pero su forma de resistir es diferente. También considero que un hombre debe ser valiente en muchos sentidos, incluyendo la demostración de las emociones.

Para mí, demostrar emociones sí es un símbolo de valentía. Muchos hombres no expresan, por ejemplo, el cariño a sus parejas, o al menos no lo hacen públicamente, por el miedo a que los tachen de mandilones, maricones o débiles. Fingen para quedar bien ante su círculo de hombres. Entonces, para mí, un verdadero hombre sí sabe mostrar sus emociones, porque al final, como hombre o mujer, te pones en una situación de

vulnerabilidad ante los demás, y eso de alguna forma es una manera de ser valiente, de ser tú sin importar lo que digan de ti o los riesgos que eso traiga.

A mí me gusta mostrar mis emociones, porque quedarte con tantas cosas sí puede ser dañino para ti mismo. En lo personal, intento no hacer mucho caso a emociones negativas, como la tristeza. Me da miedo ponerme triste, porque de esta emoción puede que no salgas y te quedes en ese limbo de tristeza.

El enojo es algo que sí me brota, aunque no quiera. En parte, creo que la testosterona tiene algo que ver, pero también mi personalidad. No soy de los que le grita a todo mundo cuando se enoja, pero sí de ponerme muy serio. Es que mientras más enojo siento, menos lo demuestro. Cuando eso sucede, mejor me voy. No sé qué pasaría si, en una de esas, me expresara yo verdaderamente al enojarme. Por eso trato de mantener el control. Cuando me enojo en la calle, no soy de gritar groserías o echarle bronca a las personas, pero dentro del carro, para mí, sí lo grito y digo muchas groserías.

Una vez, mientras manejaba mi carro, me le metí a un tipo con el coche. Y para qué hice eso... Me empezó a perseguir con su carro por varias calles. De repente, sí me sale lo broncudo, pero en el fondo, creo que soy un hombre tranquilo y pacífico. Además, por mi complexión (bajito y no con tanta fuerza) sí saldría yo perdiendo si me aventara a los trancazos con otro hombre.

### **“Yo no quiero ser un macho mexicano”**

Aunque fui criado por mujeres, afortunadamente ellas no eran tan machistas. Mi abuela y mi mamá siempre fueron muy independientes y críticas, y por eso, no hubo de quién aprender todas esas actitudes de violencia masculina que engloban al macho mexicano:

beber mucho, ser agresivo, peleonero, valemadres, mujeriego y de que mientras más mujeres tengas, eres más hombre. Mi mamá siempre me enseñó que eso son cosas negativas. Entonces, al momento de que me comencé a construir como hombre sí fueron aspectos que fui dejando fuera y que no quise, ni quiero, representar en mi masculinidad.

Con hombres de nacimiento, amigos míos, sí me doy cuenta de esas cosas, y las comparo con mi propia construcción. Por ejemplo, amigos que dicen: “pues sí, estoy casado, pero no importa, me puedo echar a esta vieja o a aquella otra”, y son hombres que sí se pueden coger a cualquier mujer, pero que cuando les pregunta uno qué harían si su pareja les hiciera lo mismo, ellos responden: “ah, no, en ese caso sí las mando a la chingada”. Eso no me sucede a mí. No me gusta, porque yo no quiero ser un macho mexicano. ¿Por qué los hombres sí pueden cogerse a quien quieran y las mujeres no? Esto me recuerda a un amigo que tenía yo en un trabajo. Él estaba casado, pero le era infiel a su esposa, y hasta había tenido una hija con su amante, pero cuando se enteró que su esposa también le había sido infiel, se puso digno y hasta se divorció de ella. ¿Qué congruencia es esa? Yo hago consciencia de eso todos los días, de no ser violento, ni infiel, sino todo lo contrario. Para mí, un hombre debe ser cariñoso, protector con su familia, respetuoso, amable... Y yo incluso destacaría más el valor de ser cariñoso, porque muchos hombres no le dan importancia a demostrar el cariño. La fidelidad también es algo muy importante en mis relaciones de pareja.

Con las hormonas perdí un poco la facilidad para llorar. Antes lloraba con las películas o ante situaciones difíciles, pero ahora, ya no. No es que antes me soltara a llorar por todo, pero sí lo hacía. Ahora siento que las emociones, aunque estén ahí, ya no me salen con tanta facilidad. No sé si atribuírselo a mi hormonización o a mi proceso

de construirme y asumirme hombre. No sé a qué se deba, pero en el organismo sí cambias mucho con las hormonas. Las chicas trans dicen que con los estrógenos cambia su sensibilidad y se ponen a llorar por todo. A lo mejor a los hombres trans nos sucede algo parecido, pero a la inversa, o quizá hay algo en mi ser hombre que no me permite expresar mis emociones como antes. Tal vez eso sea lo que más me duela haber perdido de la mujer que yo fui. Todavía pervive mi sensibilidad, pues soy muy sensible, y me gusta, pero ya no tengo esa capacidad para llorar que tenía antes. A veces sí siento la necesidad de hacerlo, pero nomás no puedo. Por eso, para quitarme la tristeza o sacar mis emociones, lo que hago es ponerme a cantar.

Cuidar las emociones es muy importante. En general, sí creo que los hombres no nos cuidamos mucho. En emociones intento estar bien, equilibrado en mi trabajo y en mi vida fuera de él, aunque a veces no me salga del todo bien. Emocionalmente me siento sano, pero físicamente no tanto. Me cuido poco: no fumo ni me drogo, pero sí tomo refresco, como carne, cosas grasosas, hago poco ejercicio, bebo de vez en cuando, aunque ahora, después de mis últimos estudios, tengo prohibido hacerlo y trato de evitar el alcohol, pues mi hígado no anda muy bien, y tampoco mi ácido úrico. Eso no están tan chido y sí me hace pensar en que debo cuidarme más. No sé si le atribuiría eso al hecho de ser hombre, pero sí creo que las mujeres son más conscientes de su salud; los hombres no lo somos tanto, a lo mejor porque creemos que no nos va a pasar nada, porque somos fuertes y sabemos aguantar.

**“Soy muy hombre, así como soy”**

Físicamente, lo único que no me gusta de mi cuerpo es el pecho, porque, de ahí en fuera, cuando me veo al espejo no tengo pedos. Sí me ayudaría a sentirme más pleno ver que

ya no tengo pechos, y de hecho ya estoy programando mi cirugía para mediados del siguiente mes. Por lo pronto, para ocultarlos me pongo unas camisetas ajustadas.

Excluyendo esa cuestión, yo creo que soy muy hombre, así como soy, con mi propio concepto que yo me hice de ser un hombre y no tanto con el concepto que los otros se pudieran hacer de mí. Yo sé que tú te ves como eres, pero que también necesitas que la sociedad vea lo que tú ves que eres; sin embargo, en realidad este es un proceso tuyo y de nadie más. Yo fui hombre a los cuatro años y a los diez y a los quince, y también ahora, aunque la gente no quisiera reconocerme como tal.

Para mí, ser hombre siempre fueron cosas buenas, las cosas positivas, las virtudes, no las cosas negativas. Lo que veo en muchos hombres, trans o no trans, es que les enseñan a adaptarse a un molde, a ser esos hombres que la sociedad espera de ellos, y como yo no tuve ese ejemplo no lo pude asimilar a mi construcción como hombre. Por ejemplo, en nuestra sociedad, empedarte y ponerte hasta el huevo es sinónimo de ser muy hombre, porque aguantas y eres como indestructible, porque no eres ni puedes ser débil, y para mí eso no tiene sentido en mi masculinidad.

Somos víctimas de lo que nos enseñan (en la familia, en la escuela, en los medios de comunicación, en la calle...), pero también hay un punto en el que cada uno debe ser consciente para ver qué tanto está repitiendo eso. Yo, por ejemplo, en algún punto sentí que era muy celoso en mis relaciones con mis novias, pero eso no es algo que yo le atribuiría al hecho de ser hombre, sino a mis propias inseguridades como persona.

De mi ser hombre también me gustan las buenas maneras que tengo: lo caballero, ser alguien limpio, educado, tratar bien a las mujeres... Yo no podría ser un hombre sucio, por ejemplo, o eructar enfrente de otras personas, actos que podrían verse como

normales en los hombres. Eso no. Yo soy un hombre respetuoso, no me llevo pesado con nadie. No digo muchas groserías, aunque, la verdad, mi novia me reprocha que a veces no soy tan caballero, porque se me olvida abrirle la puerta del carro, o que cuando vamos por la banqueta la deje en la orilla, y no del lado de la pared, como dice la sociedad que debe ser, y esto tal vez se deba a que a mí no me enseñaron a hacerlo. Sólo es cosa de aprenderlo, poco a poco.

Por ejemplo, una vez, cuando trabajaba todavía en el taller mecánico de autobuses, antes de empezar mi proceso, mis compañeros estaban platicando no recuerdo qué, pero diciendo groserías, siguiendo esa regla no escrita que hay entre hombres de hablar así, pero al darse cuenta que estaba yo, uno dijo: “oye, no hables así, respeta, que ella está aquí”. Reglas como esas hay muchas: cédele tu asiento a una mujer, camina de este lado, ábrele la puerta, etcétera, pero yo no pasé por ese proceso y no me aprendí esas reglas; algunas otras, principalmente las de la caballerosidad, sí las intento agarrar, pero no siempre se puede.

### **Violencias, poder y privilegios masculinos**

No conozco a una sola mujer que no haya vivido violencia en su vida. Y cuando yo aún era mujer, claro que viví violencia. Ahora puedo percibir la diferencia. Al ser mujer, hay violencias que no parecen serlo, pero para mí siempre lo fueron, tal vez porque las veía con la mirada de un hombre; el simple hecho de que el mundo te diga: “eres mujer y sólo por ello debes depilarte las piernas, rasurarte las axilas, verte bonita, pintarte, arreglarte, vestirte y comportarte de cierta manera, someterte, etcétera”, eso para mí es la primera violencia que puede vivir una mujer; y lo sé porque la viví en carne propia, a pesar de

haber sido afortunado de vivir en un ambiente seguro y controlado como el de mi casa, donde más allá de imponerme normas de comportamiento, no viví cosas tan terribles como muchas otras mujeres, cuyas familias no son tan unidas. En casa siempre me sentí seguro y protegido.

El acoso sexual, todas las mujeres lo han vivido, y yo también lo viví. La primera vez estaba yo en tercero de secundaria. No me acuerdo por qué, estaba yo en otro salón, platicando con unas amigas, y, de repente, un compañero de otro salón se acercó y me dio una nalgada. “Qué pedo, ¿qué te pasa?”, le grité muy molesto, para luego arrojarlo al piso y pegarle. No me acuerdo si le di de trancazos o qué le hice, pero sí que lo agredí físicamente y que luego me salí de ese salón. Y no conforme con lo que yo ya le había hecho, se levantó del suelo, me alcanzó y me volvió a agarrar las nalgas. No sé qué pasó después, pero sí que me sentí como si hubiera perdido mi dignidad y mi valor como persona. Fue de la chingada, porque no encontraba qué hacer para provocarle la misma humillación, o que sintiera lo mismo que yo estaba sintiendo. No lo reporté ni dije algo porque sentí que nadie iba a hacer nada. Estamos acostumbrados a ver que los hombres se comporten así, porque es algo normal en ellos, y que al final no pasa nada. Ahora yo me pregunto: ¿hubiera tenido el mismo impacto si yo, aún como mujer, le hubiese agarrado las nalgas a él, de la misma forma que lo hizo conmigo?, ¿hubiera significado lo mismo? Claro que no. Y eso para mí sí tiene un trasfondo de poder, el poder que los hombres creen tener sobre las mujeres, porque en caso de haber realizado yo esa acción, hubiera quedado como una puta, y no como un cabrón respetable que tiene el derecho de humillar así a alguien.

También me llegó a suceder muchas veces que me acosaran en la calle o me chiflaran, porque a pesar de no ser una mujer que se arreglara mucho ni llamara la atención, tenía yo un cuerpo bonito. Y ahí viene de nuevo la cuestión del poder, porque al ver a una mujer caminando en la calle no es tanto que a los hombres les guste esa mujer, o que realmente se quieran acostar con ella; es simplemente el acto de intimidarte o de expresar que pueden hacerlo sólo porque son hombres. Y eso claro que les da poder y se los refuerza.

También viví violencia en el taller mecánico, donde al principio mis compañeros u otras personas me decían: “¿qué haces trabajando en esto? Este trabajo es para hombres”; de hecho, algunos compañeros mecánicos, al comienzo, se sacaban de onda al verme entrar y mejor optaban por salirse, o incluso hubo algunos que, para no pedirme mi herramienta prestada, le pedían a otro compañero que lo hiciera. Pero poco a poco se fueron acostumbrando a mi presencia y a que un hombre no biológico como ellos hiciera un trabajo supuestamente hecho sólo para este género; también influyó el hecho de ver que yo también podía trabajar al mismo ritmo que ellos, haciendo exactamente las mismas cosas. Fue así como muchos comenzaron a admirarme y a acercarse a mí, en una especie de reconciliación en la que incluso compartían sus conocimientos conmigo o estaban dispuestos a ayudarme y enseñarme. Pero eso sucedió sólo con algunos compañeros, porque otros de plano nunca me aceptaron, y hasta hubo quien dijo: “tú no deberías estar aquí, sino en una oficina”.

Yo siempre fui muy introvertido, pero ya después de comenzar la transición más formal con hormonas, al principio me sentía muy inseguro, pensaba que me iban a cachar o que iba yo a ser agredido por mi apariencia. Entonces, cuando estaba aún en este

proceso, tuve una experiencia muy fea en un antro gay, donde ese día no cobraban la entrada a las mujeres. Llegué con una amiga y, aunque mi apariencia no era tan masculina como ahora, porque estaba yo apenas empezando, hasta me cobraron el *cover* como a todos los hombres. De hecho, no estaba tomando todavía hormonas, pero mi forma de vestir era completamente masculina. Un rato después, ya en el antro, fui al baño de los hombres, pero el señor que estaba cuidando en el baño se me quedó viendo de una manera extraña y no dijo nada. Aun así, entré. Ya en la segunda ocasión que fui al baño, este mismo señor me encaró:

–Enséñame tu credencial –me dijo.

–No, ¿por qué?

–Sí, porque tú no puedes pasar a este baño.

Eso me dio muchísimo coraje y me puse a llorar, pues se me hacía inconcebible que en un antro de ambiente sucedieran esas cosas. Fue humillante. Entonces, un chavo que estaba ahí y me vio llorando me abrazó. “¿Qué te pasó, todo bien?”, me preguntó. Al darse cuenta de lo que me estaba sucediendo, se enojó y hasta dijo que les iba a armar un desmadre en el antro. Al final, le dijo a la amiga que iba con él que me acompañara a entrar al baño de mujeres. Y ya, fui, pero la situación sí me hizo sentir que había perdido toda mi dignidad, pues, además, al entrar al baño de mujeres todas se me quedaron viendo raro. Esa es la peor experiencia que he tenido cuando comencé mi proceso. La violencia psicológica que viví ese día fue peor que si me hubieran golpeado. Busqué al gerente y le expliqué todo. Al final sólo me pidió una disculpa y me dijo que el personal no estaba completamente capacitado en estos temas. Fue muy feo, lo más humillante que he vivido.

Puedo decir que fui afortunado en no haber experimentado jamás una violación sexual, que suele ser común en las mujeres, pero que sí viví mucha violencia psicológica por la presión social. Esto nos permite ver que de los dos lados está muy jodido, y más para alguien trans, porque para el mundo no eres ni lo uno ni lo otro, aunque tú sepas quién eres realmente; sin embargo, puedo afirmar que la violencia vivida por una mujer siempre va a ser mayor que la vivida por un hombre. Por ejemplo, cuando vivía como mujer, aún en la secundaria, iba a la escuela de 4:00 a 10:00 pm, y cuando regresaba a casa, como ya estaba todo oscuro, me sentía muy inseguro de caminar y de que alguien me fuera a hacer algo; también sentía lo mismo cuando iba a algún antro y salía tarde de ahí. Y ahora como hombre, desde mi transición, eso no me sucede más; me siento seguro y tranquilo, pues lo máximo que podrían hacerme es quitarme la cartera o el celular, cuando antes, eso sería lo menos que podrían hacerme. Definitivamente, siendo mujer le tienes miedo a cosas que un hombre jamás experimentará.

Todo este reconocimiento del antes y el después de las violencias que viví me ha permitido hacer consciencia del tipo de hombre que quiero ser. Yo jamás optaría por aprender lo feo de ser un hombre, aunque sí reconozco que eso cuesta muchísimo trabajo. Lo más machista que llegué a hacer, y eso sin darme cuenta, porque después lo recapacité, fue ver de más a una compañera del trabajo, pero ahora intento no hacerlo, y cuando me cacho en eso corrijo mi actitud, porque realmente sé cuánto incomoda que un hombre te mire con deseo o intenciones sexuales. A mí me veían así, y eso me incomodaba mucho. No diré que no lo he hecho, porque evitar ver a una mujer guapa es algo difícil, pero lo que hago es verla discretamente, rápido, y seguir con lo que estoy haciendo, para no incomodar a nadie. Mis compañeros del trabajo donde estoy ahora,

por ejemplo, de repente te llaman y dicen: “mira, ven, tú, te quiero explicar algo, ven”, y cuando llegas te salen con lo que muchos hombres hacen: “ve esa vieja de ahí, mírala, ¿a poco no está bien buena?” “No manches”, les digo, “no hagas eso; mejor ponte a hacer lo que estabas haciendo”.

Todo esto me trae otra pregunta: ¿qué necesidad hay de que los hombres hagamos eso? ¿Ya viste tú el cuerpo de una mujer, de reojo, discretamente?, perfecto, no necesitas que otros hombres lo sepan o que te lo aprueben. Quédate con la imagen que guardaste de ese cuerpo, con respeto. Porque luego estamos en junta, puros cabrones, y de repente se escuchan unos tacones, y ahí los tienes a todos, como perros, volteando para ver quién es ahora la mujer que está haciendo sonar sus tacones. Yo ya no me activo con eso y mejor trato de no hacer caso y me río, para seguir con lo mío, porque a mí no me enseñaron eso y no quiero nunca ser así, como un perro con las mujeres.

El poder está implícito en todo, desde que naces. Prácticamente naces porque tus padres pudieron darte vida, engendrándote y decidiendo por ti para venir al mundo, sin que te lo preguntaran. El poder es algo que te puede dar prestigio. Nuestros papás, por ejemplo, ejercían poder sobre nosotros y sólo por eso los debemos respetar y estarles agradecidos. Y esto, porque de niños, supuestamente, no somos capaces de hacer ciertas cosas, y sólo por eso nos deben enseñar a hacerlas, con su método para vivir y ver la vida. Ahí aprendemos el poder, con nuestros padres, y también a diferenciarlo, el poder de una mujer y el poder de un hombre, a ver quién tiene más poder, si la mamá o el papá. Y así vamos creciendo, aprendiendo o aspirando a hacer y ser lo que te pide la sociedad: que tengas un puesto alto, que seas un jefe, que tengas gente a tu mando,

que seas exitoso o exitosa en lo que un hombre o una mujer debe destacar, porque eso se aprecia mucho socialmente y es a lo que tal vez todos aspiramos.

En ese sentido, creo que como hombres sí adquirimos muchos privilegios, de sentirnos seguros en el mundo, o no tan vulnerables como las mujeres; también en el hecho de que todos los logros que tengas van a tener más impacto que los de una mujer, porque a una mujer, seguramente, le van a decir que esos logros obedecen a que se acostó con alguien y no a sus propios méritos y a su inteligencia. Eso está muy cabrón, pero así es. Como hombres, tal vez nadie va a cuestionar nuestras habilidades, pero a una mujer, sí. Al mismo tiempo, ser hombre te da el permiso para hacer ciertas cosas: llegar de madrugada a tu casa, andar con cien mujeres al mismo tiempo, violentar a alguien para demostrar que tú eres el más chingón... No sé, ciertos permisos muy extraños para mí, pero que son naturales en la sociedad, o que la mayoría ve como algo normal. Siento que hay una especie de código no escrito, que yo mismo he visto, que se da entre los hombres: de apoyarnos en todas estas cosas o de presumirlas como si fueran actos admirables, o de actuar en contra de las mujeres sin importar nada, porque ellas no pueden ser más que nosotros. Eso está terrible, y en verdad trato de no sumarme a esas conductas, sobre todo en mi trabajo. Quiero pensar que nunca he sido cómplice de eso y que no quiero serlo jamás. Aunque lograrlo, la verdad, es muy difícil, porque al final no puedes dejar de pertenecer, y porque ir a contracorriente puede llevarte a ser rechazado; entonces, cuando escucho, por ejemplo, comentarios misóginos de mis compañeros, lo que yo hago es no involucrarme o salirme de la conversación, o cuando están de perros con las mujeres y salen con sus cosas de “mira a esa vieja, qué rica”, y cosas de esas, lo que les digo es: “no la vi, disculpa”, y mejor me voy de ahí. Es difícil,

sí, porque no me gusta participar de más, pero a veces lo tienes que hacer porque es parte de la dinámica y de la convivencia, y tampoco se trata de auto-excluirte por hacerle al héroe. Es complicado, mucho. Con mi jefe, por ejemplo, tengo muy buena relación, y alguna vez me dijo: “mira, qué tal esa vieja, ¿cómo la ves?”, y yo, ni modo de decirle: “oye, jefe, no mames, qué te pasa, deja de verle las nalgas a las mujeres, respete...”, pues no, eso no era posible, porque yo creo que me hubiera mandado a la chingada; entonces, disimuladamente, traté de seguirle la corriente y le dije: “ah, pues sí, es bonita”, o algo así.

En general, trato de no involucrarme al cien por ciento en estas actitudes misóginas en las que la mayoría de los hombres participan; ¿cómo?, haciéndome como que no vi o escuché nada, o que no me di cuenta, lo que al final, desgraciadamente, también me hace cómplice, aunque yo no lo quiera, porque no estoy ayudando en nada a cambiar el trato que se les da a las mujeres y lo que ellas representan en el mundo de los hombres. Ahora, yo veo esto sólo como un acto que me permite sobrevivir y mantener cierta armonía con quienes convivo.

Me gustaría ser más valiente al momento de actuar contra ese tipo de violencias. Lo reconozco. En algún momento estaba con el dueño de un taller de otra compañía, quien me pidió ir a revisar un carro, así que nos fuimos en su coche. Mientras íbamos en la calle, pasó una chavita de unos 19 años y uno de los que iba ahí con nosotros le chiifló y le gritó: “ey, mamita”. Yo me quedé impactado y sin saber qué hacer. Al final me quedé callado, pero en el fondo me dio mucha indignación y coraje. En ese punto me hubiera encantado decirle: “no te pases de cabrón con la chavita”.

En otra ocasión, iba yo sentado en el Metrobús y entró una chava, que no alcanzó lugar y se tuvo que ir parada. Y en eso, vi a un señor que también iba sentado y nomás se le quedaba viendo a esta mujer, con actitud de acoso, de arriba para abajo. Esa vez, no sé de dónde me salió el coraje y le dije:

–Bueno ya, tú, cabrón, qué, ¿nunca habías visto a una mujer?

–¿Qué? Si no le estoy viendo nada, y además a ti qué te importa.

–¿Cómo no, cabrón? Si nomás la estás viendo de arriba abajo, no te hagas.

–Hijo de tu puta madre, no te metas...

Al final se bajaron otras personas y la chava se pudo sentar, y el tipo, como tal vez sabía que en el Metrobús ya se pueden denunciar ante la policía situaciones de acoso, mejor se bajó en la siguiente estación y ya no la siguió armando de pedo. Ella se sentó y me agradeció, diciéndome que no se había dado cuenta. Y quizá no es tanto el hecho de que se diera cuenta de lo que el señor le estaba haciendo, sino de que alguien lo señalara y le hiciera ver al hombre que eso estaba mal. No porque ella no se hubiera percatado de eso podríamos decir que las cosas están bien; es como cuando alguien roba y nadie se da cuenta; el hecho, en sí, no deja de ser un acto ilegal, tanto como el acoso. A veces con personas de mi círculo más cercano me gustaría tener ese mismo valor de enfrentarlos, sin miedo a las repercusiones que pueda tener socialmente para mí. Sí siento que eso es uno de mis lados flacos como hombre, pero no es tarde para irlo trabajando en mí.

Así, en resumidas cuentas, puedo decir que el hombre ideal, el que quiero ser y estoy siendo es alguien cariñoso, protector, atento y respetuoso con las mujeres, trabajador, fiel, que busca no caer en esas dinámicas machistas y en esos juegos de

demostrar que puede más, que aguanta más porque es un hombre, que no le va a pasar nada o no va a haber consecuencias sólo porque es un hombre.

La verdad es que en mí siempre ha estado la idea de apoyar a las mujeres, y siempre lo voy a hacer. Me he topado con varias compañeras en los talleres mecánicos a donde voy, y cuando me preguntan cosas sobre los motores, yo les explico. Hay muchas mujeres en el mundo que no tienen miedo a hacer lo que hace un hombre, pero lo único que les falta es tener la apertura del conocimiento, porque a mí, como mujer, nunca me enseñaron a manejar ni a usar un carro o a manejar herramientas, cuando un hombre siempre está en contacto con eso. Como mujer, no se puede socialmente y no se ve bien, porque esos espacios de acción no son para ellas, o la sociedad piensa que no lo son. Siento que hay muchos conocimientos en la vida que, debido a las limitaciones sociales, no los adquieres, cosas tan básicas como el funcionamiento de un motor o el uso de herramientas. A mí me gusta mucho explicarles a las mujeres todo esto, aunque también hay mujeres en el machismo total y a las que les gusta mucho justamente toda la violencia que ven natural en los hombres. Esas mujeres me caen mal, no me gustan y no creo que las apoyaría, porque en vez de ayudar, representan y reproducen lo malo en la sociedad. Sí intento apoyar y empujar a las mujeres en lo que yo pueda, pero no a este tipo de mujeres, porque por ellas también estamos así.

Cuando era yo mujer, el jefe que tuve y que me jaló al taller para aprender sobre el sistema eléctrico de los autobuses, que no sé si lo hizo con esa idea, o si porque yo le gustaba y se quería acostar conmigo, o si sólo le caía bien... no sé, pero un solo acto de él, que fue jalarme para aprender en el taller lo que una mujer no suele aprender, cambió la perspectiva de toda la empresa, y eso es algo muy bueno. Así se hacen los cambios

en la sociedad. Por eso pienso que si como hombre, por los privilegios de serlo o por lo que quieras, llegaste a un determinado lugar, desde ahí puedes hacer el cambio y apoyar con tus actos a las mujeres. En mi trabajo como ingeniero, por ejemplo, puedo enseñarles a más mujeres a hacerlo, porque sé que tienen las capacidades y la inteligencia. Digo, no se trata sólo de hacerlo porque son mujeres, sino porque quieren hacerlo y aprender. Es como en el Senado, donde debe haber mujeres y hombres en partes iguales para que sea equitativa la repartición de escaños, independientemente de sus capacidades. No, no hablo de eso; hablo de la posibilidad de ver que hombres y mujeres pueden desempeñar la labor que quieran, sin sentirse limitados por la sociedad. Y no porque unos (mujeres y hombres) sean mejores que otros, sino por la necesidad de restituirles a ellas tanta injusticia que han vivido por siglos, y para que las visibilicemos actuando en espacios que antes eran exclusivos de los hombres. Eso va a permitir que las niñas de las nuevas generaciones tengan ante sí otras posibilidades y opciones, para así hacer realidad la igualdad de oportunidades. Por algo se empieza. Creo que voy bien...

Ciudad de México, marzo de 2019.

# 5

## EL *OTRO* ES UN TEXTO INTERMINABLE

Disquisiciones sobre el lenguaje que hablamos los hombres;  
diálogos teóricos con las PN, y algunas  
reflexiones personales sobre ellas.



## 5.1. Leer lo interminable

¿Qué se ve en un espejo que se mira en otro espejo?

Michael Ende

**E**l nombre que le puse a este capítulo (“El *otro* es un texto interminable”) tal vez nos cree una imagen adecuada sobre el proceso (la sensación) que vivimos las personas cuando tratamos de “leer” al *otro* para comprender *su* universo, o todo lo que pudiese formar parte de él, incluyendo los contextos y discursos que ni siquiera alcanzan a ser percibidos por los sentidos. Y ese proceso de “lectura” nunca acaba, casi como le sucede a Bastian y a los lectores hipotéticos que *viven* en la novela *La historia interminable*, de Michael Ende, o como en los cuentos de Borges, donde el punto final es sólo una puerta más a otros innumerables laberintos de significación, tal vez unidos en secuencia extendida, hasta el infinito.

Para que la metáfora adquiriera sentido es necesario que eso que se representa lingüísticamente (de forma oral o escrita, por la persona emisora o receptora; tal vez con un monólogo que reflexiona escondido en nuestra imaginación; independientemente de las funciones retórico-utilitarias del mensaje), sea visto como un *texto* en la acepción más abarcadora que varios pensadores, artistas o representantes de la lingüística funcional le dieron al concepto, desde

Aristóteles, Quintiliano, Wundt o Heidegger, hasta plumas tan revolucionarias como las de Paulo Freire, John Berger o José Manuel Briceño. Y esto, por una simple razón: en cualquier nivel de los procesamientos psíquicos y cognitivos, el lenguaje (su función primera: la representativa) es lo único que nos permite construir la realidad y/o modificarla, resignificarla, mejorarla, empobrecerla...; pero, al mismo tiempo, establecer la relación dialéctica con *el otro*, pues al fin y al cabo es a *él* a quien le contaremos *eso* que pensamos o sentimos lingüísticamente.

El acto de *leer*, nos dice Paulo Freire (1984), no es sólo la interpretación de sintagmas codificados, escritos y organizados de una determinada manera; leer, en el sentido de que la realidad es lingüística y sólo la podemos pensar (imaginar, traducir, entender, concebir, escribir, hablar...) lingüísticamente, comienza desde que aprendemos a hablar en la infancia y empezamos a *leer* al mundo como seres conscientes y pensantes, lo que según este filósofo brasileño significa no sólo decodificar sucesiones de palabras escritas, sino interpretar, en una relación dinámica e interminable, todo lo que la realidad *es* donde se materializa el lenguaje. En ese mismo sentido, según reflexiona Juan Manuel Briceño (1970), “la estructura del conocimiento es lingüística”, pero también las estructuras de la conciencia, del razonamiento, de los sueños, de los secretos... El lenguaje, enfatiza este otro filósofo, “es el lugar de lo humano, en él vivimos, nos movemos y somos.” (2-4)

Ya en el terreno de lo que llamamos “realidad”, donde la *leemos* porque la percibimos, la pensamos y, a veces, hasta la escribimos en artículos científicos, novelas, cuentos, poemas, diarios..., la labor tampoco acaba, es decir, no hay –en ese sentido tan alegórico que ya muchos autores reciclaron– “textos” definitivos, o que puedan leerse, imaginarse, gozarse, sufrirse, olvidarse... de una misma y absoluta manera. Y no hablamos aquí de estructuras y funciones de la lengua, o de las formas pragmáticas del discurso y cualquier otro código útil a la comunicación;

hablamos nada más de que la realidad compartida con nuestr\*s semejantes tiene *lecturas* tan numerosas como la cantidad de personas que sobrepoblamos la Tierra.

En cuanto a la escritura académica (pues el presente texto es, al final de cuentas, académico), el tropo tal vez funcione para entender dos cosas:

1. Que los hallazgos surgidos en el camino, por más *dato duro* que contengan, y por más puramente informativos que presuman ser, son *textos* en toda la extensión de lo que se dijo arriba; tan polisémicos como cualquier novela de romance o terror, con mucha más razón si *tocan* cuestiones de género, poder, violencias, deconstrucción, emociones y temas afines. Trátese de gráficas, encuestas, textos etnográficos, entrevistas de profundidad, estudios de caso, grupos de discusión... los textos serán letra muerta, no le servirán a la sociedad o, lo que es peor, podrían resultarle engañosos y llenos de trampas, si el lenguaje del\* investigador\* en cuestión no establece y deja claras, desde el principio, sus convenciones de sentido, es decir: los porqués de su lectura al fenómeno y desde qué lugar lo está mirando, algo que reflexionamos ya en la introducción de este trabajo.
2. Que por muy delimitado que tengamos todo (objetivos, preguntas, categorías centrales, marco teórico...) cuesta demasiado trabajo decidir cómo vamos a *leer* a las personas y al mundo concreto en el que viven, el cual, aunque sea el mismo espacio-tiempo donde nos situamos nosotr\*s, jamás habrá sido (ni será) leído por ellas de la misma manera en que lo leímos; otra forma de parafrasear de nuevo la idea del conocimiento situado (Haraway, 1991). De ahí que interpretar, explicar, comentar o, simplemente, dilucidar textos tan confesionales (íntimos a veces) como las producciones narrativas (PN), pueda resultarnos arduo y espinoso, dada la infinidad de caminos posibles para llevar a cabo el proceso

“decodificador” que exigen la academia y la propia metodología (explicada en el Capítulo 3), pero también la forma específica de emprenderlo (el lenguaje de nuevo, el ordenamiento, la jerarquización...) y establecer, por ejemplo, un diálogo “sano” entre la teoría que elegimos y la *lectura* que las personas informantes hicieron sobre su propia vida.

Expongo todo esto no sólo por lo *interminables* que pueden ser la (re)lectura, (re)significación y/o (re)escritura de un texto, cuantimás si hablamos de PN –mismas que, tal y como se explicó antes, mantienen esa puerta abierta a sus co-creadores–; o por lo delicado que resulta “meterles la mano” sólo por cumplir con un protocolo académico y que, sólo por eso, sus protagonistas lleguen a interpretar el acto como una forma majadera de expropiar su subjetividad (Figuroa, 2017). En realidad, busco que estas reflexiones sobre el lenguaje, tan presentes en casi todo lo que escribo, reflejen congruentemente lo que intento hacer todos los días desde que decidí ser pro-feminista y me adentré en los estudios de género (principalmente, en la línea de las masculinidades): leerme a mí mismo en cada uno de mis actos comunicativos, y evitar cualquier forma utilitaria del lenguaje que, como varón, aprendí en los espacios de poder donde crecí y aprendí a mirar el mundo, un acto inercial que se manifiesta en nuestras relaciones personales, pero que también se reproduce, según fui corroborándolo, con un sinfín de discursos anquilosados de poder y legitimación, en ámbitos tan originariamente masculinos como el de la producción científica. Fue (y sigue siendo) en algunas de mis actividades como investigador y universitario donde también he aplicado esta labor (auto)crítica hacia las inercias del lenguaje, mismas en las que quiero seguir reflexionando.

Dejo aquí constancia de mi *lectura* particular a las vidas de Fabián, Daniel y Octavio, de acuerdo con los objetivos particulares de mi estudio y a partir de las PN que dieron fondo y forma al capítulo

anterior. Estoy seguro que, tal vez, no satisfaré las expectativas de algun\*s (o de much\*s) lector\*s, incluidos mis ahora amigos Fabián, Daniel y Octavio. Y qué bueno que sea así. Al final, nuestra tarea personal es seguir haciendo interminable el camino del (auto)conocimiento, ese que se enriquece con la diferencia y busca la perfección –que a la postre resulta ser ese punto de fuga lejano, caprichoso, de la necesidad humana.

## 5.2. “Ser hombre (también) está cabrón”

Debajo de las palabras, las cosas  
siguen siendo singulares e imprevistas.

Luis Villoro

### 5.2.1. ¿Se puede “disecar” a un niño, lo que (le) duele (,) en el parlamento?

Comienzo este apartado con un fragmento de lo que declaró Fabián, el primero de los tres informantes clave, quienes, en términos de *lecturas* y charadas filológicas (que tanto me gustan), serán los personajes principales de esta “puesta en escena” sobre el *lenguaje de los hombres*, si me permiten llamarlo así:

“Ser hombre está cabrón, mano. Se nos exige mucho  
y ni cómo ponernos a llorar para desahogarnos . . .”

Si analizamos bien la forma y el fondo, este mensaje es como una granada de fragmentación detonada sin querer por un niño (no sé por qué lo imagino así); un acto de violencia que expande su explosión alrededor, lo que en la entrelínea parece decir: *hacia todos –sí, cualquiera que escuche esto que me duele y, al mismo tiempo, me encabróna tanto, no sé por qué, ayúdenme, me lastima, ¿qué hago con ello?, ¿por qué parece que quiero golpear a alguien?; ¿cómo traduzco una cosa así?, ¿debo ponerme a llorar?, ¿puedo?...–*, pero, al mismo tiempo hacia *nadie*, tal vez

porque nadie quiere presenciar (escuchar / ver / sentir / reconocer—se en) semejante escena, donde el actor ha olvidado su monólogo o ha perdido los papeles, a punto de hacer el ridículo en el espacio escenográfico de la vida social y su cultura de género.

En el nivel más denotativo de la sentencia, destaca el uso de la palabra **cabrón**, un término por demás masculino, relacionado con un sinfín de historias, dichos, creencias, leyendas, mitologías, cultos, juegos de palabras y dobles sentidos, etcétera; veamos sólo algunas de las tantas frases nominales, epítetos y oraciones que, según mi imaginación y, muy seguramente, la de much\*s mexican\*s, lo refieren: *el astuto, el taimado, el mentiroso, el de mal carácter, el salvaje, el animal negro, el macho de la cabra, el huevudo, el huevón, el fértil, el perseguidor, el proxeneta, el diablo-deidad, el tentador, el rufián, el agraviador, el infiel, el poderoso, el acumulador, el hábil en todo, el que chinga, el que se coge y le gana a tod\*s, el que tiene la última palabra, el que sabe aguantarse hasta el final, el huidizo, el que siempre se larga, el que prefiere guardar silencio antes de verse contrariado, el que ya se volvió a largar y mañana volverá como si nada...* ¿Cuántos otros significados o definiciones nos puede ofrecer el imaginario colectivo de las sociedades hispanohablantes, para entender la personalidad de esta palabra? Tan sólo en México, ¿cuántas frases idiomáticas podemos construir, y con cuántos sentidos diferentes, mediante un concepto tan peculiar —áspero, abrupto— hasta en su sonoridad?

Si vamos más a fondo, y hasta jugamos a medio-filosofar como lo he venido haciendo en esta intentona de análisis estructural (tal vez desmedida para una oración principal de apenas cinco palabritas), veremos que la acción del verbo **estar** ni siquiera recae en su emisor: un hombre hegemónico *en potencia* <sup>37</sup>, ese que, se supone, debería ser todo lo que la palabra **cabrón** define,

---

<sup>37</sup> Utilizo esta frase adjetiva en referencia a lo que se retomó en el **Subcapítulo 2.1** sobre el concepto de *masculinidad hegemónica*, de Raewyn Connell (2015), según el cual todos los varones adscritos al proyecto hegemónico de masculinidad vivirán su existencia entera de una forma que, para resumir la tesis de esta autora, me

pero que, al final de cuentas, se transformó en otra cosa, trastocando con ello, oscureciendo, su único horizonte posible (de sentido, pertenencia y afirmación), como si las exigencias interpretativas de esta obra de teatro lo rebasaran y, de repente, se encontrara en el lugar que corresponde a los simples espectadores: ahí, anónimo, sin lenguaje, mudo y, paradójicamente, incomprendido también por sí mismo, para aplaudir y aprender de otros intérpretes que, tal vez, demostrarán tener mejores habilidades escénicas que él. Esto, porque el proyecto hegemónico de cualquier sociedad nos permite aplaudirles sólo a quienes sí saben actuar de memoria, sin aspavientos, sin chistar, sin cuestionar, su lista de virtudes obligatorias, ejemplares, compensatorias... en el emprendimiento de cualquier proyecto personal de vida.

Con esa idea, mientras intentaba explicarme y entender lo dicho por Fabián, es decir, qué es lo que en el fondo vuelve tan **cabrón** los mandatos del “**ser un hombre**”, me puse a jugar con los sintagmas **hombre** y **cabrón** en combinación con los verbos **ser** y **estar** ya conjugados, y descubrí que su efecto inmediato como posibles expresiones de una realidad no era tan desolador como el que experimenté ante la oración **ser hombre está cabrón**. Para muestra, estos ejemplos:

♂ Yo soy hombre; estoy cabrón.

---

gusta parafrasear así: en una especie de vigilancia y examen (de autoconciencia silenciosa y represora, sado-masquista, pero también de juicios y pruebas sociales, de ritos y demostraciones públicas, también sadomasoquistas y de altos riesgos, de medallas o escarnios), para verificar, calar, medir... en qué grado han logrado representar las *virtudes* del varón hegemónico ideal y cuán satisfactorio resulta el cotejo entre el gran molde y la reproducción; entre el modelo original y la copia; entre las acotaciones de los paréntesis puestos para este único personaje, y la escenificación material, su adaptación a los recursos y circunstancias..., para así definir la calidad interpretativa, la posición jerárquica de cada actor, la posibilidad de ascendencia y éxito, el reconocimiento social, la admiración, la envidia; el nombre propio en cualquier marquesina iluminada, en las primeras planas de la fama y la riqueza... en una colectividad determinada de varones que aspiran a lo más cabrón de ser cabrones. Pero *gran molde y/o modelo original* sólo hay uno, que opera de manera parecida a la de cualquier presencia divina: es un referente ubicuo, un ideal inalcanzable, un sueño de perfección, una voz que nos dicta, invisible, su decálogo de normas y sacrificios para alcanzar la gloria-eternidad y no ser desterrados de su promesa... (De ahí que todos los varones sean –o hayamos sido en algún momento– hombres hegemónicos *en potencia*. En realidad, nuestro nacimiento con genitales machos supone inevitablemente esa adscripción involuntaria al proyecto hegemónico de masculinidad. Nadie, en ninguna sociedad –al menos según la teoría de Connell– escapa a esta primera circunstancia en la vida de los hombres biológicos).

- ♂ Tú eres hombre; estás cabrón.
- ♂ Ese hombre está cabrón.
- ♂ Hombres, estamos cabrones.
- ♂ Ustedes están cabrones.
- ♂ Fabián, Daniel, Octavio y JP son hombres cabrones.
- ♂ El hombre es cabrón.
- ♂ Cabrón, eres hombre.
- ♂ Tú eres un cabrón.
- ♂ Él es un hombre cabrón.
- ♂ Soy un cabrón muy hombre.
- ♂ Todos los hombres son unos cabrones.
- ♂ ¿Nosotros somos cabrones?
- ♂ ¿Somos cabrones por ser hombres, u hombres por ser cabrones?
- ♂ Ella es cabrona.
- ♂ Etcétera.

A menos que mis capacidades decodificadoras en el español mexicano se hayan atrofiado, estoy casi seguro que nadie, de entre las opciones anteriores, u otras construidas bajo la lógica explicada (cuyas reglas son claras justo porque establecen cómo se elabora esa unidad de sentido tan elemental de cualquier discurso: la oración), haya encontrado una que evocase esa sensación (¿contradictoria, desoladora, triste, enigmática, árida, pesimista, dolorosa, de desamparo, etcétera?) que sí nos deja la sentencia de Fabián (Ser hombre está cabrón), al menos como yo lo

experimenté tras varios ensayos y, más tarde, pude corroborarlo con algun\*s amig\*s que me ayudaron a poner a prueba este curioso experimento.<sup>38</sup>

### 5.2.1.1. Pero lleguemos al fondo de nuestra gramática

Si disecamos todavía más, con lupa o microscopio de lingüista aficionado, el enunciado *Ser hombre está cabrón*, vemos que hay un enredo retórico capaz de ponernos trampas, por lo que es necesario analizarlo: Comencemos diciendo que la idea puede leerse en su forma de hipérbaton: *Está cabrón ser hombre*, y que al final de cuentas descubramos que *ser hombre* no es el sujeto que tal vez suponíamos, pues, en realidad, es una oración sustantiva (subordinada al verbo “estar”) que cumple las funciones de objeto directo en el predicado (¿Qué está cabrón? Respuesta: *ser hombre*). Pero resulta que *está cabrón* tampoco contiene sujeto; es puro verbo, literalmente; punto de partida de un predicado al que se le pueden agregar los complementos que queramos;<sup>39</sup> vaya, ni siquiera podríamos afirmar que en el sintagma *está* hay un sujeto implícito o elíptico, pues se conjugó de manera impersonal. De tal suerte, estamos ante una oración que es sólo

---

<sup>38</sup> Vari\*s de ell\*s consideraron “juguetonas”, “chistosas”, “divertidas”, las oraciones que les presenté; para otras, fueron “machistas”, “agresivas” o “estúpidas”. Para mí fueron infantiles en muchos sentidos, sobre todo aquellas donde yo era evocado por la primera persona gramatical. Este tipo de expresiones, donde se juega con la palabra *cabrón*, es de grandes alcances en situaciones de competencia, provocación gratuita, compañerismo y/o complicidad (rasgos muy comunes en los sujetos socializados como varones en nuestra cultura de género mexicana). Las escucho muy a menudo: en mi familia, en reuniones, entre amigos, en el transporte público y hasta en las aulas donde he impartido clases, con niños y adolescentes de primaria y secundaria (lo que, de cierta manera, podría verse “natural” en el proceso normalizador del proyecto hegemónico, donde los sujetos varones, para “pertenecer a la tribu”, reafirman su voluntad de adscripción y disfrutan hacerse escuchar con enunciados como estos—); pero también entre algunos alumnos de universidad o posgrado, en edades que van desde los 18, hasta los cuarenta y tantos años.

<sup>39</sup> Pensemos, por ejemplo, en la siguiente posibilidad de agregar complementos y varias oraciones subordinadas, coordinadas y/o yuxtapuestas: *Está cabrón ser un hombre que no puede llorar ni expresar sus sentimientos y, para colmo, sentir que la única forma válida de manifestarlo es mediante la violencia o la rabia...* Si se analiza a fondo, esta oración digresiva, a pesar de ampliar su territorio significativo con más ideas secundarias, sigue sin definir al agente original de la acción.

predicado, compuesta por un verbo impersonal y un complemento directo también impersonal. ¿Conclusión de este primer planteamiento?: No hay sujetos, no hay agentes; no hay a quién echarle la culpa. Todo es impersonal, pero, al mismo tiempo, una posibilidad infinita, parecida al infinitivo de las acciones (como el *ser*, como el *estar*), abierto a cualquiera, para *ser* en algún pronombre que desee *estar*, aunque en la práctica no parezca lo mismo... Estamos, sí, ante un enigma semiológico... Una paradoja... Una aporía en el sentido más amplio del término, pero también una forma alegórica (y, al mismo tiempo, literal, por lo que el propio mensaje expresa...) de entender la masculinidad hegemónica a partir de una autopsia lingüística tal vez mal hecha (lo reconozco de una vez, pues no soy lingüista, pero sí un apasionado por todo fenómeno que atañe al lenguaje, incluidas sus incontables formas de hacer magia –blanca o negra– y hechizarnos).

Es por eso que, al compararse con la sentencia de Fabián, las correspondencias entre los significados de *hombre* y *cabrón* no se *leen* igual cuando éstos son mediados por la conjugación del verbo *ser* (en todas sus posibilidades pronominales o de sujeto), un verbo que, además de su función copulativa, es el único *verbo sustantivo* (sí, el único) del español y muchas otras lenguas, pues no existe otro capaz de expresar la idea directa de la sustancia o la esencia de lo que se *es*, o, dicho de otra manera, de la totalidad en una determinada categoría de atributos (*Ella es mujer* / *Él es hombre* / *Ella es cabrona* / *Él es cabrón*).

Al menos en mi hipótesis, el misterio semiológico (de nuevo) radica no en la perogrullada de lo que se pueda deducir al analizar gramaticalmente una oración así construida, con las posibilidades semánticas más literales que resulten de ello, sino en por qué la totalidad del atributo (lo que en nuestra cultura de género significa *ser hombre*, y, más aún, *ser un hombre cabrón*) viene a ser negativa (válgame lo reductivo de la expresión) cuando se enuncia impersonalmente; pero no tanto (y a veces, nada, sino todo lo contrario) cuando recae en un sujeto nominal o

pronominal. ¿Por qué al conjugar el verbo *ser* (e, inclusive, el verbo *estar*) pareciese que es “natural” (jamás contradictoria) la relación entre la hombría y lo que entendemos por *cabrón*: la agresividad, el abuso, el descuido, la desmemoria, la violencia verbal, física, psicológica, sexual...; la búsqueda de afirmación o confirmación, la presunción, el mal humor..., pero, al mismo tiempo, el poder en todas sus formas; las capacidades, la competitividad, el éxito, el vigor, la conquista, la insaciabilidad y, me atrevo a decir, hasta lo que hay de erótico en lo enigmático de *ser hombre* o *ser cabrón*, pues, en este nivel concreto de la relación, ni lo enigmático es tan atterradoramente enigmático como cuando se despersonaliza toda la ecuación (incluso, si el personaje en cuestión es una mujer, o si el sujeto de la oración, en vez de un pronombre, fuese cualquier “cabrón”)?<sup>40</sup>

#### 5.2.1.2. ¿Leer(nos) y enunciar(nos) sin conjugar(nos)?

Si partimos de la idea de que el lenguaje es la única estrategia con la cual aprendimos a *leer* y representar *nuestra* realidad –y actuarla, pero ahora en el sentido que nos explicaba Butler–, entenderemos que los sujetos de carne y hueso (así como los sujetos gramaticales del discurso en acción, ése que sólo puede echarse a andar, a actuar con nosotr\*s, si se encadena mediante verbos conjugados, uno tras otro, para ser decodificable y ejercer su performance de acciones y significados) buscamos la inteligibilidad como sujetos genéricos, concretos, a través de la acción,

---

<sup>40</sup> Esto lleva el análisis a otro nivel, también muy interesante, pues si sondeamos en el imaginario de nuestro sentido común mexicano, podemos ver que las mujeres consideradas “cabronas”, al menos en este país, suelen ser descritas como independientes, inteligentes, autosuficientes, solitarias, invencibles, seguras de sí mismas, “más sexuales de lo normal”, infieles, promiscuas, insensibles, virulentas, “machorras” y “perras” (según he escuchado y leído), temerarias y temidas, muy deseables, exitosas, caprichosas, violentas y, en general, más parecidas a lo que “es un hombre” que a lo que “debería ser una mujer”. En cuanto a la segunda forma nominal que propongo (la de un *cabrón*-sujeto, independientemente de los complementos-del-sujeto con que lo dotemos; por ejemplo: *Cabrón, eres hombre / Cabrón, eres muy malo / Cabrón, eres muy bueno / Cabrón, ...*), creo que también funciona mi análisis sobre la impronta del concepto (en cualquiera de sus sentidos: el de lo más virtuoso o execrable, no importa).

pero también mediante el pensamiento (el lenguaje, la *lectura* permanente de –y entre– nosotr\*s mism\*s) que nos permite hacer predecibles nuestros escenarios comunicativos, donde habremos de (de)codificarnos en esos términos: los del género normativo: cimiento primario –el más primigenio, el más profundo– de la identidad que define nuestra existencia y nos vuelve inteligibles ante el mundo, construyéndonos y nombrándonos *mujeres* u *hombres*.

Si se analiza ahora el nivel sólo semántico del enunciado ser un hombre, es seguro que cada quien pensará en acciones y atributos muy específicos para definir la esencia de lo que el sentido común de esta cultura de género nos ha hecho entender por el sustantivo “hombre”, y así significar la declaración que, con enojo y tristeza, formuló Fabián. No obstante, para que funcione este ejercicio de disección lingüística y, con ello, lleguemos a donde creo que debemos llegar, pensemos que las oraciones inauguradas con un infinitivo, al menos en el español, funcionan también de una forma imperativa y/o abierta, es decir, impersonal, capaz de manifestarse como una orden, pero también de conjugarse (*transubstanciarse*) en cualquier (pro)nombre. De ese modo, y aunque nuestra idea general del **ser** hombre tal vez esté definida por atributos, glorias, virtudes, hazañas, desafíos y pruebas inlogrables, o incluso por toda la imaginería que las leyendas, mitos y epopeyas locales, así como el cine y los medios de comunicación masiva han construido para nosotr\*s a los largo del tiempo, es difícil deshacernos de ese referente ideal, dejar de sentir su presencia como *algo* real, porque su Ser, quizá como el de cualquier deidad, *es presencia* de lo posible, aunque sepamos que su epifanía, su perfecta totalidad en nosotr\*s (y viceversa), dependerá de la fe y de los sacrificios que cada un\* decida ejercer hasta el final, en su nombre. Etéreo, omnipresente..., una especie de “súper-dogma” que puede contener todos los discursos alrededor de ese oxímoron: la “acción inactiva”, la gran idea totalizadora, de la misma manera en que opera el sistema descrito por Connell en su teoría. No obstante, ya juntando en mi hipótesis las tres

lógicas (la de la *lectura* inacabable, la del performance y la de la masculinidad hegemónica), me atrevo a afirmar que los verbos (las acciones) nacidos de ese *ser* sólo pueden materializarse (vivir) si se conjugan en el acto performativo (Butler, 2002 y 2007) que cada sujet\* emprende, con todas las circunstancias únicas de vida que la palabra *vida* supone para cada ser human\* y la conformación de su personalidad: historia, familia, crianza, educación, traumas, duelos, fijaciones, miedos, fobias, filias, pasiones, relaciones, sexualidad, experiencias, talentos, emociones, sentimientos, contextos...; realidades exclusivas (todas) que ese macro-discurso del proyecto hegemónico (sus marcos binario-normativos, sus escenarios y libretos para una socialización ideal y plausible) no podría darse abasto si buscase abarcar los parlamentos de cada individu\*, por lo que a su mensaje original, el que inaugura toda la idealización del *ser hombre*, le basta (se basta a sí mismo) el parlamento infinito del infinitivo *ser*. Así, el discurso hegemónico es leído, tejido, articulado, actuado... de manera aparente sobre (literalmente, *encima de*) esas circunstancias individuales de existencia, como si las encubriera con el disfraz ideal, para reproducir *su* lenguaje, *su* performance, el que nuestra cultura de género quiere escuchar y ver en cada re-presentación.

Para concluir estos razonamientos sobre el lenguaje (que en el marco de este trabajo se han centrado sólo en las “*palabras de los hombres*”),<sup>41</sup> el discurso *ser un hombre, ser un hombre, ser un hombre, ser un hombre ... (ad infinitum)* es un parlamento aprendido de memoria, fingido, sin conjugar (y, mucho menos, leer y/o enunciar) la primera persona que somos, fuimos, seremos, podríamos ser, etcétera, en el gran discurso representador de la masculinidad hegemónica. De ahí que tal vez nos resulte tan paradójica la oración *ser hombre está cabrón*, pero no así la que mienta a cualquier persona de carne y hueso: *Soy, eres..., un hombre cabrón*.

---

<sup>41</sup> Esto quizás nos induzca a razonar y examinar de una forma similar las “*palabras de las mujeres*” si queremos tratar de entender cómo (y por qué) es que opera, en sus particulares maneras y desde las estructuras más elementales, el “*discurso de ellas*”.

Sirva todo el preámbulo anterior para aterrizar mi *lectura*, ahora sí, a las narrativas de Fabián, Daniel y Octavio. Comienzo aclarando que no encontré una estrategia que me permitiese fragmentar sus discursos de la forma más infranqueable posible, para así establecer correspondencias temáticas entre la experiencia personalísima de cada uno en torno a las categorías (centrales y secundarias) de mi investigación; algo que, además, ya en la práctica, me pareció innecesario y hasta contraproducente, pues un tema como el de *violencias*, por ejemplo, y que es justo con el que quiero comenzar (ahora explico por qué), no tendría una comprensión tan multidimensional y rica si no se consideraran los “cruzamientos” y afectaciones que sufre naturalmente por circunstancias tan determinantes como los múltiples contextos donde se experimenta (el global, el nacional, el comunitario, el familiar...); o por categorías tan amplias como la raza, la edad o la clase social, pero al mismo tiempo por dinámicas estructurales tan complejas como la cultura de género, la educación, la discriminación, el (des)empleo, las leyes o políticas públicas locales...; o, ya en el terreno por donde se mueve este trabajo, por las relaciones de *poder y dominación*, los *privilegios masculinos*, la *deconstrucción*,<sup>42</sup> la *socialización de*

---

<sup>42</sup> En mi opinión, la deconstrucción supone ya, por sí sola, una causa existencial de violencias, aunque sea en los niveles psíquicos menos perceptibles por eso que llamamos *conciencia*; a veces, al cuestionar aspectos de nuestra identidad que, necesariamente, habrán de violentarnos de alguna manera, al enfrentarnos a nosotr\*s, “dolorosamente”; a veces, al batallar con el mundo social y dar pie a reacciones que, *per se*, son violentas o dan lugar a un sinfín de formas (evidentes o sutiles) de violencia. Todo eso es lo que he *leído* en mi propio proceso deconstructivo y en el de los hombres que, como Fabián, Daniel y Octavio, han buscado modificar o, al menos, cuestionar su masculinidad, en aras de construirse(nos) distintos. Para muestra, veamos algunos fragmentos de lo que los tres llegaron a decir al respecto: “...Esto de ser así me ha traído muchos problemas [...] Y por eso quisiera no ser más este hombre que aprendí a ser, pero esto también es bien complicado y nos trae otro tipo de problemas. Duele mucho cambiar...” (Fabián) “...pienso que para muchos hombres es más fácil sostenerse en un dolor que ya conocen (es decir, el dolor de ser los hombres que la sociedad les ha pedido ser), que vivir un dolor desconocido, al cambiar por completo su forma de ser hombres. Eso genera muchas incertidumbres, y da miedo, por supuesto que sí. [...] Aunque en algún momento esa forma de ser hombre me reafirmaba y me hacía sentir seguro, a lo largo de mi vida tuve pérdidas, muchas de ellas importantes e irre recuperables. Darte cuenta de eso es algo muy violento, muy doloroso [...] Sin embargo, es

*género*, las *emociones* y, volviendo a lo mismo, el propio *lenguaje masculino hegemónico* (si me permiten llamarlo así),<sup>43</sup> desde el cual se enuncia, narra, legitima, posibilita... la violencia, con todos los rostros que esta pueda presentarnos.

Y es en este último nivel, el del lenguaje otra vez (siempre), donde afirmo que la violencia se difracta de muchas maneras y se vuelve difícil de identificar (y, lo que resulta más complicado,

---

algo bastante difícil, porque eso implica deconstruir todo lo que le ha dado sentido a tu vida. [...] Para mí, deconstruirte es algo muy, muy cabrón, porque cuando cuestionas desde dónde estás construido, y ves que justo esas bases, esos cimientos, pueden ser irreales, o débiles, o malos, o que te están chingando y haciendo daño, claro que es fuerte y difícil para uno, porque sin darte cuenta te has aferrado a esa forma de ser y de vivir, aunque sepas que te ha chingado tantas veces. [...] Con todo este proceso, he sentido, de repente, como si estuviera puteando todo mi constructo de ser hombre, todo lo que consideraba certezas. [...] Me está costando mucho trabajo, porque en el proceso uno va rompiéndose la madre con el mundo.” (**Daniel**) “Todo este reconocimiento del antes y el después de las violencias que viví me ha permitido hacer consciencia del tipo de hombre que quiero ser. Yo jamás optaría por aprender lo feo de ser un hombre, aunque sí reconozco que eso cuesta muchísimo trabajo...” (**Octavio**).

<sup>43</sup> Basándome en las ideas que Connell (2015) desarrolla a través de toda su teoría sobre la *masculinidad hegemónica* (MH), dando algunos visos del tipo de comunicación que emplean los hombres en este marco normativo ideal; así como la definición de *cultura de género* que nos da Elsa Muñiz (2004), propongo este concepto (*lenguaje masculino hegemónico*) como el *conjunto de códigos lingüísticos (verbales y no verbales: mitos, axiomas y expresiones del “sentido común”, frases, adjetivos...; posturas corporales y proxémicas; gestos, miradas, ademanes, maneras de enunciar: entonaciones de la voz, volumen, ritmo, silencios o pausas...) reconocidos en un determinado espacio-tiempo del modelo social hegemónico de masculinidad, como parte de ese modo particular, fácilmente identificable, con el que los varones configuran su subjetividad lingüística y establecen cualquier forma de posición existencial a través de la comunicación, sea de manera fija o variable. Y con esta propuesta no busco que se piense en un único lenguaje posible, con todo el repertorio de expresiones (verbales y no verbales) que nos remitan a la comunicación de cualquier varón (consciente o no de ésta) en todas las circunstancias posibles, como si, además, fuese asequible establecer un listado a rajatabla de lo que define los mensajes de los hombres en su día a día. No. En realidad –y si nos ceñimos por un lado a lo dicho por Bonino (2002), de que la MH, en su papel de “organizadora” primaria de la identidad viene a darnos, de manera más o menos coherente, la serie de significados y normas que sintetizan “los discursos sociales que pretenden definir el término masculino del género” (8-9); y si, por otro lado, siguiendo a Muñiz (2004: 31-33), pensamos en que la cultura de género “crea y reproduce códigos de conducta basados en elaboraciones simbólicas promotoras de las representaciones hegemónicas de lo femenino y lo masculino, [...] mediante] códigos y representaciones que [...] dirigen las acciones de los sujetos de género”, sea en su vida pública o privada–, podemos atrevernos a afirmar que sí hay un lenguaje masculino fácilmente identificable, al que se puede recurrir de manera fija o variable (tal y como lo señalo en mi definición), pues aunque la “configuración normativizante” (Bonino dixit) de las prácticas sociales (incluidas las lingüísticas) de los varones muestra variaciones en sus actos discursivos particulares, es persistente en lo que la identifica directamente con la MH donde se generó como *práctica social* y de la que obtuvo directamente su legitimidad como acto performativo legible. De tal suerte, aunque este conjunto de normas no sea generalizable ni mucho menos universal en su devenir, sí define e identifica el discurso de los varones que, en mayor o menor grado, de manera consciente o inconsciente, aceptan y asumen, temporal o definitivamente, el *contrato masculino* de expresarse con el (o los) lenguaje(s) que los identifica(n) como “hombres”.*

de clasificar), sea en sus formas de enunciación, en el contenido de los mensajes (el *qué*: lo narrado, lo vivido por sus emisor\*s, lo referido acerca de ella como *experiencia* o *testificación*), en el *cómo la perciben* realmente sus interlocutor\*s, o en lo que terceras personas (como yo en este caso) pudieran suponer sobre la decodificación o la experimentación de los demás *otros* a partir de esas violencias (verbales y no verbales) representadas por sus emisores. Con esto, afirmo también que no hay manera de establecer una radiografía exacta sobre todos los alcances de la violencia, pues esta existe, sí, en su forma más premeditada y explícita, pero también en la no (pre)meditada, la que se descubre connotativamente, es decir, la que nace en esas catacumbas del lenguaje y los niveles de la conciencia, desde donde habla el género mismo para *darle voz* a la identidad de mujeres y hombres. Decir, por ejemplo, "...tú eres un hombre fuerte y puedes partirle la madre a quien tú quieras o a quien se quiera pasar de listo..." (Fabián); o "...es difícil reconocerlo de una forma autocrítica, pero, de entrada, jerárquicamente, el hecho de ser hombre no me hace sentir una persona de segunda, que es lo que, por desgracia, se cree socialmente respecto a la mujer..." (Daniel); o "...ser hombre te da el permiso para hacer ciertas cosas: llegar de madrugada a tu casa, andar con cien mujeres al mismo tiempo, violentar a alguien para demostrar que tú eres el más chingón..." (Octavio) son ejemplos muy elocuentes sobre todo lo que hay de violento en el fondo, pero también en las formas, muchas veces inconscientes (estoy seguro, lo sé, me *cacho* yo mismo a cada rato en mis deslices comunicativos; lo verifiqué con mis tres informantes; lo veo todos los días con los varones con quienes me relaciono de una u otra forma), mediante las cuales alguien con género masculino organiza y entiende el mundo (incluida la población perteneciente al género opuesto de su universo simbólico, es decir, al género que *no es* ni del que desea formar parte: el femenino) a partir de *su* lenguaje.

Esto nos obliga a ver la otra cara de la moneda con la cual un varón refuerza, en mayor o menor medida, su identidad a través de las palabras. ¿Cuánta violencia no sólo infligida por la “naturaleza” del hombre, sino también auto-infligida, puede haber, por ejemplo, en mensajes como los que se leerán a continuación, donde Fabián, Daniel y Octavio, al igual que muchos varones (como yo en diversas etapas de mi vida), reafirman cualquier forma de violencia motivada por la rabia o el enojo, sea infligida o auto-infligida, como única salida posible a sus conflictos emocionales, toda vez que esta vía “natural” es quizá la manera más “válida” y “autorizada” por la MH para combatir todo lo que pudiera evidenciarlos como seres débiles, o para (de)codificar las emociones consideradas “negativas”, “no masculinas” o, simplemente, ajenas a su universo de significación?<sup>ð</sup>

---

<sup>ð</sup> Veamos, además, cómo el eje temático de tales mensajes podría ser, otra vez, *el lenguaje*, pero también las *emociones* o, en una postura más realista, el *cuidado de sí* –la *salud*, en este caso, *psíquica* de los varones–, lo que al mismo tiempo confirma la variedad de perspectivas para entender la complejidad del tema *violencias*, que es justo en lo que reflexionaba yo al inicio de este sub-apartado.

➔ ...No me gusta mostrar mis sentimientos a nadie, y mucho menos entre hombres, porque eso me hace parecer una mujercita débil y pendeja [...] Me encabrono por todo, pero prefiero eso, porque si me entra la depre, siento que ya valí madres, y lo que hago es emputarme otra vez o golpear una pared. [...] Cuando me viene la tristeza, me da por pegarles durísimo a las paredes, aunque me salga sangre, o a una pera de box que tengo en el taller, y ahí saco toda mi pinche rabia por partirle su madre a ese maldito. Me imagino que es su cara la que está ahí. Y aunque tenga ganas de llorar, no puedo y no puedo...

➔ [Me encabrono] por todo, y más cuando siento que me viene la tristeza porque me acuerdo de mi papá o de otras cosas feas. Me cuesta mucho, mucho, trabajo. Es automático. Me encabrono y ya. Y nadie me aguanta. ¡Ni yo, vaya!...

(Fabián)

→ Cuando descubro en mí algo diferente a la alegría, prefiero sustituirlo por el enojo [...] esto sucede, sobre todo, cuando mis emociones me vulneran ante los demás. [...] soy muy reactivo cuando alguien quiere tocar aquello que me vulnera. No me gusta ni tocarlo yo mismo; algo que tal vez aprendí como una forma de protegerme y defenderme del ataque social, para que nadie me hiriera, resguardando esas emociones y no mostrándolas ni compartiéndolas. [...] Yo no tengo amigos con quien pueda tocar emociones, porque no puedo, porque no me gusta. Mis amigos pueden venir y contarme cosas, o ponerse a llorar, o deshacerse, y saben que los voy a escuchar, pero ¿yo dejarme llorar con ellos?, eso es muy difícil para mí. [...] La tristeza y el dolor, por ejemplo, era algo que me tiraba. Y aún lo es. A mí la **tristeza** puede chingarme. Y muchísimo. [...] Todo eso se me fue acumulando, lo que hacía que, en muchas ocasiones, me saliera lo del hombre reactivo y violento; por ejemplo, cuando me decían cualquier cosita o tocaban mis emociones, se me detonaba el enojo, me encabronaba, porque yo sabía que era una olla de presión a la que, si le metían tantito más calor, iba a **explotar cabrón**... Yo creo que por eso me enojaba. Eso a veces me sucede aún: que cuando debo hablar de mis emociones me siento amenazado y me encabrono. [...] Con el amor me sucede algo muy cabrón, porque me vulnera y me hace **sufrir muchísimo**, me mata; es donde mis emociones se revuelven...

→ Para que la tristeza no me tire, prefiero convertirla en enojo. Eso como que me impulsa y me da fuerzas para salir del hoyo. Es lo que aprendí a hacer desde niño. En vez de detenerme a llorar lo que debo llorar, o a pensar en las razones que me ponen triste y, así, tratar de entender lo que me lastima, me encabrono. Sé que eso es un punto flaco en todos los hombres, o en la mayoría, al menos. Sólo nosotros

podemos entender a qué grado **duele ser así** y, por vergüenza o no sé, no poder decirlo y tener que guardárnoslo. Por eso es difícil.

→ Como hombre **no puedes ser débil**. Que llores está de la chingada, porque como hombre deberías de saber cómo resolver y enfrentar las **adversidades** y cómo actuar. La debilidad es algo que no se permite, y por eso, creo, **nos avergüenza tanto a los hombres**. A mí, la debilidad me ha generado vergüenza muchas veces. Es por eso que cuando descubro en mí algo diferente a la alegría, prefiero sustituirlo por el enojo...

(Daniel)

→ ...En lo personal, intento no hacer mucho caso a **emociones negativas**, como la **tristeza**. **Me da miedo ponerme triste**, porque de esta emoción puede que no salgas y te quedes en ese limbo de tristeza. [...] El enojo es algo que sí me brota, aunque no quiera. En parte, creo que la testosterona tiene algo que ver, pero también mi personalidad. No soy de los que le grita a todo mundo cuando se enoja, pero sí de ponerme muy serio. Es que mientras más enojo siento, menos lo demuestro. Cuando eso sucede, mejor me voy. No sé qué pasaría si, en una de esas, me expresara yo verdaderamente al enojarme. Por eso trato de mantener el control. Cuando me enojo en la calle, no soy de gritar groserías o echarle bronca a las personas, pero dentro del carro, para mí, sí lo grito y digo muchas groserías. [...] **Ahora siento que las emociones, aunque estén ahí, ya no me salen con tanta facilidad**. No sé si atribuírselo a mi hormonización o a mi proceso de construirme y asumirme hombre...

(Octavio)

## 5.2.2.1. El silencio de los hombres, y las violencias *como* (o *de las*) “salidas legítimas”

¿Hay algo más sorprendente que la lengua de fuego que surge de pronto, vivaz, en la estufa cotidiana? Cualquier cosa puede ser a la vez algo habitual, representable en el discurso, y una presencia viva e irrepresentable. [...] Al primer modo de significar el mundo corresponde el lenguaje discursivo; al segundo, la poesía y, en propiedad, el silencio.

Luis Villoro <sup>44</sup>

Si revisamos de nuevo los fragmentos de PN que se transcribieron en las páginas previas, veremos que la violencia es más polifacética de lo que podríamos pensar si sólo nos atuviésemos a *leer* el nivel diegético de la experiencia. Aquí lo violento se deja hacer distintas *lecturas*, unas más veladas que otras; en algunos casos, mediante sentencias que funcionan como *profecías autocumplidas*,<sup>45</sup> advertencias o, incluso, amenazas, con una enunciación que las hace parecer “naturales” justo porque se verbalizan como “salidas legítimas” y autorizadas por el *habitus* de la masculinidad hegemónica frente a todo lo que le resulta *ilegible*; su entrelínea principal pareciera recordarle al mundo el riesgo que hay en provocar estados furibundos (rabia, indignación, irritación...) en los hombres que más parecen querer jactarse de serlo, pues su embrollo puede resolverse fácilmente con cualquier violencia que imaginemos, si les pedimos a éstos *leer* y significar (o, peor aún, si les provocamos) emociones y/o sentimientos que los descolocan de su universo lingüístico y de

---

<sup>44</sup> Fragmento extraído de *La significación del silencio y otros ensayos* (2016: 57-58), un texto sobre el cual se reflexionó en uno de los seminarios sobre masculinidades que tuve el privilegio de tomar con Juan Guillermo Figueroa Perea, a propósito de la discusión que emprendíamos ahí sobre las emociones y el lenguaje de los varones, que fueron dos de los temas abordados en el seminario y de cuyas reflexiones colectivas logré articular algunas de las ideas aquí escritas. Agradezco infinitamente a Juan Guillermo y mis demás compañer\*s sus observaciones sobre el camino que en ese entonces llevaba mi investigación, así como sus valiosos puntos de vista respecto a este tema que, estoy seguro, seguirá siendo reflexionado en otros trabajos.

<sup>45</sup> Utilizo aquí este término creado por Robert K. Merton (2002: 458-460), pues los razonamientos *a priori* del lenguaje hegemónico masculino a veces vienen a actuar justamente como lo hace una *profecía autocumplida*, que este sociólogo definió de la siguiente manera: falsa creencia, concepción o definición respecto de alguien o algo, que se valida a sí misma como verdadera al cumplirse directa o indirectamente en la respuesta esperada de la persona o situación sobre la cual se creó.

codificación, principalmente el amor y/o la tristeza, que, junto con el miedo (en sí, sólo una reacción instintiva; a veces, inmotivada, fruto de preconceptos), quizá sean los dos estados emocionales que el sentido común de nuestra cultura de género asocia más con “lo femenino”.

En las narrativas de Fabián y Daniel observé también que otra forma de reaccionar al afrontamiento de temas que los implican emocionalmente es la evitación del conflicto, sea cediendo, asintiendo, claudicando o guardando silencio,<sup>46</sup> este último en su forma más explícita de mensaje-respuesta, o de otras maneras que podrían ir desde la evasión, la indiferencia, la ausencia temporal en la relación comunicativa, hasta los *actos de fuga* que –como en el caso narrado por Daniel en torno a la crisis que casi provoca la ruptura con su actual pareja– a veces manifiestan la intención de sus protagonistas de *desaparecer* definitivamente del campo comunicativo del *otro*. Esto opera como un mecanismo de defensa similar al que, en el acto mismo de la fuga, simboliza la violencia (verbal, psicológica o, en su grado más explícito, física) de los hombres, cuando alguien *toca* sus emociones o los hace sentirse obligados a *responder* cosas que

---

<sup>46</sup> Retomo aquí las ideas que Villoro (*op. cit.*, pp. 50-71) nos ofrece para explicar el valor del silencio como elemento significativo y significador del lenguaje. Esto nos obliga a descartar el rostro más irreductible que tiene como manifestación humana: el del mutismo; pero también como “estado de ánimo” y “actitud espiritual”; o trasfondo “organizador de cualquier sistema lingüístico”; o “tiempo vacío en el que fluyen los fonemas”, o “simple ausencia de todo lenguaje”. Esto, para centrarnos y rastrear, identificar, su significación en los distintos contextos y situaciones donde acompaña al habla: afirmación, negación, asentimiento, asombro, confusión..., mas también los posibles significados de lo que excede al propio universo significador de la palabra oral. El silencio, nos explica Villoro, es capaz de denotar, y dentro de esas formas significantes de referir el *mundo vivido* está todo lo que rebasa las posibilidades mismas de la palabra y sus discursos referenciales, es decir, su incapacidad de verbalizar y representar *todo*. La vida, como el lenguaje, tiene zonas que no podrán representarse más que con el silencio. “Todo lo inusitado y singular, lo sorprendente y extraño, rebasa la palabra discursiva: sólo el silencio puede ‘nombrarlo’. La muerte y el sufrimiento [...] el amor y la gratitud colmada [...] lo Sagrado...” precisan del silencio para hacerse entender. El silencio “sólo muestra ‘algo’ como pura presencia, incapaz de ser representada” por el lenguaje. De tal suerte, es un oxímoron en el que “su condición de posibilidad –en cuanto significación– es la palabra misma. Porque el hombre ‘es un animal provisto de la palabra’”, puede guardar silencio una, dos, tres... *n* veces, las que quiera de formas muy significativas. Así, el *silencio significativo* viene a *encarnar* “una presencia tal que no puede ser representada por el símbolo; [...] indica la pura presencia ahí, inexplicable, de las cosas [...] del hecho mismo de que algo exista [...] y no podamos] dar cuenta [...] de ello] con palabras, [...] sino sólo mostrar] su incomprensible presencia. [...]El] lenguaje lleva en sí su propio límite [...] y el silencio [...] sólo puede mostrar los límites de ese lenguaje y la existencia de algo que por [...] cualquier parte que le miremos] lo rebasa”. (*Todas las cursivas aquí son mías.*)

no embonan con su horizonte de significación masculina: un capital discursivo –confinado– que, ya en la práctica de sus emisores (su voz), suele (o busca) ser de muy pocas palabras: totalmente predicativo, racional, referencial y concreto; raras veces polivalente en los alcances que tiene la función poética del lenguaje: tan rica en preguntas y figuras retóricas capaces de nombrar lo innombrable, o de significar *terapéuticamente* aquellas experiencias difíciles de entender, describir, definir y *curar*.<sup>47</sup>

---

<sup>47</sup> Aplicando a tal reflexión el interesante análisis de Villoro (*op. cit.*) sobre la representación poética de la realidad, tendríamos que un acto como este, tan contrario al *deber ser* que dicta la MH, significaría atiborrar de sentidos, desbordar, al propio discurso que decreta y denota el acotado performance del “*soy un hombre*”, sobre-significarlo, sobrecargarlo de imágenes y polifonías que pervertirían su ideal de unicidad, negándole así (al significado y al significante) su sentido fundacional y objetivo, para terminar distorsionándose de una forma insólita, lo que en el marco de esta cultura de género (sus mandatos) quizás equivaldría a decir: *Estoy negando lo que soy, lo que me designaba; me he distorsionado; me he vuelto ilegible, indefinible, intraducible... Nadie (a excepción de mí, o de los pocos que hablen este lenguaje) podrá reconocerme a partir de ahora*. Esta podría ser la razón de que el silencio sea la opción más asequible de respuesta ante lo inefable de ciertas experiencias emocionales que viven los sujetos varones; esto, si efectivamente, según afirma Villoro, el modo particularísimo, irrepetible y extraordinario de significar el mundo (“tal como se presente ‘para nosotros’, revestido de todas las notas que acompañan su mera presencia”) fuese una bifurcación cuyos dos únicos caminos posibles nos llevaran sólo por la vía de los sistemas poéticos o por la del silencio como un *discurso límite*, como “lenguaje paradójico basado en la ruptura, en la destrucción de los significados habituales [invariables] del discurso” (58-59). A todo este respecto conviene referir las valiosas reflexiones de Victor Seidler (*cfr.* 1995, 1997 y 2000), principalmente las de su texto “Masculinidad, discurso y vida emocional” (en Figueroa y Nava, 1997: 7-24), donde aborda justo el gran problema que, por un lado, representó (y sigue representando) para la ciencia hegemónica occidental el asunto de la subjetividad emocional en la teoría social; y por otro, el enorme conflicto que, como fenómeno social, significa *per se* la vida sentimental y emocional de los hombres, cuya masculinidad debe ser “probada, demostrada y verse [siempre] reafirmada y confirmada”, una tesis que camina en total consonancia con la teoría de la MH, de Connell, y que en la postura de Seidler sustenta con eficacia sus planteamientos sobre el discurso de cualquier varón respecto a sus emociones, sentimientos y deseos más genuinos, que bajo toda esta lógica viven, hasta ahora, en un eterno conflicto: oponerse por completo a la necesidad masculina del reconocimiento colectivo, uno que sea permanente, para toda la vida.

Desde el establecimiento de la modernidad como proyecto masculino, nos dice Seidler, esta se “organizó alrededor de una visión particular de control, [...tanto de la naturaleza] como de la vida natural interna”. Esto dio lugar a que el hombre conquistador (blanco, occidental; ya de por sí determinado por el sistema simbólico operativo del *habitus* masculino; Bourdieu, 2000) fuese el poseedor de la razón y que se constituyera como el “sexo racional”, identificando sus ámbitos de dominio con la mente, la razón y la conciencia –tradicción cartesiana dominante que vino a darle un posicionamiento muy particular al hombre respecto a su cuerpo, en el que poco a poco su subjetividad fue anulando el reconocimiento de las emociones en ese único lugar donde viven y *se sienten*: el cuerpo mismo. “Como hombres, frecuentemente aprendemos a expresar y utilizar lenguajes de una manera particular: como una forma, [...mecanismo, de protección, estableciendo] un modo defensivo contra el sentimiento y el contacto, porque el sentimiento y el contacto son amenazadores para esta noción de masculinidad.” (7-9)

Las formas, por ejemplo, con las que Fabián buscó enfrentar el conflicto causado por su rompimiento con Marta –atribuido por él a la vida “promiscua” de ella–;<sup>48</sup> o por el trauma de la violación sexual que sufrió en la adolescencia; o por la muerte de su padre; o por las maneras de vivir su sexualidad y experimentar el placer erótico; o por los conflictos con su madre y actual esposa..., son bastante reveladoras a este respecto: prácticas o discursos eufemísticos, evasiones, silencios, fugas, violencia física, verbal y psicológica, infidelidad (otro comportamiento validado por la MH) y demás estrategias descritas por él en su narrativa –incluidos los intentos de suicidio que reconoce haber llevado a cabo.

En Daniel también sucede algo muy similar, pero con actos de fuga que, más bien, buscan encubrir la verdad de sus emociones, o claudicar:

➔ De repente veo que, para no tener pedos, cedo de más. Porque no quiero problemas. En esas situaciones siempre suelo decir: “ay, ya, güey, para qué tenemos broncas, estamos bien, ¿no? Dejémoslo ahí. Sí, como tú digas” [...] Pero eso, de repente, se va acumulando y acumulando. Y en esos momentos me siento raro, porque justo no quiero ser como el pendejo. Me siento pendejo ya después de que cedí o permití algo y que eso me va a traer alguna consecuencia, porque yo pude haber dicho que “no” en muchos momentos; o que “sí”, pero al final como que lo dejé pasar para no tener broncas o para que no se hiciera desmadre, y entonces, obvio, al final me encabrono...

(Daniel)

---

<sup>48</sup> Las comillas son mías y tienen la intención (tal vez desatinada) de parafrasear mediante una sola palabra las formas con las que Fabián describió en varias ocasiones el estilo de vida de su exnovia en torno a su relación con los hombres.

Creo que los anteriores fragmentos de PN, tanto los de este apartado como los que lo preceden, nos muestran un callejón sin salida donde sus protagonistas –al final, *sujetos sujetos* por el género–, al carecer de otro repertorio validado de discursos –uno que les permita verbalizar y liberar lo indecible<sup>49</sup> de sus emociones y sentires, manifestándolos sin tal vez pensarse juzgados, apocados, humillados...–, parecen contar con pocas opciones para *salir* de ahí y *escapar(se)*; o, tal vez, con muchísimas, pero todas, aglutinadas por un solo material detonante: el de la violencia que no libera su energía destructiva de manera expansiva y radial, inmediata –como las granadas de fragmentación que, en esta comparación quizás absurda, no presentaron ni un solo defecto–, sino que, dada su defectuosidad de origen, implosiona estruendosamente al grado de fracturar y poner en riesgo las paredes que la contienen, los límites que la definen.<sup>50</sup>

Como se recordará, esta hipótesis alegórica (inverosímil, sí, porque no hay granadas fragmentarias “capaces” de implosionar) también fue utilizada al comienzo del presente apartado, pero con un sentido inverso en la función del arma. Mi ocurrencia de emplear la imagen de una granada tal vez sirva, como en mi caso, para imaginarnos y entender un poco lo herméticos e impenetrables que pueden resultarnos, incluso a los varones mismos, los discursos más

---

<sup>49</sup> Quiero recalcar que el uso del adjetivo debe leerse aquí en las dos acepciones o sentidos implícitos que la RAE le da a la definición de *indecible*: “Adj. Que *no se puede* decir o explicar”. Esto, porque *lo indecible* necesita entenderse, simultáneamente, tanto en el margen de acción posibilitado por sus condiciones internas (su facultad y/o potencia –es decir, lo que le es propio–), como en las condiciones que le fueran impuestas (sólo externamente) a manera de prohibiciones o límites en ese margen de acción previsto. (*Las cursivas son mías.*)

<sup>50</sup> Es así como los varones, en mayor o menor medida, suelen (o prefieren) “mantener el control”; tragarse el dolor o la felicidad que los exhibe como seres débiles y perdedores, ridículos; fingir, encubrir...; llorar con la puerta cerrada; “pegarles durísimo a las paredes, aunque me salga sangre”; asentirle a quien (o a lo que) no se avenga al horizonte de sentido de sus discursos, pero al final encabronarse “hacia adentro”, hasta ensordecer de tanta detonación y desperdicio de energía; desaparecerse un rato; fugarse, aislarse; anular toda forma de comunicación (mensajes, llamadas, correos...), para devolverle al silencio el lugar que el sentimentalismo le arrebató. O, como última salida posible, dejar de vivir –simbólicamente, literalmente–. Y todo, en nombre de esa mentada inteligibilidad que acompaña al (auto)reconocimiento.

representativos de nuestras *masculinidades en crisis*<sup>51</sup>—una frase que, por cierto, se han puesto en boga durante los últimos años, principalmente, en el terreno académico y el de las políticas públicas. La frase por sí sola me hace imaginar lo destructivamente efectivas que pueden ser las formas de *enunciarnos* (como) hombres, pero también lo frágil y averiada que resultó —ahora lo podemos ver— la “manufactura” original de esos discursos, casi como les sucede a las granadas en serie de esta alegoría que se me ocurrió: su reproducción ilimitada en moldes iguales, huecos: los que *con-forman* y constituyen la figura metálica, el proyectil, de la granada, misma que, al cumplir su función explosiva, libera la energía contenida hasta lograr sus objetivos; pero cuyos mecanismos internos y/o externos podrían fallar y, entonces sí, actuar en un sentido opuesto: implosionando con igual fuerza, pero sin liberar la energía, y resquebrajando, abriendo poco a poco, los límites que le daban sentido y *la comprendían*.

Lo anterior me hace traer a cuento la sentencia inicial de Fabián, aquella que dio inicio a toda esta reflexión sobre los innumerables vericuetos del lenguaje: *Ser hombre está cabrón, mano. Se nos exige mucho y ni cómo ponernos a llorar para desahogarnos...*, en cuyo contenido (parecido al de una ley, una verdad dogmática o un axioma, justo por ser incuestionables), hay un fondo de violencia (auto)destructiva que, por un lado, supone todas esas violencias (potenciales o efectivas) atribuidas en su mayoría (y con justa razón) al género que conformamos los varones, pero que también nos hace pensar en el largo camino aún por recorrer para que logremos descifrar todo lo subyacente en el silencio de los hombres, incluido el sufrimiento íntimo de esa otra gran paradoja: sentir tristeza (reconocer la emergencia de *aquello* que nos avergüenza o incomoda tanto), pero no poder expresarla (comprenderla, darle una significación singular...) con suficiencia lingüística, ni

---

<sup>51</sup> Sobre el fenómeno de la también denominada *crisis de masculinidad*, Tena y Jiménez (2007: 14) nos explican que debe entenderse “en términos de una serie de replanteamientos sociales y subjetivos acerca de las funciones públicas y privadas de los sujetos varones, [que han dado pie a un cuestionamiento de] los papeles tradicionalmente asignados que crearon estereotipos no cuestionados sobre la definición dominante del ser varón en nuestra sociedad”.

siquiera con el llanto (¿ignominioso?) que permitiría nuestro sano desahogo público, incluso para reconocer(nos) (en) las lágrimas que *lo femenino* sigue derramando a costa de *lo masculino*; porque este género, definitivamente, no tiene la autorización de representar semejantes escenas.

### 5.2.3. Entre las *dobles violencias* y la mágica “sensación de poder”<sup>52</sup> (y, entre paréntesis, de nueva cuenta, las emociones)

Mientras disecaba las PN para rastrear el problema de las violencias vividas por sus respectivos protagonistas –primero, en su socialización como mujeres biológicas; después, en su devenir de hombres trans–, fui descubriendo que Fabián, Daniel y Octavio aprendieron a diferenciar y reconocer muy bien la naturaleza (los grados de impacto, dolor, factibilidad y probabilidad) que hay entre las violencias que viven, por un lado, los varones y las mujeres, y por otro, las personas trans; es decir, en los tres casos analizados aquí hay un *antes* y un *después* en el tema de las violencias, marcados por el momento –el punto de quiebre– en que ellos se asumieron hombres de una manera abierta e iniciaron su vivencia formal y permanente en este género.

Al parecer, las primeras violencias vividas (las del *antes*) de mis tres informantes tuvieron una doble condición: la que reconocemos como *violencia de género*, es decir, la que las mujeres, por el simple hecho de ser mujeres, padecen “naturalmente” en nuestra cultura de género: violencia institucional, política, laboral, verbal, física, sexual y la que representa cualquier agravio

---

<sup>52</sup> Utilizo aquí esta frase como parte de un fragmento textual que Fabián insertó en la última corrección a su narrativa: “...era algo así como una sensación de poder, una cosa medio mágica...”. Considero útil explicar esto, pues uno de los temas que más lo hicieron reflexionar fue justo el del poder y los privilegios masculinos. Aunque yo daba por sentado que la versión trabajada hasta enero de 2019 sería la definitiva, en noviembre de ese mismo año Fabián me llamó para pedirme que se editaran ciertas cosas, incluida la inserción del fragmento citado. Esto me pareció interesante, pues, aunque Daniel y Octavio no refieren de manera literal esa “sensación”, es fácil identificar en sus respectivas PN la certeza de que, en su devenir hombres, han sentido ese poder transformador que hay en el acto del *ser hombres*.

psicológico o moral: intimidación, minimización, menosprecio, indiferencia, ridiculización...; pero también la que resulta del conflicto entre la vigilancia social a las normas hegemónicas de la expresión genérica y lo que para estas podría representar una “falta de coherencia e inteligibilidad” en el performance de las personas en cuestión, fruto de esa pugna (a veces, resuelta con negociaciones efímeras) que emprenden su identidad de género y los códigos binarios que determinan su expresión y visibilidad en la cultura de género. De ahí que me atreviera a definir esta primera etapa como la de *dobles violencias vividas*,<sup>53</sup> un fenómeno que resulta más evidente en los casos de Fabián y Octavio, y no tanto en el de Daniel.

- ➔ ...los maestros siempre me regañaban, y mi mamá a cada rato me andaba dando cachetadas... no podía jugar fútbol o a las carreritas con los niños, o a las luchas [...Cuando llegaba] a hacerlo, [...] me regañaban. [...Así,] ¿cómo carajo no iba a sentirme yo ajeno a todo el mundo, si no me dejaban ser o hacer lo que yo quería?
- ➔ ...tuve que sufrir solo en el cuerpo de mujer que yo tenía, incomprendido por todo el mundo, comenzando por mi madre. Porque el cuerpo, obvio, va desarrollándose y te empiezan a crecer los pechos, y las caderas te crecen, y vienen las pinches menstruaciones, que siempre vienen a recordarnos que no somos hombres, sino mujeres hechas para tener hijos algún día. Es horrible...
- ➔ Mi primo me obligó a tener relaciones. Esa fue la única vez que tuve sexo como mujer, o bueno, que me obligaron a tener relaciones sexuales. Y fue la cosa más fea que me ha pasado [...] No sólo fue el dolor en mi cuerpo, que me duró un chingo de tiempo, sino el odio y el asco que [eso] me hizo sentir por mi vagina y todo lo que se relacionara con el uso que tiene, que es recibir un pene para que un hijo de su re pinche madre te vacíe ahí sus porquerías...

---

<sup>53</sup> Con este concepto no busco referir alguna realidad cuantitativa de la violencia, pues una sola persona puede vivir simultáneamente *N* cantidad de violencias, las que se nos ocurran. En realidad, buscaba describir con un concepto el hecho de que las personas trans, principalmente las que nacieron como mujeres biológicas, reciben esas *N* violencias de dos fuentes diferenciadas en sus motivaciones y formas: (1) la que sustenta los actos violentos en la diferencia sexual de las culturas de género patriarcales, y, con ello, imponen la desigualdad social entre hombres y mujeres, a través del control, la opresión y el sometimiento de éstas; y (2) la que desencadena cualquier tipo de reacciones airadas, capaces de perjudicar, lastimar o destruir la integridad de las personas consideradas *abjectas* en su expresión de género y sus discursos más visibles.

➔ Nunca pude conseguir trabajo en alguna industria automotriz, a lo mejor porque mis documentos todavía decían que yo era mujer, y no sé qué carajos tiene que ver una cosa con la otra, pero bueno. Pinche sociedad, así es y así va a seguir siendo. Y con todo y que un tiempo después corregí mis documentos con mi nombre de Fabián Esteban, ni así pude conseguir un trabajo...

(Fabián)

➔ ...la primera violencia de mi vida [...fue] no ser bien recibido por mi mamá, mi papá, mis hermanos, y luego mis compañeros de la escuela y la gente de otros espacios sociales donde me movía. En mi familia, por ejemplo, recuerdo discursos como: “ah, no, a ti tenemos que vestirse así, te tienes que comportar de tal manera, no te portes de esta forma, eso no está bien...”

➔ ...la invalidación de mi familia o del resto de personas en la escuela, en la calle, etcétera, es quizás una de las violencias más fuertes que viví durante mucho tiempo...

➔ Esa es la primera violencia que vivimos las personas trans, porque invalidarte es anular tu posibilidad de existir de manera libre, y eso es violento. Sí, definitivamente, el hecho de que invalidaran mi experiencia particular de ser un hombre fue un acto extremadamente violento para mí [...] Cuando aún me obligaban a ser una niña, mi mamá era quien me compraba ropa: trajecitos y ropa de niña, con mariposas, muñequitas y esas cosas. Y puta... cómo me cagaba, sobre todo los mallones...

(Daniel)

- ➔ Al ser mujer, hay violencias que no parecen serlo, pero para mí siempre lo fueron, tal vez porque las veía con la mirada de un hombre; el simple hecho de que el mundo te diga: “eres mujer y sólo por ello debes depilarte las piernas, rasurarte las axilas, verte bonita, pintarte, arreglarte, vestirte y comportarte de cierta manera, someterte, etcétera”, eso para mí es la primera violencia que puede vivir una mujer....
  
- ➔ La violencia más fuerte que viví fue siempre la psicológica, principalmente por parte de mis compañeros de la escuela, que me decían “marimacha” o “machorra”, o que me rechazaban o no se querían juntar conmigo porque era yo diferente. Mi familia me hacía el feo también. A mis primas, por ejemplo, les gustaba mucho jugar a que nos arreglaban, porque son más grandes. A mi hermana le pintaban las uñas, le arreglaban el cabello, la maquillaban... Y cuando me decían a mí, yo las rechazaba, no quería eso. “No, gracias”, les decía yo. Eso no les caía bien o no sé si no lo entendían. Y para no sentirme mal, yo mejor me alejaba. Me sentía más a salvo estando lejos de todo eso. Me daba más miedo no mantenerme en mi papel, porque, aunque no me salía completamente del molde, sí había cosas que definitivamente no estaba dispuesto a hacer, como eso de disfrazarme de mujer. Dejar de ser yo sí me daba miedo [...] Es algo difícil de describir, porque cuando me veía al espejo, no quería verme bonita, sino verme como un hombre guapo, varonil, independientemente de lo que llevara puesto, tratando de hallar algo de masculino en mí, pues hacer una transformación radical en mi apariencia me daba miedo. Cuando me enchinaba las pestañas o me ponía brillo de labios, o me hacían algún peinado especial, me sentía como un travesti, como si no estuviera siendo yo, sino usando un disfraz...
  
- ➔ El acoso sexual, todas las mujeres lo han vivido, y yo también lo viví. La primera vez estaba yo en tercero de secundaria. [...] un compañero de otro salón se acercó y me dio una nalgada. “Qué pedo, ¿qué te pasa?”, le grité muy molesto, para luego arrojarlo al piso y pegarle. No me acuerdo si le di de trancazos o qué le hice, pero sí que lo agredí físicamente y que luego me salí de ese salón. Y no conforme con lo que yo ya le había hecho, se levantó del suelo, me alcanzó y me volvió a agarrar las nalgas. No sé qué pasó después, pero sí que me sentí como si hubiera perdido mi dignidad y mi valor como persona. Fue de la chingada, porque no encontraba qué hacer para provocarle la misma humillación, o que sintiera lo mismo que yo estaba sintiendo. No lo reporté ni dije algo porque sentí que nadie iba a hacer nada. Estamos acostumbrados a ver que

los hombres se comporten así, porque es algo normal en ellos, y que al final no pasa nada [...] También me llegó a suceder muchas veces que me acosaran en la calle o me chiflaran, porque a pesar de no ser una mujer que se arreglara mucho ni llamara la atención, tenía yo un cuerpo bonito...

(Octavio)

Observemos cómo, a excepción de lo que hay implicado en la socialización de género de cualquier persona –nombre y documentos de identidad; imposición de roles y formas de comunicación, y todo lo que atañe al performance y a cualquier discurso expresivo del género–, a Fabián no le pesó tanto la violencia familiar y social que otros trans, como Daniel y Octavio, sí llegaron a padecer debido a la socialización de mujeres que les fue impuesta, y al tiempo que esta duró.

Por otra parte, cuando rastreaba las violencias en *el después*, descubrí algo muy revelador para mí: en primer lugar (lo que en el fondo pueda parecer una perogrullada), que la violencia de género desaparece –es decir, dejan de actuar esas *dobles violencias*– cuando en sus otrora receptor\*s hay una postura clara y evidente de hombría, defendida y legitimada, justamente, por esa actitud de seguridad que debe tener un hombre cuando sabe lo que quiere; lo que disminuye no sólo la recurrencia de los actos violentos (ahora perpetrados sólo contra “lo abyecto” de sus identidades), sino también el impacto psicológico que éstos producen, casi como si el hecho de formalizar el performance del *soy un hombre* representase, al menos en apariencia, una especie de escudo emocional (inmunizador, casi mágico) contra el incurrir de cualquier violencia y sus posibles efectos en la psique de las víctimas.

Esto me hace pensar mucho en el papel que juegan el *habitus* y el *marco simbólico operativo* bourdieanos en los sentimientos/emociones de los hombres y las mujeres, principalmente, las relacionadas con el apego amoroso –su dependencia al *otro*– y la tristeza; porque, si

analizamos a detalle las PN de mis amigos, su representación social de la hombría –su manera particular (situada, si se quiere) de ser hombres– rechaza casi en la misma medida (a veces, con repulsión y vergüenza) toda forma de discurso emocional que los haga mostrarse vulnerables, débiles, menos hombres –es decir, menos autónomos, ecuánimes, estables, productivos, resilientes y auto-controlados–, ante el resto del mundo, independientemente de la deconstrucción muy particular que los tres sí están llevando a cabo en la actualidad, y de la conciencia que tienen no sólo del *machismo*<sup>54</sup> y algunos aspectos (auto)destructivos, tóxicos, de su masculinidad, sino del perjuicio real, vivido en carne propia, de haber reprimido sus emociones en distintas etapas, sólo por el hecho de representarse como hombres.<sup>55</sup> Y con esto no quiero decir que sepa con certeza cuán genuina es la *desensibilización* (si me permiten llamarla así) de l\*s sujet\*s socializados – voluntaria o involuntariamente– como varones, pues, a la postre, eso sería afirmar que sí existe una especie de magia espontánea, automática e inmediata, en todo acto performativo masculino que inaugura su parlamento con el “*Yo soy un hombre...*”; más bien, se trata de sondear qué tanto hay de verdad o de fingimiento (y a qué precio) en la actitud jactanciosa de los hombres que afirman: *yo no siento nada... a mí eso no me afecta, no me tira, no me derrota, no me debilita...*, cuando enfrentan sus mayores encrucijadas emocionales.

Al tratar de pensar este fenómeno con algunas ideas de mi marco teórico –en el binomio género-poder; particularmente, las que Foucault desarrolla para explicar qué son los *regímenes de*

---

<sup>54</sup> Desde su surgimiento en el imaginario lingüístico de Latinoamérica, el término *machismo* refiere apenas un determinado tipo de masculinidad (mística, arquetípica, estereotipada, tóxica e incluso caricaturizada) en la región, sin alcanzar la profundidad teórico-conceptual que le daría el grado de categoría de análisis en las ciencias sociales o, al menos, en cualquier estudio que busque entender las relaciones de género en nuestra cultura, como bien reflexionan González-López y Gutmann (2005; en Garda y Huerta, 2007); sin embargo, y a título muy personal, el concepto sí revela ciertos patrones de conducta de algunos hombres latinoamericanos.

<sup>55</sup> De hecho, Fabián, Daniel y Octavio reconocen abiertamente (o de manera velada, como puede observarse en la PN de Fabián) que el rechazo a sus propias emociones, el ocultamiento de éstas en su devenir transmascuino, representó de alguna manera una pérdida muy grande de su *ser femenino* o de la *idea femenina* que no quisieron adoptar en su construcción como hombres, lo que ha significado malestares en su vida e, incluso, en su salud, negándoles, además, ciertas oportunidades de felicidad en varios momentos.

*verdad* y la *biopolítica*—, pensé ahora en esta otra idea, que planteo no de manera conclusiva, sino como una hipótesis, la cual, tal vez, podría trabajarse en futuras investigaciones —o refutarse, que es lo más seguro, pues al final hay un truquillo retórico que la aproxima más a ciertos textos híbridos que aspiran sin éxito a buscar la verdad con algo de poesía:

Los hombres nos construimos de manera situada, con base en modelos y referentes variables de masculinidad, lo que da lugar a identidades masculinas diferenciadas socialmente; sin embargo, la adecuación de esta representación de género al ideal de la masculinidad hegemónica será directamente proporcional a la capacidad —real o fingida— de sus ejecutantes, de anular en sus discursos, en su experiencia y en los tamices de cada proceso cognitivo, las emociones relacionadas con *lo femenino*, sean cuales fueren estas en los contextos donde se encarna nuestra cultura de género. Esto, porque *todo* lo que normaliza la masculinidad en tal cultura (patriarcal, capitalista y hetero-normativa) está fundamentado en la *racionalidad* de los mecanismos que la auto-legitiman como única estrategia productiva de los Estados modernos y su eterna premura-obsesión por el progreso y el control efectivo de sus poblaciones humanas; lo que, por ende, dará lugar a formas muy concretas de materializar dicha estrategia en los cuerpos y subjetividades. De tal suerte, una emoción considerada femenina detendrá —inmovilizará, literalmente— el papel (*pro*)activo de los agentes masculinos en *sus* actividades productivas (políticas, económicas, sociales, culturales, tecnológicas, etc.), que, por lo general, como todo lo que *es* supuesta y exclusivamente masculino, se localizan en los ámbitos públicos y visibles del mundo social —ahí donde el tiempo puede medirse con los trayectos del Sol, para así aprovechar cada uno de sus minutos de luz—, afuera de las paredes de la economía doméstica y la intimidad (familiar, amorosa o sexual), muy lejos de ellas, donde las emociones femeninas se abandonan a sí mismas y tienen el tiempo suficiente para crecer y meditarse, solas, en círculos concéntricos, dentro de su imaginación, ahogadas en almohadas, bocabajo, o en sus propios charcos de lágrimas y querellas.

Siguiendo la primera parte –la más formal, si queremos– de la “hipótesis” que se acaba de leer, veamos cómo ni Daniel ni Fabián quisieron calcar de su respectivo padre aquello que, según ellos –o, mejor dicho, el parlamento hegemónico de la masculinidad–, es “impropio” o “mal visto” en un varón; esto, a pesar de la admiración hacia esos hombres que aman tanto y cuya muerte, por cierto, no ha tenido –ni en Fabián ni en Daniel– un duelo en el que el llanto les haya permitido liberar y, tal vez, entender su tristeza, tal y como ellos mismos lo llegaron a reconocer o sugerir, aunque no con estas palabras.<sup>56</sup>

➔ Antes pensaba que el hombre debía ser cabrón, abusivo, culero. ¿Sabes?, yo creo que todo eso lo aprendí del primo que me violó.<sup>57</sup> Ese hijo de puta a lo mejor me hizo así. Porque a veces me pregunto: “¿por qué nunca he podido tener la nobleza y los buenos modos de mi papá?, ¿por qué sólo le copié lo exterior?” Claro, mi idea ahora de ser un hombre sí quiero que sea diferente. Ya no quiero estar emputado casi todo el tiempo...

(Fabián)

---

<sup>56</sup> Con Octavio sucedió algo distinto: “No sé de dónde saqué mi forma de ser hombre, porque mi papá nunca vivió con nosotros; lo conocí hasta los siete u ocho años y, después de eso, sólo lo veía esporádicamente. Tengo un hermano mayor, pero en ese entonces, él ya iba en la secundaria y, como era de diferente papá, pues vivió durante un tiempo en otro lado [...] Entonces, él tampoco fue una figura muy presente en mi vida ni un modelo de masculinidad para mí. En realidad, yo estuve rodeado de mujeres: mi hermana, mi mamá, mis primas... Quizá mis modelos de ser hombre los tomé sin darme cuenta de lo que veía en la televisión o en la calle...”

<sup>57</sup> La experiencia particular de violación sexual en Fabián es un gran ejemplo del poder avasallador con que opera el sistema simbólico (Bourdieu, 2000) en una cultura de género. Para mí fue paradójico que alguien como él (con todo el apoyo que recibía de su padre y con esa forma tan reactiva de ser, siempre a la defensiva en su papel de hombre) no pudiera intentar lo más mínimo para salvarse en un momento de violencia tan crucial. Esto hizo que me preguntara muchas cosas, mismas que, por respeto a mi amigo informante, ya no quise indagar más junto con él, al ser una especie de tabú personal que le causaba (o aún le causa) un malestar muy evidente. Sin embargo, sí quiero hacer una de esas preguntas aquí: ¿Por qué exactamente el acto de tener sobre su cuerpo a un varón biológico (con esas características de hombría hegemónica tan pronunciadas), y de que éste llevara a cabo determinadas acciones –meterle los dedos, chuparle los senos, penetrar!– anuló en Fabián toda la seguridad que decía sentir, y, con ello, toda posibilidad de defenderse, gritando, al menos? La respuesta que Fabián da revela muchísimo sobre cómo el *sistema simbólico operativo* es tan poderoso para posibilitar las violencias ejercidas desde la dominación masculina, un poder que va más allá de la voluntad, como bien lo señala Bourdieu, y es activado irracionalmente desde nuestra propia corposubjetivación. ¿Sabes?, creo que en ese momento sentí un miedo que nunca había sentido, y eso me paralizó o no sé qué vergas me pasó. Haz de cuenta que, en ese momento, algo, una fuerza rara, no sé, me convirtió en una niña indefensa por primera vez, como si el cabroncito que me sentía yo, así, ya sabes: valemadres, broncudo, entrón, se hubiera desaparecido cuando este pendejo me empezó a tocar mis partes y me metió los dedos, y luego me empezó a chupar los pechos, y me mordió, y ya al final me violó...

- ➔ Creo que en mi vida como hombre jamás he seguido conscientemente un modelo de masculinidad. Sé que soy muy parecido a mi papá por muchas cosas que identifico y que me hacen decir: “puta, no mames, sí, soy mi papá”. Por ejemplo, de ser muy carismático, que es algo que aprendí de él, de ser una persona que se preocupa mucho por cuidar al otro, en general, o de proveer, apoyar y ser muy vasto a la hora de dar, pues él era muy vasto cuando compartía lo que tenía. Él murió hace 13 años, pero aún lo recuerdo y me identifico en muchísimas cosas con él, en lo caballeroso o lo detallista, por ejemplo. Quizá una cosa que busqué también a la hora de construir mi masculinidad, no sé si tan conscientemente, es la de ser admirado. Mi papá era un güey que causaba mucha admiración, porque era muy chingón en su trabajo y en todo lo que hacía...
- ➔ En su relación con mi mamá, mi papá era un hombre sumiso, pues se dejaba de muchas cosas y no hacía que ella escuchara su opinión. En la dinámica que tenía con mi mamá, yo a mi papá lo veía muy sumiso, vulnerable y permisivo en muchísimas cosas, lo que a mí me hacía siempre pensar: “papá, ya, ponle un alto a mi mamá”, porque ella era muy voluntariosa. Sí definitivamente, quien tenía el poder en la casa era mi mamá, porque mi papá literalmente se lo otorgó. Por encima de todos los miembros de la familia, era ella quien tomaba las decisiones, y ahora caigo en la cuenta de que quizá era justo eso lo que yo nunca quise reproducir de mi papá [...] Incluso con nosotros, sus hijos, mi mamá tenía siempre la última palabra, no mi papá, y eso me ponía mucho en jaque y me hacía decirme: “güey, yo no quiero ser así, mandilón y sumiso, porque los hombres no son así y no deben serlo”. Por eso, de mi papá quise copiar todo, menos lo mandilón y lo sumiso. Ahora que lo he revisado, siento que la he cagado en muchas cosas, justo por no querer ser sumiso, y debido a ello, a veces, reacciono cuando siento que puedo ser atacado o que mis opiniones no se van a escuchar, aunque ni siquiera sepa con certeza si va a ser o está siendo realmente así. Creo que tengo muy implantado ya este chip de: “güey, no seas sumiso, no te dejes, no esto, no lo otro... sé lo suficientemente hombre...”

(Daniel)

Observemos también que, a pesar de la deconstrucción que sí están llevando a cabo Fabián, Daniel y Octavio –en distintos modos y grados de compromiso consigo mismos, sus parejas y la gente que aman; dificultosamente; a veces, con dolor; mediante psicoterapia o un constante ejercicio de auto-reflexión–, la corposubjetivación con la que cada uno de ellos comenzó a asumirse como un hombre anuló en determinado momento, en automático, de su repertorio posible de emociones, el derecho a la tristeza y ciertas necesidades expresivas del amor; como si la corposubjetivación correspondiente a las mujeres que llegaron a ser en el pasado –es decir, a su manera de percibir y *sentir* la vida, a su capacidad de emocionarse ante determinadas cosas (tal y como lo sugiere Octavio)–, no hubiese tenido alguna impronta en ellos. A este respecto, yo observo que los tres ven eso como una pérdida, que reconocen con nostalgia y los ha motivado a reencontrarse con sus emociones.

→ ...con el tema este de llorar, yo creo que la única vez que lloré enfrente de personas desconocidas, o incluso de mi familia, fue cuando se murió mi papá. Fue la única vez. De ahí en fuera, nadie me verá llorar de nuevo [...] Me da pena. No sé. Me siento frágil y delicado, y que la gente me va ver débil y se va a aprovechar de mí, o va ver que soy poco hombre. De verdad es difícil para mí. Las únicas veces que he llorado han sido solito, en mi cuarto, y con el seguro en la puerta [...] Juan [el terapeuta] me ha ayudado un poco a ir soltando eso y a aflojar poco a poco mis emociones, y a reconocer que siento y tengo emociones que debo reconocer, porque en el fondo todos tenemos una parte masculina (la rudeza, el carácter, la valentía, el querer ser líderes, etc.) pero también una femenina, ¿no?, que es la de los sentimientos.

➔ No sé hasta qué punto ser sensible sea un privilegio, pero a veces creo que disfrutaría un poquito más la vida si me dejara sentir, llorar, reírme de los problemas, dejar de ser un poco amargado, quitarme las piedras que tengo en la espalda, porque hazte de cuenta que tengo toneladas de piedras en mi espalda...

(Fabián)

➔ ...en este momento de mi vida [...] detenerme y analizarme es algo que me resulta demasiado difícil, sobre todo cuando empiezo a codificar mis emociones...

➔ Hoy en día, este trabajo de explorar mi masculinidad ya con otros ojos, incluye, por supuesto, el terreno de las emociones, pero también las actitudes relacionadas con esas emociones; por ejemplo, al detenerme a analizar si es válido llorar, o si está bien o no ser sumiso, o de si en verdad lo estoy siendo, puedo ver lo importante que es expresarme y que el otro me escuche, porque en esa medida se da la empatía y la posibilidad de escucharlo a él también. Sin embargo, es algo bastante difícil, porque eso implica deconstruir todo lo que le ha dado sentido a tu vida. Creo que por eso me está costando tanto trabajo cambiar cosas en mí, porque son ellas las que le han dado cimentación a mi identidad. Con todo este proceso, he sentido, de repente, como si estuviera puteando todo mi constructo de ser hombre, todo lo que consideraba certezas. Sí me estoy viendo cimbrado. Cuando te cuestionas las certezas o lo que creías eran verdades, como me llegó a suceder tras algunas broncas con mi novia, justo por ser yo así, sentí que estaba poniendo en jaque todo lo que yo era, lo que sabía, lo que le daba sentido a mi vida y lo que había construido, lo que creía certero, lo que creía real.

→ Este es un punto [de mi vida] en el que estoy tratando de permitirme cosas que antes no me permitía, como llorar y decir lo que siento, lo que sí identifico como una gran ganancia, pues ahora, además de que me siento liberado de emociones que he cargado tanto tiempo, ya puedo ver o entender cosas que antes no podía...

(Daniel)

→ Ahora siento que las emociones, aunque estén ahí, ya no me salen con tanta facilidad. No sé si atribuírselo a mi hormonización o a mi proceso de construirme y asumirme hombre...

→ Quizás hay algo en mi *ser hombre* que no me permite expresar mis emociones como antes. Tal vez eso sea lo que más me duela haber perdido de la mujer que yo fui. Todavía pervive mi sensibilidad, pues soy muy sensible, y me gusta, pero ya no tengo esa capacidad para llorar que tenía antes. A veces sí siento la necesidad de hacerlo, pero nomás no puedo...

(Octavio)

Finalmente, todo lo dicho en este sub-apartado me llevó a otro descubrimiento, el tercero de la serie: que los privilegios inherentes del *ser hombres* en una cultura de género como la mexicana son fácilmente identificables por los varones, pero también la “sensación de poder” de estos

privilegios (su conjunto ramificado de poderes concretos, potencial o realmente ejercidos), misma que puede experimentarse –por lo menos, al grado que mis informantes me describieron– si y sólo si opera, en ese orden, la siguiente triada existencial: (1) *sentirse un hombre*, (2) *representar a un hombre* y (3) *lograr ser reconocido socialmente como un hombre*; “sensación” que ninguno de los tres llegó a tener en su vivencia forzada como mujeres, marcada por la opresión misógina y cuya inevitable adaptación a las normas del *habitus* fue la violencia originaria de todas las demás violencias (las peores) que cada uno padeció hasta antes de comenzar *formalmente* su proceso de transición, performativa y/u hormonal –esto último, sólo en los casos de Fabián y Octavio.<sup>58</sup>

➔ Pues sí hay chingo de diferencia, mano. Claro que sí. Cuando era niña porque no tenía de otra: la violencia en la escuela, la de mi mamá, o las burlas en la calle, o el simple hecho de que me dijeran niña, cuando yo me sentía un niño; esta última yo creo que era la violencia más culerísima, porque era de todos los días. La siguiente pues fue la de la violación, y de ahí en adelante, ya montado en mi idea de que nadie se iba a meter conmigo y de que sería hombre le gustara a quien le gustara, como que transmitía esa energía, esa cosa que es rudeza o la forma de mirar, o la seguridad propia que los hombres transmiten en automático. Y ahí la violencia ya disminuyó, hasta que ya grandecito comencé con lo de las hormonas y ya no sufría la violencia de las personas desconocidas, de que me vieran en la calle como un bicho raro. Cuando comencé a pasar desapercibido, porque ya parecía un hombre, puedo decir que la violencia casi desapareció.

---

<sup>58</sup> Según mi lectura, esto adquiere un cariz único en el caso de Fabián, dada la edad tan temprana en que comenzó a representarse como un hombre y ser respetado como tal, al menos por el referente, la figura, más importante de su vida: su padre, cuyo papel (de defensor, reforzador, avalador...) tuvo un enorme peso en la seguridad con la que Fabián se permitió ser y expresar esa masculinidad que, según afirma, le permitió sobrevivir.

➔ ...era algo así como una sensación de poder, una cosa medio mágica, una fuerza que siempre tenía adentro de mí [...] yo creo que por eso casi no sufrí violencia, por lo menos de esa violencia de que me golpearan o se quisieran aprovechar de mí. Me conocían lo broncada que era, en mi colonia, en la escuela, en donde fuera...

➔ este hombre que soy y que me encanta ser me permite moverme con libertad en la calle, cosa que a lo mejor como mujer no podría. Dirijo el taller de mi papá; sé manejar muy bien el negocio, dar instrucciones a mis trabajadores, poner orden en la casa y en el negocio, mantener a mi madre, ser el sustento de la casa, ayudar a mi familia cuando lo necesita. Por ejemplo, mi hermano, el que me sigue en edad, se quedó desempleado y yo lo mantuve como tres meses. No sé. Sí creo que si fuera una mujer no me sentiría capaz de hacer todas estas cosas que puedo hacer siendo un hombre. Fíjate que no lo había pensado. Eso del poder y de tener privilegios suena fuerte, pero es la verdad. Los hombres sí tenemos más privilegios...

(Fabián)

➔ Me encanta ser poderoso, lo reconozco. Ser carismático, por ejemplo, es algo que me da poder, porque sé que desde ahí engancho a la gente y logro que las cosas me salgan tal y como yo quiero [...] Tengo muy claro que si hubiese decidido seguir el camino de ser mujer las cosas serían distintas. A mí se me han dado muchas cosas por el hecho de ser hombre y por ser carismático y líder: el trabajo, para empezar, que lo conseguí no porque supieran que era yo muy bueno en lo que hacía, sino porque era carismático y le gusté a la mujer que me metió ahí; también mi interactuar con las otras personas, que ha sido positivo siempre porque mi personalidad es como es, porque soy un hombre que gusta, más allá del físico; soy alguien con quien te sientes cómodo, con quien te sientes chido, con quien te pasas un buen rato, porque soy divertido, alegre, platicador, ingenioso... Y eso, la verdad, me es natural, *per se*, pero también sé que lo puedo utilizar para muchas cosas. El carisma, el ser coqueto, el ser extrovertido, el permitirme cercanía tanto con mujeres como con hombres, sí se lo debo al hecho de ser el hombre que soy.

(Daniel)

➔...creo que como hombres sí adquirimos muchos privilegios, de sentirnos seguros en el mundo, o no tan vulnerables como las mujeres; también en el hecho de que todos los logros que tengas van a tener más impacto que los de una mujer, porque a una mujer, seguramente, le van a decir que esos logros obedecen a que se acostó con alguien y no a sus propios méritos y a su inteligencia. Eso está muy cabrón, pero así es. Como hombres, tal vez nadie va a cuestionar nuestras habilidades, pero a una mujer, sí. Al mismo tiempo, ser hombre te da el permiso para hacer ciertas cosas: llegar de madrugada a tu casa, andar con cien mujeres al mismo tiempo, violentar a alguien para demostrar que tú eres el más chingón... No sé, ciertos permisos muy extraños para mí, pero que son naturales en la sociedad, o que la mayoría ve como algo normal. Siento que hay una especie de código no escrito, que yo mismo he visto, que se da entre los hombres: de apoyarnos en todas estas cosas o de presumirlas como si fueran actos admirables, o de actuar en contra de las mujeres sin importar nada, porque ellas no pueden ser más que nosotros...

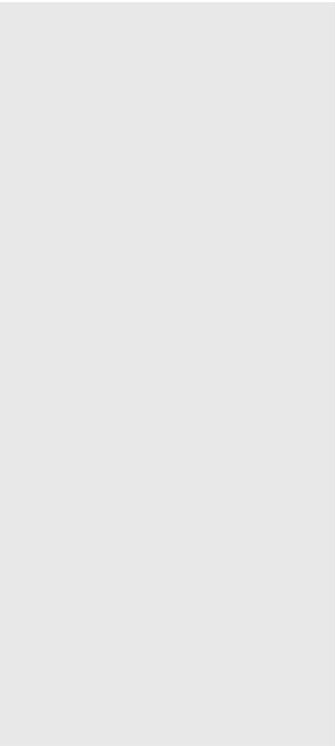
(Octavio)

#### 5.2.4. Deconstruirse también es cuidarse (y resistir).

Tal y como mencioné al inicio de este trabajo, desde que empecé a interesarme en los estudios de las identidades trans y, tiempo después, sobre masculinidades, me ha parecido relevante conocer y entender no sólo la parte más visible –los discursos– con que las personas trans (hombres y mujeres) asumen su identidad genérica –su posición existencial, pues– y se relacionan con el mundo, sino también el grado de conciencia que hay sobre las implicaciones de esos discursos, tanto en su propia vida como en la de las personas que se relacionan con ell\*s. De ahí una de las necesidades que, como investigador, planteé en la introducción de este trabajo, cuando justificaba mis motivaciones feministas: descubrir si, en efecto, la circunstancia de haber nacido mujeres biológicas, y ser socializadas (aunque fuere temporalmente) de la forma en que se suele socializar a las mujeres en una cultura de género como la mexicana, habría de determinar sus perspectivas (ya instaurados en su papel de hombres) en torno al régimen de privilegios y poderes masculinos que esta cultura posibilita, incluidas las violencias y la desigualdad que un régimen así desencadena en el terreno de las interacciones sociales.

Mi primera conclusión a este respecto fue que, en parte por haber tenido un cierto pasado de opresión y violencia (vivido en distintos grados y de maneras diferentes) durante su vida *raptada* como mujeres, pero también por circunstancias de vida que, tal vez, o, al menos, en su caso, no tienen que ver con el género (los estudios, la terapia, la crianza, etc.), ni Fabián ni Daniel ni Octavio desean seguir al pie de la letra el papel que la MH les impone a quienes desean representar de manera fidedigna a un hombre y gozar del aval que la sociedad les da mediante el “legítimo” reconocimiento. Si leemos de nuevo sus testimonios (incluso el del propio Fabián, quien, en apariencia, es el menos interesado en deconstruirse), podremos descubrir que sí hay un

nivel de conciencia sobre los efectos nocivos que en los tres ha tenido la repetición ritualizada, a veces involuntaria, de ciertos pactos y patrones comportamentales, principalmente en su salud física y emocional, y en su relación consigo mismos y las mujeres con quienes han tenido o mantienen aún un vínculo sentimental. A decir de sus narrativas, los tres saben muy bien lo que hay de tóxico (para sí mismos y para quienes los rodean) en reproducir ciegamente un parlamento tan específico, aun cuando en el proceso inicial de su construcción como hombres haya operado, también en distintos grados y formas, esa inercia o falta de conocimiento sobre todas las implicaciones que hay en la escenificación de la hombría, lo que tal vez es más evidente en la historia de Fabián, pero no tanto en la de Daniel, y mucho menos en la de Octavio. En los tres casos, aunque quieren seguir siendo reconocidos como hombres, se manifiesta un deseo vivo por modificar conductas o recuperar *algo* de lo que perdieron en el camino de su devenir hombres y que les permitiría, según afirman, relacionarse mejor con el mundo, pero también con sus emociones y su cuerpo.



➔ ... Martha me dejó porque la neta sí era yo medio celoso y posesivo, y una vez le grité y la empujé en la calle, enfrente de muchas personas, porque te digo que era bien coqueta y a mí eso me volvió desconfiado. [...] Esto de ser así me ha traído muchos problemas, [...] Sí, yo creo que soy egoísta como bien dicen ellas, y eso debo seguir trabajándolo con Juan. Tengo mucho trabajo que hacer como puedes darte cuenta, mano. [...] En mi forma de relacionarme con los demás, a lo mejor sí ha habido cambios, pero no en mi forma de sentirme hombre y expresarlo con mi vestimenta y todo lo exterior, sino en el trato que tengo con las personas, sobre todo con las mujeres. Y esto sólo ha sido gracias a la terapia. Poco a poco he ido

aprendiendo cosas, a cacharme cuando me estoy pasando de verga con las mujeres, o de querer dominarlas y que hagan lo que yo quiero, o de pensar que los hombres no lloramos o no podemos expresar nuestros sentimientos. Ya estoy dando mi bracito a torcer, poco a poco, mano, porque, la verdad, no es algo fácil.

➔ Ahora, por lo menos, cuando me agarran los celos o las ganas de gritarle a mi novia de ahorita, aplico las técnicas del Juan, de respirar y pensar bien lo que voy a decir o cómo voy a reaccionar. La bronca es que mi mujer ya me agarró el modo, y es ella ahora la que quiere dominar de vez en cuando la relación. Yo pienso que debemos encontrar un equilibrio. Ni ella ni yo. Los dos. Los dos podemos comunicarnos y escucharnos, tenernos paciencia, comprendernos, y no querer a huevo dominar o tener el poder para que se haga nuestra voluntad. Yo creo que también es una cosa de orgullo. Los hombres somos muy orgullosos, no nos gusta que nos manden, que nos digan qué hacer, que nos dominen, porque nosotros somos los que estamos hechos para tener el control, no para que nos controlen. Y eso debemos reflexionarlo, porque no se trata de ver quién controla, sino de llegar a acuerdos y escucharnos como personas, seamos hombres o mujeres. Ahí voy, ahí la llevo, mano.

(Fabián)

- ➔ Desde chiquito [...] tuve que adoptar todo lo que pudiera para mostrarme hombre y que no quedara un dejo de que yo había sido una mujer. En ese sentido, sí pienso que hice muy rígida mi forma de ser hombre. Mi masculinidad es así, rígida, en muchos aspectos. Y poco a poco la he deconstruido, la he flexibilizado, porque ya no quiero ser ese tipo de hombre, patriarcal y con una masculinidad hegemónica.
- ➔ Debo confesar que antes me cagaba sentirme o verme débil, o que mi novia me viera así; eso me encabronaba, y mucho. Por eso digo que el proceso de deconstruirme está siendo muy complicado para mí, aunque al mismo tiempo reconozco que está siendo sanador. Ahora ya estoy llegando al punto en el que puedo compartirle a ella lo que siento; antes no era así, pues muchas veces prefería guardarme lo que sentía...
- ➔ La importancia que yo le daba de manera muy consciente a la agresividad y a la violencia, física o psicológica, se ha modificado bastante en mí, porque, por ejemplo, antes, en la escuela, quien no era tan fuerte y tan chingón era sobajado, chingado, maltratado y le hacíamos *bullying*. Y eso era como decir: "si no eres tan chingón para estar con los chingones, pues mejor ábrete". Pero me empezaron a caer los veintes poco a poco; digo, quizá no con esa visión de deconstruir como la que tengo ahora, porque era un escuincle de 14 o 15 años, pero sí, en algún momento, fue de decirme a mí mismo: "güey, no está tan chido ser así" [...] Ese trabajo también implica [...] mucho matar las ideas que aprendimos, para así formarnos otras nuevas y vincularnos desde otra perspectiva con los demás. [...] Justo por este proceso de deconstrucción que estoy haciendo en mí, trato de cuestionar a toda hora esto que aún tengo de masculinidad hegemónica, trabajando en mis emociones o en reconocer que puedo sentir

tristeza de vez en cuando y que tengo debilidades, o en ver aquello que hablaba sobre cuidarme a mí mismo, que son cosas muy relacionadas, todas, con lo femenino, y que definitivamente me faltó cultivar en mí. Sí siento que me perdí en mi construcción como hombre, y que por eso he tenido tantas broncas en mis relaciones, en mis vínculos, en mi salud... al no mostrarme como soy, al no cuidarme, al arriesgarme tanto en la vida... Claro que todo esto fueron pérdidas, pero justo ahora estoy en la chamba de recuperarlas, de transformarme. Sé que estoy a tiempo.

➔ Ahora ya estoy entendiendo algo muy valioso: lo que yo rescataría de mi persona y me hace sentir muy orgulloso de mí tiene que ver con mi “ser humano”, no con mi “ser hombre”, desde mis procesos de identificación y *desidentificación*, desde mi construirme junto con otras personas y vincularme con ellas, hasta mi sensibilidad y mi capacidad de entender al otro o a la otra. Todo eso lo he ido descubriendo y reafirmando, y me gusta mucho que forme parte de mi persona, lo que resulta muy paradójico, porque antes pensaba que era poco o nada sensible, y ahora que he estado trabajando tanto conmigo, he ido descubriendo que, en realidad, sí soy una persona sensible y empática, dispuesta a cambiar y ser mejor. [...] Sí, el tipo de hombre que quiero ser es justo un hombre donde la masculinidad sea lo menos importante, donde quizás lo más relevante sean mis experiencias desde donde son vividas, más allá de seguir construyendo una masculinidad, porque justo esta construcción me ha costado muchas cosas.

(Daniel)

➔ Yo hago consciencia [...] todos los días, de no ser violento, ni infiel, sino todo lo contrario. Para mí, un hombre debe ser cariñoso, protector con su familia, respetuoso, amable... Y yo incluso destacaría más el valor de ser cariñoso, porque muchos hombres no le dan importancia a demostrar el cariño. La fidelidad también es algo muy importante en mis relaciones de pareja.

➔ Con las hormonas perdí un poco la facilidad para llorar. Antes lloraba con las películas o ante situaciones difíciles, pero ahora, ya no. No es que antes me soltara a llorar por todo, pero sí lo hacía. Ahora siento que las emociones, aunque estén ahí, ya no me salen con tanta facilidad. No sé si atribuírselo a mi hormonización o a mi proceso de construirme y asumirme hombre. No sé a qué se deba, pero en el organismo sí cambias mucho con las hormonas. Las chicas trans dicen que con los estrógenos cambia su sensibilidad y se ponen a llorar por todo. A lo mejor a los hombres trans nos sucede algo parecido, pero a la inversa, o quizá hay algo en mi ser hombre que no me permite expresar mis emociones como antes. Tal vez eso sea lo que más me duela haber perdido de la mujer que yo fui. Todavía pervive mi sensibilidad, pues soy muy sensible, y me gusta, pero ya no tengo esa capacidad para llorar que tenía antes. A veces sí siento la necesidad de hacerlo, pero no puedo. Por eso, para quitarme la tristeza o sacar mis emociones, lo que hago es ponerme a cantar.

(Octavio)

Por otra parte, lo que no significa un deslinde del tema *deconstrucción*, sino todo lo contrario, es importante hablar sobre el *cuidado de sí* en los hombres,<sup>59</sup> que deliberadamente quise sondear (aunque fuera superficialmente) en la vida de mis tres amigos, junto con ellos, como una estrategia para tratar de entender situadamente las conductas de riesgo en la población masculina y la desatención a su propia salud física, psicológica y emocional, algo que para mí (como varón, pero también como científico social) representa una realidad alarmante y triste, quizá porque ha sido siempre normalizada, poco atendida por los gobiernos y las políticas estatales, y, lo que resulta peor, se suele desdibujar, perdiéndose, en la maraña numérica de las estadísticas mundiales (suicidios, adicciones, violencia extrema y asesinatos entre hombres, *bullying* en las escuelas, etc.) sin que exista hasta la fecha una reflexión pública, profunda y verdadera, que no sea sólo académica, sobre sus factores y alcances en cualquier ámbito desde el cual queramos analizarla, no sólo el de la salud. Y aunque un tema de esta naturaleza y magnitud excede los objetivos y límites del presente trabajo, citaré algunas reflexiones de mis informantes:

---

<sup>59</sup> Para hablar de este tema, que aquí tocaré de manera superficial y sin el análisis que merece, quiero parafrasear algunas ideas que Foucault (1984) nos da sobre el *cuidado de sí* o *cuidado de uno mismo*. Según él, el problema de las relaciones existentes entre el sujeto y los juegos de verdad no debe enfocarse sólo en las prácticas coercitivas que configuran a nivel macro los terrenos donde se mueve el poder, produciendo efectos de control y, muchas veces, de dominación, sino que debe desplazarse también hacia lo que él denomina “prácticas de sí mismo”, “de auto-formación del sujeto” o “de libertad”. Estas “prácticas de libertad”, nos explica Foucault, necesitan ser, por sí mismas, formas más válidas y aceptables de existencia, sea en el terreno público de la realidad política, económica, cultural o social, o en los procesos que determinan la sexualidad, el deseo y las relaciones personales. En términos generales, se trata de una actitud un tanto filosófica, pero siempre práctica, de auto-conocimiento y auto-gobierno (o auto-dominio) que, además de concebirse activamente como un ejercicio de libertad, resistencia y cuestionamiento a los juegos de verdad que hay en todo juego o relación de poder, debe motivarnos a la preocupación constante de nosotros mismos, responsablemente, para poder relacionarnos de una manera ética con los otros. En esos términos, creo que las prácticas de libertad ante la MH y sus mandatos más normalizados (temeridad, arrojo, violencia, riesgo, resistencia física, negación del dolor y las emociones, y todo lo que en el imaginario de nuestra cultura de género viene a darle sentido a la definición de *hombria*) tendrían que ser justamente los cuestionamientos individuales, fruto del razonamiento y la deconstrucción, a todo lo que representa, al menos en las estadísticas de salud pública, el estilo de vida y las conductas de riesgo en la población masculina: es decir, a todo lo que a título de nuestra “hombria a prueba de balas” nos vuelve supuestamente inmunes al peligro. Sin duda, estas prácticas de libertad y resignificación del *ser hombres* comienzan con el análisis de nosotros mismos ante las formas con que nos ponemos en riesgo o desatendemos nuestra salud física y emocional.

→ Lo que estoy trabajando ahorita en mi terapia es el asunto de aceptar mi vagina y explorarme, hasta por cuestiones de salud. Hasta ahorita nunca he ido a hacerme el Papanicolaou o a que me revise un ginecólogo. La neta me da no sé qué, miedo, asco, rechazo, eso de que me explore un desconocido en una parte que me ha traído tantos problemas desde que abusaron de mí... Pero en algún momento voy a hacerlo, porque además esto de tomar hormonas masculinas es también un riesgo para quienes nacimos con cuerpo de mujer.

→ Soy muy vale madres con mi salud, fumo un chingo, me gusta echarme mis tragos con mis compas cada viernes y sábado, ya he probado la coca, que me encanta, también la piedra, y también a veces me gusta la mariguana. También me arriesgo mucho en situaciones que a la mayoría de los hombres nos gusta vivir [...] Me encanta un chingo la velocidad, agarrarme la autopista México-Toluca a 150 kilómetros por hora; o salir a la calle solo, valiéndome madres los peligros que hay el DF... Hasta ahora, gracias a Dios, nunca me ha pasado nada, pero sí es para pensarlo ¿no?

(Fabián)

➔ ...creo que sí quisiera ser un hombre que reafirme sus afectos, sus emociones y se sienta a gusto consigo mismo, feliz, sano en todos los sentidos; no sólo un hombre al que le importe cómo se para ante el mundo y cómo lo ven los demás, sólo por el hecho de que así deben ser los hombres y así lo van a validar y a reconocer. No, ya no. Tal vez quiero ser un hombre que se mire más a sí mismo.

➔ Todo esto me hace pensar muchísimo en cómo nos cuidamos los hombres, porque, por ejemplo, cuando voy en mi carro y un pendejo se me atraviesa, al decirle: "imbécil, ¿qué no ves?, fíjate", no pienso que a lo mejor él podría traer una pistola y matarme. Ahí, yo sólo reacciono y me vale madres, y si mi novia va conmigo, es ella quien me detiene y me calma. Entonces, sí me considero un hombre que no mide riesgos. Y creo que justo, me secciono, porque ahorita en pareja, en esta onda como de trabajar mis emociones y mi forma de ser hombre, estoy como que muy consciente de eso, pero esas cosas detonan muy cabrón mi ira, porque me molesta muchísimo la gente pendeja a la que le importa madres el resto del mundo.

➔ Yo creo que amarse y cuidar de uno mismo se relaciona también con las emociones y no sólo con lo

físico. En las emociones, ahí voy, pero en lo físico debo reconocer que no me cuido mucho. No sé, a lo mejor tengo miedo de enfermarme o de saberme enfermo; entonces, otra vez, prefiero no prestarle atención a mi salud. Yo creo que esta resistencia de los hombres a cuidarnos se debe a que no nos permitimos ser débiles; no sé si se deba al hecho de que nos sentimos muy fuertes o muy chingones, pero sí creo que es la parte del no sentirnos débiles. Debemos reconocerlo: cuidar de nosotros va de la mano con la salud física, pero también con lo que sentimos, con lo que queremos o no queremos. Para mí, por ejemplo, es un proceso bien difícil no sólo saber que puedo enfermarme de algo, sino también entrar en mi tristeza, en mi debilidad, en la posibilidad de tirarme un rato a llorar y decir: “sí, hay días en los que me siento de la chingada y en los que no quiero levantarme, o, a veces, en los que ni siquiera desearía despertar”, porque están tan fuertes o tan de la chingada las cosas que eso es lo que desearía, cosa que antes, jamás en la vida, me hubiera atrevido a confesar, aunque en el fondo lo supiera y me estuviera matando.

(Daniel)

→ Cuidar las emociones es muy importante. En general, sí creo que los hombres no nos cuidamos mucho. En emociones intento estar bien, equilibrado en mi trabajo y en mi vida fuera de él, aunque a veces no me salga del todo bien. Emocionalmente me siento sano, pero físicamente no tanto. Me cuido poco: no fumo ni me drogo, pero sí tomo refresco, como carne, cosas grasosas, hago poco ejercicio, bebo de vez en cuando, aunque ahora, después de mis últimos estudios [médicos], tengo prohibido hacerlo y trato de evitar el alcohol, pues mi hígado no anda muy bien, y tampoco mi ácido úrico. Eso no están tan chido y sí me hace pensar en que debo cuidarme más. No sé si le atribuiría eso al hecho de ser hombre, pero sí creo que las mujeres son más conscientes de su salud; los hombres no lo somos tanto, a lo mejor porque creemos que no nos va a pasar nada, porque somos fuertes y sabemos aguantar.

(Octavio)

Finalmente, ya en el terreno material del discurso (lingüístico y corporal), si se leen atentamente sus PN, Fabián, Daniel y Octavio nos demuestran de nuevo lo que Pons Rabasa (2016) expone en su tesis: que, a pesar de haber una matriz normativa, con cualquier cantidad de patrones y referentes culturales, configuradores del *ideal masculino* y del *femenino*, ninguna identidad (y más si hablamos de personas *trans*) habrá de seguir un mismo camino, y mucho menos podrá pensarse como el producto acabado de un proceso homogéneo y señero. De ahí que tantos estudiosos del tema, como la propia Pons Rabasa, vean en *lo trans* un paradigma que no sólo demuestra la necesidad de estudiar situadamente los fenómenos relacionados con el género, sino que encarna de manera muy particular las encrucijadas existenciales en torno a la corposubjetivación de los hombres y las mujeres, gracias a la posibilidad (mucho mayor en el caso de l\*s trans) de citar (*literal* o *lateralmente*) los referentes disponibles en la cultura de género, a través de prácticas que, si bien los refrendan *literalmente*, de acuerdo con lo que el marco normativo-hegemónico dicta, pueden aprovechar ese margen de libertad y resistencia –esa brecha deconstructiva de la que hablaban Foucault y Butler– para citar *lateralmente* lo que sus cuerpos desean representar dentro de sus propios límites materiales, tornándose a veces ininteligibles gracias a ese ejercicio libertario de citación que desplaza (o, incluso, amplifica) las fronteras normativas del género (Pons, 2016: 449-457). Este proceso es muy similar a lo que, por su parte, propone en su tesis Ramírez Mateus (2015: 126-129), cuando habla de “hacer memorias fuera del género” a través de narrativas que permiten reconstruir y dar sentido al pasado de quienes nunca lograron (o quisieron) ser sujetos dotados de coherencia por el dispositivo binario del género.

En tal sentido, sí creo que la biología de los cuerpos es una circunstancia de gran peso en las formas con las cuales l\*s trans construyen (o reinventan) su identidad en un constante devenir, reafirmando material, discursiva e, incluso, políticamente. Esto, porque sus cuerpos son depositarios de todos los significados con los que la sociedad y la cultura los dota para encaminarlos por las reiteraciones normativas del género (el que les fue impuesto), para así hacerlos *funcionar* (al menos, en las etapas más tempranas de la vida), de acuerdo con los dictados del biopoder, y, de esa única manera, supuestamente, adquirir la inteligibilidad social.

→ Ya puedo decir que soy un hombre trans, y que nunca voy a ser un hombre-hombre, porque pues no se puede y ya. [...] Yo nací mujer, pero me siento hombre y lo voy a ser hasta el final, con lo que tengo, le guste a quien le guste, y eso lo voy a defender siempre, hasta que me muera. Mi idea de ser un hombre está adentro y no afuera. [...] Ahorita la verdad es que gracias a mi terapia ya hasta se me quitaron las ganas de hacerme la operación [faloplastia] para que me pongan una verga, porque no tengo mucho dinero y porque dicen que duele un chingo y la recuperación es dolorosísima.

- ➔ Yo creo que hay que hacerle justicia a esto de ser trans, te acerques o no a esa idea perfecta de lo que es ser hombres o mujeres. Porque, aunque soñemos, por ejemplo, yo, en tener un pene y un cuerpo perfecto, de hombre-hombre, nunca vamos a poder tenerlo, y debemos a aprender a aceptarnos y a crearnos una vida que no tenga que meterse a huevo en esa idea de ser hombres-hombres o mujeres-mujeres.
- ➔ No hay un punto, así como que final, o último, o perfecto, o único, para decir: "bravooooo, por fin lo logré, ya soy un hombreeeee". No, mano. Eso no se puede, y yo creo que ni siquiera en el caso de los que nacieron con cuerpo de hombres o de mujeres y que son felices o se sienten chidos y cómodos en él. Es más bien la idea que tú tienes de ti mismo o de ti misma, y la forma en que vas aceptándote y amándote.
- ➔ Los trans somos únicos, y merecemos respeto al igual que los hombres y las mujeres no trans que sí son reconocidos como tales nomás por el hecho de haber nacido con vagina o con un pene. Por eso te digo que debemos pensar en lo importante, en lo único, que significa ser trans. Digo, sí me siento hombre, porque es la única palabra que encuentro y que aprendí para ser la persona que soy, pero en realidad no soy el hombre que la sociedad esperaba ver si anduviera encuerado por la calle. No sé si me entiendas, esto de ser trans va más allá de a huevo tener que parecernos a los hombres o a las mujeres que vemos en la tele o en los anuncios o en las películas.

➔ Ser trans, creo yo, es algo que debe empezar en la conciencia de los propios trans. Porque, fíjate, hay personas que ni siquiera se acercan un poquito a la idea que se tiene del ser hombres o mujeres, y sin embargo se aceptan, se aman, caminan con la cabeza en alto en la calle y se dan su lugar. Por ejemplo, yo he visto a muchas mujeres trans que son muy pobres y de plano sí se ven como travestis, y nada más, ¿y qué van a hacer, llorar porque el mundo no dice que son mujeres? Ni madres, si se sienten mujeres y sólo pueden aspirar a eso que están demostrando y expresando, a lo mejor porque sus rasgos de hombre son muy marcados (su estatura, su manzana del cuello, sus manos, no sé), pues ni modo, que les baste con que en el fondo se sienten mujeres, y ya. Y que el mundo se vaya a la verga, mano. Así tuve que hacerle yo.

(Fabián)

➔ Ahora entiendo mi masculinidad desde otro punto, y estoy seguro, como ya he dicho antes, que eso se debe en gran parte a mi proceso y a las experiencias que he vivido en Imesex; creo que ese fue uno de los grandes puntos de quiebre en mi forma de entender lo que significa ser un hombre. Para mí, antes, pensar en la masculinidad era imaginar a mi manera al macho alfa, o tener la necesidad del pene, centrando muchas cosas en él; o darle un lugar importante al ser agresivo, que también era un punto como

que muy básico para mí; o esta parte de negar las emociones, que me hacía decir: “un hombre no se puede ver débil, un hombre no se ve vulnerable, un hombre no está triste ni se da tiempo para llorar, no tiene tiempo para estas cosas, porque debe seguir siendo productivo y funcional...” No obstante, ahora creo que ha habido una transformación en esos puntos: ahora entiendo y reconozco feliz que mi masculinidad no requiere de un pene (porque, de hecho, nunca lo ha requerido) y que tampoco debo ser tan reactivo y frío como era antes. [...] A pesar de que, hasta hace un tiempo, tener un pene era quizás un hecho que yo consideraba determinante para decir: “este es el punto de llegada ideal para decir que ya soy un hombre y que ya no me falta nada”, ahora lo significo desde otro punto, es decir, ahora sí pienso que no existe un punto de llegada ideal para mí. El punto del ideal por sí mismo es una idea muy violenta para cualquier identidad, porque, entonces, ¿dónde quedan las otras formas de ser que no caben en esos ideales?, o, como sucede con las identidades como la mía, ¿qué pasa con las otras masculinidades que no anhelamos esas cosas? Hoy en día, no existen ya, al menos para mí, características ideales para considerarme, por fin, un hombre, y creo que tampoco las hay, porque la agresividad, la fortaleza, la valentía, la personalidad dominante, la sensibilidad..., pueden darse en cualquier género, en los hombres o en las mujeres.

➔ No considero que deba existir una sola característica que nos obligue a decir: “ah, claro, esto corresponde a los hombres, y esto, a las mujeres”. Digo, yo soy un hombre porque así decido nombrarme, pero si mañana decido nombrarme

de otro modo, con estas mismas características puedo nombrarme de este modo, y ya. Yo peleé mucho mi identidad. Para que se me reconociera como hombre, tuve que cuestionarme el hecho de que serlo es algo más que tener un pene. ¿Será que los hombres cisgénero se han cuestionado esto alguna vez?

➔ Ahora ya me gusta decir que soy un “hombre trans”, lo prefiero. No me gusta sólo la palabra “hombre”. Digo, no me molesta que me digan así, pero sí siento que esta palabra le quita el sentido a la vivencia, porque para mí es justo toda esta historia, que es sólo mía, la que me permite reconocerme y validarme a mí mismo como una persona única, desde lo que me sucedió cuando no me validaron como hombre, o lo que tuve que vivir desde lo más profundo de mi ser, o lo que hubo cuando tuve que construirme desde otra forma y no desde la realidad de no tener un pene, sino desde la carencia de éste; desde mi interactuar con el otro género, que no te ve como un hombre, sino como una mujer.

➔ Ser trans, para mí, es reconocer toda esta deconstrucción personal, pero también ver todo lo que tuve que pasar para que mi familia también me nombre ahora como hombre; que sepan a fondo mi historia, que respeten mi vivencia como un hombre diferente a cualquier otro hombre; y también se relaciona con mi sexualidad y mi interacción con el otro género. Por eso me gusta nombrarme “hombre trans”, porque, además, y yo siempre lo digo, si yo no fuera trans creo que sería de una manera totalmente distinta; yo no sé si sería

quizá tan carismático, o si me sería tan fácil convivir con la gente, o si tendría las herramientas que tengo hoy...

(Daniel)

- ➔ Físicamente, lo único que no me gusta de mi cuerpo es el pecho, porque, de ahí en fuera, cuando me veo al espejo no tengo pedos. Sí me ayudaría a sentirme más pleno ver que ya no tengo pechos, y de hecho ya estoy programando mi cirugía para mediados del siguiente mes. Por lo pronto, para ocultarlos [sus pechos] me pongo unas camisetas ajustadas.
- ➔ Yo creo que soy muy hombre, así como soy, con mi propio concepto que yo me hice de ser un hombre y no tanto con el concepto que los otros se pudieran hacer de mí. Yo sé que tú te ves tal y como eres, pero que también necesitas que la sociedad vea lo que tú ves que eres; sin embargo, en realidad este es un proceso tuyo y de nadie más. Yo fui hombre a los cuatro años y a los diez y a los quince, y también ahora, aunque la gente no quisiera reconocerme como tal.
- ➔ De mi ser hombre también me gustan las buenas maneras que tengo: lo caballero, ser alguien limpio, educado, tratar bien a las mujeres... Yo no podría ser un hombre sucio, por ejemplo, o eructar enfrente de otras personas, actos que podrían verse como normales en los hombres. Eso no. Yo soy un hombre respetuoso, no me llevo pesado con nadie. No digo muchas groserías, aunque, la verdad, mi novia me

reprocha que a veces no soy tan caballero, porque se me olvida abrirle la puerta del carro, o que cuando vamos por la banqueta la deje en la orilla, y no del lado de la pared, como dice la sociedad que debe ser, y esto tal vez se deba a que a mí no me enseñaron a hacerlo. Sólo es cosa de aprenderlo, poco a poco.

➔ Para mí, ser hombre siempre fueron cosas buenas, las cosas positivas, las virtudes, no las cosas negativas. Lo que veo en muchos hombres, trans o no trans, es que les enseñan a adaptarse a un molde, a ser esos hombres que la sociedad espera de ellos, y como yo no tuve ese ejemplo no lo pude asimilar a mi construcción como hombre. [...] En nuestra sociedad, empedarte y ponerte hasta el huevo es sinónimo de ser muy hombre, porque aguantas y eres como indestructible, porque no eres ni puedes ser débil, y para mí eso no tiene sentido en mi masculinidad. Somos víctimas de lo que nos enseñan (en la familia, en la escuela, en los medios de comunicación, en la calle...), pero también hay un punto en el que cada uno debe ser consciente para ver qué tanto está repitiendo eso.

(Octavio)

Ya para terminar, quiero decir que, al menos para mí, en consonancia con lo que piensan vari\*s de l\*s autor\*s aquí analizad\*s, la riqueza de las identidades trans radica y radicará en su posibilidad de ir más allá de los géneros normativos, de estar fuera de ellos, de desplazar sus fronteras, de cuestionar los regímenes de verdad (*Foucault* dixit) que dejaron de ser saludables, vitales, para ell\*s.

Parafraseando a mi amigo Daniel y siguiendo la idea foucaultiana del *cuidado de un\* mism\**, este trabajo de deconstrucción es rico porque nos permite comprobar en nosotr\*s los alcances de la libertad que se resiste (con el cuerpo, a partir de él, desde él) a cualquier forma de dominación, resignificando los sistemas donde juega la verdad en nombre del poder; y también porque sus resultados sólo pueden verificarse, de nuevo, en el único lugar donde la resistencia comienza y se ejerce: el cuerpo, éste que materializa las acciones cotidianas de nuestro ser y desde el cual (nos) pensamos, sentimos y abrimos la boca para decir: “existo, así, tal cual soy”.





# CONCLUSIONES



Quiero comenzar mis conclusiones destacando, *grosso modo*, los hallazgos a los que como investigador “llegué”, ayudado por un trabajo documental que no dejó de actualizarse y enriquecerse con múltiples voces y miradas teóricas, y por uno de campo donde, favorecido por la suerte, conocí a Fabián, Daniel y Octavio, tres hombres extraordinarios que compartieron su tiempo conmigo y participaron de manera siempre abierta y entusiasta, dejándome irrumpir en sus vidas para que “viera” y “leyera” en ellas mucho más de lo que muy probablemente suelen permitirle al resto del mundo, en una relación que, ahora lo veo así, se fue desarrollando en distintos grados y modos de amistad, algunas veces en sus espacios privados; otras, en lugares públicos, pero siempre bajo una tónica de afecto y cercanía que posibilitó la representación de su experiencia corposubjetiva ante los temas-eje de mi investigación, en un texto único –la producción narrativa en sí–, que resulta particular no sólo por las características formales que definen sus funciones y alcances como técnica metodológica en estudios de corte feminista; sino también por la esencia misma de sus verdades situadas –tan singulares como la vida de cada protagonista–, lo que en esta tesis significó explorar aspectos de suma importancia para mí en la construcción de la masculinidad trans, y, al mismo tiempo, aportar más elementos de conocimiento

y aproximación que la perspectiva parcial posibilita, ante fenómenos sociales como la violencia y el poder masculinos, y las prácticas estratégicas mediante las cuales un hombre (trans o no trans) puede asumirse, construirse y mostrarse como tal en contextos como los de la CdMx.

Todo lo dicho en el párrafo anterior quizá no hubiese sido posible de no haber existido justamente esa relación de simpatía, cariño y confianza que mis tres informantes y yo construimos en el decurso, cuando les presenté los objetivos de mi proyecto y sus puntos de partida teórico-conceptuales. En ese entonces –por ignorancia y/o inexperiencia–, ni siquiera tenía tan claro que la tesis se enmarcaría en la epistemología feminista, ni que, más aún, se asumiría como tal, con esa seguridad jactanciosa, desde el título mismo. Ahora, gracias a este trabajo, puedo enumerar los tres rasgos más importantes que, al menos para mí, definen o, probablemente, deberían caracterizar a una investigación feminista:

- 1) un tema que suponga la reflexión de *algo* donde la cultura de género tenga conexión directa con nuestras formas de vivir la identidad genérica y, a partir de ella, relacionarnos con *el otro* en cualquier ámbito de la vida social humana;
- 2) la intención implícita o explícita de aportar al debate público, de manera directa o indirecta, algún elemento de conocimiento que abone en entender las estructuras que estructuran el género y que dan lugar a tantas inercias y malestares (colectivos o existenciales), para así apostarle a mejorar las condiciones de vida de mujeres y hombres –o, simplemente, personas diferenciadas por cualquier caracterización corporal y subjetiva de la cultura de género– en las distintas esferas sociales donde conviven, y
- 3) ya en la praxis científica, un proceso abierto a la resignificación de lo que la ciencia clásica y hegemónica aún denomina –y legitima como– *verdad científica, conocimiento científico,*

*validez científica, método científico, etcétera\**, en cuyo camino, y en miras de sustentar la científicidad de lo que se estudia –el caso, el fenómeno, los presupuestos y desarrollos teóricos que pudiesen devenir de él–, puede observarse una apertura a propuestas teóricas y metodológicas que han enriquecido la apuesta feminista por revolucionar el quehacer científico, pero también una cierta flexibilidad en la arquitectura de los discursos. De una u otra manera, esto ha dado cabida a métodos y técnicas como las mencionadas y/o utilizadas en el presente trabajo; o a adoptar licencias de otros ámbitos discursivos, a veces a costa de los aspectos más formales de la lengua y la ciencia, o de las convenciones más arraigadas de la tradición académica, aquellas que, desde hace un largo tiempo, han definido y determinado las diferencias, la frontera “infranqueable” (según la óptica tradicional), entre lo “científico” y lo “no científico”. A este respecto, Haraway (1997, 2004) nos dice de nuevo que

...en la lógica de la ciencia clásica el método aparece como lo importante, el lugar de legitimidad desde donde se justifica la producción de conocimiento a modo de “descubrimiento”, desde una posición de sujeto investigador neutral e imparcial. El rechazo a esta mirada androcéntrica de la ciencia ha puesto el foco, por parte de las investigadoras feministas, en aspectos como los contextos de enunciación o los efectos de las investigaciones, así como en las condiciones en que el conocimiento es producido y legitimado. (Nagore y Montenegro, 2014: 64)\*\*

---

\* A pesar de no ser excluyente, esta singularidad parece ser cada vez más reiterativa en investigaciones feministas o con perspectiva de género.

\*\* Sin embargo, esa última singularidad de la ciencia y el discurso feministas, definitivamente, va más allá de mostrar enconos históricos y hacer patente la rebeldía de sus luchas políticas; o de incomodar con el ruido que representan en el lenguaje los asteriscos y las arrobas; o de provocar gratuitamente al sistema donde se sigue reproduciendo la obsesión objetivista de la ciencia clásica, para destruir y/o desestabilizar las cosas que sí se han hecho bien. En realidad, creo que este camino ajeno a la ortodoxia, con el que la epistemología feminista ha venido resignificando el discurso científico y sus métodos –reivindicando, por ejemplo, el papel de las emociones y las perspectivas parciales, o el de la subjetividad de quien investiga– ha sido el producto natural de esa libertad que la propia epistemología viabiliza, en aras de explorar y entender de otra manera los fenómenos y darle a la verdad científica una vuelta de tuerca, lo que por sí mismo continuará implicando la resistencia del sistema científico que, durante siglos, ha dictado, detentado y vigilado las reglas de este juego de la verdad en torno al papel activo de quienes investigamos.

Tras la elaboración de las producciones narrativas y mi análisis posterior sobre ellas, todas estas reflexiones epistemológicas me permitieron entender no sólo que “los estereotipos y las normas de género son inconsistentes en sí mismos”, tal y como bien afirma Amuchástegui (2001: 116), “sino que las prácticas de las personas rara vez se ajustan a ellas, de modo que, si pretendemos investigar bajo esta concepción, corremos el riesgo de negar las diferencias y las inconsistencias de la experiencia de ser hombre”.

Así, lejos de buscar regularidades o patrones generalizadores de comportamiento y acción en torno a las categorías que componen el tema de mi trabajo y sus objetivos, lo que logré *entender* al final es que no hay una forma única de *entender* asuntos tan dependientes de la experiencia individual como la masculinidad o la violencia y el poder ejercidos por los varones. De ahí que, al menos para mí, resulte irrelevante –o, incluso, riesgoso, por lo que se ha venido diciendo hasta aquí–, asignarle alguna tipología o clasificación conceptual a la masculinidad que Fabián, Daniel y Octavio decidieron ir (de)construyendo a lo largo de su vida y hasta el presente; o que la violencia y el poder, vividos y ejercidos durante su devenir –primero, como mujeres socializadas a la fuerza, y, posteriormente, como varones trans–, se agrupen en categorías fijas, universales, de experiencia, como si eso tuviera alguna utilidad real en la indagación y el conocimiento del problema;\*\*\* o que confronte mi marco teórico-conceptual –que, para efectos de la técnica metodológica aquí empleada, fue sólo un punto de partida y aproximación– con las perspectivas que mis informantes expresaron sobre cada problema planteado, valiéndose de su propio acervo lingüístico, a través del

---

\*\*\* Esto me lleva a pensar en cuán importante es identificar (y comprometerse con) los propósitos reales de un estudio social. Si bien es cierto que la tradición positivista nos enseñó a medir, cuantificar, conceptualizar, teorizar, predecir e, incluso, tratar de controlar fenómenos y problemas de la naturaleza y la sociedad, pareciera que la inercia de esa praxis volvió más importante ser *correctos* y rigurosos en las formas y apariencias de nuestro discurso (estructura, jerarquización, conceptualización, objetividad, uso obligatorio de la tercera persona gramatical...), que en la esencia y el alcance de lo que se dice en la investigación, e, inclusive, la correspondencia entre la realidad y la descripción que se hace de ella.

diálogo y la producción escrita de una narrativa. En realidad, el abordaje de esos problemas (*masculinidad, violencia y poder masculinos, deconstrucción*), su importancia como aporte al conocimiento, comienza y termina en la propia producción narrativa; lo demás –lo que haya interpretado yo, la teoría que elegí para describir el tema y justificar su problematización– es accesorio y –me atrevo a decirlo así– secundario, si logramos entender que en estudios sociales como este, lo novedoso y significativo será la verdad situada sobre el problema que se busca comprender. Quien investiga –yo, en este caso– termina siendo un medio para ese fin. El feminismo nos vino a enseñar que ningún malestar de la sociedad habrá de modificarse si no conocemos a fondo las particularidades de sus miradas y voces, es decir, su multiplicidad de perspectivas y contextos ante el problema que se estudia, cualquiera que este sea.

## 6.1. Emoción, recurso epistémico

Otro de los puntos que quiero destacar aquí es el de las emociones, tan mentadas en todo este trabajo para entender a mis amigos informantes, así como la masculinidad y a mí mismo en distintos momentos del proceso mediante el cual fui elaborando el trabajo. Reproduzco aquí algunos fragmentos de Solana y Vacarezza (2020):

Un corolario de la oposición entre razón y emoción es la creencia de que para que el conocimiento sea riguroso, sólido y objetivo debe estar guiado por razones y no por pasiones. Si bien hay una serie de afectos que suelen vincularse a la vocación científica –curiosidad, amor al saber, miedo a lo desconocido–, estos son asignados al contexto de descubrimiento, pero no al de justificación y, por ende, son considerados epistemológicamente irrelevantes. El conocimiento científico, según esta mirada, debe ser objetivo, racional y desapasionado; el

método científico y la replicabilidad son lo que garantiza la exclusión de todo elemento subjetivo que comprometa la neutralidad de la ciencia. [...] Frente a esta imagen positivista de la ciencia, las epistemologías feministas proponen reformular la idea de objetividad de modo tal que no necesite excluir los valores contextuales que suelen estar presentes en la formulación de teorías científicas [...] Las comunidades científicas no solo hacen uso de valores internos –adecuación empírica, simplicidad, predictibilidad, coherencia con otros estudios– sino, a menudo, de valores aprendidos socialmente –estereotipos sobre los géneros, prejuicios sobre la sexualidad, etc. [...] El punto no es que la ciencia esté libre de valores sociales, sino que sea posible explicitarlos, someterlos a evaluación y eliminar aquellos que reproducen prejuicios y estereotipos sexistas, racistas y clasistas. La apuesta feminista no es rechazar las explicaciones científicas sino, por el contrario, contribuir a la producción de mejor ciencia, a saber, una ciencia que no pierda valor explicativo y predictivo por estar atravesada por sesgos opresivos (Haraway, 1995; Harding, 1987). Las epistemologías feministas, así, tienden a enfatizar el carácter social de la producción científica. La noción de conocimiento situado, desarrollada por Donna Haraway (1995), condensa la idea de que el cuerpo, la perspectiva y el lugar social de quienes producen saberes afecta el modo en que esos saberes son producidos. Es en este marco general que debemos situar la propuesta feminista de revalorizar las emociones como recursos epistémicos.

Y si quiero enfocar ahora mi reflexión en este punto es porque el tema de la subjetividad emocional no es sólo un enorme problema para la ciencia hegemónica occidental y la teoría social (*cfr.* Seidler, 1995, 1997 y 2000), sino, antes que cualquier cosa, para los hombres de nuestra cultura y, por añadidura, para mí mismo: individuo socializado como varón y ahora ejecutor de todo este discurso académico que, producto de un trabajo prolongado (espinoso, a veces), pretendió justificar y erigir con “armaduras científicas” un eje temático de problemas que, en gran medida, tienen una relación directa con las emociones. De ahí que el presente discurso pretenda también ser un registro, una constancia, de los cambios que como varón sufrí (en todos los sentidos aceptados por la RAE) al irme conociendo, deconstruyendo y confrontando con muchas de las

características que, según yo, me hacían sentir hombre y me definían como tal de manera casi siempre inconsciente.

## 6.2. Mi(s) crisis y la(s) crisis de los hombres

Reconozco que este trabajo conmigo mismo (los casi tres años en los cuales fueron transformándose mis maneras de concebirme hombre y vivir mi masculinidad) también fue posible gracias a la proximidad afectiva que, en distintos grados de confianza, entablé con mis amigos informantes (Fabián, Daniel y Octavio), y al hecho de identificarme y reconocirme en las experiencias que fueron compartiendo conmigo; primero, en nuestros encuentros, y, posteriormente, en la coproducción de las narrativas, cuya hechura conjunta no sólo me permitió un cierto desahogo con ellos, sino que dio lugar a una labor constante y difícil, exhaustiva, de relectura a sus vidas, de conversación entre la narración biográfica y el marco teórico elegido, lo que a la postre significó un ejercicio hermenéutico (doloroso, sí, pero necesario y liberador) con mi historia personal.

Fue así como llegué a la que quizá sea la conclusión más importante de este proceso: mi problema (¿el de todos los varones, el de la ciencia hegemónica y objetivista, el del sistema económico, político, cultural, social... que las encarnaciones de nuestro género pretenden detentar a costa de lo que sea?) han sido siempre las emociones y, de manera muy particular, el amor y la tristeza, pues a pesar de sentirlos hondamente, a veces con extremo dolor y ansiedad, mis caminos de “salvación”, quizá como los del grueso de varones, consistieron en alejar de mí a quienes pretendían demostrarme más amor del que yo estaba acostumbrado; reaccionar con violencia(s) ante aquell\*s que cuestionaban mis dolores profundos, sus posibles causas, o que contradecían mis

formas (auto)destructivas de ser hombre; aislarme; evadirme; guardar silencio; huir; fingir indolencia; rodearme, enamorarme, de personas más enérgicas, mentirosas, violentas e indolentes que yo; perderme; intoxicarme de formas cada vez más letales...

En ese tenor, y si es cierto que, tal y como afirman divers\*s teóric\*s del género, la tarea primordial de un varón consiste en revalidar y reafirmar sin cesar su masculinidad a los ojos del mundo; es decir, en demostrar, imponer y dejar claras, públicamente, su hombría, su fuerza, su razón (aunque no la tenga), su temeridad, su superioridad ante lo que es “propiaamente femenino”; su capacidad de creerse inmune a la muerte y a cualquier conducta de riesgo, de resistir y no atender sus dolores (emocionales o físicos), de ser apto para callarse aquello que lo entristece o vulnera..., es muy probable que, en el fondo, el origen de algunas crisis violentas que vive hoy la humanidad debiera comenzar a rastrearse con más atención en las maneras con las cuales enfrentamos las emociones devenidas de nuestras crisis de identidad y/o relacionales (laborales, políticas, familiares, amorosas, sexuales...). Así, en vez de azuzar aún más la rabia de los hombres concretos con quienes nos relacionamos, deberíamos comenzar ya a reconocer que tod\*s l\*s human\*s somos víctimas de esos procesos históricos de socialización que nos pusieron en las antípodas a hablar y actuar un discurso sobre “lo femenino” y “lo masculino” (que, dicho sea de paso, los varones tampoco comprendemos muy bien), y que deconstruir todas las historias y estrategias performativas que se remiten a tiempos inmemoriales no va a ser posible estigmatizando a ese género “contrario” (al menos en su definición ontológica) que la cultura configuró así. Ante eso, creo que l\*s feministas y quienes nos asumimos pro-feministas podemos aportar mucho al respecto para cambiar la tónica de esta disputa que, al menos en México, está tornándose algo parecido a una guerra de reclamos y gritos entre sexos y no en lo que debería ser: un debate constructivo en el que vayamos deconstruyéndonos conjuntamente, comprendiéndonos,

escuchándonos activamente. Si realmente anhelamos una reconciliación de los géneros, una convivencia más armónica y saludable entre ellos, en todos sus niveles de acción y relación, el debate social sobre cuestiones tan importantes como la violencia que se vive en (y desde) nuestros propios cuerpos, debe hacerse con una verdadera perspectiva de género, es decir, comenzando por efectivar lo que, según la RAE, significa la propia palabra *perspectiva*: del latín *perspicĕre*, “mirar a través de (nosotr\*s)”, “observar(nos) atentamente”. Y esto, porque la masculinidad hegemónica, como sistema configurador de cada cultura, “es represiva y nociva tanto para los hombres como para las mujeres” (Jiménez, 2003: 61). El hombre, nos dice esta autora,

...ha sido siempre lo “neutro” de la humanidad, lo dado por hecho, lo que no había que explicar ni confrontar. En cambio, a las mujeres se nos ha asignado ese espacio de excepción; somos, para muchas disciplinas, el objeto de exploración, reflexión e intervención [...] Lo masculino se ha definido en negativo, es aquello que *no es*: lo que no es femenino, lo que no es homosexual. Así, por ejemplo, Bonino [2000] establece que los valores masculinos son el paradigma de la normalidad, de la salud mental, de la madurez y de la autonomía, mientras que la mayoría de las anormalidades psíquicas afectan [según esta óptica masculina, sólo] a las mujeres. [...] No obstante,] los hombres son los protagonistas de la mayoría de los disturbios de la salud pública (farmacodependencias, suicidios, abusos, violaciones, etcétera). (*Ibíd.*) [Las cursivas de este extracto son mías]

En consonancia con lo que expone Jiménez, no es de extrañar que en el terreno de la salud, por ejemplo, las tasas de mortalidad en México por enfermedades cardiovasculares, tabaquismo, consumo de drogas, diabetes, hipertensión... las encabece la población masculina (INEGI, 2019), o que ocho de cada diez personas que se suicidan en el país sean varones (INEGI, 2020), o que, en el tiempo que ha durado la crisis sanitaria por el Covid-19, la cantidad de defunciones sea considerablemente mayor en el caso de los hombres, con una tasa variable de entre el 65 y 68% del total de muertes (Kánter, 2020). Esta última realidad cuantitativa es visible en casi todos los

países del mundo, a decir de las cifras publicadas por *Frontiers in Public Health* (“Coronavirus en México...”, 2020), en las que es posible verificar (con ligeras variaciones de puntos porcentuales) la prevalencia de muerte en los hombres.

A este respecto, conviene revisar la siguiente cita:

Este patrón sobre mortalidad masculina por COVID 19 se ha observado también en otros países, sin embargo, su análisis es aún incipiente ante la emergencia sanitaria de la pandemia. Las pocas hipótesis que se han planteado al respecto han puesto en el centro de atención la mayor longevidad de las mujeres en comparación con los hombres, ejemplo de ello, es la esperanza de vida que en promedio es mayor en casi todos los países del mundo. En el caso particular de México, las mujeres han alcanzado una esperanza de vida de 78.1 años, en tanto que en los hombres es de 72.4 años en 2020, es decir, 5.7 años de diferencia en favor de las mujeres. (Kánter, 2020: 9)

Lo extraño de todo esto, y es ahí adonde quiero llegar, es que ningún estadista o representante del gobierno mexicano (o, incluso, de cualquier otro país) haya manifestado hasta ahora alguna preocupación genuina por tratar de entender y reflexionar lo que subyace en esas diferencias estadísticas, pues, si bien es cierto que los motivos de muerte por Covid en la población masculina obedecieron en gran medida a complicaciones derivadas de su particular estilo de vida y/o de una larga lista de enfermedades (algunas de ellas, silenciosas), hay preguntas que brillan por su ausencia y que ya deben comenzar a plantearse públicamente, por muy complejas que resulten; enumero algunas de ellas: ¿Por qué los hombres tienen esos estilos de vida?; ¿qué los lleva a enfermarse?; ¿por qué son más propensos a consumir sustancias adictivas y a morir?; ¿por qué están tan airados?; ¿por qué guardan tanto silencio?; ¿por qué se suicidan más que las mujeres?; ¿por qué el 70%, aproximadamente, de las personas que acuden a terapia psicológica

son las mujeres y no los hombres? (Tovar, 2016); ¿por qué parece ser que ellos no se cuidan tanto como ellas?; ¿por qué la esperanza de vida en ellas es 5.7 años mayor que en ellos?

Este debate, que pretende ahondar en las estructuras más profundas de la cultura de género para visibilizar abiertamente tales paradojas sociales (donde también se cuentan sus repercusiones en la salud pública y en la integridad de las mujeres y “minorías sexuales”), fue inaugurado en México hace pocos años por diversas organizaciones académicas y ONG pro-feministas o de estudios sobre masculinidades, pero, desgraciadamente, ha sido desoído o minimizado por los gobiernos, incluidos todos los que sucedieron al de la “alternancia” foxista, cuando se creó el Conapred y hubo, al menos en apariencia, la buena intención de crear esta sinergia de conocimientos entre disciplinas científicas y humanísticas, actores sociales y representantes de la sociedad civil, dando lugar a acciones positivas como la creación de leyes contra la violencia misógina, o tipificando a nivel constitucional el feminicidio, la discriminación y los derechos civiles de otras poblaciones vulnerables. Sin embargo, el foco sigue estando en los síntomas, mas no en la enfermedad, en la estructura profunda del problema.

En medio de esta discusión, y volviendo al tema de los hombres, no podemos desterrar del debate la realidad que demuestran las estadísticas más recientes, donde vuelve a salir a la luz eso que se naturalizó (desdeñó, minimizó) no sabemos cuándo: *que los hombres, por el simple hecho de serlo, tenemos más riesgo “natural” de morir*, una realidad que, si se lee con sesgos o con los lentes equivocados, podría interpretarse como un alegato, una estrategia más del patriarcado (que operó en mí tal vez con el objetivo de distraer lo que la agenda feminista ha venido reclamándonos), para minimizar el terrible problema de la violencia misógina y los feminicidios que (sí, es cierto) siguen vulnerando a las mujeres, atemorizándolas, maltratándolas, desapareciéndolas... Y frente a esta posibilidad de malinterpretación sólo puedo decir dos cosas:

1. Si realmente queremos entender a esa entidad que, por mala costumbre, llamamos “el género opuesto”, debemos reconocer (nunca negar), desde el lenguaje con el que le hablamos y nos confrontamos, todo aquello que lo vulnera. Nuestros discursos, ya de por sí contrapuestos, están viendo al “enemigo” en el lugar equivocado, si es que resulta legítimo hablar de enemigos en esta búsqueda madura de reconciliación y transformaciones. En todo caso, creo que si existe un enemigo al que debemos encarar y cuestionar es al régimen de verdad con el cual se fue modelando nuestra cultura de género; no a nuestr\*s compañer\*s, novi\*s, espos\*s, hij\*s, amig\*s, (des)conocid\*s, vecin\*s..., con quienes sí debe efectuarse el reclamo, la aplicación de leyes y normas, frente a cualquier acto de violencia por cuestiones de género, pero también comenzar a hablar, desde el afecto y la escucha compasiva, lo tirante que hay en cada lado del binomio y su ecuación.
2. Esta reflexión, este rastreo que tal vez requiera iniciar en las emociones de los hombres (su funcionamiento, sus formas de expresión, canalización y/o represión), debe hacerse no sólo desde la academia, sino también a través de las políticas públicas y educativas en cuyos discursos, que al final legitiman y promueven las directrices para buscar la vitalidad, la convivencia y la armonía de (y entre) los Estados y sus poblaciones, parecieran traslucir más bien el recelo o la ignorancia de sus estadistas y representantes ante un tema tan “subjetivo”, al que tal vez consideren todavía una materia que corresponde sólo al universo de las artes y las ciencias conductuales, como si las emociones y todo lo que se desprende de ellas, por el hecho de experimentarse íntimamente, no tuvieran repercusiones (directa o indirectamente) en nuestra vida social, donde, por desgracia, las mujeres pagan una buena cuota de ese precio.

Al conocer algunos trabajos feministas o con perspectiva de género, una de las cosas que más llamaron mi atención fue el hecho de que sus creador\*s *utilizaran* experiencias de su propia vida como puntos de comparación en algunos desarrollos de su trabajo científico. No puedo negar que esto me causó recelos en un principio; inercias, tal vez, del discurso científico que estaba acostumbrado a leer y que, aún como estudiante, pretendía emular. De ahí que el hecho de referir (o pensar en) anécdotas de mi vida, me pareciera ocioso y narcisista cuando comencé a redactar este trabajo, tal y como un amigo sociólogo me lo expresó,\*\*\*\* quizá por sus recelos a la epistemología feminista, o en su afán de entender por qué usaba yo tanto la primera persona gramatical y me tomaba a mí mismo, con semejante recurrencia, como un referente directo para explicar (de forma complementaria, comparativa o paralela) algunos aspectos y temas desarrollados en mi investigación; esto, a través de vivencias y experiencias propias que evoqué en distintos momentos del trabajo teórico y de campo, y que, a veces sin quererlo, me traían imágenes poderosas, vívidas, que creía superadas u olvidadas, pero que, en todos los casos, me ayudaron a entender y aclarar bastantes aspectos de lo que investigaba en tales momentos, muy a pesar de (o quizá gracias a) las emociones que cada rememoración re-suscitaba en mí, en especial cuando Fabián, Daniel y

---

\*\*\*\* Lejos de sentirme ofendido, le expliqué a mi amigo algunas de las propuestas teóricas que aquí se revisaron: *la perspectiva del conocimiento situado, el embodiment, la antropología encarnada, la corposubjetivación, los itinerarios corporales*, etc., apelando al margen de libertad que, en formas y grados distintos, han aportado a la epistemología feminista para considerar la experiencia, el papel existencial, de l\*s sujet\*s investigador\*s en la producción científica. Tras ello, le parafraseé a mi colega la respuesta que Pierre Bourdieu dio en una de sus entrevistas, cuando se le cuestionó, entre otras cosas, sobre por qué se resistía a hablar de sí mismo en sus trabajos. Cito a continuación lo que este sociólogo francés le dijo a su entrevistador, pues, a pesar de que ni siquiera alude la naturaleza de los trabajos feministas, y mucho menos refiere la libertad de l\*s sujet\*s cognoscentes para articularse en (y como) discursos productores de conocimiento (*per se*), sí reconoce haber hecho con su trabajo una suerte de “socioanálisis”, como una “forma de terapia que, al mismo tiempo, me ha permitido ofrecer herramientas liberadoras para otros. [...Aunque] mi discurso sociológico está separado de mi experiencia personal por mi práctica sociológica [...nunca] dejo de tomarme como objeto, y en esto no hay narcisismo; lo hago de este modo en tanto que yo mismo represento una categoría [...]” (Quemain, 2006: 28-49)

Octavio llegaron a compartir conmigo situaciones dolorosas o difíciles de su vida. Esto me hizo pensar en lo que reflexionó Ramírez Matheus (2015) en una de las premisas principales de su tesis,\*\*\*\* donde entroniza el valor de las emociones como catalizadoras de esas nuevas formas de conocimiento que los estudios de género, el feminismo teórico-académico y ciertas teorías sociológicas y antropológicas comenzaron a posibilitar en el trabajo científico; esto, en consonancia con lo que Juan Antonio Flores Matos (2010: 12) defiende: Las emociones, al tiempo que nos acompañan inevitablemente en la investigación, “<<componen>> y <<contaminan>> nuestra situación de campo, [...lo que puede] aclarar nuestra lente etnográfica [...y permitirnos] conocer y comprender cuestiones que, de otro modo, quedarían fuera de nuestro alcance” (citado por Ramírez, 2015: 6-9). En ese tenor, y totalmente de acuerdo con lo que dice Jiménez Guzmán (2007: 101), “la maravilla de la categoría [género] es que ‘desnaturalizó’ [las] desigualdades [entre hombres y mujeres] y dio posibilidad de cuestionar y transformar” lo que le hace daño al tejido social.

#### 6.4. Concluir es renacer (o morir)

Este entendimiento tan profundo que logré tener sobre la vida de Fabián, Daniel y Octavio, que a su vez me permitió comprender más quién soy, por qué me comporté así durante mucho tiempo y por qué somos así quienes nos identificamos con el mote genérico de **hombres**, definitivamente

---

\*\*\*\* Me refiero, justamente, a la del afecto y la proximidad hacia (y con) l\*s informantes, así como a la libertad de compartir estados emocionales con ell\*s, para llegar a lo que Ramírez considera un conocimiento a partir del afecto, y a la utilidad del primero en la búsqueda de transformaciones sociales y de la propia transformación de quien investiga.

no habría sido posible sin el conocimiento que adquirí en el posgrado y la redacción de este texto; pero tampoco, sin las circunstancias que se desencadenaron en el transcurso de estos más de tres años: mi divorcio, la enfermedad repentina de mi padre y su muerte, la enfermedad de mi hermano Jahanan, el encarcelamiento de otro hermano, mi recaída en las drogas duras y el alcoholismo, el suicidio de mi expareja, mi enamoramiento por un yonqui peligroso, su infidelidad sorpresiva, mi rompimiento con él, mi experiencia cercana a la muerte en un carro, luego de un viaje de anfetaminas, mezclado con Torres X, ácidos y mariguana, y otros conflictos cotidianos que vinieron a mostrarme, al igual que los primeros, cuánta relación, directa o indirecta, tenían con el tema *masculinidades* y los otros ejes de mi investigación, y cuán necesario (¡urgente!) se volvió para mí el hecho de renacer en otra cosa y tomarme en serio el ejercicio de deconstruir no sólo mi “*ser hombre*” y mis maneras de estar en (y con) el mundo, sino también los sustentos discursivos de mis emociones, mi deseo erótico y mis conceptos de *amor* y *felicidad*. Poco a poco, esto me ha ayudado a perdonarme y perdonar a quienes escupieron, tacharon o le arrancaron páginas que no debían al libro donde se escribía mi historia, personas (porque son personas; víctimas, como yo, de un mismo sistema) que, queriéndolo o no, se llevaron algo de mí, haciéndome sentir incompleto y, a veces, vacío, execrable, insignificante, reutilizable... por un tiempo largo de mi existencia.

Y aunque ya estoy concluyendo varias de las historias (cerrando sus respectivos paréntesis) que volvieron incomprendible la *gran historia*, el gran viaje que, supongo, sólo debe encaminarse hacia la felicidad, no puedo negar que aún tengo miedo y me duelen partes de ese *otro* que yo era, al menos hasta antes de mis primeros intentos por deconstruirme; duele, por ejemplo, saber que mi deseo sexual y las formas que lo engancharán mediante discursos de amor e ilusión con las personas que lleguen a mi vida, deberá ser distinto, nuevo, si realmente quiero experimentar otras maneras de gozar el amor y la compañía de quien quiera estar conmigo; incluso estoy aprendiendo

a pensar la posibilidad de estar solo, de aprender a estar solo, si no llego a conocer a alguien que tenga, al menos, algo de perspectiva de género y un trabajo previo de reflexión sobre su manera de ser hombre, mujer o trans (pues hace unos meses descubrí que me gustaba un chico trans, es decir, me estoy volviendo pansexual), todo lo cual me genera vértigo y un poco de angustia, algo tal vez parecido a lo que sienten los damnificados por los tornados, cuando después de la tormenta llegan a lo que era su casa para quitar los escombros y construirse una vivienda más resistente a las inclemencias. Las sensaciones que me deja tamaña realidad son muy similares a los síntomas de abstinencia que estoy viviendo hoy en día desde que inicié mi tratamiento psiquiátrico contra la adicción a varias de las drogas que aún paladeo con nostalgia (de hecho, el simple acto de mentarlas ahora me hace agua la boca). Esto me hace recordar algo que confesó Daniel en su narrativa: “Pienso que para muchos hombres es más fácil sostenerse en un dolor que ya conocen (es decir, el dolor de ser los hombres que la sociedad les ha pedido ser), que vivir un dolor desconocido, al cambiar por completo su forma de ser hombres. Eso genera muchas incertidumbres, y da miedo, por supuesto que sí”. Una verdad de ese tamaño, que conozco muy bien porque más de una vez renuncié al dolor que implicaba para mí imaginar la posibilidad de ser otro, de dejar las drogas, de abandonar relaciones de amor violentas y destructivas..., he podido enfrentarla con nuevas estrategias, gracias a la psicoterapia y a una disciplina personal que a veces cojea, pues no puedo negar que sigo siendo adicto y que he tenido dos o tres recaídas. No obstante, me siento orgulloso de mí por haber sobrevivido a mí mismo y por haber llegado a este punto en el que puedo desnudarme como tal vez nunca lo había hecho, de la misma manera en que Fabián, Daniel y Octavio lo hicieron para permitirnos entender sus perspectivas particulares y situadas sobre la violencia y el poder masculinos. Esto, porque los tres –Fabián, Octavio y Daniel– (como en las mejores novelas que uno podría leer) son personajes protagonistas de una vida única, de la

que cualquier persona podría, sin lugar a dudas, aprender bastante, principalmente si se trata de sujetos masculinos en (de)construcción.





# REFLEXIÓN FINAL Y AGRADECIMIENTOS

**N**o puedo dejar de emocionarme cuando veo el *antes* y el *después* de esta experiencia que comenzó en 2017 y que estoy concluyendo ahora, redactando las líneas que aún me falta escribir. Ahora, en retrospectiva, lloro de felicidad y gratitud por no haber efectuado solo este viaje y de que me hayan acompañado las personas que debían estar conmigo, porque querían, porque me aman, porque deseaban verme bien. De igual forma, agradezco a la doctora Olivia Tena por todo lo que aprendí con ella en los seminarios, coloquios y reuniones conmigo, y por su paciencia, cariño y aliento cuando más me sentía perdido. También, y por compartir su conocimiento, a los doctores Juan Guillermo Figueroa, Lucero Jiménez y mis profesores y compañer\*s de posgrado en las distintas materias y seminarios que cursé con ellos. Y finalmente, a mi madre, mis herman\*s y mis amig\*s, que me rescataron en diversas ocasiones, me recogieron del suelo, me regañaron, me dieron de comer, me abrazaron, me llevaron al hospital, me dieron alojamiento cálido en sus hogares... A todos ustedes, gracias. Gracias por no soltarme. Ustedes son mi tribu, una tribu mantenida, hasta la muerte, por el amor.

Y ahora sí, para cerrar la conclusión con el broche de oro, no puedo omitir despedirme de quien yo era, cerrar sus paréntesis, sus historias que se perdieron por ahí. Darle un último abrazo a ese *otro*, agradecerle, y retomar el sentido de mi historia, porque el tiempo se nos sigue yendo.

A ti, Juan Pablo, amigo mío, mi mejor compañero de vida, te regalo este nuevo paréntesis para que escribas en él una o más digresiones, las que tú quieras, esas que te hagan reír y llorar, seguir sintiendo, emocionándote, conociendo, creciendo. Y si te pierdes otra vez, no importa, sólo pon el signo de cierre, ese que ya aprendiste a utilizar, y vuelve a abrir todos los paréntesis que quieras. Nomás no olvides que desde el comienzo de todo teníamos el verbo más milagroso del universo, ahí está, ahí sigue: su infinitivo sin géneros: **Existir**, su magia, adonde siempre podremos regresar.

Ciudad de México, abril de 2021.





# REFERENCIAS Y FUENTES DE CONSULTA



- ♂ Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Trad. Antonio G. Cuspina). España: Pre-Textos.
- ♂ \_\_\_\_\_(2005) *Estado de excepción*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.
- ♂ Aguirre-García, Juan C. y Jaramillo-Echeverri, Luis G. (2010). “La ciencia y el sentido común”. En *Revista Universidad de La Sabana* [en línea]. Colombia: Universidad de La Sabana. Recuperado el 2/05/2020, en <https://educacionyeducadores.unisabana.edu.co/index.php/eye/article/view/1735/2337>.
- ♂ Alesina L. et. al. (2011). "Principales técnicas de investigación". En Batthyány K. y Mariana Cabrera (coord.). *Metodología de la investigación en Ciencias Sociales: Apuntes para un curso inicial*. Montevideo, Uruguay: UCUR.
- ♂ Amuchástegui H., Ana (2001). “La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México”. En *La ventana* [en línea], (14). Guadalajara, México: UDG. Recuperado el 11/01/2021, en <https://www.redalyc.org/pdf/884/88412394005.pdf>
- ♂ Balash, Marcel y Montenegro, Marisela (2003). “Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas”. En *Encuentros en Psicología Social* 1(3), España, pp. 44-48.
- ♂ Briceño Guerrero, José M. (1970). *El origen del lenguaje*. Caracas, Venezuela: Universidad de Los Andes-Proyecto Iconos de la ULA. Recuperado el 6/12/2019, en [http://www.saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/15560/origen\\_lenguaje.pdf;jsessionid=3EA954F0412899CE737883B06D494C39?sequence=1](http://www.saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/15560/origen_lenguaje.pdf;jsessionid=3EA954F0412899CE737883B06D494C39?sequence=1).

- ♂ Bonino, Luis (2002). “Masculinidad hegemónica e identidad masculina”. En *Dossiers Feministes* (6). *Masculinitats: Mites, de/constructions. Mascarades*. España: Dossiers Feministes, pp. 8-35. Recuperado el 7/11/2019, en *Dialnet* [en línea], <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/118121>.
- ♂ Burín, Mabel y Meler, Irene (2000). *Varones, género y subjetividad femenina*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- ♂ Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina* (Trad. Joaquín Jordá). Barcelona, España: Anagrama (Colección Argumentos).
- ♂ \_\_\_\_\_ (2007) [1980]. *El sentido práctico* (Trad. Ariel Dillon). Argentina: Siglo XXI Editores.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2008) [1984]. *Homo academicus* (Trad. Ariel Dillon). Argentina: Siglo XXI Editores.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2012) [1979]. *Bosquejo de una teoría de la práctica* (Trad. Mónica C. Prado). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- ♂ \_\_\_\_\_ (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. (Trad. M. del Carmen Ruiz E). Madrid, España: Taurus.
- ♂ Bullough, Vern. (1998). “La transexualidad en la historia”. En Nieto, J. (comp.). *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género* (2ª ed.). Madrid, España: Talasa Ediciones.
- ♂ Butler, Judith (2007) [1990]. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (trad. Ma. Antonia Muñoz). España: Paidós.

- ♂ \_\_\_\_\_ (2002) [1993]. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- ♂ Butler, J., Laclau, E. y Zizek, S. (2005). *Giving an Account of Oneself*. Nueva York, Estados Unidos: Fordham University Press.
- ♂ Burin, M. y Meler, I. (eds.) (2000). *Varones: Género y subjetividad masculina*. Argentina: Paidós.
- ♂ Cabral, Mauro (2006). “La paradoja transgénero”. En *Ciudadanía Sexual, Boletín electrónico del Proyecto sexualidades, salud y Derechos Humanos en América Latina* (18), Año 2, pp. 14-19. Recuperado el 7 de octubre de 2018, de <http://www.ciudadaniasexual.org/boletin/b18/articulos.htm>
- ♂ \_\_\_\_\_ (2011, 2 de octubre). “¿Por qué el asterisco?”. En *Página 12* [en línea]. Recuperado el 3 de abril de 2019, de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/subnotas/2134-192-2011-10-02.html>.
- ♂ Carrillo Guerrero, Lázaro (2005). “Texto y realidad: procesamiento retórico”. En *Barcelona Language Literature Studies*. España: Universidad de Granada-Edicions de la Universitat de Barcelona, pp. 1-16.
- ♂ Castelar, Andrés (2012, julio-diciembre). “Judith Butler y la deconstrucción del sujeto cartesiano”. En *Rastros Rostros* (28), Vol. 14, pp. 29-42. Bogotá, Colombia: Universidad Cooperativa de Colombia.
- ♂ Castro, Edgardo (2004). *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Argentina: Prometeo 3010-Universidad Nacional de Quilmes.
- ♂ Castro, P. Roberto (2016). “Violencia de género”. En Moreno H. y Alcántara E (coord.). *Conceptos clave en los estudios de género*, Vol. 1, México: UNAM-CIEG, pp. 339-354.

- ♂ Connell, Raewyn (2015) [1995]. *Masculinidades* (trad. Irene Artigas. 2ª ed.). Ciudad de México, México: UNAM-Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG).
- ♂ Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (1995). En *UN Women* [en línea]. Recuperado el 7 de marzo de 2019, de <http://www.unwomen.org/es/how-we-work/intergovernmental-support/world-conferences-on-women>.
- ♂ Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (2011). *Encuesta Nacional contra la discriminación 2010*. México: Conapred.
- ♂ Corcuera, L. (2016, 15 de febrero). “Cultura trans o cómo llegué a (re)conocerme en ti”. En *Diagonalperiódico.net* [en línea]. Recuperado el 22 de diciembre de 2017, de <https://www.diagonalperiodico.net/cuerpo/29223-cultura-trans-o-como-llegue-reconocerme-ti.html>.
- ♂ “Coronavirus en México: ¿por qué los hombres tienen mayor tasa de mortalidad?” (2020, 30 de abril). En *as.com* [en línea], recuperado el 7 de junio de 2020, de [https://mexico.as.com/mexico/2020/04/30/actualidad/1588264036\\_045554.html](https://mexico.as.com/mexico/2020/04/30/actualidad/1588264036_045554.html).
- ♂ Csordas, Thomas J. (1994). “Embodiment as a Paradigm for Anthropology”. En *Ethos* (1), Vol 18, pp.5-47. Estados Unidos: American Anthropological Association.
- ♂ De Beauvoir, Simone (1999) [1949]. *El segundo sexo, Volumen I. Los hechos y los mitos* (trad. Juan G. Puente). Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- ♂ Derrida, Jaques (1989a). *La escritura y la diferencia*. Barcelona, España: Anthropos.
- ♂ \_\_\_\_\_ (1989b). *Márgenes de la filosofía*. Madrid, España: Cátedra.
- ♂ \_\_\_\_\_ (1971). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.

- ♂ Domínguez Ruvalcaba, H. (2013). *De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo*. (Trad. Conde, R.). Ciudad de México, México: CIESAS.
- ♂ Duque Acosta, C. (2010). “Judith Butler: performatividad de género y política democrática radical”. En *La manzana de la discordia*, 5(1), enero-junio, pp. 27-34.
- ♂ Economic and Social Council (1992). *Report of the Working Group on Violence Against Women*. Viena: Organización de las Naciones Unidas.
- ♂ Ende, Michael (1985). *La historia interminable* (trad. Migual Sáenz). Madrid, España: Alfaguara.
- ♂ Esteban, Mari Luz (2004). “Antropología encarnada. Antropología desde una misma”. En *Papeles del CEIC* (12) [en línea], junio, pp. 1-21. Recuperado el 2 de mayo de 2018 de <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/12.pdf>.
- ♂ Diario Oficial de la Federación (2006). *Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres*. En *Cámara de Diputados* [en línea]. Recuperada el 22 de abril de 2019 de <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGIMH.pdf>
- ♂ Diario Oficial de la Federación (2011). *Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia*. En *Cámara de Diputados* [en línea]. Recuperada el 22 de abril de 2019 de <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV.pdf>
- ♂ Femenías, María L. y Soza Rossi P. (2009). “Poder y violencias sobre el cuerpo de las mujeres”. En *Sociologías* (21), enero-junio, pp. 42-65. Porto Alegre, Brasil: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

- ♂ Figueroa Perea, Juan Guillermo (2017). “El riesgo de expropiar la subjetividad como dilema ético al investigar la diversidad sexual”. En *El cotidiano* (202), marzo-abril, pp.7-16. Ciudad de México.
- ♂ Flores Martos, Juan A. (2010) “Trabajo de campo etnográfico y gestión emocional: notas epistemológicas y metodológicas”. En *Ankulegi* (14) [en línea], pp. 11-23. Recuperado el 12/06/2020, de <https://ruidera.uclm.es/xmlui/bitstream/handle/10578/2303/Trabajo%20de%20campo%20etnografico%20y%20gesti%20n%20emocional%20%20notas%20epistemologicas%20y%20metodologicas%2c%20Ankulegi%2c%20JAFlores.pdf?sequence=1>.
- ♂ Foucault, Michel (1968) [1966]. *Las palabras y las cosas* (trad. Elsa C. Frost). Argentina: Siglo XXI Editores.
- ♂ \_\_\_\_\_ (1979). *Microfísica del poder* (trad. Julia Varela & Fernando Álvarez U.). Madrid, España: Las Ediciones de La Piqueta.
- ♂ \_\_\_\_\_ (1984). “La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad” (entrevista realizada por Fernet-Betancourt, R. *et.al*). En *Concordia* (6), enero, pp. 96-116. Recuperado el 11 de marzo de 2019, de Topologik.net [en línea], Collana di Studi Internazionali di Scienza Filosofiche e Pedagogiche [en línea], [http://www.topologik.net/michel\\_foucault.htm](http://www.topologik.net/michel_foucault.htm).
- ♂ \_\_\_\_\_ (2002) [1975]. *Vigilar y castigar* (trad. Aurelio Garzón). Argentina: Siglo XXI Editores.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2007) [2004]. *El nacimiento de la biopolítica*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2007) [1977]. *Historia de la sexualidad. 1- La voluntad de saber* (31ª ed.) (trad. Ulises Guinazú). México: Siglo XXI Editores.

- ♂ Freire, Paulo (2004) [1984]. *La importancia de leer y el proceso de liberación* (trad. Stella Mastrangelo). México: Siglo XXI Editores.
- ♂ García Canal, María Inés (2016). “Poder: relación de fuerzas, enfrentamiento, lucha, batalla”. En Moreno, Hortensia y Alcántara, Eva (coord.). *Conceptos clave en los estudios de género*, Vol. 1, México: UNAM-CIEG, pp. 233-246.
- ♂ García, Nagore y Montenegro, Marisela (2014). “Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista”. En *Athenea Digital* 14(4), 63-88. Recuperado el 11 de mayo de 2018, de <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v14n4.1361>.
- ♂ Garosi, Eleonora (2014). “¡Son cosas de la vida! Transmasculinidades en la Ciudad de México”. En Parrini, Rodrigo y Brito, Alejandro (coord.) (2014). *La memoria y el deseo. Estudios gay y queer en México*. México: UNAM-PUEG, pp. 177-221.
- ♂ Garosi, Eleonora y Pons Rabasa, Alba (2016). “Trans”. En Moreno H. y Alcántara E (coord.). *Conceptos clave en los estudios de género*, Vol. 1, México: UNAM-CIEG, pp. 307-325.
- ♂ Garazi, Débora. (2016). “Experiencia, lenguaje e identidad: Algunas notas sobre el concepto de experiencia en la obra de Joan W. Scott”. En *Trabajos y comunicaciones*, (43), e013 [en línea]. Argentina: Universidad Nacional de La Plata. Recuperado el 11 de enero de 2019, de <http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2016n43a013>.
- ♂ González-López, Gloria y Gutmann, Matthew C. (2005). “Machismo”. En Garda Salas R. y Huerta Rojas F. (coord.) (2007). *Estudios sobre la violencia masculina*. México: Indesol-Hombres por la Equidad A.C.
- ♂ Granja Castro, Josefina (1996). “Foucault y Derrida en torno al pensamiento de la diferencia”. En *Revista Educación y Pedagogía* (37), Vol. XV, septiembre-diciembre. Antioquía, Colombia: Universidad de Antioquía-Facultad de Educación, pp. 235-246.

- ♂ Greco, Mauro (2011). “Pensamientos encarnados y emociones corporizadas: impresiones sobre una entrevista cualitativa en profundidad a dos vecinos de un excentro clandestino”. En *Antropología de la Subjetividad* [en línea], diciembre. Buenos Aires, Argentina: UBA-CONICET-IIG. Recuperado el 2 de enero de 2018, de: [http://www.antropologiadelasubjetividad.com/images/trabajos/mauro\\_greco.pdf](http://www.antropologiadelasubjetividad.com/images/trabajos/mauro_greco.pdf).
- ♂ Haraway, Donna (1991). “Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”. En Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid, España: Ediciones Cátedra (1995), pp. 313-345.
- ♂ Harding, Sandra (1987). “¿Existe un método feminista?” (trad. Bernal G.). En Harding S. (ed.). *Feminism and Methodology*. Indianápolis, Estados Unidos: Indiana University Press, pp. 9-34.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2004). “¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista feminista”. En Blázquez Graf N. *et.al.* (coord.) (2010). *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. Ciudad de México, México: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Facultad de Psicología.
- ♂ Heidegger, Martin. (2009) [1969]. *El ser y el tiempo* (trad. Gaos, José, 2ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- ♂ Herrera Pineda, V. (2003). *La construcción del género: las masculinidades* (tesis de maestría). Universidad Nacional Autónoma de México-FES Iztacala, Ciudad de México, México.
- ♂ Horovitz, B. (2012, 4 de mayo). “After Gen X, Millennials, what should next generation be?”. En *USA Today* [en línea]. Recuperado el 12 de enero de 2017, de <http://usatoday30.usatoday.com/money/advertising/story/2012-05-03/naming-the-next-generation/54737518/1>.

- ♂ Husserl, Edmund (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (trad. Iribarne, Julia).. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- ♂ Instituto Nacional de Estadística Geográfica e Informática (2020, 8 de septiembre). *Estadísticas a propósito del Día Mundial para la Prevención del Suicidio* [Comunicado de prensa, en línea]. México: INEGI. Recuperado el 22 de septiembre de 2020, de [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2020/suicidios2020\\_Nal.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2020/suicidios2020_Nal.pdf).
- ♂ Jiménez Guzmán, María Lucero (2003, octubre). “La construcción social de las masculinidades: un análisis desde la perspectiva de género”. En *GénEros* (31), Vol. 11., pp. 61-67. México: UNAM-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM).
- ♂ \_\_\_\_\_ (2007). “Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado”. En Jiménez Guzmán, María L. y Tena Guerrero, Olivia (coord.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM, pp. 99-118.
- ♂ Kánter Coronel, Irma (2020, julio). “Muertes por Covid-19 en México”. En *Mirada Legislativa* (190) [en línea]. México: Senado de la República. Recuperado el 13 de agosto de 2020, de [http://bibliodigitalibd.senado.gob.mx/bitstream/handle/123456789/4927/ML\\_190.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://bibliodigitalibd.senado.gob.mx/bitstream/handle/123456789/4927/ML_190.pdf?sequence=1&isAllowed=y).
- ♂ Kapuściński, Ryszard (2008) [2002]. “El relato en un diente de ajo”. En *Los cínicos no sirven para este oficio*. Barcelona, España: Anagrama.
- ♂ Lamas, Marta (2003). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2016). “Género”, en Moreno H. y Alcántara E (coord.). *Conceptos clave en los estudios de género*, Vol. 1, México: UNAM-CIEG, pp. 155-170.

- ♂ MacKinnon, Catherine (1983). “Feminism, Marxism, Method, and the State: Toward Feminist Jurisprudence”. En *Signs* (4), Vol. 8, Summer, pp. 635-658. Chicago, Estados Unidos: The University of Chicago Press. Recuperado el 11/02/2019 de *Féministes radicales* [en línea]: <https://www.feministes-radicales.org/wpcontent/uploads/2012/03/Catharine-MacKinnon-Feminism-Marxism-Method-and-the-State-toward-feminist-jurisprudence-Copie.pdf>.
- ♂ Marant, Henig, R. (2017). “Ella siempre se sintió más niño que niña”. En *National Geographic en español*, 40(1), enero, pp. 25-48.
- ♂ Martínez Cristo, Néstor (2019). “Amaestrar a los hombres”. En *La Jornada* (12606), año 35, 29/08/2019, Opinión, pág. 14. México.
- ♂ Mérida Jiménez, R. (2002). *Sexualidades transgresoras, una antología de estudios queer*. Barcelona, España: Editorial Icaria.
- ♂ Merton, Robert K. (2002) [1964] *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ♂ Millot Catherine (1983). *Exsexo: ensayo sobre el transexualismo*. (Trad. Davie, C.). Barcelona, España: Ediciones Paradiso.
- ♂ Molina Petit, Cristina (2003). “Género y poder desde sus metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado”. En Tubert, Silvia (ed). *Del sexo al género*. Madrid, España: Cátedra, Instituto de la Mujer, Universidad de Valencia, Col. Feminismos, pp. 123-159.
- ♂ Moreno, Hugo C. (2006) “Bourdieu, Foucault y el poder”. En *Ibero Forum* (No. II, año I, otoño). México: Universidad Iberoamericana.
- ♂ Muñiz, Elsa (2004). “Historia y género. Hacia la construcción de una historia cultural del género”. En Pérez-Gil R. y Ravelo P. (coord.), *Voces disidentes. Debates contemporáneos en los estudios de género en México*. México, Cámara de Diputados, LIX Legislatura-CIESAS-Ed. Miguel Ángel Porrúa.

- ♂ Núñez Noriega, Guillermo (2004). “Los ‘hombres’ y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de ‘los hombres’ como sujetos genéricos”. En *Desacatos* (15-16), otoño-invierno 2004, pp. 13-32. México: CIESAS.
- ♂ Osborne, Raquel y Molina Petit, Cristina (2008). “Presentación” y “Evolución del concepto de género”. En *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15, enero-junio. España: UNED. Pp. 147-182.
- ♂ Parrini, Rodrigo y Brito, Alejandro (2014). *La memoria y el deseo. Estudios gay y queer en México*. México: UNAM-PUEG.
- ♂ Pons Rabasa, Alba (2016). *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales: Un archivo etnográfico de la normalización de lo trans\* y los procesos de corposubjetivación en la Ciudad de México* (tesis de doctorado). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- ♂ Quemain, Miguel Ángel (2006). *Pierre Bourdieu, el intelectual polivalente*. México: Conaculta-Ediciones Sin Nombre.
- ♂ Ramírez Mateus, Ana Lucía (2015). *Memorias fuera del género: Cuerpos, placeres y políticas para narrarse trans* (tesis de maestría). Santiago de Chile: Universidad de Chile-Facultad de Filosofía y Humanidades.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2016). “Conocer desde el afecto es conocer para transformarse: metodologías feministas y perspectiva transgénero para la co-construcción de conocimientos situados con personas trans”. En *Maguaré* (2). Vol. 29, julio-diciembre, pp. 105-141. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- ♂ Ramírez Rodríguez, Juan C. (2005). *Madeiras entreveradas. Violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. México: Universidad de Guadalajara-Plaza y Valdés.
- ♂ Reséndiz Oikión, E. (2015). “Atisbos de las masculinidades mexicanas”. En *Revista interdisciplinaria de estudios de género*, 1(2), julio-diciembre, pp. 188-191.
- ♂ Rodríguez, Velázquez, Juan P. (2013). *Las mujeres altas caminan solas. Perspectivas de una mujer transgénero ante la transfobia y otras formas de discriminación en México* (tesis de licenciatura). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- ♂ Rubin, Gayle (1975). “El tráfico de mujeres: Notas sobre la ‘economía política del sexo’” (Trad. Stella Mastrangelo). En *Revista Nueva Antropología* (30), Vol. VIII, 1986, México: UNAM, pp. 95-145. Recuperado el 7 de abril de 2019, de *Redalyc* [en línea], <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/159/15903007.pdf>
- ♂ Rueda Castillo, Angie (2011). *Testimonio de una mujer transexual* (2ª ed.) Ciudad de México, México: Arroba Editores.
- ♂ Sáenz, Marya; Prieto, Sylvia; Moore, Catherine; Cortés, Lilibeth; Espitia, Angie y Duarte, Liliana. (2017). “Género, cuerpo, poder y resistencia. Un diálogo crítico con Judith Butler”. En *Estudios Políticos (Universidad de Antioquia)* [en línea], 50(5), pp. 82-99. Recuperado el 2/09/2019, de <http://dx.doi.org/10.17533/udea.espo.n50a05>.
- ♂ Saussure, Ferdinand de (2007) [1913]. *Curso de lingüística general. Tomo 1* (trad. Alonso, A.). Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada.
- ♂ Scott, Joan W. (2001) [1992]. “Experiencia” (trad. Moisés Silva). En *La ventana. Revista de estudios de género* (13). Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.

- ♂ \_\_\_\_\_ (2003) [1986]. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” (trad. Eugenio y Marta Portela). En Lamas M. (2003). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG, pp. 265-302.
- ♂ Segato, Rita L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género, entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes Editorial–Prometeo 3010.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla, México: Creative Commons–Pez en el Árbol–Tinta Limón Ediciones.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid, España: Creative Commons–Traficantes de Sueños.
- ♂ Seidler, Victor (1995). “Los hombres heterosexuales y su vida emocional”. En *Debate feminista* (11) *Sexualidad: teoría y práctica*. Año 6, Vol. 11, pp. 78-111. México: UNAM-PUEG.
- ♂ \_\_\_\_\_ (1997). “Masculinidad, discurso y vida emocional”. En Figueroa Perea, Juan Guillermo y Regina Nava (eds.), *Memorias del seminario-taller “Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva”* (4). Col. Documentos de Trabajo. Programa de Salud Reproductiva y Sociedad. México: Colegio de México, pp. 7-24.
- ♂ \_\_\_\_\_ (2000). *La sinrazón masculina*. Ciudad de México, México: Paidós-UNAM-PUEG-CIESAS.
- ♂ Serret, Estela (2011). “Hacia una redefinición de las identidades de género”. En *GénEros. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género* (9). Época 2, año 18, marzo-agosto, pp. 71-95.

- ♂ Schongut Grollmus, Nicolas (2012). “La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia”, en *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (2), noviembre, pp. 27-65. Recuperado el 2 de enero de 2019 de: <http://revista.psico.edu.uy>.
  
- ♂ Solana, Mariela y Vacarezza, Nayla L. (2020, 7 de agosto) “Sentimientos feministas”. En *Revista Estudios Feministas*, 2 (28). Brasil, Florianópolis. Recuperado de *SciELO* [en línea], el 11 de febrero de 2020, de [https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-026X2020000200601&script=sci\\_arttext](https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-026X2020000200601&script=sci_arttext).
  
- ♂ Tena Guerrero, Olivia (2010). “Estudiar la masculinidad ¿para qué?” En: Norma Blázquez, Maribel Ríos y Fátima Flores (ed.) *La investigación Feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales*. México: CEIICH-UNAM.
  
- ♂ Tena Guerrero, Olivia y Jiménez Guzmán, María Lucero (2007). “Introducción”. En Jiménez Guzmán, María L. y Tena Guerrero, Olivia (coord.). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: UNAM-CRIM, pp. 13-29.
  
- ♂ Torrentera, A. (2014). “Transgenerismo, transexualidad y masculinidades”. En *Ala Izquierda* [en línea], 4 de diciembre. Recuperado el 11 de enero de 2017, de <https://alaizquierda.com.mx/2014/12/04/transgenerismo-transexualidad-y-masculinidades/>.
  
- ♂ Tovar, Javier (01/07/2016). “¿Quién acude a las consultas de psicología?”. En *EFE: Salud* [en línea], Recuperado el 2 de octubre de 2020, de <https://www.efesalud.com/quien-acude-las-consultas-psicologia/>.
  
- ♂ “Un retrato del género actual” (2017). En *National Geographic en español*, 40(1), enero, pp.16.
  
- ♂ Uribe, Álvaro (2015). “Recapitulación”. En *Por su nombre*. Ciudad de México, México: Tusquets Editores, pp. 307-316.

♂ Villoro, Luis (2016). *La significación del silencio y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.



## ANEXOS

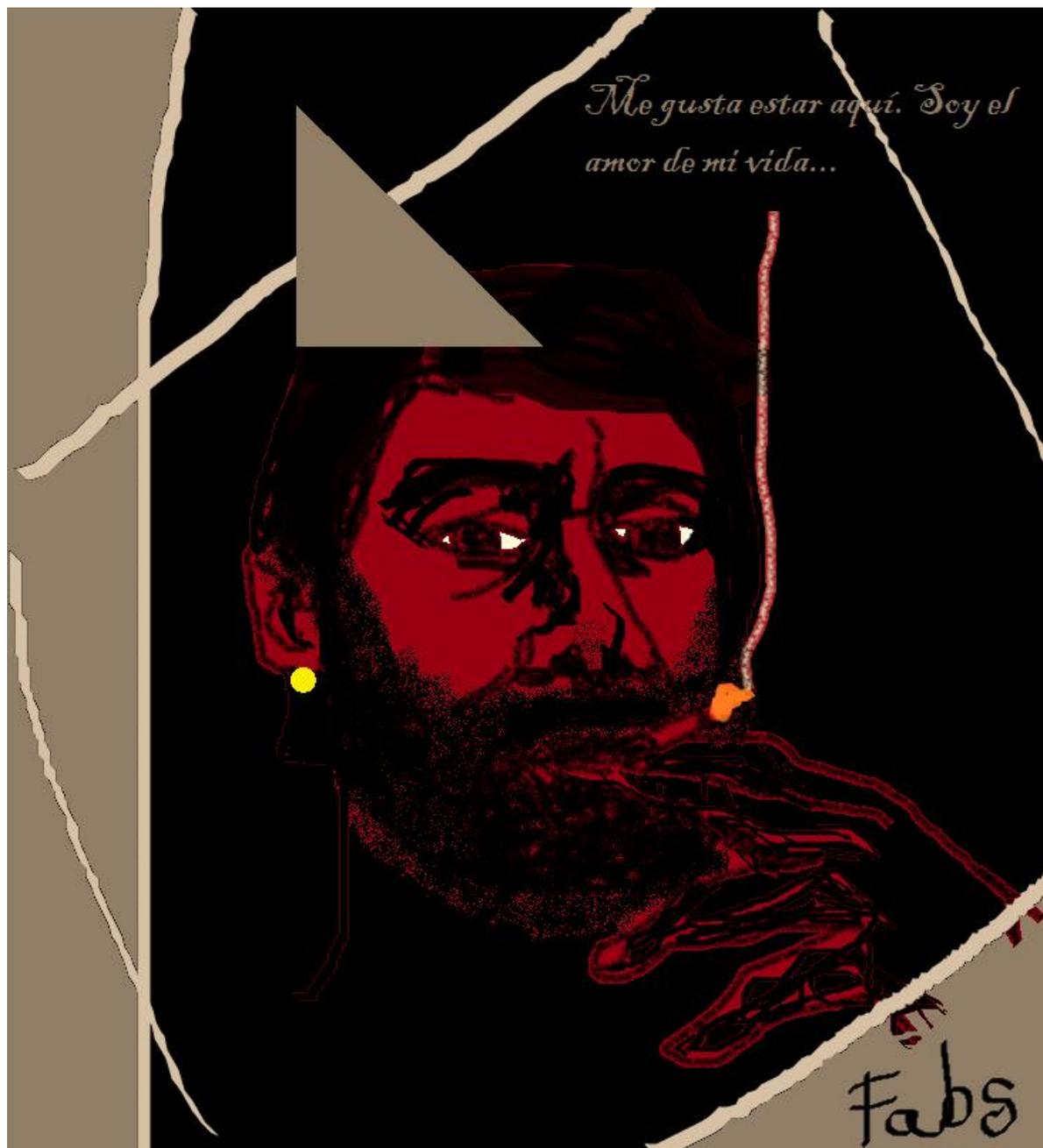


Guión de entrevista semi-estructurada		
Objetivos	Puntos temáticos	Posibles preguntas abiertas para explorarlos
<p style="text-align: center;">I</p> <p>Conocer, a través de la co-construcción de narrativas sobre su singularidad trans identitaria, el proceso de significación y resignificación de <i>lo masculino</i> y del <i>ser hombres</i>.</p>	<p>♂ EXPERIENCIA</p> <p>♂ MASCULINIDAD</p> <p>♂ SIGNIFICADO DE SER HOMBRE O SER TRANS</p>	<p>♂ Nárrame cuál fue tu proceso en el descubrimiento de “ser hombre”; ¿qué has tenido que hacer o modificar en el decurso?; piensa, por ejemplo, en los cambios que ha habido en tu cuerpo, en tu forma de relacionarte con las personas y con el mundo, en tu manera de entablar relaciones (¿cómo eran antes?, ¿cómo son ahora?); piensa, por favor, en todo, lo que ha estado implicado en este proceso: familia, trabajo, salud, cuidado de ti mismo, o todo lo que consideres importante.</p> <p>♂ ¿Ha habido o hay algún modelo, o varios modelos, de masculinidad y de “ser hombre” para construir tu cuerpo y tu forma de ser?</p> <p>♂ En tu experiencia, ¿ha habido cambios en tu idea o el significado de “ser hombre”? Si es así, ¿cómo era antes?, ¿cómo es hoy?</p> <p>♂ ¿Te <i>hablas</i> y te nombras como hombre o como trans?; ¿te podrías definir como trans?, ¿en qué momentos es de una u otra forma?</p> <p>♂ ¿Hay algún conjunto de cualidades o características que crees necesarios para poder nombrarte de manera definitiva como hombre? ¿Crees que exista un punto de llegada ideal para poder decir “ya soy un hombre, ya no me falta nada”?</p> <p>♂ ¿Qué significa para ti nombrarte trans o que te nombren trans?</p>

<p style="text-align: center;"><b>2</b></p> <p style="text-align: center;">Descubrir cómo ha sido su proceso de socialización de género en este devenir identitario.</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>♂ EXPERIENCIA DEL DEVENIR HOMBRE</li> <li>♂ SINGULARIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DEL GÉNERO</li> <li>♂ SOCIALIZACIÓN DE GÉNERO</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>♂ ¿Hay en tu experiencia algo del “ser hombre” que considerarías negativo?; ¿lo has reconocido en tu propia experiencia de construcción?</li> <li>♂ ¿Hay elementos de tu socialización temprana como mujer que aún pervivan en tu devenir hombre?</li> <li>♂ En tu tránsito, en tu proceso, ¿hubo cambios en tu trato con las mujeres y los hombres, es decir, en tu manera de relacionarte con ellos?</li> <li>♂ ¿Cómo fuiste socializado? ¿Qué influencia tuvo eso en tu construcción de hombre?</li> </ul>
<p style="text-align: center;"><b>3</b></p> <p style="text-align: center;">Identificar, si los hay, los tipos de violencia que han vivido o ejercido en su devenir.</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>♂ VIOLENCIA(S)</li> <li>♂ MASCULINIDAD HEGEMÓNICA</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>♂ ¿En algún momento de tu construcción has cuestionado algún mandato de la masculinidad que consideres negativo? De ser así, ¿qué has cuestionado exactamente?, ¿por qué?</li> <li>♂ ¿Viviste violencia? De ser así, ¿qué tipos de violencia has vivido?, ¿cómo han sido en el tiempo, es decir, como eran antes de comenzar tu construcción de hombre y cómo son ahora? Si no las has vivido, ¿sabes de hombres trans que sí las han padecido?</li> <li>♂ En caso de sí haber vivido violencia: ¿Crees que podrías identificar las diferencias entre las violencias que viviste mientras aún eras socialmente una mujer, y las violencias que viviste al asumirte y mostrarte como hombre?</li> <li>♂ Como hombre, ¿has ejercido violencia? De ser así, cuéntame cómo fue, ¿con quién?, ¿por qué crees que sucedió así?</li> </ul>

<p style="text-align: center;">4</p> <p style="text-align: center;">Saber si en su construcción hay identificados privilegios en términos del poder emparentado con la masculinidad.</p>	<p>♂ PODER Y PRIVILEGIOS</p>	<ul style="list-style-type: none"> <li>♂ ¿Cómo identificas el poder en un hombre y en una mujer? (PEDIRLE EJEMPLOS DESCRIPTIVOS AL PARTICIPANTE)</li>   <li>♂ ¿Has identificado alguna ganancia (en términos de poder y privilegios) al vivir y mostrarte como hombre? (PEDIRLE AL PARTICIPANTE QUE DESCRIBA ESA(S) GANANCIA(S)).</li>   <li>♂ De igual manera, y en el mismo sentido que la pregunta anterior, ¿has identificado alguna pérdida? (PEDIRLE AL PARTICIPANTE QUE DESCRIBA ESA(S) PÉRDIDA(S)).</li> </ul>
--	------------------------------	--

### RETRATOS DE FABIÁN, DANIEL Y OCTAVIO



Fabián

Autorretrato con técnicas digitales.  
Autor: "Fabián Esteban" López M.

Daniel

(Ensayo fotográfico de Edna Domínguez)







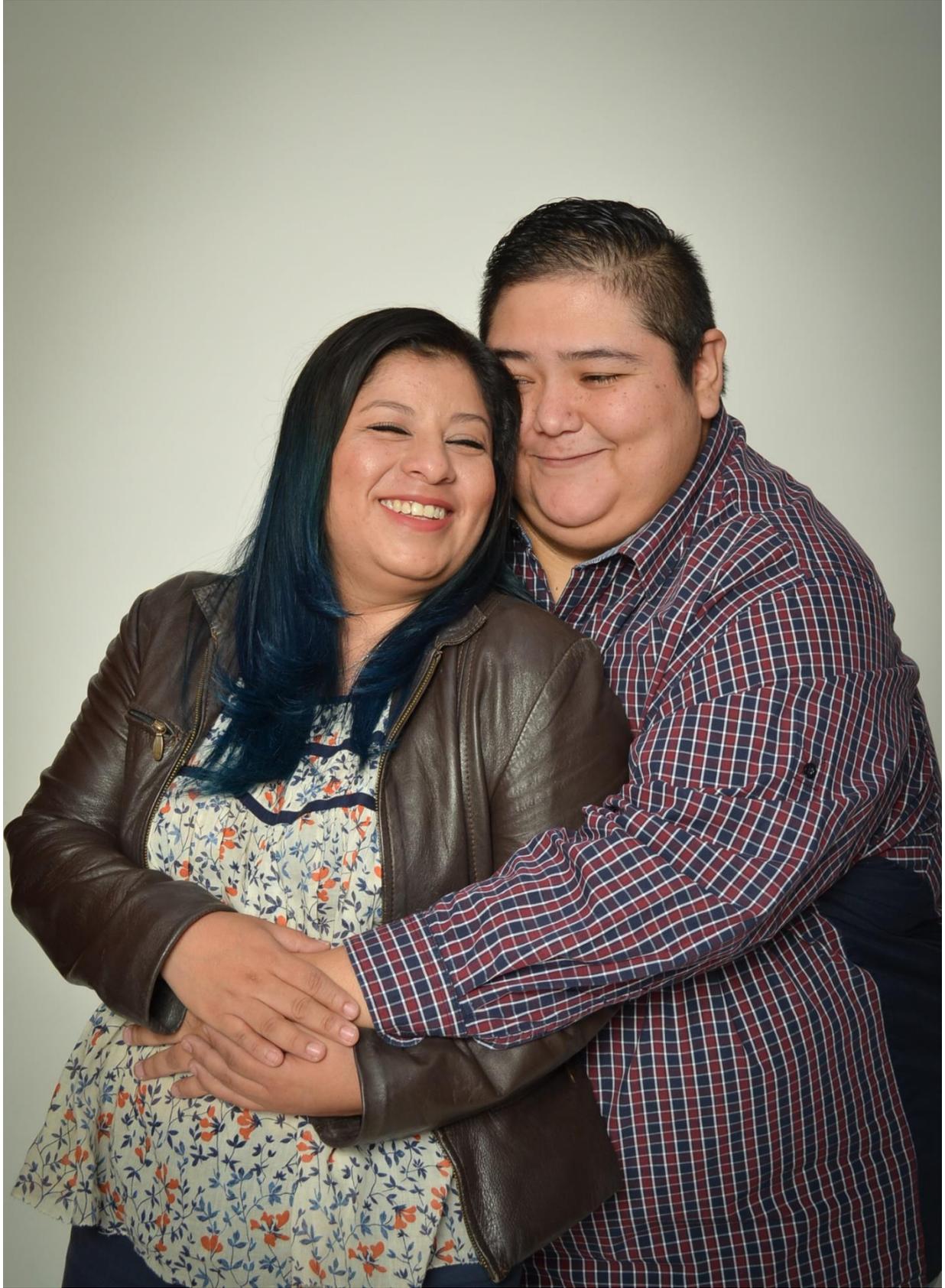














© Edna Domínguez

## Octavio

(Ensayo fotográfico de Edna Domínguez)





















© Edna Domínguez

## El\*s y yo

(Edna, Norma, Fabián, Daniel, Octavio y JP)



El buen Fabián y yo en uno de nuestros últimos encuentros. Aquella vez, nos tomamos la foto con su teléfono en un parque público, muy cerca de su casa; el temporizador nos dio sólo diez segundos para posar.

Ese día (fue por ahí de noviembre del 2019) le tocó a él escucharme. Fue algo muy liberador; tanto, que hasta me veo más joven, y gordo. ¿O no?

“Gracias por todo, Juanito, eres a toda madre”, me dijo antes de despedirnos en la estación Indios Verdes.



© Edna Domínguez



Daniel (“Pandita” para los cuates) es muy divertido y a todo le encuentra un chiste; su sonrisa y esos ojos de niño que disfruta hacer travesuras no pueden dejar de demostrarlo. Le costó algo de trabajo ponerse serio en algunas fotos. Norma (su novia), Edna y yo no parábamos de reír con sus ocurrencias, lo que para mí fue un regalo, pues ese día (un viernes de marzo del 2019) me sentía del carajo. El Topiramato (tratamiento que usamos los cocainómanos de larga data) te da migraña y una sensación de mala borrachera. Tardas como seis meses en acostumbrarte.

En la foto anterior, parece que estoy ahorcando a mi amigo.

Y así fue, pero no me di cuenta.

“Ah, pinche Pablito, nomás no ahorques”, me dijo, luego de que Edna disparara su cámara para la foto que más me gustó de entre todas las que nos tomó a ambos.



© Edna Domínguez



© Edna Domínguez

El día de la sesión fotográfica de **Octavio**, ambos llegamos muy temprano al estudio, o, más bien, a Edna se le hizo muy tarde; así que fuimos a los Bisquets de ya saben quién a comprar un café con leche. Mientras él le ponía azúcar a su bebida hirviente, y yo le daba a la mía el primer sorbo, una mesera comenzó a cuchichear con la cajera mientras lo veían de reojo y se reían, tal vez tratando de llamar su atención, pero mi amigo ama a su novia y le es fiel (eso lo pude ver desde el primer día que los conocí), o tal vez es muy distraído, o no sé, pero, al parecer, ni siquiera se dio cuenta. Y es que el buen **Octavio** tiene un no sé qué en su forma de ser hombre, que, al menos las veces que nos vimos, varias mujeres lo miraban emocionadas.

¿A poco no es atractivo y tierno al mismo tiempo? Dan ganas de abrazarlo.

## Cartas de acuerdo y consentimiento informado

### CARTA DE ACUERDO Y CONSENTIMIENTO INFORMADO

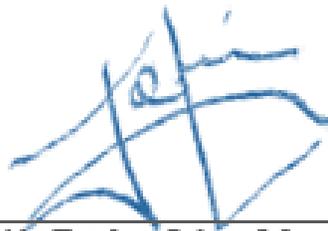
Ciudad de México, a 5 de junio de 2020

Por medio de la presente, el que suscribe, Fabián Esteban López Martínez, informa haber aceptado participar en el trabajo de tesis titulado: *Devenir transmasculino: De cómo se (de)construyen y conciben la violencia y el poder masculinos algunos hombres trans de la Ciudad de México*, realizado por el investigador Juan Pablo Rodríguez Velázquez para optar por el grado de maestro en Estudios Políticos y Sociales, correspondiente al programa de estudios de posgrado del mismo nombre en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

En primer lugar, manifiesto que Juan Pablo me explicó, oportunamente y con claridad, los objetivos de la tesis (*conocer de manera situada cómo (de)construimos nuestra masculinidad algunos hombres trans de la Ciudad de México y, a partir de la producción conjunta de producciones narrativas, relatar nuestra experiencia del devenir hombres, así como nuestras perspectivas ante la violencia y el poder que, comúnmente, están emparentados con la masculinidad*); asimismo, que estuve de acuerdo en llevar a cabo algunos encuentros con él para dialogar y desarrollar las entrevistas que le permitieron obtener la información requerida, para lo cual le di mi consentimiento de grabar cada testimonio mío mediante un dispositivo digital (teléfono celular y/o grabadora de voz).

En segundo lugar, en aras de contribuir al conocimiento sobre problemas de interés social como los que definen la tesis del maestrante, informo que acepté participar, conjuntamente con él, en la redacción, revisión, replanteamiento y/o corrección de la Producción Narrativa (PN) titulada "Nadie me verá llorar"; y que, dada la naturaleza de esta técnica metodológica, se me dio total libertad de revisar, editar y adaptar el texto las veces que consideré oportunas y de acuerdo con mi manera muy particular de ver los fenómenos analizados.

Finalmente, y por todo lo explicado en el párrafo anterior, expreso que le he aprobado a Juan Pablo Rodríguez Velázquez la versión final de la PN que trabajamos, misma que le autorizo incluir en su informe escrito de tesis y/o publicarla y/o difundirla (total o parcialmente), al igual que el autorretrato digital de mi autoría, siempre y cuando se cumpla, sin excepciones, la siguiente serie de ACUERDOS, mismos que Rodríguez Velázquez se compromete a firmar al calce de este documento: (1) respetar en lo absoluto la privacidad de mi nombre real, así como mis datos personales y de contacto o ubicación; (2) difundir –sea total o parcialmente– la información contenida en las PN en medios serios de divulgación y con la única intención de contribuir al conocimiento; jamás con intenciones o actos (premeditados o no) que excedan las motivaciones académicas que dieron origen a los textos donde participé o soy mencionado, o cuya finalidad perversa o contravenga los límites éticos y de respeto a mi integridad y a mi persona; y (3) si existe la posibilidad de encauzar el trabajo –de manera total o parcial– de cualquier forma o en cualquier medio cuya finalidad sea el lucro, seré informado para negociar cualquier asunto relacionado con derechos de autor y/o regalías editoriales.



---

**Fabián Esteban López Martínez**  
Clave de elector (INE): LPMR JL84112921M100  
Contacto: [julito.nato1984@gmail.com](mailto:julito.nato1984@gmail.com)



---

**Juan Pablo Rodríguez Velázquez**  
Clave de elector (INE): RDVLJN79053009H900  
Contacto: [juparovel@hotmail.com](mailto:juparovel@hotmail.com)

## CARTA DE ACUERDO Y CONSENTIMIENTO INFORMADO

Ciudad de México, a 26 de julio de 2020

Por medio de la presente, el que suscribe, **Daniel Alejandro Romero Muciño**, informa haber aceptado participar en el trabajo de tesis titulado: *Devenir transmasculino: De cómo se (de)construyen y conciben la violencia y el poder masculinos algunos hombres trans de la Ciudad de México*, realizado por el investigador **Juan Pablo Rodríguez Velázquez** para optar por el grado de maestro en Estudios Políticos y Sociales, correspondiente al programa de estudios de posgrado del mismo nombre en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

En primer lugar, manifiesto que **Juan Pablo** me explicó, oportunamente y con claridad, los objetivos de la tesis (*conocer de manera situada cómo (de)construimos nuestra masculinidad algunos hombres trans de la Ciudad de México y, a partir de la producción conjunta de producciones narrativas, relatar nuestra experiencia del devenir hombres, así como nuestras perspectivas ante la violencia y el poder que, comúnmente, están emparentados con la masculinidad*); asimismo, que estuve de acuerdo en llevar a cabo algunos encuentros con él para dialogar y desarrollar las entrevistas que le permitieron obtener la información requerida, para lo cual le di mi consentimiento de grabar cada testimonio mío mediante un dispositivo digital (teléfono celular y/o grabadora de voz).

En segundo lugar, en aras de contribuir al conocimiento sobre problemas de interés social como los que definen la tesis del maestrante, informo que acepté participar, conjuntamente con él, en la redacción, revisión, replanteamiento y/o corrección de la Producción Narrativa (PN) titulada "Identidad en deconstrucción"; y que, dada la naturaleza de esta técnica metodológica, se me dio total libertad de revisar, editar y adaptar el texto las veces que consideré oportunas y de acuerdo con mi manera muy particular de ver los fenómenos analizados.

Finalmente, y por todo lo explicado en el párrafo anterior, expreso que le he aprobado a **Juan Pablo Rodríguez Velázquez** la versión final de la PN que trabajamos, misma que le autorizo incluir en su informe escrito de tesis y/o publicarla y/o difundirla (total o parcialmente), al igual que los retratos que me hizo la fotógrafa Edna Domínguez; esto, siempre y cuando se cumpla, sin excepciones, la siguiente serie de ACUERDOS, mismos que **Rodríguez Velázquez** se compromete a firmar al calce de este documento: (1) respetar en lo absoluto la privacidad de mis datos personales y de contacto o ubicación; (2) difundir –sea total o parcialmente– la información contenida en las PN en medios serios de divulgación y con la única intención de contribuir al conocimiento; jamás con intenciones o actos (premeditados o no) que excedan las motivaciones académicas que dieron origen a los textos donde participé o soy mencionado, o cuya finalidad perversa o contravenga los límites éticos y de respeto a mi integridad y a mi persona; y (3) si existe la posibilidad de encauzar el trabajo –de manera total o parcial– de cualquier forma o en cualquier medio con fines de lucro, seré informado para negociar cualquier asunto relacionado con derechos de autor y/o regalías editoriales.



---

**Daniel Romero Muciño**

Clave de elector (INE): RMMCDN86020209H800

Contacto: [castropanda\\_rules@hotmail.com](mailto:castropanda_rules@hotmail.com)

---



---

**Juan Pablo Rodríguez Velázquez**

Clave de elector (INE): RDVLJN79053009H900

Contacto: [juparovel@hotmail.com](mailto:juparovel@hotmail.com)

## CARTA DE ACUERDO Y CONSENTIMIENTO INFORMADO

**Ciudad de México, a 27 de julio de 2020**

Por medio de la presente, el que suscribe, **Octavio Mikhail Flores Borja**, informa haber aceptado participar en el trabajo de tesis titulado: *Devenir transmascuino: De cómo se (de)construyen y conciben la violencia y el poder masculinos algunos hombres trans de la Ciudad de México*, realizado por el investigador **Juan Pablo Rodríguez Velázquez** para optar por el grado de maestro en Estudios Políticos y Sociales, correspondiente al programa de estudios de posgrado del mismo nombre en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

En primer lugar, manifiesto que **Juan Pablo** me explicó, oportunamente y con claridad, los objetivos de la tesis (*conocer de manera situada cómo (de)construimos nuestra masculinidad algunos hombres trans de la Ciudad de México y, a partir de la producción conjunta de producciones narrativas, relatar nuestra experiencia del devenir hombres, así como nuestras perspectivas ante la violencia y el poder que, comúnmente, están emparentados con la masculinidad*); asimismo, que estuve de acuerdo en llevar a cabo algunos encuentros con él para dialogar y desarrollar las entrevistas que le permitieron obtener la información requerida, para lo cual le di mi consentimiento de grabar cada testimonio mío mediante un dispositivo digital (teléfono celular y/o grabadora de voz).

En segundo lugar, en aras de contribuir al conocimiento sobre problemas de interés social como los que definen la tesis del maestrante, informo que acepté participar, conjuntamente con él, en la redacción, revisión, replanteamiento y/o corrección de la Producción Narrativa (PN) titulada "De niño era fan de Harry Potter"; y que, dada la naturaleza de esta técnica metodológica, se me dio total libertad de revisar, editar y adaptar el texto las veces que consideré oportunas y de acuerdo con mi manera muy particular de ver los fenómenos analizados.

Finalmente, y por todo lo explicado en el párrafo anterior, expreso que le he aprobado a **Juan Pablo Rodríguez Velázquez** la versión final de la PN que

trabajamos, misma que le autorizo incluir en su informe escrito de tesis y/o publicarla y/o difundirla (total o parcialmente), al igual que los retratos que me hizo la fotógrafa Edna Domínguez; esto, siempre y cuando se cumpla, sin excepciones, la siguiente serie de ACUERDOS, mismos que **Rodríguez Velázquez** se compromete a firmar al calce de este documento: (1) respetar en lo absoluto la privacidad de mis datos personales y de contacto o ubicación; (2) difundir –sea total o parcialmente– la información contenida en las PN en medios serios de divulgación y con la única intención de contribuir al conocimiento; jamás con intenciones o actos (premeditados o no) que excedan las motivaciones académicas que dieron origen a los textos donde participé o soy mencionado, o cuya finalidad perversa o contravenga los límites éticos y de respeto a mi integridad y a mi persona; y (3) si existe la posibilidad de encauzar el trabajo –de manera total o parcial– de cualquier forma o en cualquier medio con fines de lucro, seré informado para negociar cualquier asunto relacionado con derechos de autor y/o regalías editoriales.



---

**Octavio Mikhail Flores Borja**

Clave de elector (INE): FLBROC90091009H400

Contacto: [octavio.borja@hotmail.com](mailto:octavio.borja@hotmail.com)



---

**Juan Pablo Rodríguez Velázquez**

Clave de elector (INE): RDVLJN79053009H900

Contacto: [juparovel@hotmail.com](mailto:juparovel@hotmail.com)